



IGNACIO
ALDECOA

**EL
FULGOR
Y LA
SANGRE**

Lectulandia

El fulgor y la sangre, finalista del Premio Planeta 1954, narra la tensa espera de unas mujeres, esposas de guardias civiles, que, situadas en un pueblo castellano, saben que hay entre los suyos un muerto en acto de servicio, ignorándose de momento quién pueda ser. Mediante una precisa alternancia del presente y el pasado, desfilan ante el lector las lentas horas de congoja, las pequeñas humillaciones de la vida diaria y los recuerdos de la guerra civil que persiguen a cada uno de los personajes, con sus temores e insatisfacciones.

Son apenas ocho o nueve horas de un día de verano en las que el tedio de un presente sumido en la depresiva y taciturna vida cuartelera se une al moroso sondeo de la memoria. Su alternancia desvela la miseria, la sordidez y los descalabros físicos y morales de la guerra civil y la posguerra. Aldecoa consigue en *El fulgor y la sangre* la máxima temperatura sensorial, en una singularidad testimonial matizada por la fusión de elementos trágicos y grotescos.

Lectulandia

Ignacio Aldecoa

El fulgor y la sangre

ePUB v1.1

Zorindart 03.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *El fulgor y la sangre*

Ignacio Aldecoa, 1954

Diseño de portada: Hans Romberg

Editor original: Zorindart (v1.0 a 1.1)
sobre un fb2 digitalizado por **slstc 2012**
ePub base v2.0

Prólogo

Ignacio Aldecoa comenzó a escribir poesía, luego publicó diversos libros de cuentos y en 1954 publica su primera novela: *El fulgor y la sangre*, que fue finalista del Premio Planeta de ese año, siendo la novela ganadora *Pequeño teatro* de Ana M^a Matute. La novela tendría una continuación, aunque con una acción distinta en *Con el viento solano*.

Aldecoa había proyectado escribir tres trilogías que no completó. La primera, *La España inmóvil*, dedicada al mundo de la Guardia Civil, los gitanos y los toreros. A esta primera trilogía corresponden *El fulgor y la sangre* (1954) y *Con el viento solano* (1956). La segunda trilogía estaba dedicada a los hombres del mar y escribió, *Gran Sol* (1957) y trata del mundo de los pescadores de altura y la tercera pensaba dedicarla al mundo de la mina y a los trabajadores del hierro, pero ni siquiera la comenzó.

Para el comienzo de la escritura de la novela se produjo una génesis externa que motiva la situación novelesca inicial. Así explicaba Aldecoa el primer fogonazo de su novela: «Dando vueltas por Castilla, sin rumbo, yendo con Josefina por la carretera de Extremadura, en Maqueda vi un castillo dentro del cual había un cuartel de la Guardia Civil. Aquello fue el primer golpe del tema. Luego vino la coincidencia de una noticia periodística, de esas tan corrientes, de reyertas de gitanos, y ya estuvo allí la idea de la novela» (en *Pueblo*, 5/5/1957: *Así trabaja Ignacio Aldecoa*, de Julio Trenas).

El argumento es el siguiente: En las afueras de un pueblo de Castilla, en la casa-cuartel de la Guardia Civil, construida dentro de las murallas de un castillo, viven un cabo (comandante de puesto) y cinco guardias civiles con sus familias. Por teléfono se recibe la noticia de que uno de los agentes, que prestaba servicio en la feria de un pueblo cercano, ha sido asesinado. Por el momento se ignora la identidad del fallecido. Las primeras en conocer el suceso son las esposas de los guardias que están de servicio en el cuartel, y éstas han de preparar a las otras para la noticia. Las tensas horas de la espera son interrumpidas por el narrador para contar el pasado de las mujeres, una a una, antes de ser esposas de los guardias civiles. Las presenta desde la infancia hasta el presente y a cada una de ellas le dedica uno de los capítulos, alternando el pasado (tiempo evocado) con el tiempo presente (vivido), que rompen la tensión de la espera.

La historia se ordena en 7 capítulos titulados con las horas que van desde el mediodía de un ardiente verano (el fulgor) hasta el crepúsculo, cuando se sabrá, por fin, el nombre de la víctima (la sangre).

Al atardecer traen el cadáver del guardia asesinado, a quien un gitano le ha disparado un tiro de pistola en la feria del pueblo vecino. La vida sigue. El guardia Baldomero recibe la orden de perseguir al asesino y piensa en él, imaginándose en la noche, miedoso y sin rumbo: «Un hombre caminaba en la noche, a través de los campos, sin dirección fija, azuzado por el miedo».

Estructura:

El fulgor y la sangre está estructurada en 7 capítulos, cada uno con su título, que van señalando el paso del tiempo; que va del «Mediodía» (primer capítulo) al «Crepúsculo» (el 7º). Además cada capítulo está dividido en dos tipos de secuencias; unas van separadas por asteriscos que van alternando y marcan el tiempo vivido (presente) y el tiempo evocado. El otro tipo de secuencias se separan por medio de espacios en blanco y las encontramos tanto dentro del tiempo vivido como en el evocado. Dentro del tiempo vivido separan espacialmente, mientras que en el evocado la separación es tanto espacial como temporal.

Los capítulos llevan títulos, que señalan las horas del día: *Mediodía, Dos de la tarde, Tres de la tarde, Cuatro y media, Seis de la tarde, Siete de la tarde y Crepúsculo*. El primero y el último abren y cierran la intriga del relato primario de la novela, cuya duración aproximada es de unas nueve horas, desde unos minutos antes del mediodía hasta el crepúsculo de un atardecer veraniego del mes de julio. Y también es el tiempo aproximado que un lector normal emplearía en la lectura de toda la novela.

Al principio, «Mediodía», se recibe en el castillo, que sirve de casa-cuartel a la Guardia Civil en un innominado pueblo de Castilla («El timbre del teléfono corrió nervioso las cuatro paredes», una vaga y funesta noticia: «han matado a uno de los nuestros. Ha sido en el campo. Un pastor ha llevado la noticia al pueblo. Hubo esta mañana lío en la feria»). Dos parejas: Baldomero Ruiz con Cecilio Jiménez, y Guillermo Arenas con el cabo Francisco Santos, han salido por la mañana de servicio para la feria de un pueblo cercano. Cualquiera de ellos puede ser la víctima, y solo al final se resolverá la angustiada espera. El asesino fue un gitano borracho que armó una zaragata en la feria y al ser perseguido por las dos parejas alcanzó con un tiro de pistola a uno de los guardias, huyendo después.

En los cinco capítulos centrales la acción del relato primario es lineal y escueta: Ruipérez y Pedro, pareja de servicio en el cuartel comunican la noticia a sus respectivas esposas y éstas a las tres mujeres de los guardias que han salido de servicio a la feria. Y no sucede más. Y es que a Aldecoa no le interesa el potenciar el «suspense», sino utilizar el suceso como pretexto para presentarnos cinco historias,

las de la cinco mujeres de los guardias, desde su infancia hasta el momento presente. A cada una de ellas dedicará un capítulo alternando el relato del tiempo vivido y del tiempo evocado.

Así a las «Dos de la tarde» conocemos la vida pasada de Sonsoles, huérfana, interna en un colegio de monjas, acogida, después, en casa de unos tíos paternos, donde conocerá al guardia Pedro Sánchez. En el capítulo siguiente, «Tres de la tarde» nos informa de la suerte de Felisa, hija de un obrero, madre de 4 hijos y esposa de Regino Ruipérez. En «Cuatro y media de la tarde» entra en escena María Ruiz, maestra de profesión, hija de un militar retirado y esposa de Baldomero Ruiz (matrimonio sin hijos). A las «Seis de la tarde» el narrador nos informa sobre Carmen, peluquera madrileña, de familia obrera, que se casa con Cecilio Jiménez. A «Las siete de la tarde» se nos ofrece la historia de Ernesta, hija de un labrador pobre extremeño y esposa de Guillermo Arenas.

Sonsoles recuerda el asesinato de su padre el 5 de mayo de 1937. El padre de Felisa fue detenido el mismo 18 de julio de 1936 y estuvo varios años en la cárcel. María asistió en el pueblo de la sierra, donde ejercía de maestra, al fusilamiento del cura. Carmen vivió la guerra en Madrid y Ernesta y vio la recluta de los mozos del pueblo para la guerra. Todos estos relatos evocados (analepsis) rompen la tensión de la espera y la desvían hacia unas vidas vulgares, cuyos ideales, frustraciones y esperanzas nos quiere transmitir, que es, al fin y al cabo, la vida de una generación traumatizada por la experiencia de la guerra civil, y donde el castillo (casa-cuartel) actúa como metáfora de la existencia. El mismo Aldecoa lo dice en una entrevista: «Yo he visto y veo (...) cómo es la pobre gente de España. No adopto una actitud sentimental ni tendenciosa. Lo que me mueve, (...) es el convencimiento de que hay una realidad española, cruda y tierna, a la vez, que está casi inédita en nuestra novela» .

En el capítulo final, «Crepúsculo», se produce el desenlace y se cierra la acción comenzada en «Mediodía». Sigue la estructura alternante del tiempo vivido y el evocado. En el tiempo presente la acción avanza linealmente hasta la llegada del cadáver al cuartel y en el tiempo evocado, el cabo Francisco Santos relata su vida antes de ingresar en la Guardia Civil.

La naturaleza se despide en un horizonte de sangre: «vaca desollada lo llamaban los campesinos»

El tiempo:

El verdadero estructurador de la novela es el tiempo.

El tiempo vivido está rigurosamente marcado a lo largo de la novela por la

alternancia en la guardia de los dos números que han quedado de servicio en el cuartel: «Ruipérez dijo, mirando a su reloj. —Ya es la una menos cuarto. Voy a relevarte».

Pero además de las horas del reloj que van marcando los relevos, está el movimiento del sol, desde el mediodía hasta el poniente, que va marcando con su sombra el paso lento del tiempo, con menos exactitud, pero con más densidad significativa. Así tenemos la metáfora del hombre reloj de sol: «Las doce con las dos agujas, el fusil y el hombre, unidas, sin sombra». Y poco antes del crepúsculo: «Del servicio, (...) meditaba Ruipérez, mientras el fusil y el hombre formaban una larga sombra en el umbral de la puerta del castillo».

Además hay otro recurso para mostrar el paso del tiempo en los personajes, como las referencias al aspecto físico de las mujeres: «En la cabeza de Sonsoles aparecieron las primeras canas. El trabajo cotidiano, monótono, igual, la desgastaba suave, paulatinamente». Pedro al contemplar a su mujer observa. «Sus amplias caderas, sus grandes nalgas, sus gordas y toscas piernas, en otro tiempo, recordaba, ágiles y bien formadas. ¡Cuánto podía el tiempo!» y por último María al mirarse en el espejo exclama: «Estoy vieja, pensó, vieja y cansada, si siquiera hubiera tenido un hijo...».

Luego ya vendría el tiempo presente que viene marcado por los títulos de los capítulos: mediodía, dos de la tarde hasta el crepúsculo, que forman las 9 horas de espera en el cuartel, que han constituido la anécdota generadora del relato y éstas se ensanchan hacia el pasado de las mujeres con un alcance de hasta 20 años atrás.

En efecto, se da una alternancia entre el tiempo vivido y el tiempo evocado como principio organizador de las secuencias narrativas. El tiempo vivido (el presente) es la tensa espera en el cuartel desde el mediodía hasta el crepúsculo y tiene un tratamiento lineal. En el primer capítulo, «Mediodía», se nos cuenta la noticia que reciben por teléfono; —«El teléfono, como objeto mortuario, sobre una repisa»—: han matado a uno de los guardias que han salido de servicio, pero no se sabe a quién.

El segundo plano de la ficción, el tiempo evocado, se descompone en cinco historias, las de las cinco mujeres que habitan la casa-cuartel y son cinco historias que intercalan en las horas del tiempo vivido del mediodía al crepúsculo y esto permite al narrador evocar las biografías de las cinco mujeres, que son las protagonistas de lo evocado. En el paso de la narración del tiempo vivido al evocado no se da ningún tipo de cambio de perspectiva narrativa, es el mismo narrador en tercera persona, situado fuera del relato (heterodiégetico). Se trata, pues, de un narrador objetivo de la novela moderna, que renuncia a la omnisciencia narrativa, que no sabe más que los personajes.

Las analepsis permiten introducir, en las horas de espera monótona del cuartel, la vida de las cinco mujeres, de sus familiares y de los guardias. Los relatos evocados empiezan en la infancia de las mujeres y el narrador da noticia de tres hitos

importantes de la España reciente: la proclamación de la Segunda República en 1931; la revolución de octubre de 1934 y la guerra civil de 1936.

El narrador observa el mundo a través de sus ojos —y con la memoria— de sus personajes, de esta forma nos ofrece la vivencia que de esos hitos históricos ha tenido cada uno de los personajes y su pervivencia en la memoria y en el destino posterior de los mismos.

Conocemos la historia de todos los habitantes del cuartel a través de las cinco analepsis, pero falta la «pre-historia» del cabo Francisco Santos, el único soltero de los guardias del cuartel; por tanto la vida del cabo tendrá que contárnosla él mismo. Así pues, en el último capítulo, «Crepúsculo», el cabo Santos cuenta a su pareja, el número Guillermo Arenas, la historia de su infancia cuartelera, de su vocación de músico militar truncada por la guerra civil. Pero en el tiempo vivido del último capítulo el cabo Francisco Santos está muerto y no es verosímil que los muertos cuenten historias. Aldecoa recurre a una anacronía de segundo grado: desde el tiempo vivido, al crepúsculo cuando la comitiva fúnebre penetra en el cuartel, retrotrae la ficción a la mañana de ese mismo día, cuando las dos parejas (Baldomero y Cecilio), Francisco Santos y Guillermo descienden del cuartel para la feria y el cabo Francisco Santos distrae la monotonía de la marcha con el recuerdo de la adolescencia. Sería, pues, un relato dentro del relato.

El ritmo narrativo es uno de los recursos que Ignacio Aldecoa utiliza para reflejar la monotonía y la lentitud de la espera. El ritmo del tiempo vivido es lento, mientras que el del tiempo evocado es mucho más rápido, pues es el relato por lo menos de unos 20 años, desde la infancia de las mujeres hasta sus bodas. El relato del tiempo vivido es continuamente suspendido por el relato evocado y así prolonga su duración y hace que el tiempo vivido tenga un ritmo todavía más lento.

El espacio

La acción de la novela se desarrolla en un pueblo de Castilla, dentro del perímetro de un castillo convertido en casa-cuartel de la Guardia Civil, situado en lo alto de una loma y cerca del pueblo. Tan sólo el asesinato se produce en la feria del pueblo vecino.

Luego a través de las evocaciones de los personajes, sobre todo de las cinco mujeres y el cabo, se nos presentan otros espacios tanto rurales como urbanos. Cabría destacar entre ellos a Madrid. Esos dos espacios nombrados tienen un valor simbólico importante para la novela. El castillo simboliza la monotonía, la soledad, el cumplimiento del deber y la falta de futuro. Madrid, en cambio, simboliza la salida, el espacio soñado y deseado, la libertad para los personajes y el futuro para sus hijos.

Además el castillo-cuartel (las murallas) comprendería el espacio de toda España y simbolizaría la situación político-social de los años 50 y extendiendo más el diámetro de la circunferencia simbolizaría la existencia humana (el «ser para la muerte») de las corrientes existencialistas de la época.

Personajes

En *El fulgor y la sangre* el protagonista es colectivo y lo forma el grupo de habitantes de la casa-cuartel con un pasado similar, con sus diferencias, un presente común y un previsible destino análogo. Los leitmotivos son la soledad, la monotonía, la desesperanza, el hastío y la necesidad del traslado.

Pero, a pesar de ello, tenemos personajes principales en lo individual, que son las cinco mujeres, después los 6 guardias civiles y con mucha menos importancia los niños.

Los personajes secundarios del tiempo vivido serían el cura, el alcalde y el cartero.

Los personajes del tiempo evocado constituyen una prolongación de las mujeres en su entorno familiar durante su infancia o adolescencia; entre ellos tendríamos a Juan Martín, padre de Felisa, el hermano mayor de Felisa y Paulino.

Las mujeres: Felisa es la mujer de Ruipérez, trabajadora desde muy joven. A Sonsoles le gustaba mucho hablar con Felisa. Tiene bondad, egoísmo y religiosidad. María es la más culta e inteligente, maestra de profesión, que no ejerce por los sucesivos traslados de su marido. Está frustrada en su maternidad. Carmen, histérica y agresiva con hábitos arrabaleros. Ernesta es la más joven de todas, infantil y con falta de personalidad.

Los hombres están menos caracterizados. A Regino Ruipérez, porque no le gusta que le llamen por el nombre, le gusta la caza y a Baldomero la pesca. El cabo Santos suele ser inflexible con la ordenanza y todos aparecen encadenados al deber. Todos tienen estas cualidades: honestidad, gravedad y una formación patriótica y militar acorde con los tiempos.

En cuanto a los niños, ninguno destaca por una personalidad definida. Son inocentes, ingenuos y se entregan a los juegos y a las travesuras, aún siendo hijos de guardias, ajenos a las preocupaciones de los mayores.

Por último el personaje de los gitanos es marginal. Se les presenta como hábiles y astutos en la trata de ganado, además de pendencieros e impulsivos en sus reacciones.

Estos personajes son perdedores materiales y morales, todavía en la postguerra, perteneciendo al bando vencedor y representándolo desde puestos de autoridad. Pero ¿qué ganaron estos vencedores? ¿Son vencedores o vencidos?

Una constante marca la vida de estos personajes: la necesidad del traslado, salir del castillo, buscar otra realidad, aunque pueda ser parecida, sobre todo pensando en el futuro de los hijos y Madrid está en el deseo de todos.

Significación

Jesús M^a Lasagabaster, en *La novela de Ignacio Aldecoa: De la mimesis al símbolo*. SGEL. Madrid, 1978, propone tres niveles de significación en *El fulgor y la sangre*:

1. El nivel tópico-anecdótico en el que *El fulgor y la sangre* es una novela sobre la Guardia Civil.
2. El nivel socio-histórico que haría referencia a la historia contemporánea de la España inmóvil.
3. El nivel filosófico-existencial, en el que el espacio-tiempo de la vida en el castillo casa-cuartel se convierte en metáfora universal de la existencia humana.

En cuanto al primer nivel la intención de Aldecoa no es representar el tópico de la guardia civil y el gitano, sino destruirlo, dándole sentido. En efecto en este nivel tenemos el tiempo real de la anécdota que son la nueve horas que van del mediodía al crepúsculo, de un día del mes de julio de 1952. Sobre ese tiempo vivido se asienta el primer estrato semántico de la novela: la monotonía alienante de la vida en un aislado cuartel de la Guardia Civil en un pueblo de Castilla. Esta monotonía se ve alterada por la muerte de un guardia por un gitano, cuando hacía el servicio en la feria de un pueblo cercano. La noticia, que se comunica por teléfono, va sacudiendo a la gente del cuartel, primero a los dos guardias y luego a las cinco mujeres.

A la hora del crepúsculo el guardia Ruipérez, desde el puesto de guardia, descubre que en las angarillas, dos campesinos sostienen el cadáver del guardia. En este nivel tópico-anecdótico el novelista se ha fijado en la vida diaria del cuartel, en el traslado como única salida para el porvenir de los hijos, los riesgos del oficio y la conciencia del deber; y todos estos elementos contribuyen a hacer verosímil la historia que se cuenta. Según esto *El fulgor y la sangre* puede ser considerada como una novela sobre la Guardia Civil.

Pero hay otro sentido más importante, que se produce a medida que avanza la escritura del texto novelesco. Así tendríamos el nivel socio-histórico y mediante las cinco historias de las mujeres, la vida del cuartel se inserta en un devenir histórico. Aldecoa sitúa —como se ha dicho— la acción de la novela en el presente histórico, en la tarde del 22 de julio de 1952 y por medio de las «pre-historias» de los

personajes da perspectiva y significación histórica a lo ocurrido ese día en el cuartel.

Todos los habitantes adultos del cuartel han sufrido la guerra, algunos, incluso, han sido combatientes (Pedro, Cecilio, Ruipérez) y de la dureza de la guerra este colectivo humano ha coincidido en la vida dura del cuartel y en este sentido podemos decir que el cuartel es la imagen literaria del resultado histórico de la guerra civil. Es como si las murallas del castillo en ruinas, donde está ubicado el cuartel se ensancharan hasta abarcar toda la extensión de España y los habitantes del castillo son la generación que en la España de 1952, en plena autarquía, desea y sueña una salida hacia la libertad.

Probablemente Aldecoa ha plasmado en la ficción novelesca sus propias frustraciones y su amargura de intelectual, nacido en 1925 y condenado a vivir dentro de las murallas de ese castillo simbólico.

El castillo (casa-cuartel) del *El fulgor y la sangre*, monotonía y angustia para las mujeres, presente sin futuro para sus hijos, vendría a ser una interpretación metafórica de la España de los primeros 50, vista con los ojos de Aldecoa, intelectual y escritor para quien el oficio de escribir se identificaba con el tener una actitud ante el mundo («Ser escritor es, antes que nada, una actitud en el mundo». Luis Sastre. Entrevista a Ignacio Aldecoa, en *Destino*, dic. 1955).

En este espacio-vida, el cuartel funciona a nivel claramente connotativo, los personajes pierden su individualidad, se socializan y pasan a significar una situación colectiva. Pasan a ser la pobre gente de España, marcada por la guerra, y condenada a vivir, entre la frustración y la espera, el hastío material y espiritual, limitado a los lados por las murallas y por arriba por inmenso cielo azul.

Y por último el nivel filosófico-existencial: La casa-cuartel como metáfora de la existencia. Así el espacio del castillo, con sus connotaciones de encierro, de aislamiento, soledad y angustia se convierte en espacio-límite, donde el hombre es enfrentado a su propia condición humana. Sobre ese espacio desolado del castillo sobrevuela la realidad de la muerte, unificando los diferentes tiempos de la historia; el presente sacudido por la noticia del asesinato del cabo y convertido en angustiada espera, hasta conocer la identidad del guardia muerto; el pasado, cuya evocación de la guerra, que mata vidas o trunca proyectos de vidas, y el futuro, donde la muerte se identifica con el traslado (llega la noticia del traslado del cabo Francisco Santos), y como dice Carmen: «Parece que se han dicho: éstos se tienen que quedar aquí hasta que se mueran».

El fulgor y la sangre, novela social, existencial y neorrealista, se encuadra dentro del realismo simbólico en el que los espacios, las historias y los personajes no se definen por lo que son, sino por lo que significan, así el castillo actúa como metáfora de la España de los años cincuenta y de la condición humana en general

La novela fue muy bien acogida por la crítica más responsable (Alborg, J.L., 1962,

Nora, 1973, Soberano, 1975, Lasagabaster, 1978, Sanz Villanueva, 1980, Esteban Soler, 2004) y desde su publicación en diciembre de 1954 ha sido reeditada por la editorial Planeta en múltiples ocasiones; también ha sido publicada por el Círculo de Lectores, 1969 y por Espasa-Calpe, 1996 y 2004.

Anastasio Serrano (2009)

Mediodía

DE VEZ EN CUANDO arrastraba el pie por la pista de las hormigas y producía el desastre. Luego, aburridamente, contemplaba la triste y perfecta organización de los insectos hasta que la normalidad y la urgencia en la normalidad volvían. Su mirada, arrastrándose por la tierra, le descubría pequeñas cosas para las que iba creando imágenes que las aislaban, las circuían y les daban nuevos valores que impedían su olvido momentáneo. Las hormigas, o los ancianos, o las carretillas temblantes, ajustando su caminar a un ritmo de golpecitos. La hierba aplastada, o la madeja de lana usada y rizada, recuperada de una prenda, descoloridas ambas como una madrugada de estación de ferrocarril. La avispa en el arco de la rama de un matojo, a cinco pasos de él, que en el transparente mediodía de julio era como un pez o tenía movimientos de pez, escalonados, fugitivos, inseguros.

De vez en cuando escupía. El escupitajo en el polvo acusaba un movimiento de oruga. El pie del hombre nada perdonaba: extendía aquella breve humedad, ensombrecía la tierra, amenazaba el cardo pequeño de inútiles defensas. El pie recuperaba su posición de ordenanza. Entonces el hombre levantaba la vista y miraba el campo con los ojos entornados, acostumbrados al cansado oteo de la guardia. La bandada de grajos, negros y tormentosos, si levantaba el vuelo era como un velocísimo tic de un párpado de alcohólico. La lejanía era impenetrable y vacía como una carta para alguien que no supiera leer. Bajaba la vista luego hasta sus botas, que le dolorían los pies hinchados y sudados. Instintivamente apretaba con fuerza el fusil y discurría sobre sus manos grandes y morenas, marcadas de una raya de sangre seca en un arañazo producido por un espino. Sabía que donde comenzaba la guerrera comenzaba la blancura de su cuerpo, embutido en el uniforme. Una blancura, por contraste, repugnante, blanda, que cuando se tendía desnudo junto a su mujer le avergonzaba. Pensó que no tenía tiempo para ser del todo blanco o estar del todo moreno. Pensó que le hubiera gustado estar siempre vagando por el campo en mangas de camisa y que le gustaría, si no, vivir en la ciudad.

La guardia transcurría como siempre, y como siempre rellenaba aquel ocio vigilante de imaginaciones. Imaginaba la suerte de una herencia, la de un negocio, la de una colocación cómoda. Hacía proyectos, mientras su sombra se achicaba y el sol buscaba la verticalidad con su cuerpo. Apretó más el fusil, casi fue una crispación, hasta que sintió la piel, entre el dedo pulgar y el índice de su mano derecha, caliente, y la vio enrojecida, y emblanquecida en los poros. Se ajustó las cartucheras y buscó la protección inservible del muro. Ya una gota de sudor había humedecido y domado el mechón de pelo que le asomaba bajo el tricornio.

Sobre las murallas jugaban los muchachos. La muralla del sur había perdido sus almenas. Humilde por el tiempo, solamente encía o cresta abatida, tenía un camino trazado por los pies de los visitantes, por el jugar peligroso de los hijos de los guardias. Los muchachos arrojaban piedras por el terraplén que acababa en los bordes de una acequia seca, cubierta de una vegetación sorprendente y enferma. Acequia sobre la que creaba la imaginación infantil espeluznos de culebras, repulsiones de sapos cuyos glogueos se oían en el acontecimiento cotidiano del crepúsculo vespertino, cuando la tarde se doraba y luego enrojecía como de sangre y acababa por perderse en un verde y submarino color.

Sobre la muralla, sobre los muchachos, alzó el hombre la mirada observando el vuelo de un azor. Alta volaba el ave y alto estaba el sol. Pesaba el mediodía de la meseta. Las doce, con las dos agujas, el fusil y el hombre, unidas, sin sombra. El cielo, azul; en el horizonte, blanco espejismo de nubes. A la noche sería cielo profundo y sin luna, y los lejanos relámpagos emplomarían los movimientos de las personas haciéndolos torpes, agotadores. En el silencio de las habitaciones, el incesante chocar de los insectos con las bombillas encendidas. En el campo, el tiempo alargado en miles de pequeños cantos, arrebatos y luchas de animalillos. El hombre de guardia sabía todo esto porque llevaba años de servicio en Castilla y sus sentidos, acostumbrados, le diferenciaban todo lo que hubiera de lucha, de existencia animal y vegetal a su alrededor.

Por la carretera larga, recta como un surco, polvorienta, avanzaba procesionalmente una reata de mulas. En el cercano pueblo había habido feria a hora temprana. Por la tarde tendrían diversión de novillos, lidiados por toreros golfos y trágicos, a los que a veces era necesario proteger de las iras de los campesinos; a los que también se solía golpear por sistema cuando alguien se quejaba de un hurto durante la estancia de ellos en el pueblo. Ya de noche, el baile en la plaza; la orquesta, compuesta con gentes de la capital, normalmente pertenecientes a una banda militar reforzada, si era preciso, por aficionados de la localidad. Estar de servicio en la feria era la compensación de un año cruzando el campo. Los guardias eran obsequiados con vino añejo, con limonada fresca, con la sangría dulzarrona de las viejas, los niños y los presbíteros. A los guardias los días de feria el alcalde los invitaba a comer y después de la comida, con el café y la copa, les daba un puro para el momento y otro para «luego». «Luego» significaba guardar el cigarro en un cajón de la cómoda, perfectamente protegido por un cartucho de papeles para que no perdiera el aroma, hasta un cumpleaños o un día sonado.

Una voz femenina distrajo de sus juegos a los muchachos. Abandonaron corriendo la muralla, saltando por una escalera casi senda, bordeada de ortigas. La voz femenina advertía cuidado en la veloz desbandada. Imaginó a la mujer rodeada de los chicos, un poco madre de todos, aunque sus órdenes y sus consejos fueran

solamente para uno. Había reconocido la voz. La voz tenía que estar acompañada de unas alpargatas enchancletadas, un vestido desteñido de lunares azules, unos pechos poderosos y un rostro cándido y soñoliento. Era Felisa, la mujer de Ruipérez. Felisa, que se entendía bien con las demás mujeres, que sabía de cocina y de remedios curativos, que en alguna fiesta preparaba un cordero o un lechón como nadie, que en las enfermedades aplicaba ungüentos y cataplasmas que sacaban el mal de los cuerpos.

Las cinco mujeres del castillo rara vez bajaban al pueblo, en la falda de la colina. Cuando lo hacían, se vestían de domingo y se arreglaban cuidadosamente. En el castillo, entre los cuatro paredones, el Gobierno había hecho levantar un pabellón de pisos, en forma de herradura, con una galería descubierta y corrida. El pabellón estaba dividido en seis departamentos. Uno para el cabo comandante y los otros cinco para los guardias. El cabo era soltero, los guardias vivían todos con sus familias.

Las ventanas posteriores del pabellón daban a las murallas. El horizonte se limitaba a unos metros por las grandes piedras grises, florecidas de matillas en las juntas, por las que correteaban las lagartijas, vivaces y temerosas. En medio del patio, que limitaba el pabellón, estaba el pozo de antiguo brocal, puesto en funcionamiento tras una larga serie de años de estar cegado.

Los castillos de la línea fronteriza con la morería cinco o seis siglos atrás, estaban medio en ruinas. Desde los castillos elevados sobre colinas se dominaba el campo, ocre y negro plateado; ocre de tierra de cereales, negro plateado de los olivares lejanos.

En el castillo, donde el fusil y el hombre hacían adusta, enemiga, la puerta de entrada, la vida eran pequeños movimientos y largas charlas. No sólo las mujeres, sino también los muchachos y los guardias acusaban el aburrido transcurso de los días. Había más de voz de socorro en ellos que de indignación o rebeldía, cuando en discusiones se debatía el tema del traslado. Un servicio en un puesto que se sabe cuando ha comenzado y no se cree que se va a terminar alguna vez es un extraño purgatorio hecho de hastío, desesperanza y uso.

Cercana a la puerta de entrada se abría la ventana del Cuerpo de Guardia. Un aparato de radio, una mesa con negra carpeta, un fusil en el armero, las trinchas, las cartucheras, la sahariana verde y el tricornio suspendidos en una percha. El teléfono, como un objeto mortuario, sobre una repisa. En el Cuerpo de Guardia, ensimismado en la lectura del periodiquito provinciano, el guardia de relevo. Si levantaba la cabeza, podía ver a través de la ventana a su compañero, a la mitad de su compañero apoyado sobre una de las jambas. En el patio, la mujer seguía hablando con los chicos. Dos la habían abandonado preocupados por un viejo pero recién descubierto juego. Las voces de los descubridores atrajeron a los demás chicos. Luego volvieron donde estaba la mujer.

Casi a un mismo tiempo levantó la cabeza el guardia que leía el periódico, y se volvió hacia el patio el que aguardaba en la soledad del servicio, su presencia para el relevo. Cambiaron una seña. Luego cada uno volvió a sí mismo, a su encarcelamiento personal.

El fusil es el compañero íntimo y hostil. Las manos forman parte del fusil con el tiempo. Sobre la boca del cañón se posa una mirada que extraña su amenazante y breve oscuridad. El pensamiento puede volar lejos. Y él piensa, relaciona cosas de su intimidad, de la intimidad de todos en el castillo:

«María y Baldomero; Felisa y Ruipérez; porque nunca se le llama por su nombre, con sus cuatro hijos; Ernesta y su marido, Guillermo. Francisco, que come y cena en casa de Ernesta y Guillermo. Mi mujer y yo. Mi mujer, Sonsoles, y yo, Pedro, y nuestro hijo, Pedro. Carmen y Cecilio Jiménez, los dos de Madrid, que saben muchas cosas y tienen un muchachito pálido y delgado.»

La Casa Cuartel está pintada de blanco y verde. La casa es alegre, pero está limitada de tristeza. Son dos mundos distintos y concéntricos el pabellón y el castillo. El castillo debía albergar la nada y sus espectros y, sin embargo, cobija y angustia la vida y sus quehaceres. En la galería descubierta, siempre hay ropa puesta a secar y carreras de muchachos y jaulas de pájaros y una pálida penumbra que en las habitaciones es un aliento de frescura.

Las murallas en el invierno, con las nubes y el frío, preservan y guardan. En el verano de cielo azul y ajeno, encarcelan y aplastan. En el exterior están habitadas de aves de crepúsculo: vencejos que rayan el cielo, murciélagos de azogado vuelo que tienen su morada en las aspilleras profundas de las torres, donde la humedad es algo vivo que se desliza en un musgullo verde, cubriendo las paredes.

En la puerta está el hombre, fusil y pensamiento. «Será necesario cambiar para el hijo. No hay posibilidad para su porvenir. Será necesario cambiar para que el hijo no quede desamparado por este tiempo de Castilla.»

El pensamiento no ha varado, con el cuerpo, en la puerta. El pensamiento ahonda en la perspectiva, se fuga por el agujero que el hombre le ofrece, de duda y de inquietud. La locura está adormecida de paredes adentro. La locura que un día surgirá tras una crisis de alguien, como una tormenta seca del bochorno. La locura es lo que teme el hombre que está inmóvil, impasible con su fusil. Será la huida no pensada, el marcharse inopinado, ahora presentido. El hombre quiere organizarse, se pide orden, por eso deja al pensamiento que vaya y explore. Un hijo no se puede inmovilizar como un centinela. El hijo ha de salir y prepararse y preocuparse por la vida. El hombre, en el mediodía abrumador, es apenas un fantasma de sí mismo.

Cuando uno está libre, está herido y se desangra. Cuando uno está preso por su necesidad o por su falta de energía, está muerto. Hasta que se apercibe, que es cuando empieza a estar libre y a dejar palpitar sus heridas. El pensamiento entrecruza los

caminos, agavilla las esperanzas.

«¿Cómo vine aquí? Historia de diez años atrás. Después de la guerra, una posibilidad y una alegría de empezar lo no comenzado. La costumbre del fusil no se pierde tan pronto. Sin embargo la casa, la nostalgia de la casa libre y desgajada de los demás es superior a un deseo; más con el hijo y la mujer, callada, hasta los incontenibles estallidos de la palabra, sólo algunas veces, pero las suficientes.»

Del pozo estaban sacando agua. El chirriar de la polea se oía monótono desde cualquier lugar del castillo. El chocar del agua vertida de un cubo a otro, sonaba adelgazándose hasta el último cloqueo. Los muchachos ayudaban a una mujer a tirar de la cuerda. Al caer de nuevo el cubo de agua, el pozo resonó como un estómago ahíto, palmeado. El timbre del teléfono corrió nervioso las cuatro paredes. El hombre de guardia asomó la cabeza. En el Cuerpo de Guardia contestaban ya. El que contestaba, cambiaba señas con el centinela. La conversación duró apenas dos minutos. En voz alta preguntó el centinela lo que ocurría. Solamente era curiosidad. No eran frecuentes las llamadas al castillo. Desde el Cuerpo de Guardia, el otro le hizo señas de que esperase, y sintió que algo importante había sucedido.

Lentamente, como paseando, se acercó el guardia a su compañero. Casi estaba ya enterado el centinela al contemplar su rostro. La noticia no le extrañó demasiado: «Han matado o han herido a uno de los nuestros. No se sabe más. Ha sido en el campo. Un pastor ha llevado la noticia al pueblo. Hubo esta mañana lío en la feria».

Las preguntas del centinela fueron breves.

—¿Hay posibilidad de avisar a la otra pareja?

—Estará avisada. Nosotros no podemos...

—¿Se sabe cuál de los dos sufrió el...?

Dudó antes de precisar. Pensaba haber dicho accidente o algo parecido, pero dijo «baja». Baja, que era una palabra encasquillada en el corazón.

—No se sabe —contestó el del Cuerpo de Guardia— de quién es la baja; si de la pareja del cabo y Guillermo, o de Baldomero y Cecilio.

Los dos quedaron callados. Ruipérez dijo, mirando su reloj:

—Ya es la una menos cuarto. Voy a relevarte. Estáte atento al teléfono y en cuanto tengas alguna noticia precisa, comunicas con la Comandancia. No digas nada a las mujeres.

—Bien.

Ruipérez se alejó despacio. El centinela contemplaba el campo. Las voces de los muchachos le llegaban claras y distintas. Arrastró el pie distraído y cortó transversalmente la pista de las hormigas. El campo, iluminado, no le dañaba en su observación. Arriba volaba alto el azor. El sol hacía ya una breve sombra en la muralla. El mediodía había pasado. Quedaban las largas, vacías, horas de la tarde, que acabaría en los lejanos cerros del oeste.

Dos de la tarde

CUANDO LOS ÚLTIMOS SOLDADOS se retiraron, los campesinos salieron de las ruinas de las casas con asombro y miedo. Se encontraron todos en la única calle del pueblo. Se miraron a las caras. Luego, sin que mediara una voz entre ellos, unidos, amasados en la venganza, echaron a andar. Una mujer les salió al paso. Se hincó de rodillas ante los que avanzaban. Los campesinos abrieron su apretada marcha y la volvieron a cerrar. La mujer seguía en la misma posición, invariable, mineralizada, atrás, en medio de la calle.

De unas ruinas asomaron los cañones de una escopeta de caza. Los campesinos avanzaron más. Se oyó un grito terrible. Sacaron a un hombre con los pantalones chorreando sangre. Alguien se acercó con la navaja abierta y le dio un tajo en la boca. El labio inferior le quedó colgando. El hombre escupió un borbotón de sangre. Dijo algo que no se le entendió. Lo remataron a puñaladas y se alejaron.

Se alejaron serenos, justicieros, como iluminados. Nadie habló. Volvieron a sus ruinas. Al mediar la mañana entraron soldados en el pueblo. Otros soldados y otras banderas. Soldados que buscaron en las ruinas. Banderas que quedaron sobre las ruinas. Nadie preguntó nada. El muerto fue enterrado. La mujer del muerto caminaba ya por la carretera hacia la retaguardia.

Todo esto lo vio Sonsoles la mañana del cinco de mayo de 1937, desde el altillo del manantial, encima del pueblo, dominando la columna vertebral del pueblo, calle o carretera, en la que su madre se hincó de rodillas y en la que los vecinos, los parientes, los hermanos de su padre acababan de dar muerte a éste. Sonsoles echó a correr tras su madre. La alcanzó y comenzó a hablarle. Sonsoles la siguió varios kilómetros. La mujer se sentó en la acequia de la carretera y se descalzó. Entonces habló por primera vez. Se limitó a decir: «Era malo. Así tenía que acabar.»

* * *

Sonsoles y Felisa estaban sentadas en unas sillitas bajas en un rincón de la galería, resguardadas del sol. Cosían, hablaban despacio; a veces, con una hebra de hilo entre los labios. Sonsoles tenía el pelo blanco encima de la frente, arrugada la cara, la mirada pendiente solamente de la labor. Alzó los ojos y respiró.

—Con la guerra se hicieron fortunas.

La ropa blanca sobre su regazo era como una nube en la que se perdían sus manos morenas.

—Con la guerra se hicieron fortunas —repitió.

Sonsoles veía jugar a su hijo en el patio. Le siguió con la mirada. Le pareció inútil avisarle que no se asomara al pozo. De todas formas, lo haría. El muchacho se asomó al pozo y gritó dentro de él. Sonsoles conocía el juego: «¿Estás ahí? Ahí... ahí... ahí... iii...» La voz de Felisa le llegó como un eco y volvió a su labor.

—...mucho dinero, un capitalazo.

—¿Qué decías, Felisa?

Felisa siguió hablando. A veces hacía un alto y extendía la prenda que estaba cosiendo frente a sus ojos. Movía la cabeza a un lado y otro.

—Hubiera quedado mejor si la llego...

—He oído contar —dijo Sonsoles— que mucha gente guardaba el trigo hasta de tres cosechas. A muchos les salió mal, otros hicieron así el dinero.

Dejó de prestar atención a las puntadas. Posó la mirada en el blanco revoltijo. La ropa, así, limpia y olorosa, le daba sueño. Sin embargo, cuando se tendía en la cama no conseguía dormir. Pedro le había dicho que tenía que ir al médico. No. No quería que la viese el médico. Pedro tenía razón. Algún día tendría que ir al médico. Sin embargo, procuraría resistir todo lo posible. Recordó lo que siempre decía su marido: «Estás de mal humor porque no duermes; te duele la cabeza porque no duermes; te vas a volver loca como sigas sin dormir.»

—En mi pueblo —afirmó Felisa— antes de la guerra había dos familias de antiguos ricos que no tenían donde caerse muertos. La guerra los arregló.

Sonsoles siguió el senderillo de puntadas por la ropa. Pedro estaba también inquieto, desasosegado. «Acabaremos todos locos si tú empiezas por no cuidarte y ternos a todos nerviosos.» Clavó la aguja. Felisa seguía contando historias de ricos y pobres, de ocasiones salvadoras. Sonsoles se levantó de la silla y estiró su falda sobre las anchas nalgas.

—El dinero, aunque sea más malo que un pecado, ayuda a vivir —dijo Felisa.

Sonsoles llamó a su hijo.

* * *

La abuela de Sonsoles era una mujer alta, de piel arrugada y morena, que tenía el rostro como una bola de papel de estraza en la que se hubieran clavado dos alfileres de cabeza negra. La abuela tenía ojos de comadreja y unas manos largas, temblorosas, que daban miedo a Sonsoles porque le parecían despegadas de su persona, con vida diferente, como dos alacranes. La abuela se hizo contar la historia dos veces. Las tres mujeres quedaron en silencio. La abuela, al cabo de un rato, sacó un rosario de simientes amarillas y principió a rezar. Lo ofreció, tras una vacilación, por el muerto.

Sonsoles iba a cumplir catorce años en septiembre. La abuela le había ordenado que vistiera de luto por la muerte de su padre hasta que cumpliera los quince.

Sonsoles vistió de negro. Su madre no tomó parte en la orden. Su madre siempre vestía de negro. Sonsoles no se la imaginaba con ropas de otro color. Era madre, y las madres y las abuelas tienen que vestir de negro. Las mujeres tienen que vestir de negro desde que se casan.

En septiembre cumplió catorce años. Poco después comenzó a tirarle el pecho. Primero descubrió los abultamientos de las tetillas, como dos aceitunas. Luego descubrió otras muchas cosas. Dejó de jugar con los muchachos en los pajares. Dejó de saltar con las faldas al aire en la plaza, junto a la fuente, que no medía el tiempo en su constante dar agua de día y de noche, en invierno y en verano, con la misma intensidad. La fuente, pensó alguna vez Sonsoles, no es ni joven ni vieja, ni antigua ni moderna. Una piedra, una teja, un caño: es lo mismo. Pero la fuente no varía como otras fuentes que se secan en el estío o que repentinamente desaparecen. Aquella fuente había creado el pueblo en su torno. Aquella fuente era parte de la riqueza del pueblo. Más antigua que los huesos más antiguos del cementerio, más niña que los balbuceos como de agua de palabras, de la boca más niña de los habitantes.

Acabó la guerra. Regresaron hombres al pueblo, un poco desconocidos para todos, transformados. Alguno faltó. Sonsoles conoció a un primo suyo.

Aquel verano Sonsoles ayudó mucho en la casa. Su madre parecía haber caído en un estado hipnótico, profundo y luminoso, que le entrampaba la mirada durante mucho tiempo en un objeto cualquiera, hasta que, con un esfuerzo, lograba desasir sus ojos de él, para llevarlos y sumirlos en otro. La abuela dejó correr su mano, de curvado y largo dedo medio, por la cabeza de Sonsoles en una caricia mecánica e imprevista, fijos los ojos en la mujer a punto de soltar sus postreras amarras y partir hacia la oscuridad. La abuela dijo en una recién encontrada voz, voz de otros años, tierna y amarga como un fruto madurado en exceso: «Morirá antes del otoño.»

Y la sentencia, hecha de adivinación y pena, de la misma cercanía a la muerte, sonó en la cabeza de la nieta como el golpear de dos piedras, enemigas y distantes, en su insolidario ser.

Aún intentó Sonsoles un esfuerzo de búsqueda. Buscar dentro, en el rincón más fresco y oculto de su inteligencia, la esperanza de que la vida de su madre persistiría, de que su muerte era como un hurto controlado, y por tanto inadmisibile, que se le hacía a su propia existencia. Pero llegó el convencimiento en la muerte y, entonces, se abrazó a la abuela.

La abuela habló otra vez y sentenció la vida de Sonsoles para los años futuros.

—Vivirás conmigo hasta que te cases. Cuando te cases, la casa será tuya y poco tendréis que soportarme, porque yo daré el quehacer de un pájaro.

La nieta se abrazó más fuerte y se confundió en el pecho amortiguador, cansado e inútil de la abuela.

—No me casaré —dijo— hasta que tú...

La abuela sonrió:

—Hasta que yo... No, hija mía, hasta que tú tengas edad, hasta que un hombre te sea tan necesario como respirar.

* * *

Sonsoles llamó a su hijo.

El muchacho se acercó corriendo, saltando sobre su propia sombra. Sonsoles le sacudió los pantalones, le atusó el pelo con la palma de la mano. El muchacho, inquieto, danzando en uno y otro pie, se quejaba viendo a sus compañeros continuar el juego.

—Ya está bien, madre.

—Quieto, estáte quieto, que parece que tienes electricidad.

Al soltarlo del brazo, el chico echó a correr. La madre recomendaba en balde:

—...cuidado, cuidado, ten cuidado.

Contempló su carrera, su jadeante subir a la muralla, su entrada en el grupo que lanzaba piedras fuera del castillo. De buena gana le llamaría de nuevo, sin saber por qué, para cobijarlo, para pasarle de nuevo la mano por el pelo, para hacerle las simples reflexiones de siempre: «¡Cochinazo!», agriando la voz y, sin embargo, llena la palabra de cariño.

—Pareces un gitano. Te arrastras por todos los sitios. Contigo da lo mismo esmerarse que vestirse de saco. Eso es lo que había que hacer: vestirse de saco.

Lo vio sobre la muralla, recortado en el cielo azul. Pensó en el tiempo de su nacimiento, en su embarazo angustioso, en la alegría dolorosa del parto. En aquel ser había mucho más de ella que de su marido. Ahora ya no era aquella mancha de carne que compartía su lecho y lloraba cuando tenía hambre y se ensuciaba y enfermaba misteriosamente; ahora iba para hombre, iba también paulatinamente separándose de ella. Notaba cada día cómo crecía la distancia. Quiso llamarle. Si alguna vez encontraba palabras, cuando fuera mayor le explicaría. Pero ¿qué le explicaría?

Sonsoles volvió la espalda al grupo de muchachos y entró en la casa. En la entrada, a la derecha, estaba la cómoda de la abuela, grave como un altar; en la pared, su retrato de bodas: Pedro de uniforme; ella vestida con un traje negro de gasa. No se miraron cuando les fueron a hacer la fotografía; miraron al objetivo, juez de aquel momento, testigo que daría constancia de aquel día. Se pasó la mano por la cabeza. Ya estaba empezando a hacerse vieja. Pedro tampoco tenía la mirada tan suave, tan calma. Quiso recordar pequeños detalles de aquel día. Las primas, que la acompañaron mientras se vestía y que le levantaban las faldas para que vieran sus enaguas las mujeres que entraban a felicitarla y aconsejarla. Los comentarios, los cargados comentarios de las mujeres, sobre aquella noche que ya no recordaba, que le

era imposible recordar. Sonsoles miró fijamente el retrato.

Miró fijamente el retrato y entró en la cocina.

* * *

Murió la madre un cálido atardecer en que abordaba el horizonte la luz, morada y visceral, de la tormenta. La abuela apagó la luz eléctrica y encendió velas en la alcoba de la muerta. Sonsoles, por la ventana de su habitación, veía penetrar la claridad como de vidriera de iglesia, de manto de santo, del atardecer.

Enterraron a la madre por la mañana. Llovió a mediodía. Gruesas gotas produjeron cráteres como de hormigas en el polvo, más tarde embarraron los caminos y levantaron del campo un suave y cálido perfume. Sonsoles y su abuela hablaron mucho. Por la mente de la abuela ya andaba la idea de enviarla a un convento cercano para que aprendiera labores, servidumbres de mujer, para que se preparase al matrimonio. Sonsoles no se resistió. La abuela dijo: «En año y medio te prepararán las monjas. Aprenderás cosas que en el pueblo nadie te puede enseñar. No has vivido muy libre, pero este encierro te disciplinará más. Luego podrás casarte.»

La abuela explicó a la nieta lo que sería el matrimonio:

—No es un juego. No es una comodidad. No es un deseo que has de satisfacer. Todo lo que yo te digo que no es y muchas cosas más dejan al matrimonio limpio, brillante. Sí yo te explicara lo que dicen los curas, te mentiría. Es algo que está hecho de muchas cosas. Es algo muy confuso. El odio, la ira, hasta la repulsión forman parte de él y, sin embargo, todo se va transformando en querer al otro, en estar en el otro, en creer que te debe doler la carne si al otro le duele.

Estiró las manos y cogió las de la nieta:

—Niña mía, ve preparándote para el dolor.

Sonsoles nunca había oído hablar así a su abuela. Le parecía, le sonaba lo que decía como un rezo y acaso fuera solamente una costumbre de vieja mujer de pueblo, que hablaba con la misma rara y mágica palabrería de todas las mujeres del campo. Sin embargo, aun no sabiendo por qué, la nieta había recibido de su abuela sensaciones, siempre que decía algo fuera de lo que obliga a decir lo cotidiano, que la entenebrecían, que le causaban tanto espanto como pena.

Sonsoles, por la noche, en su habitación, lloró. Oía a través de la pared la respiración profunda de su abuela y sostenía los suspiros y jadeos, llorando mansamente. Al día siguiente comenzaron los preparativos de la marcha. Preparativos hechos con gran antelación. Las manos de la abuela se posaban en la ropa de Sonsoles y se quedaban un largo rato quietas, hasta que con gran esfuerzo las levantaba y las volvía a su regazo, donde quedaban en tensión, más vigilantes que apacibles.

—Adelante.

Sonsoles se volvió.

—¿Qué viento te trae, Ernesta?

—Venía a pedirte un favor. Ya sé que son muchos los que me haces, pero te prometo que hoy no se me va sin bajar al pueblo.

—Bueno, mujer, ¿qué es?

Ernesta, lo había dicho su marido, Guillermo, un día de buen humor, abulta un poco más que un garbanzo zamorano y un poco menos... Nunca recordaba Sonsoles qué era lo que abultaba un poco más que Ernesta.

—De modo que hoy bajas al pueblo. Ten cuidado, no te vaya a sorprender tu marido jugando con las chiquillas cuando vuelva.

Ernesta y Guillermo no llevaban todavía un año casados.

—Lo que debía hacer era quedarme en el pueblo y no subir más aquí.

—Ya te acostumbrarás.

—¿Acostumbrarme? No creo que pueda llegar el día en que me acostumbre. Estoy cansada y aburrída. Tú, que ya estás hecha a esto, no lo sientes, pero yo no puedo resistirlo. Hay veces...

—Ya te acostumbrarás.

—Si supieras... Muchas veces se lo digo a él, pero no me hace caso. Dice que lo mismo se está aquí que en cualquier parte. Yo prefiero estar en cualquier parte antes que aquí.

—Ya te acostumbrarás.

—Dicen que ahora hay ocasión de traslado.

—¿Y quién dice eso?

—La madrileña. Ayer mismo lo decía. ¿Tú crees...?

—No lo sé. La verdad suele ser otra casi siempre.

Sonsoles sonrió. Ernesta, con un paquetillo entre las manos, salió de la casa. Sus palabras en la despedida eran la promesa, casi cotidiana, de la devolución del pequeño préstamo.

—No te preocupes.

Sonsoles apartó una olla del fogón. ¿A qué tenía que acostumbrarse Ernesta? ¿Se había acostumbrado ella? No era un lugar para que una mujer se acostumbrara a vivir en él. Desde el primer día odiaba el castillo y odiaba también el pueblo y la gente que lo habitaba. De allí había que marcharse, o acabaría odiando hasta a Pedro. Pero ¿qué culpa tenía él?

Sonsoles atizó el fuego y pensó que, cuando pasara el tiempo, también Ernesta se acostumbraría a decir a las mujeres más jóvenes que ella: «Ya te acostumbrarás, ya te

acostumbrarás, ya te acostumbrarás.»

* * *

La colina. El caserón. La mañana. La colina, el caserón y la mañana formaban un todo agrio y gris, dulce y fulgurante. Por la colina, hacia el caserón traqueteaba la tartana rompiendo la calma de la mañana. El burrillo golpeaba con sus cascos el camino polvoriento y se producía un sonido monótono y apagado de tamboril de parche roto. Adormilaba la marcha y escalofriaban los bruscos despertares de los breves sueños de la marcha. Tenía Sonsoles los ojos agrietados para las imágenes. No percibía el paisaje pleno, sino una mínima parte, un componente de él: piedras en tumultuoso hacinamiento, matorrales oscuros o zarzales de moras de color y de estructura de postillas en los ribazos blanqueados y suaves como piel humana. Sueño y tedio convergían para empañar la visión y debilitar la conciencia de lo que a su alrededor vivía apaciguado y se tornaba fílmico y espectral.

Por el camino de la colina llegó al convento —paredes maestras de fortaleza, apariencia de cortijada donde la espadaña de la capilla se añadía a su unidad extrañamente; espadaña en que la mirada se posaba como un pájaro y de la que el oído creía percibir el sonido quebrante de una campana fina y nerviosa—. Llegó al convento. El hombre de la tartana le llevó el equipaje hasta la puerta abierta. La esperaban. La recibió una viejecita vestida de negro, inmóvil como un poyo, pegada a la pared, destacando de la misma piedra por sólo el color. Penetró.

Pasando el zaguán, entró en un patio. Alzó la vista y sintió el cielo, reposado y claro. Un cuento donde la virginidad se remansaba; y la misma virginidad penetrada la exaltó. En respetuosa y alegre soledad, Sonsoles experimentaba en su carne y en su pensamiento lo que de nuevo y buscado había en aquel patio. La palabra de la viejecita la arrastró a un como arrabal de aquella paz donde el trato con los seres tenía que llevar al desvirtuamiento de la esencia milagrosa del patio, de la primera impresión del convento. Luego la bienvenida y la consideración —en la ordenada hasta el exceso y dura, fresca y blanca, como la carne de una manzana, sala de recibir—, de que ella era un espectáculo gracioso y enternecedor a los ojos de las cuatro monjas que la contemplaban con ingenua y picara bondad. Con las cuatro monjas y la viejecita vestida de negro pasó a la capilla a dar las gracias por su feliz llegada. Los rezos melódicos la fueron llenando y acariciando hasta hacerle consentir en la idea de que ella formaba parte desde siempre de la reducida comunidad y de que su llegada era lejanía de años hundida en el caudal de la memoria.

Al poco tiempo Sonsoles necesitaba quedarse de por vida en el convento. No había habido desligamiento y adaptación, sino encuentro y ajustamiento. Transcurrió un año. Se deslizó el año por su cotidiana sencillez, casi sin poderlo limitar a hechos, sin poderlo segmentar en acciones diferentes. La carta de la abuela fue el tope donde

su vida paró momentáneamente.

Tras la carta surgió la promesa del regreso. La esperarían en la comunidad. Esperaría el patio su habitual y largo paseo de las horas de la tarde, rezando por los grandes sucesos, patrimonio de los hombres, y por las pequeñas cosas a las que se encadenaban las mujeres. Esperaría el voltear de la campana, más veloz que nunca hasta agitarse como un pañuelo lejano en el saludo, a que apareciera la tartana conduciéndola, trayéndola al regazo conventual en el que la vida era sálmica y suspirada, honda y leve como un vuelo de ave de montaña.

La Superiora entregó a Sonsoles, en el momento de partir, una caja de cartón cuidadosamente envuelta en papeles. Le recomendó: «Escribe nada más que llegues. Los dulces son para la abuela.»

La Superiora era una mujer mayor, casi una anciana. Había dicho «la abuela» como si a ella le correspondiera también parte como nieta. Sonsoles se abrazó a ella y lloró hasta que, llevándola suavemente, la ayudaron a subir a la tartana.

—Vamos, vamos, hijita, ya volverás. Vamos, vamos; esperamos tu vuelta.

El caserón. La colina. La tarde. El burrillo rebuznó largamente. En el campo, sobre la amarillez sin límites, las manchas negras de los campesinos. Una blanca y diminuta nube en el horizonte. Sonsoles volvió la cara hacia el convento. Le parecía ya muy lejano. Pensó en el año pasado allí, pensó que aquel valle de un año en su vida había sido de alegría y serenidad. Ahora otra vez, acaso para siempre, la meseta y otros años. Le vino a la memoria la Salve. No hay valle de lágrimas. Hay meseta de lágrimas, porque los valles deben ser alegres y serenos. En la meseta es donde está la levadura de la tormenta, y la vida no es más que una meseta dilatada. Sonsoles miró sin ver, porque lo que veía ya era la abuela en su inmenso lecho hablándole de la muerte como si no fuese a morir.

La agonía de la abuela fue lenta. Luchaba con la muerte como solamente puede luchar la ancianidad. Era un combate entre terrible y grotesco, donde la vida se agigantaba y empequeñecía con aquello que iba dejando de ser. El rostro de la abuela se mostraba como una sucesión de máscaras. Sonsoles sentía que crujían los huesos de su abuela, que se abrían y se combaban como la madera que va perdiendo humedad. Oía el jadeo de su pecho y el sordo golpear de su corazón no resignado. A veces recuperaba, tras un largo debatirse en las profundidades, sólo consciente lo físico, el pensamiento. Decía algunas palabras: Dios, campo, vida, matrimonio, hijos, muerte, dinero. Eran palabras que vomitaba el volcán apagándose, las últimas. Luego serían los ruidos subterráneos con significado dentro de aquella mente que se acababa, sonoridad únicamente para los que rodeaban el lecho.

* * *

Cruzó el patio. La luz le hería en los ojos. Caminaba lentamente con los párpados

entornados. Tenía la sensación de que caminaba dormida. Por la abierta ventana del Cuerpo de Guardia veía a Pedro, inclinado sobre la mesa con un lapicero en la mano. Se fue acercando. Antes de llegar ya se había percatado él de su presencia. La miró largamente. Luego habló:

—Calor, ¿eh?

—Mucho. En la cocina...

Pedro la dejaba hablar. Ella iba contando minuciosamente las domésticas incidencias de la mañana.

—Arreglé tu camisa. Creo que te puede durar todavía...

De pronto calló. Pedro dibujaba sobre los márgenes del periódico figuras geométricas; a veces firmaba y rubricaba aparatadamente. No oía nada. El repentino silencio de Sonsoles le hizo volver la cabeza.

—Dices que la camisa...

Sonsoles le escrutaba. Pedro volvió a sus figuras.

—Demasiado calor. No me extrañaría que se formase un tormentón...

Sonsoles seguía callada.

—En la feria, el ganado que quede andará revuelto...

Sonsoles estiró mecánicamente su falda.

—Otros años me ha tocado a mí la feria. Se suele comer...

No se atrevía a preguntarle. Sin embargo, deseaba preguntar, enterarse, saber qué era lo que preocupaba a Pedro. Sonsoles dijo:

—Oye, Pedro...

—¿Qué?

Dudó. Añadió al fin:

—¿Te traigo la comida aquí, o vas a venir hasta casa a comer?

—Tráela aquí, es mejor.

—Como tú quieras.

Volvió la espalda a la ventana y principió a andar. Pensaba que a veces se nota una llamada de aviso dentro de uno, una especial llamada que no se sabe por qué, un como ruido oscuro que despierta todo el cuerpo. Volvió la cabeza a la voz de su marido. Anduvo de prisa.

—¿Qué, Pedro?

—No me traigas el primer plato. No tengo ganas. Si has hecho café, le echas un buen chorro de coñac.

—Bueno.

Sonsoles miró sus negras alpargatas. Tras ella crecía una breve sombra.

* * *

Cuando se llevaron a la abuela, Sonsoles se encerró en su habitación. Llamaban

constantemente a su puerta. No respondía. Los parientes insistían, desconfiaban, querían asegurarse; por eso preguntaban una y otra vez, monótona e inútilmente: «Sonsoles, ¿estás ahí? Contesta. Mira que...» Y amenazaban o rogaban por turno. Sonsoles estaba lejana a todo aquello: duelo, llantos, comentarios y egoísmos. Se había desprendido de todo lo que fuera perseverante condolencia de gesto o de palabra, de los consuelos aplicados con desinterés casi medicinal, del ambiente agobiante y siniestro de los presuntos herederos de la abuela. No le repugnaba aquel bullicio funeral en torno a lo dejado por la abuela. No unía la mesa a la mano alacranídea, ni las sábanas finas a la huella corporal. No sentía que los parientes cercasen e inundasen la casa porque sabía que en parte les pertenecía y tenían derecho a ello, y que la realidad y el ajustarse a aquella triste realidad era tan humano como el olvido consiguiente a la muerte de la abuela. La necesidad de vivir los impulsaba a ello y hacían mejor en disfrazar su necesidad de hipocresía que en encerrarse como ella misma, cien veces más egoísta, en una habitación, a meditar el suceso...

Sonsoles no encontró dolor en sí misma. Encontró separación, consciente separación. Se examinó en las últimas horas de la abuela y halló que, como su corazón le decía que aquella cosa —ya no su abuela— temblante, exprimida, pereciente, oscilaba y se equilibraba entre la vida y la muerte, nada podía hacer ella, nada; ni llorarla. Porque se puede llorar bajo la amenaza, pero no en lo ya cumplido sin remedio.

Sonsoles sintió amargura en el trance de la separación. Luego pensó en su regreso al convento, ya sin ataduras, sola y sin deseo de perder su soledad en lo que ella llamaba «el mundo». Porque el convento no era «el mundo», sino algo que entre el cielo y la tierra se sostenía, como una nube o como una ave planeando, donde se encontraban y giraban unidas soledad y compañía.

Sonsoles decidió volver al convento en el plazo de tiempo más corto posible. Abrió la puerta de su habitación y salió a los llantos, a los bisbiseos de los rezos, a las muestras de dolor de las mujeres y los rostros adustos de los hombres en los que los ojos se sumían en una pena de intereses y cálculos. Sonsoles se unió a las mujeres en sus rezos. Su cara tenía una impasibilidad de imagen.

El primo, que había estado en la guerra, rondaba a Sonsoles e inquietaba, con su cerco constante de insinuaciones, lo que dominado u olvidado habitaba en la mujer. No fue una sorpresa para ella el encontrarse paseando y hablando con su primo, en los atardeceres cargados del aliento dragontino del otoño pleno. Fue ella la que frustró el experiente juego a que el muchacho se lanzó, uno de aquellos atardeceres. Dijo: «Estáte quieto.»

La respuesta fue una sonrisa de humedecidos labios y la torpe maniobra de un supuesto abrazo. «Estáte quieto, estáte quieto.»

Advertencia y amenaza en la voz de Sonsoles; incontenible deseo en el gesto del hombre. «Estáte quieto, por última vez.»

El campo era un zumbido y un aroma. El hombre abrazó a la mujer. El juego desembocaba en lucha. Medio ahogada, con el rostro salivado, se debatía la hembra contra el macho. Cuando se levantó el hombre, rasgado, arañado, vacilante, no había satisfacción en su mirada; había miedo. Sonsoles le dijo en voz baja, en una voz que se pegaba a la tierra y que desde ella ascendía como el humo de una hoguera: «Te mataré, te lo juro.»

El hombre corrió. Corrió durante mucho tiempo. Sonsoles se quedó mirando al cielo con los ojos muy abiertos. Pensó en el convento y en su imposibilidad de retornar a él. Pensó que el convento era como una gran masa de rocas negras, macizas, que guardaban en su centro un claro y transparente cuenco de agua intacta, en las que no se podía penetrar. Se echaba la noche. Aparecieron las primeras estrellas. El zumbido del campo se hacía rumor; el aroma era llevado por un aire fresco que resbalaba sobre la tierra. Sonsoles se levantó y caminó hacia el pueblo. Al día siguiente anunció a sus parientes que no volvería al convento del valle. Al día siguiente su primo abandonó el pueblo para buscar trabajo en las tierras del sur de la meseta.

* * *

Pedro dejaba correr el lapicero por las márgenes del periódico. La mano retornaba con la preocupación a los balbuceos caligráficos de la niñez. Luego pensó en su pueblo y en la guerra, en la miseria y en los muertos. Fue avanzando en su pequeña historia: ingreso en el Cuerpo, conocimiento de Sonsoles, la boda, el hijo... Interrumpió su recordar para asomarse a la ventana. Ya no estaban los chicos en la muralla. Tras él sintió las pisadas de Sonsoles. En una bandeja, cubierta por una servilleta, le traía la comida. Silenciosamente la colocó sobre la mesa. Pedro se volvió.

—Oye —dijo— cuando nos conocimos en tu pueblo, ¿te acuerdas cómo se llamaba aquel con quien bailaste durante las fiestas para fastidiarme?

—¡Qué cosas tienes! ¿Cómo me iba a acordar?

—Es que aquel tío ¿sabes a quién se parecía? Bueno, no lo sabes... tú no lo pudiste conocer... Un compañero mío que murió en la guerra tenía su misma cara. Sí, tenía su misma cara. Acaso el del baile un poco más joven, pero su misma cara.

—Pues ni me acuerdo de qué cara tenía el del baile. Sé que era navarro, o de por arriba; me estuvo hablando durante todo el baile de que su tierra era mejor que la nuestra, más rica y más bonita. Y ¿por qué te preocupa ahora el del baile?

—No, por nada. Es que pensaba en la guerra, en el día que tumbaron al que te digo. Íbamos avanzando por la falda de un cerro sin disparar un tiro, y de pronto

empezó una ametralladora enemiga a tirar. Le alcanzaron en el vientre, no iría a más de diez pasos a mi derecha; le vi caer lentamente y me acerqué corriendo. Sólo recuerdo que parecía querer apretarse el cinturón. Decía: «Aquí, aquí.» El oficial me mandó seguir adelante.

—Deja de recordar cosas tristes. Lo pasado, pasado está. —Sonsoles quitó la servilleta que cubría la bandeja. Añadió—: Come, que se te va a enfriar.

Pedro partió cuidadosamente la carne. Sonsoles le miraba preocupada.

—¿No tienes ganas? ¿Estás enfermo? Di...

—No tengo ganas, pero no estoy enfermo.

Apartó el plato y acercó la taza de café. Revolvió con la cucharilla. Sonsoles le advirtió:

—No revuelvas, ya lo he hecho yo.

Cuando terminó de tomar el café, le preguntó:

—Estas muy preocupado; dime ¿por qué es? Dímelo y así se te irá pasando.

Pedro volvió la cabeza hacia la ventana.

* * *

Sonsoles solía vagar por los alrededores del pueblo. El otoño se le fue vagando por los espejeantes, barrocos caminos de los alrededores del pueblo. Dijeron que parecía loca. Anudaron en su torno una invisible red de sospechas calladas, de contemplaciones hechas a hurtadillas. El párroco habló una tarde con ella y supo la verdad. Decidieron enviarla al pueblo de su padre, donde otros parientes.

* * *

El cura y el alcalde subían hacia el castillo. El cura relataba al alcalde, entre jadeos y frecuentes paradas, cosas relativas a los años de la guerra. El alcalde asentía con la cabeza o afirmaba de palabra, suave, vagamente.

—...y entonces volvieron a entrar tras una batalla librada en las montañas. Lo poco que quedaba arramblaron con ello. Aquel invierno nos hubiéramos muerto de hambre si no hubiésemos...

El alcalde pensaba en otra cosa, en la cercana muerte que les habían anunciado y que iban a comprobar al castillo. El cura terminó:

—...frente a la desgracia no queda más que resignación. Los malos siempre tienen su castigo. Las llamas del infierno aguardan a aquellos que...

Ruipérez saludó en la puerta. El cura se sonó repetidamente. El alcalde se soltó el botón del cuello de la camisa. El cura dijo:

—¡Uf, qué calor! ¿Hay noticias?

—Pasen al Cuerpo de Guardia —contestó Ruipérez—. Pedro Sánchez les contará.

—Muchas gracias.

Pasaron al castillo. El alcalde se adelantaba un poco al avanzar. El cura parecía querer sujetarlo a su lento andar hablándole de cosas terribles, muchas veces dichas y oídas en las conversaciones de sobremesa tranquilas. Recuerdos que irían rodando de boca en boca, a medida que pasase el tiempo, transformándose en leyendas como las de la guerra carlista, que todos habían escuchado de niños.

Pedro estaba de pie; se cuadró militarmente.

—No hemos esperado —dijo el cura—. La noticia es terrible. ¿Está confirmada?

—Por desgracia, sí.

—Y ¿quién es la víctima?

—Todavía no lo sabemos. Esperamos la comunicación. Nada se puede decir aún.

El cura y el alcalde tomaron asiento. Pedro Sánchez les ofreció café. El cura aceptó.

—Sí, un poco de café y un vaso de agua. Este calor asesina.

Pedro se plantó en la puerta y llamó:

—Sonsoles, un poco de café y coñac, que están el señor cura y el señor alcalde. Tráete una jarra de agua fresca.

Al poco tiempo entró Sonsoles seguida de su niño, adormilado de la siesta interrumpida. El niño besó la mano del cura y murmuró algo. Cariñosamente le dieron unos golpecitos en la cabeza.

—A dormir, mozo, a dormir.

El niño se restregaba los ojillos semicerrados, picándole rabiosamente; se estrechó contra su madre.

—Estaba dormido —le disculpó Sonsoles— y se ha despertado; quería venir a saludarles.

Luego tuvo una vacilación. Sabía que algo importante ocurría, pero no se atrevió a preguntarlo.

—Si ustedes no mandan algo más...

El cura sonrió.

—Lleve la criatura a dormir, que se está cayendo de sueño.

—No se preocupe; ya no se duerme. ¿Verdad, Pedrito, que ya no te duermes?

El niño volvió a murmurar algo y se apretó fuertemente a su madre. Sonsoles se retiró.

El alcalde tomó la palabra:

—Diga usted, Sánchez; ¿en la feria quiénes estaban?

—Según a qué hora. Porque la cosa ha ocurrido, al parecer, de una forma imprevista. Seguramente las dos parejas se han puesto en persecución de los malhechores. Y en el campo, ya sabe usted, no se puede precisar nada.

—De la Comandancia han comunicado algo.

—Sí, pero hasta que se sepa... Yo creo que si ustedes aguardan... lo sabremos en seguida. No pueden tardar en comunicárnoslo. Una u otra pareja nos llamarán.

—Pues esperaremos —añadió el cura.

Los tres quedaron silenciosos.

El cura combinó en su vaso café, coñac y agua. Bebió la mezcla de un sorbo.

—Hace un calor endiablado.

—A la noche se formará una tormenta —afirmó el alcalde.

El patio del castillo tenía una media rodaja de sombra. En la sombra estaba tumbado un perro, con el vientre pegado a la tierra, resollando agitadamente.

Ernesta entró en la casa de Sonsoles.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? ¿Por qué han venido el cura y el alcalde, Sonsoles? Di: ¿ha ocurrido algo?

—No ha ocurrido nada que yo sepa, Ernesta; han venido porque tendrán que resolver algún asunto. Ya sabes, otras veces también suelen subir.

—Pero a esta hora... No, Sonsoles, no; algo ha debido ocurrir. Tú tienes que saberlo, tú tienes que saberlo...

—No seas tan nerviosa, mujer. No ha ocurrido nada, o por lo menos yo no sé nada. Si lo supiera, te lo diría. ¡Cómo no te lo iba a decir!

Sonsoles acompañó hasta la puerta a Ernesta. Le empujaba suavemente de la espalda.

—Te prometo que en cuanto sepa algo, te llamo.

Felisa estaba descolgando la ropa, puesta a secar en la galería.

—¿Qué pasa —dijo—, qué le pasa a esa chiquilla, Sonsoles?

—Nada, nada, que está nerviosa.

—Y ¿porqué está nerviosa?

—Yo qué sé. Dice... bueno ahora te lo cuento.

Pedro, el hijo de Sonsoles, se acercó a la sombra donde el perro dormitaba. Le tiró de una oreja. El perro hizo un movimiento extraño. Se levantó y se fue a tender a unos pasos. Pedro se acercó de nuevo y volvió a molestarle. El perro aulló y se levantó, pero esta vez no se tendió a los pocos metros en el suelo; se quedó plantado con la cabeza baja, esperando el movimiento del chico. El chico fue hacia él y le dio una patada. El perro trotó cansinamente hacia la luz. Sonsoles gritó a su hijo:

—Niño, no tengas mala entraña, deja al perro descansar.

El niño se alejó. El perro dio la vuelta y se volvió a tender en el mismo lugar que ocupaba la primera vez.

Felisa y Sonsoles conversaban.

—¿Qué le pasaba a Ernesta?

Sonsoles movió la cabeza a un lado y a otro. Preocupó el gesto.

—Le pasaba lo que me pasa a mí. Está... no sé cómo decírtelo... algo ha debido de ocurrir... algo grave. El señor cura y el alcalde no hubieran venido.

—Tú, entonces... tú crees... No, no ha debido de ocurrir nada. No, no nos debemos preocupar. Además, tú y yo tenemos a los nuestros aquí.

—Sí, es verdad, los nuestros están aquí, pero podrían estar en el campo.

Felisa miró hacia la muralla.

—No tengo razón; podrían estar, como tú dices, en el campo.

Las dos mujeres cambiaron palabras casi murmuradas. Sonsoles explicaba detenidamente:

—Quisiera cambiar. Marcharnos a algún sitio diferente. Estas piedras, no sé... a cualquiera volverían loco. Estas piedras, este calor, este no estar sobre el mundo...

Paseaban a lo largo de la galería...

* * *

Cuando Sonsoles llegó al pueblo de su padre, no fue bien recibida por sus tíos. Sin embargo, la casa se le pobló de sensaciones y recuerdos de su infancia. Veía, donde la vista no alcanzaba a columbrar, los amigables, tiernos, presentes, aunque remotos, instantes de descubrimientos infantiles. Allí estaban aguardándola los irreproducibles cantos que solamente el recuerdo guarda en su arca de los años. Cada cosa, cada objeto, cada pequeña, brevísima brizna de lo que le fue familiar, se transformaba en algo que cobraba realidad y crecía hasta embargarla y trasladarla a lo pasado. Fue conquistando el presente a través del pasado y olvidó lo que debía olvidar.

Sonsoles comenzó una nueva vida, unida al pasado por la infancia. Volvió sobre sí y se reconquistó. Recogió de sus lejanas experiencias un como poso de serenidad.

Pedro Sánchez estaba en el puesto del pueblo.

Un día, Sonsoles habló con Pedro Sánchez. Fueron palabras simples y tímidas las que cambiaron. Volvieron a conversar. Volvieron a verse a menudo. Llegaron a llenar la charla casi cotidiana de dudas y reticencias. Primero se les iba en un intercambio formal de preguntas y respuestas. Luego las preguntas cobraron sentido y fueron haciéndose, dentro de su vaguedad y falta de importancia, maduras y como minadas de algo oculto y común que los acercaba. Al fin, aquella niebla fue tomando cuerpo adensándose, compenetrándolos dentro de su formación. Pedro Sánchez y Sonsoles fueron novios poco tiempo. Un verano se casaron. Los parientes se alegraron. La boda coincidió con el traslado de Pedro a otro puesto.

* * *

Sonsoles arreglaba la ropa de un armario. La llamaron desde la puerta. Era una voz con un dejo hombruno, que ella inmediatamente atribuyó a María. María entró.

María Ruiz estaba casada con el guardia Baldomero Ruiz. No tenían hijos. María estaba disgustada en el castillo porque no podía ejercer de maestra, y sus conversaciones versaban siempre sobre el mismo tema: lo bien que ella y su marido podrían vivir en caso de que les coincidieran las obligaciones de él con una vacante de maestra. María Ruiz mostraba domécticamente cierto descuido en el vestir; sin embargo, cuando los domingos bajaban al pueblo a oír misa, ella era siempre la mejor vestida. En el castillo no la preocupaban las formas.

María se acercaba a los cuarenta años de edad; su marido era más joven. Tenía unos labios perfilados, delgados, como si la boca se la hubieran partido de un tajo, y cuando se reía mostraba unos dientes largos, amarillos, que producían en el que los contemplaba cierto malestar. María hablaba mal de todo el mundo por sistema y era la que llevaba o traía al castillo los chismes del pueblo.

Alguna vez Carmen, la mujer de Cecilio Jiménez, había dicho de María que parecía una escoba con faldas. María, delgada y con el pelo normalmente enmarañado, parecía una escoba, pero una escoba a medio vestir, mostrando sus descarnadas piernas bajo unas faldas muy cortas; mostrando su descarnado pecho en un escote muy abierto.

María Ruiz le dijo a Sonsoles:

—Buenas tardes, querida. ¿Tú sabes qué demonios han venido a hacer aquí el cura y el berzas del alcalde?

Sonsoles continuó su labor. Pidió a María:

—¿Quieres hacerme el favor de acercarme las sábanas esas?

María se las acercó. Añadió:

—¿Tú sabes a qué han venido?

—Sé lo mismo que tú. Llevan media hora con Pedro y no me he enterado de nada.

—Poco bueno puede traer esa gente. Deberías ir a enterarte. Pregúntale a Pedro.

—Y ¿por qué no vas tú?

María cambió de tono.

—Oye, ¿tú qué crees que traerán entre manos?

—Pues no lo sé. Hace un rato me lo preguntó también Ernesta. Sé lo mismo que vosotras: nada.

En el Cuerpo de Guardia sonó el timbre del teléfono. Pedro Sánchez cogió el aparato.

—Sí... ¿Quién?... ¿Todavía no se sabe? ¿No lo han comunicado? ¿Herido?... ¿Muerto?... ¿Que no se sabe? Gracias.

El cura y el alcalde prestaban atención a la conversación telefónica. El hijo de Pedro Sánchez entró en el momento en que su padre colgaba el teléfono.

—Papá, papá, ¿me puedo ir con los demás a explorar la acequia?

El cura le interrumpió.

—Calla, niño.

El chiquillo se asustó. Pedro Sánchez le conminó.

—Vete de aquí, Pedrito.

—¿Puedo ir a la acequia?

—Sí, vete.

Pedro Sánchez se sentó de golpe en la silla.

—Nada claro, ¿eh? —dijo el alcalde.

Pedro Sánchez le miró fijamente. Sintió odio por aquel hombre. Guardó las apariencias.

El cura se levantó. Le imitó el alcalde.

—Nosotros nos vamos. Si tienen nuevas noticias, hacen el favor de llamarnos al Ayuntamiento.

Pedro Sánchez se ajustó las cartucheras.

—Voy con ustedes hasta la puerta.

—Muchas gracias.

El cura marchaba en medio, entre el guardia y el alcalde. Al llegar a la puerta, donde Ruipérez montaba la guardia, el cura le dijo:

—Ha sido una desgracia, pero el criminal las pagará. Adiós, no dejen de avisar.

—A sus órdenes. Muy buenas tardes.

Quedaron solos los guardias. Ruipérez preguntó, muy excitado:

—¿A quién fue?

—Por teléfono me han dicho que hay confusión. Las dos parejas salieron al campo.

En la acequia los niños exploraban entre su rara vegetación. Habían descubierto un sapo. Con dos palos lo alzaron al ribazo. Pedro gritaba:

—No lo toquéis, que os meará. Si os mea, os quedaréis calvos.

Uno de los hijos de Ruipérez empujó al sapo con el pie.

—¡Qué va a mear, qué va a mear! ¡Tonterías!

—¡Que sí —afirmó Pedro—, que si os mea os quedaréis calvos!

—Tú lo que tienes, es miedo —afirmó otro chico.

—A que no lo coges con la mano como yo...

Los chicos se rieron. Uno de ellos atravesó con un palo el cuerpo blando, edredonado del sapo y se lo acercó a la cara a Pedro.

—Que te mea, que te mea, chacho.

* * *

Sonsoles y Pedro llegaron al pueblo un mediodía de primavera. El autobús que los dejó en la plaza, siguió por la carretera, larga, recta y estrecha, que partía hacia el

verdor de los campos desde la misma puerta del Ayuntamiento. El autobús se fue empequeñeciendo en la distancia, en la contemplación de Sonsoles, que lo seguía con alegría y nostalgia a un mismo tiempo. Castilla verde y la alegría en el autobús. Ruidos del motor, conversaciones de los pasajeros, tumulto en las paradas, líos de ropas, sacos, aves domésticas... El conductor, impasible, contestaba con monosílabos a las preguntas de dos aldeanos jóvenes que venían de la capital. Sonsoles ayudó a su marido a transportar el equipaje. Hicieron frecuentes paradas hasta llegar al castillo. Cuando vio el castillo, su grandeza, su solemne asentamiento sobre el cerro, preguntó a Pedro:

—¿Y ahí vamos a vivir?

—Ahí. ¿Te parece mal?

—No, Pedro, pero asusta tener que vivir en un sitio tan grande.

Pedro se rió.

—Acabará pareciéndote chiquito. Ya lo verás.

Comenzó a parecerle pequeño el castillo a los pocos días de vivir en él. Las mujeres de los compañeros de Pedro la trataban cariñosamente. Le hicieron confidencias. Con el tiempo fueron cambiando, trasladándose. De alguna solamente conservaba un recuerdo borroso, un detalle insignificante, un algo esencial que le servía para su identificación en el recuerdo. El castillo fue un almacén de hastío, un derrumbamiento de horizontes, para Sonsoles. Preguntaba:

—Pedro, ¿sabes cuándo te trasladarán?

—He vuelto a hacer una instancia.

—¿Y no tienes noticias?

—No. El cabo me dijo que había rumores en la Comandancia de posibles traslados.

Sonsoles cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Ojalá fuera mañana. Ojalá fuera ahora mismo.

Cuando nació el hijo, Sonsoles se serenó. Deseaba marcharse, pero no tan anhelosamente. Deseaba marcharse por otras razones.

Iba pasando el tiempo. La vida transcurría lenta y simple. Pedro se olvidaba de sus instancias. Salía al campo; volvía.

Volvía unas veces mojado, otras sudoroso, siempre cansado.

—Sonsoles, ¿hay agua caliente?

—Sí, la tengo preparada.

—Sonsoles, ¿ha llegado el periódico?

—Sí.

Pedro metía los pies en un barreño, fumaba y leía concienzudamente el periódico. No dejaba nada por leer. De pronto interrumpía el silencio.

—¿Has visto esto, Sonsoles?

—No, no he leído nada.

—Los aliados avanzan, pero no podrán con Alemania. A última hora Hitler sacará alguna arma secreta. Ya lo has de ver. —Y hacía comentarios—. Alemania es un pueblo muy disciplinado. Un pueblo que sabe lo que quiere. Si nosotros fuéramos como ellos, volveríamos a conquistar el mundo.

Doblaba el periódico cuando el llanto del niño en la cuna llegaba a sus oídos.

—¿Qué le pasa a la criatura?

—¡Qué quieres que le pase!

—Llora; tendrá hambre, o se habrá ensuciado.

Reclinaba la cabeza y contemplaba sus pies en el agua con sal del barreño.

—Algo debe de funcionarle mal a Alemania; los demás no podrían con ella. Es un pueblo muy disciplinado, un pueblo de auténticos soldados...

—Deja ya a Alemania, hombre. Anda, saca los pies del cacharro y dime qué quieres cenar.

Y otro año.

Llegaba aterido. El campo estaba blanco de escarcha. Por encima de la neblina brillaba alta la luna.

—¿Está la cena?

—Esperándote.

—Como siga este tiempo, se va a helar hasta el mar.

Entraba la mujer de un compañero.

—¡Hola, Pedro! Frío, ¿eh?

—Sí, mucho —contestaba de mala gana.

—Buen oficio habéis escogido. En el invierno os heláis en el campo y en el verano os achicharráis.

—Peores los hay.

Y otro año, cuando ya el niño corría de una a otra habitación.

—Estáte quieto, Pedrito, y no molestes más a tu padre.

—Déjalo, mujer, que no me molesta.

En la cabeza de Sonsoles aparecieron las primeras canas. El trabajo cotidiano, monótono, igual, la desgastaba suave, paulatinamente...

Pedro, el hijo, corría por el patio del castillo. Buscaba grillos con los compañeros, hacía cruces de paja, guardaba hojas secas, apretaba la nieve hasta hacer bolas.

Los domingos bajaban a oír misa al pueblo. Solían quedarse un rato si el tiempo era bueno, charlando en los soportales de la plaza o delante de la iglesia. Los guardias con los hombres, que les hablaban con gran respeto. Las mujeres con las vecinas, en conversaciones domésticas o sobre futuras fiestas, que, concebían en la imaginación grandiosas y luego eran, en realidad, diminutas y aburridas.

Sonsoles se acompañaba de su hijo y de Ernesta. Sonsoles escuchaba las

confidencias de Ernesta, hechas en voz baja, veladas de un pudor grave a veces, otras impúdicamente dichas.

—Sonsoles, con lo que a mí me gustaría tener un hijo... Se conoce que ni yo ni Guillermo servimos...

—Ten calma, ya lo tendrás y te faltará tiempo para arrepentirte.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Ten calma.

—Lo que creo es que no lo hacemos como hay que hacerlo. Guillermo...

—Calla, chica, calla. Eso lo sabe hacer todo el mundo. No me cuentes esas cosas.

—Ernesta se azoraba y guárdaba silencio. Sonsoles, entonces, la tranquilizaba—. En todos los matrimonios ocurre lo mismo, pero eso no se cuenta.

Pedrito jugaba alrededor de ellas.

—No te despegues de aquí, muchacho, que nos vamos para casa.

Los grupos se iban disgregando. Marchaban hacia el castillo. Los acompañaban los gritos y juegos de los chiquillos.

En cuanto llegaban, cambiaban la ropa de los domingos por las ropas de faena cotidiana. María Ruiz se quedaba todo el domingo vestida de fiesta.

Por la tarde, jugaban a las cartas o a la lotería. Contaban con alubias perezosamente, alargando los pagos o los cobros. Al anochecer terminaban.

—Me debes cincuenta céntimos...

—Y tú a mí veinte...

—Yo he perdido una peseta.

María Ruiz no jugaba. Solía sentarse cercana a la mesa camilla del juego, a leer. De vez en cuando intervenía.

—Ernesta, echa la sota, echa la sota, no seas boba.

Alguna de las jugadoras precisaba:

—Las mironas se callan, y si no, ponte a jugar.

—No me gusta perder el tiempo. ¿Qué sacáis con pasaros la tarde dándole a las cartas? Si jugarais dinero de verdad, pero así... —fruncía los labios en un gesto de desprecio—, como nadie tiene aquí un céntimo...

—Ni que fueras millonaria...

María Ruiz se reía.

—No, sí yo estoy como las demás, viviendo casi de la caridad.

Volvía a su lectura.

María Ruiz murmuraba. Decían: «Cosas de María.» «Tiene una lengua de víbora.» «No debería decir eso.»

María Ruiz calumniaba.

—¿Y se puede saber por qué el cabo Santos ha elegido la casa de Ernesta para estar de pupilo? Yo no es que quiera decir nada, pero a mí que me da la sensación de

que está algo enamorado.

—¡Qué tonterías! ¿Por qué no te callas?

La risa de María Ruiz se hacía estruendosa.

—¿A que vosotras también lo habéis pensado?

—¡Dios mío! ¡Qué mujer!

Los niños bajaban a la escuela. La escuela estaba situada a la salida del pueblo. El maestro era un gallego alto y flaco que entendía de todo. Hacía versos, tocaba el violín, podaba los frutales, recogía minerales, excavaba en las ruinas de la muralla vieja del pueblo, junto a una torre que se sostenía todavía a pesar de los años, las tormentas y las devastaciones de los campesinos, que le arrancaban las piedras para levantar tapias o para arreglar desperfectos en las eras.

Bajaban los seis en grupo y tenían formada una banda contra los del pueblo. Los niños aldeanos respetaban a los del puesto, los temían. Uno de los hijos de Felisa y Ruipérez se erigió en cabecilla. El conducía las expediciones a la torre, él fue el que por su cuenta, imitando al maestro, dirigió unas excavaciones a la busca de monedas perdidas en la tierra. Cuando los niños estaban en la escuela, por las tardes, las madres se reunían a coser juntas. Alguna vez surgía un altercado entre ellas y entonces se deshacía el grupo hasta que la paz, con el tiempo, se restablecía. María Ruiz contaba muchas cosas y Carmen, la mujer de Cecilio Jiménez, hablaba de Madrid y de su barrio; de la alegría de Madrid y de su barrio. Cuando hablaba Carmen, a todas las invadía una dulce añoranza. Les relataba cosas de las verbenas, truculencias pasionales de la calle, historias de las huelgas, hambres de la Guerra Civil. La escuchaban silenciosamente, haciéndole preguntas rara vez. Y Carmen hablaba casi para sí, como si el recuerdo de pronto le surgiese en palabras que se podía decir a sí misma en la soledad de su habitación. Ya anochecido, terminaba la tertulia y cada una volvía a su casa a preparar la cena.

* * *

En la quietud de los distantes olivos se levantaba una polvareda anaranjada. Por el caminillo de los olivares la mirada de Ruipérez quería centrar la causa de la polvareda. Como en un movimiento de ballesta, estiró el cuello y fijó la mirada. Pensó que podían ser los compañeros con el cuerpo de la víctima. Acaso nada más que una conducción de ganado. Estuvo mucho tiempo observando. Después se sentó y volvió la mirada.

El patio del castillo estaba vacío. Un pájaro picoteaba en el vertedero. Las gallinas andaban por la parte de afuera, en la umbría donde la tierra conservaba algún resto de humedad. Apartó de su imaginación la defensa doméstica de las aves contra

las comadrijas que rondaban el gallinero. Un día habían aparecido muertos varios pollos. Algunos con las entrañas a medio devorar. Tenía que pensar en cosas más serias.

Escuchó el timbre del teléfono. Vio asomar el rostro de María Ruiz. Se inquietó. Aguzó el oído instintivamente, como si fuera capaz de percibir las palabras dichas en el Cuerpo de Guardia. Esperó.

Pedro Sánchez se acercó de prisa a la puerta de entrada. Traía la cara entenebrecida. Ruipérez no hizo ningún gesto. Dejó que se acercara sin moverse.

—Otra vez de la Comandancia. El teniente les ha dicho que todavía nada. Han pedido seguridad de la baja. Que dónde ha sido —calló un momento—. ¡Y yo qué sé! ¿Cómo querrán que lo sepamos?

—Estamos buenos. Como aquí nunca ocurre nada y parece que nos tienen olvidados...

—Sí, pero cuando ocurre, ocurre, como ahora, y pretenden que lo sepamos todos.

Los dos miraron hacia el campo. La nube de polvo se iba disipando. Pedro preguntó:

—¿Quién andará por el camino del olivar?

—Alguien que viene del trabajo, supongo. No he logrado verlo.

Pedro dudó antes de decir algo. Dio las espaldas a su compañero y dijo:

—En cuanto den las dos, vengo a relevarte.

—Bien.

María Ruiz comentaba con la mujer de Ruipérez, mientras ésta ayudaba a subirse los calzones al menor de sus hijos:

—¡Qué mañana! Es para tener los nervios de punta. Llamadas de teléfono. Conversaciones entre tu marido y Pedro. La visita del cura y el alcalde. Estoy con el corazón en un hilo.

—Será por enterarte. Ya lo ves: a mí ni me va ni me viene. No me preocupo —hacía una pausa—. Niño gorrino, a ver cuando aprendes a ponerte los calzones tú solo, que ya vas siendo mayor.

—No creas que solamente es curiosidad.

—Pues ¿qué es entonces?

María Ruiz alzaba la vista hasta el techo, donde colgaba una telaraña empolvada.

—Es que estoy inquieta.

Felisa seguía el curso de la mirada de María.

—No tengo tiempo de limpiar. Con tanto chico...

—¡Y qué más da limpiar que no limpiar! Yo he perdido ya el gusto por las cosas. Te juro que estoy deseando marcharme. Si Baldomero se decidiera de una vez, dejáramos el servicio y todo. En cualquier sitio...

—Dichosa tú. Nosotros, con tanto chico...

Terminaba de arreglar al hijo. Le dio un azote cariñoso.

—Vete a jugar, pero sin mancharte, que destrozáis más ropa que los diablos, que costáis un dineral. Deberíais ir desnudos a ver si la piel os duraba más...

El chico corrió hacia la puerta. Felisa y María se quedaron en silencio.

En la frescura del pozo, donde el musgo se oscurecía con la profundidad, brillaba la mancha pupilar del agua. El alto brocal impedía a los chicos ver cómodamente la mancha luminosa. Gritaban dentro del pozo a la misma entraña de la oscuridad y no se percataban del ojo de la oscuridad, ojo camaleónico movable, que giraba sobre sí. Ver aquella mancha era, al recoger el agua, gozar de una grata sensación de frescor. Las mujeres en el verano, cuando no funcionaba el motor porque el nivel del agua bajaba mucho en el pozo, se veían obligadas a sacar el agua tirando de la cuerda de la polea. Si se asomaban, a medida que iban alzando el cubo, parecía que se traían, que se acercaban también, al ojo blancuzco imposible de extraer de la profundidad.

Ernesta sacaba agua del pozo y miraba distraída el reflejo del agua. Cuando Sonsoles se le acercó por detrás, al hablarle casi la asustó:

—¿En qué pensabas, criatura?

—Estaba mirando el agua.

—Te entretienes con cualquier cosa.

Sonsoles se rió. Repitió:

—Mirando el agua...

Chirrió la polea. El cubo quedó sobre el brocal.

—Al atardecer, Ernesta, vente por casa.

Ernesta, asintió. Con el cubo balanceante, derramándose el agua, caminó hacia su casa.

Al verla alejarse, Sonsoles pensaba en ella. De sirvienta en una casa rica de un pueblo hasta casarse con Guillermo. La madre de Ernesta, entusiasmada con la boda. Nada mejor para Ernesta. La dueña de la casa le hizo un regalo importante. Siempre se hace un regalo importante en estos casos, un poco por afecto, un mucho por vanidad. Supuso la boda alegre en apariencia, pero con la no clara alegría, con la seriedad de ordenanza de los compañeros de Guillermo. Sí, todas las bodas habían sido iguales, poco más o menos.

Se llenó el cubo y empezó a tirar de la cuerda. Uno de los niños de Felisa se acercó a ver la operación.

—¿Me dejas que lo saque yo?

—Sí, hombre, pero despacio, no se te vaya a derramar el agua y tengamos que volverlo a hacer.

—Sí, despacio. Muy despacio. Mira.

Subió el cubo. El niño añadió:

—Mamá nunca me deja subir el cubo.

—Mira, si eres siempre bueno, cuando yo venga a sacar agua me puedes ayudar.

Sonsoles caminaba con el cubo hacia su casa. La llamó Pedro.

—Ven en cuanto puedas.

Le contestó gritando:

—Nada más dejar el agua voy para allá.

Pedro estaba apoyado en la ventana, los codos en el alféizar, mirando las espaldas de su mujer, sus amplias caderas, sus grandes nalgas, sus gordas y toscas piernas, en otro tiempo, recordaba, ágiles y bien formadas: ¡Cuánto podía el tiempo! Aquella mujer lejana, con ademanes de niña, con los ojos vivos y alegres, negros como el pecado, que decía una antigua canción. Aquella mujer era la misma que hoy con más tiempo, con un hijo, con algunos recuerdos, con bastante tristeza en toda su persona, como para no desearla. Sin embargo, la quería. Era su vida de casi diez años. Tan pocos años y tan llenos de pequeñas cosas comunes.

Salía Sonsoles secándose las manos en el delantal. Se acercaba calmosamente. Pedro se pasó la mano por la frente. Estaba ya pensando en cómo se lo diría. Era mejor decírselo para que ella paulatinamente fuera preparando a las demás mujeres, cuando lo trajeran. Sin sorpresa no habría aquellos ataques de nervios que una vez, estando en Asturias, le había tocado aguantar en un pueblo en que ocurrió una cosa parecida. Un muerto. Las mujeres no lo diferencian, lo lloran. Un muerto de muerte violenta levanta del corazón de las mujeres una pirámide de dolor. Lo sienten como arrancado de ellas mismas, como algo hecho de su carne que podía palpitar y existir hasta lograr prácticamente su misma desaparición.

Sonsoles estaba bajo la ventana.

—Entra, mujer.

En el reloj del Ayuntamiento del pueblo dieron las dos. Eran las dos de la tarde. La campana pequeña extendió la noticia por los campos. Las dos: uno y dos. El alcalde dormitaba, sentado en una butaca de mimbre. El cura leía el periódico.

Entró Sonsoles.

—¿Qué quieres?

Pedro agachó la cabeza, se pasó el dorso de una mano por los labios.

—Tengo que darte una mala noticia.

Sonsoles se le quedó mirando con fijeza, como si mirase un objeto sin esperanza, que Pedro sintió aquella mirada en la frente y no alzó la cabeza.

—Han matado a un compañero.

Pedro esperaba la pregunta, pero Sonsoles no la hizo. Siguió:

—Es necesario que vayas advirtiéndolo a las mujeres de lo sucedido. No lo traerán hasta tarde. No se sabe a quién le ha tocado. Tú me entiendes, ¿verdad?

—Te entiendo.

El reloj del Ayuntamiento repitió la hora. Las dos de la tarde y un minuto. Exactamente un minuto.

Sonsoles salió a la calle. Pedro la vio alejarse. Pedro soñaba con diez años atrás. Luego fue a hacer el relevo.

Tres de la tarde

LA CASA SÓLO TENÍA PLANTA BAJA. Pegada a la fachada delantera, de un diminuto alcorque crecía una parra como una vena parda retorcida, horrorosa en un hermoso rostro. La parra se agarraba a los hierros del canalón del tejado, se sostenía con alambres roñosos y tensos sobre la puerta de entrada y parecía, en aquel diciembre de 1934, el mismo espectro del invierno. De la parra sobre el cemento de la entrada caían las gotas de lluvia, que la madre de Felisa veía deslizarse una tras otra, contándole los minutos, las horas, los días de enfermedad.

En el verano, el verdor de la parra daba una luz refrescante a las habitaciones delanteras de la casa; los chiquillos jugaban bajo ella, la regaban transportando el agua en botes de conservas. Las moscas del verano se refugiaban en la parra y nunca maduraron las uvas porque los pájaros y los niños se adelantaban al otoño.

En el verano, bajo la parra, al atardecer, bebía lentamente su porrón de vino blanco Juan Martín, padre de Felisa; bebía y saludaba a los amigos, que pasaban a los turnos de la estación del ferrocarril. Juan Martín, en mangas de camisa, se sentía entonces feliz; a veces, hasta charlaba con su mujer, sentada en una silla de mimbre, con la mirada perdida entre las piedrecillas de la grava extendida a ambos lados del pasillo de cemento. La mujer asentía con la cabeza.

—Tenemos que hacer un Estado alegre, donde cada obrero tenga su compensación. —Explicaba a continuación su teoría política y añadía al final—: ¿Verdad que España sería un ejemplo para las demás naciones?

Si algún amigo o conocido paraba un momento, él le ofrecía vino y le hablaba de caza.

—Este año la perdiz se dará muy mal, ha sido un invierno muy duro.

—No sé, ya se verá, ya se verá...

—No lo dudes, hombre. Anda, toma otro trago, y a ver si matas más que el rey antiguamente.

Se reía a grandes carcajadas. Luego, cuando el amigo había continuado ya su camino, llamaba a la hija mayor. Felisa aparecía.

—¿Qué quieres, padre?

—Tráeme un trozo de pan. Del sobado. Es para ayudar a este vino.

—¿Y no quieres otra cosa?

—No; sólo pan.

El pan y el vino de los atardeceres del verano eran para Juan Martín partes integrantes del todo del descanso. Felisa le tenía preparado el porrón, refrescándose en el fregadero; a veces, por indicación de la madre, le quitaba vino y añadía agua,

por un sentido pequeño del ahorro, pero el padre lo notaba en seguida y se enfurecía. Cuando era más niña le había costado aquella maniobra más de una bofetada; ahora el padre gritaba y rabiaba hasta parecer ridículo. La madre le solía calmar.

—Tanto escándalo para nada. Si el vino tiene agua, la chica no es la culpable. El de las culpas es el tabernero. Todos debían desaparecer y con ellos vosotros, que los hacéis ricos, que sois unos tontos.

La madre defendía a Felisa pocas veces, porque pocas veces tenía ocasiones. Se limitaba normalmente a contemplarla, a verla ir y venir, trajinando, gritando detrás de sus hermanos, dando un cachete a alguno, limpiando a otro.

Las gotas de agua se deslizaban de la parra. Felisa acababa de cumplir diecisiete años. La madre, con su último parto, había perdido todas las energías. Estaba sentada tras la ventana, charlando con Felisa, que tenía en los brazos bien arropado al hermano pequeño, de no más de tres meses de edad. Esperaban la llegada de Juan Martín.

Juan estaba sin trabajo desde los sucesos de octubre. El invierno se presentaba malo. Todavía les quedaban algunos ahorros, muy pocos, que iban gastando —según ellas decían— con cuentagotas. Las primeras semanas del despido de Juan conservaba éste todavía el gesto alegre, no había perdido su buen humor habitual. A medida que fue pasando el tiempo, la preocupación de encontrar trabajo, ya que el ser admitido en el antiguo lo reconocía como imposible, se fue apoderando de él. Parecía estar invadido por el miedo. Miedo a lo que posiblemente ocurriría en caso de que no se pusiera pronto remedio a la situación.

El hermano que seguía en edad a Felisa, trabajaba ya de pinche en un almacén. Ganaba poco y aquel poco dinero servía para comprarle ropa. Una ropa de hombre, que hasta entonces nunca había llevado. Pantalón largo y chaqueta, zapatos, unas corbatas compradas en una liquidación. Al principio se encontró incómodo; luego se acostumbró y deseó que todo su poco y primer dinero de hombre fuera empleado en su ropa.

Los hermanos pequeños iban a la escuela como siempre y esperaban en los comienzos de aquel diciembre el día de las vacaciones, para las que hacían proyectos y planes, que cambiaban todos los días. Los dos pequeños, el que tenía en brazos Felisa y el que correteaba por la casa, o jugaba con el perro del padre, no vivían aún para la tristeza de los mayores.

Juan tuvo oficios de ocasión. Trabajó de calderero en una empresa durante algunos días; entró en un garaje a limpiar coches; ganó algún dinero haciendo de fontanero por el vecindario. El sindicato funcionaba mal. Su sueldo de obrero parado le era abonado rara vez. Ya no hablaba de política. Su mirada tenía en algunos momentos un brillo anormal. Cuando un compañero le preguntó un día qué hacía ahora que no trabajaba en el ferrocarril, le contestó tras un largo silencio:

—Almaceno odio. Creo que tengo derecho a almacenar odio. ¿Qué te parece?
El compañero lo contó en la taberna.

Una noche fueron a buscarlo, después de cenar, algunos obreros del ferrocarril. Lo encontraron sentado, contemplando como jugaban los hijos con su perro. Le dijeron, con esa voz colectiva de las multitudes, de los grupos:

—¡Vamos, Juan, que tenemos que hablar contigo!

Y Juan les contestó que no tenía nada de que hablar con ellos. Insistieron. Juan se echó sobre los hombros el viejo impermeable oscuro de los días de trabajo. Fueron a una taberna.

Y bebieron, bebieron mucho. Juan contestaba a las proposiciones que se le hacían.

—No, yo quiero ser quien soy. No quiero ser el carnet número tantos de ningún partido. Quiero ser quien soy. Si estoy sindicado, si hice cuando había que hacer lo que tenía que hacer, es porque era mi obligación; tenía derecho a ello y deber de hacerlo. Se ha entendido mal. Pues bueno, pues me aguanto, pero quiero ser quien soy. No me vengáis con monsergas.

Una voz, la voz de las claudicaciones, que nace silenciosamente de los grupos de las multitudes, se levantó frente a él como una serpiente, como la serpiente bíblica que acaso no fue otra cosa que la encarnación de una voz.

—Lo del sindicato cada vez irá a peor. Ya lo verás. Tú tienes muchos chicos y lo que te decimos es por bien de ellos. Con nuestra ayuda las cosas marcharán mejor. El partido nunca abandona a sus hombres. Piénsalo.

Luego se hizo una falsa alegría. Se cambiaron las conversaciones y pidieron más vino. Juan estaba preocupado. Agarró con sus manos de obrero un vaso, lo bebió de un sorbo y afirmó:

—Lo pensaré. Es verdad, tengo que pensarlo. ¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo para creer que las cosas se me van a arreglar solas? Lo pensaré. Naturalmente que lo pensaré.

Felisa estuvo esperando a su padre hasta muy avanzada la noche. Nunca se retrasaba tanto. Se sentó pegada al fogón de la cocina, porque hacía frío. Mientras esperaba, limpiaba lentejas, las lentejas de todos los días, que eran para ella una especie de rosario familiar y obligatorio de los años de su niñez y adolescencia.

Oyó ruido en la puerta. Hizo ademán de levantarse, pero ya sentía los pasos de su padre por el estrecho pasillo. El padre entró en la cocina. Felisa lo vio acercarse vacilante. Le preguntó si le pasaba algo. Juan contestó que no, y su negación fue bronca, alargada. Luego se fue a acostar. Felisa siguió limpiando lentejas, pensando que era la primera vez que había visto a su padre borracho.

A principios del año 1936, murió la madre. Juan Martín tuvo una discusión con su

hija porque no quería que fuese enterrada católicamente.

—Déjate de curas, Felisa —dijo—; los entierros tienen que ser sencillos. La mujer de un obrero no tiene por qué llevar un cura delante cantando. La mujer de un obrero tiene que ser enterrada sencillamente, como ha vivido toda su vida.

El argumento no era válido. Felisa le replicó:

—El entierro va a costar lo mismo si viene el señor cura que si no viene. Ella iba mucho a la iglesia y quería que la enterrasen así. Y así la enterraremos. Y si tú no tuvieras todos esos líos que tienes en la cabeza, también te gustaría que la enterrasen así.

—Pero ¿tú qué sabes, chiquilla?, ¿tú qué sabes? A tu madre la enterraremos como digo yo.

—A mi madre la enterraremos como ella dijo. No la vamos a enterrar como un puerco podrido. Se hará lo que ella pidió.

Juan Martín vociferó durante largo rato. Felisa andaba por la casa, ayudada por una vecina en los arreglos del entierro. Juan se marchó a la calle. Quería explicar a los amigos por qué la iban a llevar a enterrar con un cura delante.

—Son cosas de mi hija —dijo a uno—, cosas de mujeres. Hay que respetar la libertad; si ella quería que se hiciese así, pues que se haga así. Yo no me opongo. A las mujeres les consuelan todas esas cosas. He preferido no disgustar a nadie.

—Claro, claro.

—¿Es que tú no hubieras hecho lo mismo? —preguntó rabioso, sintiéndose ridículo—. Di: ¿es que tú no hubieras hecho lo mismo? Hay que respetar.

—Sí, sí, hombre, hay que respetar.

Felisa no se dio cuenta de la falta de su madre hasta que pasaron varios días. La madre no la ayudaba más que con la palabra, pero con la palabra bastaba para sentir que no estaba sola luchando contra la casa, contra su casa, en una batalla continuada y agotadora. La madre, con sus palabras, hacía tanto como ella. Se encontró un poco desvalida, pero luego el mismo trabajo la apartó del recuerdo y del desconsuelo.

De los seis hermanos de Felisa, cinco eran varones. La niña tenía nueve años. El mayor ganaba ya un buen jornal. El segundo de los varones había dejado la escuela y estaba trabajando en un taller de aprendiz de mecánico.

En febrero hubo una gran huelga. Felisa intentó por todos los medios que su padre no saliera a la calle. Pero Juan Martín y su hijo mayor salieron a la calle y regresaban tarde la mayoría de los días. Felisa cogía a los pequeños en brazos y les contaba historias candidas y serenas, mientras su corazón, agitado, temía por el padre y el hermano. Llegaban tristes, huraños. Juan se sentaba y conversaba con su hijo en voz baja. Felisa atendía, muda, a los gestos de ambos. Su inquietud no se traslucía. Los pequeños estaban acostados, dormidos ya desde hacía tiempo, y Juan y el hijo mayor cenaban. Felisa servía los platos sin hablar. Alguna vez Juan la miraba y parecía

querer decirle algo, pero luego sus ojos se fijaban en su hijo y seguía conversando.

Felisa conoció a un guardia joven llamado Regino Ruipérez. Un día la acompañó hasta su casa. Juan lo vio. Juan no estaba conforme con aquello, pero no hubiera dicho nada si su hijo mayor no le hubiese azuzado.

—Padre, Felisa tiene relaciones con uno de esos...

—Ya lo sé.

—¿Y no le vas a decir nada?

—Ya veré. Ahora, déjala.

—Se va a hacer una zorra, éstos no van a nada bueno.

—Cállate, muchacho.

Juan Martín, al día siguiente, antes de partir para el trabajo, anunció a su hija:

—Tengo que hablar contigo, a la hora de comer, sobre ese acompañante tuyo.

—¿Quién, Ruipérez el guardia?

—Sí, ése debe de ser.

Felisa rió con ganas. Se serenó.

—¿Y por qué?

—Porque no quiero que te acompañe.

Juan Martín salió para el trabajo. Sentía cierta vergüenza por haberle dicho aquello a Felisa. Se reprochaba el haber seguido las indicaciones del hijo. Pensó que aquel muchacho estaba envenenado. Se lo repitió varias veces: sí, el chico está envenenado.

Cuando llegó de trabajar, encontró a Felisa discutiendo con su hermano. El muchacho la había amenazado. Juan quiso imponer la calma, dejando sentir una incierta serenidad paternal.

—Estaría bueno que precisamente ahora riñerais por tan poca cosa.

—Es que yo me dejo acompañar y salgo —dijo Felisa— con quien me da la gana.

—Bueno, con quien te da la gana no, porque para algo estoy yo aquí y soy tu padre.

Felisa calló. El hermano se ensañó con ella.

—Te debería dar vengüenza salir con un enemigo de los obreros.

Felisa principió a trabajar en algo que necesitaba urgencia aparente. El hermano insistió.

—Lo que haces tú es renegar de tu clase. Ya veremos hasta dónde llegas en tus cosas. Serías capaz hasta de liarte con él, o de casarte.

Felisa levantó la cabeza un momento y le miró tranquilamente.

—Naturalmente que sería capaz de casarme —dijo.

El hermano alborotó iracundo; luego, Felisa se rió.

—Me hacéis mucha gracia; si madre viviera, se reiría de vosotros. No sabéis que para lo que está en el mundo una mujer es para casarse y tener hijos, y no para cuidar

de los que tienen los demás. Por vuestro gusto me tendríais aquí toda la vida, considerando, además, que ésa era mi obligación. Pues me casaré con ese que tanto os molesta, o con cualquier otro, pero me casaré y allá os la compongáis.

Juan Martín quedó un momento estupefacto.

—Basta, basta —fue levantando el tono de voz y alargando las palabras—. Basta he dicho. Aquí sólo se hará lo que yo mande.

Los dos hermanos guardaron un silencio hostil.

Aquel sábado Felisa regresó a casa sola. Había paseado por la acera de la calle central a partir de la hora en que había quedado con Ruipérez. Había paseado cogida del brazo de su amiga durante mucho tiempo. Hacía calor y en un aguaducho tomaron un Orange a medias. La inquietud de Felisa se transparentaba en el modo de mirar a todos los sitios con movimientos nerviosos de cabeza. Estaba tan desasosegada, que la conversación de su amiga apenas la entendía.

No dio importancia a que su padre y su hermano no hubieran regresado, a pesar de que la hora era ya bastante avanzada. Esperó como siempre. Sobre las doce de la noche comenzaron a oírse disparos sueltos de fusil; después del ruido carraspeado de una ametralladora. Pasó tiempo. Circularon coches a gran velocidad. Llamaron a la puerta.

Era una vecina. Entró con cara asustada.

—A tu padre lo han detenido, me he enterado por una amiga. No se les puede ir a ver. Ella ha intentado llevarle a su marido mantas y le han dicho que hasta mañana, después del mediodía, no hay nada que hacer.

La vecina hablaba casi a gritos. Felisa le hizo señas de que bajara la voz.

—Por favor, los pequeños están dormidos y como se despierten...

Seguía la vecina:

—Hay tiros por todos los lados. Es la revolución. Creo que en el Ayuntamiento mataron a uno.

—No se preocupe, mujer, esto pasará.

La vecina lloraba y se abrazaba a Felisa.

—¡Ay, Dios mío, qué les habrá pasado a los de casa!

—Cálmese, mujer. Tome asiento. Cálmese.

La mujer marchó un poco antes de las dos de la mañana. Felisa miraba constantemente el reloj despertador, colocado sobre uno de los vasares de la cocina. Luego, al quedarse sola, pensó en su padre y en el hermano. El que le preocupaba era el hermano. Le embargaba un sentimiento a medias de pena y de ira por el hermano. «Si le pasa algo, se lo tiene bien merecido —pensaba—, pero que no sea mucho lo que le pase. Un susto, un buen susto, es lo que merece por meterse donde no le llaman.»

Con la amanecida los disparos se iban espaciando, pasaban menos coches por la

calle. Felisa sintió frío y encendió la lumbre de la cocina, que había dejado apagar en el duermevela de la alta madrugada.

El sol teñía de violeta unas nubes lejanas. El azul del cielo era todavía pálido. Comenzaban los pájaros a piar. Entró un momento en la habitación de los pequeños; uno de ellos se despertó y le preguntó si era hora de levantarse. Felisa le chistó. No, no era hora de levantarse. El niño se durmió automáticamente. Ella ajustó las contraventanas, todavía se colaba un rayito de sol que daba sobre la colcha caída de una de las camas. Cubrió al durmiente, que enseñaba toda la pierna y la nalga, destapado y con la camisa subida por encima de la cintura.

Felisa esperaba. Los niños se levantaron. Les tenía preparado el desayuno. Le preguntaron por el padre. Ella les dijo simplemente que estaba detenido y que no se preocupasen. Luego fue preparando algunos alimentos en una bolsa y dobló una manta sobre una almohada de funda muy limpia. A las diez de la mañana no esperó más y salió hacia la cárcel. Recomendó a la hermana que se hiciera cargo de los pequeños, que regresaría en seguida, y al hermano aprendiz de mecánico que no se ausentase de la casa.

En la plaza Mayor, frente al Ayuntamiento, había bastante gente. Hablaban con tranquilidad. Los soldados estaban parados en grupos, con el mosquetón en posición de descanso. Felisa dio la vuelta hasta la fachada trasera del Ayuntamiento. Por una calle estrecha se llegaba hasta la cárcel.

La cárcel era un edificio viejo, antiguo convento, al que se entraba por una puerta muy pequeña. Los guardias hacían centinela en la puerta. Le prohibieron el paso. Felisa preguntó por Ruipérez.

Ruipérez salió. Andaba pesadamente. Se acercó con lentitud a Felisa. Agachó la cabeza. Las miradas de los dos convergieron sobre una piedrecilla.

—Esto es muy serio —dijo Ruipérez—. Se ha declarado el estado de guerra. Toda España está en armas.

—¿Cómo se encuentra mi padre?

—Bien. Ahora le diré al cabo que le traes comida y una manta. Espera.

Felisa vio como se acercaba Ruipérez al cabo que estaba junto a la puerta. Luego le hizo señas con la mano. Felisa se acercó.

—¿Y puedo verle?

—Ahora no, Felisa; es una orden.

—¿Cuándo entonces?

—No sé, tal vez esta tarde. Ven hacia las cinco.

—No le pasará nada, ¿verdad?

—Creo que no, pero estará unos días encarcelado.

Felisa quedó en silencio. Al fin, como si fuera una queja, suave, mansamente, dijo:

—Mi hermano...

—Tu hermano se ha escapado con un grupo hacia Asturias. Los mineros se han adueñado de toda la cuenca. Puede que nosotros marchemos hoy hacia el frente.

—Entonces...

—No sé, Felisa, ésta es gorda. Vete a casa y vuelve a la hora que te he dicho.

—Gracias, Regino. Haz el favor de cuidar a mi padre. Tú ya sabes cómo es. Abusan de su buena fe y lo meten en estos líos.

—Haré lo que pueda.

Al pasar por la Plaza Mayor, Felisa se paró un instante a escuchar. Desde el balcón del Ayuntamiento, un hombre hablaba del Ejército y de España. Las gentes que le escuchaban, gritaron, cuando terminó, vivas y mueras. Felisa cruzó entre ellos. De una iglesia cercana salían de misa. Uniformes y trajes civiles se mezclaban. Parecía un domingo alegre. Todo el mundo sonreía. El sol brillaba alto. Felisa cogió el camino de su casa. Al llegar, los niños estaban jugando. El pequeño lloraba porque le habían quitado una caja de cartón atada con una cuerda. Era domingo y todo parecía alegre. Felisa entró en su casa.

* * *

Felisa sudaba. A veces se sentía impotente. Se le escapaban las fuerzas en un suspiro. No, no podía mover aquella cómoda de madera redonda. Era preferible dejarlo hasta que él llegara. Le dolía la cintura. Hacía un nuevo esfuerzo. Tenía que rescatar algo tan pequeño, tan poco importante como un pañuelo. Además, un pañuelo barato, de los que venden los buhoneros que van por los pueblos, liquidaciones de las tiendas de las ciudades. En fin, algo que no era nada. Pero Felisa trabajaba con ahínco. Un pañuelo, calculaba, es una peseta y setenta y cinco céntimos. Y, además, es parte de un sueldo o de un jornal. Esa peseta con setenta y cinco céntimos son el tiempo de un hombre que trabaja.

Uno de sus hijos se le acercó.

—Mamá, tengo hambre.

Felisa alzó la cabeza.

—¿Que tienes hambre? Pues haber comido. A la hora de comer le hacéis dengues a todo, y después tenéis hambre. Hasta las cinco no hay nada. De modo que andando.

—Es que garbanzos con el calor que hace, mamá...

—Largo, que no quiero verte. Las horas de comer están hechas para comer. El que no come, se fastidia. A la calle.

El chico se fue enfurruñado, pero al pasar delante de la ventana, Felisa vio que echaba a correr detrás de los demás muchachos del castillo.

Felisa fue a la cocina y llenó un vaso de agua hasta la mitad, después le echó vinagre y media cucharadita de azúcar. Bebió de un trago. Se encontró confortada y

pensó en lo bien que le vendría a su marido, de guardia en la puerta del castillo, un vaso de aquel refresco.

Ruipérez, con las manos sobre el fusil, sentía pasar el tiempo en sus pulsos. Una pulsación era un granito caído en el reloj. Reloj de arena de la botica del pueblo siempre contemplado con estupor infantil. La vida se deslizaba por la estrecha boca de las dos ampollas de cristal hecha arena, menuda arena. Se echó el fusil sobre el hombro y dio dos vueltas. Se colocó en el lado opuesto de la puerta. Había dado la vuelta a las ampollas. Ahora caía la vida de este lado. La monotonía y el silencio. Un montoncillo que se derrumba y un año que pasa. El tiempo, dibujado con largas barbas, un reloj de arena en una mano y una guadaña en la otra. La guadaña para matar. La sangre escapándose a borbotones hasta hacer un charco no muy grande. ¿Quién era el que había caído? ¿Quién era el hombre que se había acabado en un charco no muy grande de sangre? El hombre sin fuerza frente al sol, cara a cara con el sol o con la sombra del compañero sobre él. Una sombra que era casi la oscuridad total, o un fulgor que era el principio de no ver para siempre. Ruipérez pensaba que podía haber sido él mismo. La luz le cegaba y cerró los ojos. El campo daba vueltas. Un campo nocturno de excesiva claridad, donde nada podía precisarse.

El carácter de María Ruiz era como sus uñas, duro y amarillo. Las uñas de María Ruiz tabaleaban incesantemente cuando ella hablaba, sobre la superficie donde reposaban. Para Ernesta eran unas manos obsesionantes hacia las que tenía una inclinación morbosa e infantil. María Ruiz repetía con sus palabras girantes, voladoras, rapaces, el ruido de sus uñas golpeando la tabla de la mesa.

—Y quieres hacerme creer que tú no has estado enamorada más que de Guillermo. A veces tienes cosas raras, Ernesta. Si yo fuese hombre, puede que te creyera. Pero a una mujer no la puedes engañar en cosas de ésas. Toda mujer, Ernesta, ha estado o está enamorada de alguien más que de su marido. Lo que pasa es que lo oculta, que se lo oculta a sí misma, para tranquilizarse. Pero se le conoce en pequeños detalles. A mí no se me va una. Yo te podría decir, quien de aquí, de dentro del castillo sin ir más lejos, está enamorada de alguien que yo me sé. Naturalmente, ni ella misma lo sabe, pero ciertas cosas que una ve...

Ernesta la miraba sorprendida. Le preguntaba:

—¿Tú crees que eso puede ser cierto? ¿Tú crees que se nota cuando una mujer está enamorada, aunque no lo sepa, de otro hombre que su marido?

—Naturalmente. Mira, siendo yo soltera, estaba en una escuela de un pueblecillo de la sierra. Allí había una mujer que estaba casada y tenía dos hijos de su marido; bueno, pues se enamoró del pastor. Ella no se daba cuenta de que estaba enamorada, pero cuando las cosas se le pusieron bien, al estallar la guerra, se marchó con él. Siempre salta lo que tiene que saltar, solamente que la ocasión es la que juega.

Ernesta miraba las uñas de María Ruiz. Sus ojos fueron ascendiendo por sus manos rugosas, por sus delgados brazos hasta su cuello sarmentoso, hasta su rostro, donde un tic nervioso lo hacía mudable e inescrutable; hasta sus ojos, de esclerótica amarilla de enferma.

—A veces lo que dices me da miedo, María.

Una sonrisa compasiva apareció en los labios de María Ruiz. Quedó en silencio. Dijo después:

—Claro que yo puedo equivocarme en lo que digo, pero a mí me parece que es así. En fin, no tiene mucha importancia, ¿verdad?

—No lo sé. Acaso sea como tú dices.

María Ruiz cambió de conversación.

Sonsoles no deseaba decir nada a Felisa. Prefería el vacío de la espera en soledad a la común angustia. No le iba al corazón aquella muerte. Tenía a su marido, tenía a su hijo. No sufría. Veía en la tarde iluminada, donde se recortaban agrias las figuras de cuatro mujeres dedicadas a sus simples trabajos, una penumbra de refugio, tranquilizadora, donde se guardaba y guardaba. No deseaba decir nada a Felisa, no quería participar del grito sordo de la muerte. Ella estaba cercana y lejos de aquello. Tan cerca que la noticia arañaba en su mente, llamándola, despertándola de su paz insular. Porque Sonsoles consideraba que era ella la isla, a la que hay que llegar para obtener la paz, pero a la que no se puede obligar a formar parte de aquel extremo continente de angustia impura y colectiva.

Recordaba que siempre se había dicho que su bondad alcanzaba a todos. Pero sabía muy bien que su bondad era una bondad egoísta, preocupada por lo menudo de los demás y encerrada en sí misma para todo lo que pudiera ser trascendente para los otros. Estaba más aislada que nunca; más encerrada que nunca. Si algo deseaba, era marcharse y descansar de la fatigosa y obsesionante comunidad. Si pedía algo, era olvidar y sentirse no comprometida en la vida de los demás. Sonsoles solucionaba su vacío. Dios lo ha querido. Dios había querido que muriera aquel compañero de su marido y que posiblemente muriera también el que lo hizo morir. A última hora no se podía juzgar más que como una ofrenda humana a la divinidad. Entonces se le ocurrió rezar. Comenzó a rezar cansadamente, bisbiseando y repitiendo una y otra vez la misma oración. Terminó y se quedó tranquila. Había roto aquella especie de membrana que la aislaba. Ahora se sentía capaz de mostrar su bondad, porque ya había cercado a los seres a sí misma. Salió de la casa.

Fue costeano el mar de luz, pegada casi a las fachadillas. La luz, la misma luz de las hogueras del martirio, de los desiertos de los santos eremitas, de la gloria y de las conversaciones y pláticas del convento. Claro que había otra luz, tal vez más rojiza, donde se tostaban los adúlteros, los asesinos, los que perseguían sin cesar a los

buenos, mansos corderos a los que desgarraban con afilados y espantosos dientes y con garras de uñas retorcidas.

Tocó levemente con los nudillos la puerta. El oído estaba atento, pero la imaginación se desbordaba por la cañada de la muerte y la alegría. Era como una represa de algo pantanoso y feo lo que se vivía y luego como un arroyo o como una cadena de suspiros que hacía transparente a través de la angostura. ¡Qué bien, pensó, morir en gracia de Dios, sin haber hecho nunca mal a nadie y habiendo hecho algún bien! Sin deudas apenas que perdonar y sin tener que haber perdonado deudas, porque no había habido ocasión de que las contrajeran con una.

Volvió a llamar y no hubo respuesta.

Mientras en la galería se secaba la ropa, Carmen, sentada en una butaca de mimbre, con las faldas de la bata larga recogidas sobre las piernas cruzadas, hojeaba una revista de cine. Tras las sábanas tendidas no se estaba mal, y la revista, aunque de un número muy pasado, le hacía sentirse evadida del castillo y de su sumisión. Vivía en Madrid, en su barrio, en su casa, en su cocina abierta sobre el patio interior, con las sábanas de la vecina del piso de arriba tamizando y disolviendo la luz y el calor. Solamente le faltaba la conversación de sus dos hermanas hablando de novios.

Los anuncios de las películas la compensaban de la imposibilidad inmediata de asistir al espectáculo. Hacía cálculos para cuando fuera a Madrid, y escogía las películas. Los reportajes sobre los artistas de cine, sus suntuosas mansiones, sus elegantes cenas y reuniones, la compensaban de la falta de conversación de las mujeres del castillo. Siempre había dicho que lo peor del castillo era la falta de conversación. Nadie sabía hablar deleitosa, embarulladamente, quitándose los conversantes la palabra, de las cosas importantes del mundo, de Madrid; bodas, divorcios, hijos naturales, líos con presuntos millonarios de las artistas de cine, de teatro, de variadades. La gran fotografía en color de la portada la pensaba colocar con cuatro chinchetas en la habitación conyugal. Aquellas fotografías que tenía puestas por la casa, con devoción de admiradora, eran algo así como el aroma de las conversaciones del pasado.

En un anuncio de una película de guerra vio un artista con camisa militar abierta sobre el pecho, rostro varonil y actitud heroica, lanzándose sobre el enemigo lector. Pensó que a Cecilio Jiménez le iba muy bien el uniforme. Las amigas de Madrid se lo habían repetido muchas veces: «Cecilio es un tipazo, chica, pero es demasiado serio.» ¿Y qué? A ella le gustaban los hombres serios, los cabales. Claro que era serio. Descruzó las piernas y se arregló la bata. Cecilio era oro de ley. ¡Que se lo dijera a ella! «Te casas con cualquiera del barrio —afirmó una vez— y no sabes con quién te casas; al cabo de un año te aburres y sufres. Él fuma, bebe y se divierte; el jornal no alcanza y tienes que descontar un día a la semana para visitar el Monte. Acabas

empeñada hasta los huesos si es que no acabas peor.»

Carmen prefería que las cosas fueran así, a pesar de aquel destierro.

—Esto es un destierro —le dijo a Felisa nada más llegar—; a mi niño, para que no se haga una cabra, lo voy a enviar donde mis padres por Navidad, y mes y medio durante el verano, para que aprenda a vivir. Cuando nos trasladen será otra cosa.

Y ya no se preocupó más ni se atormentó. Cruzada de piernas en la galería, en el buen tiempo, o acurrucada junto a la cocina, en el malo, dejaba pasar los días.

Sonsoles subió a la galería. Sus pasos cansados, arrastrados, le hicieron levantar la vista a Carmen. Sorprendió a Sonsoles en un momento de íntima y casi imperceptible coquetería. Se atusaba el pelo. El pelo de loca, que decía Carmen, el pelo y sus maneras de loca. «Sonsoles está loca, es una mística», y cuando lo afirmaba llenaba la palabra mística de desprecio. «Y además de que está loca, es una egoísta furiosa.» Se asombraban Felisa y Ernesta. María quedaba en silencio meditando.

—¿Cómo puedes decir eso de Sonsoles, que es tan buena? ... Como eres una descreída, te molesta que rece...

—¡Qué me va a molestar! Lo que ocurre es que es una lagarta asquerosa.

María pretendía estar en el punto exacto:

—Algo de loca tiene, pero no es mala persona.

Carmen se reía y las llamaba ingenuas. La única que se molestaba era María Ruiz, que lo último que podía ser y quería ser era ingenua.

—¿Ha estado por aquí Felisa?

—No la he visto.

Como hablando consigo misma, Sonsoles dijo:

—¿Dónde podrá estar, dónde se habrá metido?

Carmen mantuvo la vista sobre sus piernas. Después dijo:

—Si tienes mucho interés en encontrarla, vete a casa de Ernesta o al sombrero del torreón grande. Estarán charlando...

—Gracias.

—Ya sabes cómo son; estarán corrigiendo a María, que les contará las acostumbradas guarraditas.

Carmen hablaba así de las otras con la intención de que Sonsoles se permitiera reconvenirla para a renglón decirle cosas sobre ella. Carmen le buscaba la boca a Sonsoles, según María Ruiz, y era muy divertido ver y oír cómo lo hacía. Luego Carmen se lo contaba a ellas: «Le he dicho tal y tal cosa de vosotras y os quiere tanto que no ha sacado la cara.» María Ruiz le explicaba psicología aplicada con aire doctoral: «¡Qué tonta eres! Te conoce bastante mejor que tú a ella. No la sacarás de sus casillas por lo que digas de nosotras, porque sabe que todo lo que tú digas va contra ella. Conque mis cochinitas... —se reía—. Como que ella es una alma de

Dios.»

Carmen no resistía las bromas aquellas que le parecían que siluetaban su posición y la dejaban en ridículo. Ante María Ruiz ella era una parvulilla con toda su sabiduría madrileña, y su maquiavelismo era apenas el de una aprendiz. María Ruiz lo reconocía, iba más adentro que ninguna en materia de tender trampas al prójimo. A pesar de todo, Carmen repetía sus ataques sin ningún éxito frente a Sonsoles. La experiencia de los fracasos no jugaba para nada.

Sonsoles dejó a Carmen, que la vio alejarse con el rabillo del ojo, procurando que se le notase la atención que ponía en la revista.

Sonsoles dio la vuelta y bajó las escaleras de la galería. ¡Qué rara se le hacía Carmen! ¿Por qué le tenía aquella inquina inexplicable, que se le transparentaba siempre en las pocas palabras que cruzaba con ella? No, no se juzgaba tan santa que dejara de suponer ciertas lamentables actuaciones repletas de egoísmo. Pero Carmen se comportaba injustamente con ella. A veces se notaba que su sola presencia le producía repulsión física. Estaba preocupada. Más todavía en razón de lo que había acontecido. Si fuera el marido de Carmen el muerto, no podría llegar a consolarla. Ella se revolvería furiosamente.

Al sombrero del torreón grande estaban charlando las tres, justamente como se lo había advertido Carmen. Se acercó sin apresuramiento, con cuidado. No quería sorprender con su repentina llegada alguna de las turbias historias de María Ruiz en caso de que las estuviese contando.

Ernesta se asombraba con estas historias, pero no así Felisa para la que aquello eran simples palabras, sonidos, no más, que rellenaban el tiempo pero que nada explicaban y a nada conducían. Felisa estaba por encima de aquellas cosas. Ernesta estaba todavía por debajo y no las entendía bien. En cambio, María Ruiz se deleitaba contándolas, porque a Sonsoles no le cabía duda, María Ruiz era una refinada y una viciosa.

Pero María Ruiz hablaba de otras cosas. Hablaba de tiempos mejores y cuando Sonsoles llegó cerca de ellas, apenas se notó su llegada en la conversación, que no se interrumpió automáticamente como otras veces, ni como otras veces dio lugar a que María perfilase una chanza.

María Ruiz estaba nostálgica, hablaba y hablaba como siempre, con cierta suavidad, como si pasara sus dedos sobre un papel de seda arrugado, procurando alisarlo. Recorría así sus recuerdos, su buena ventura de otros tiempos. Dijo:

—...y allá.

Y, sosegadas, las otras mujeres la seguían con la cabeza, con una mirada, dejando las labores sobre el regazo o acariciándose las manos, húmedas de sudor...

—Y allá... —María volvía los ojos hacia el paredón tras el que parecía estar el allá de sus recuerdos.

Sonsoles se sentó sobre esa silla viuda que en las reuniones de las mujeres de los pueblos está para que alguien la ocupe, alguien que no es de la tertulia y que no se sabe por qué es esperado. Sonsoles se sentó y escuchó durante un buen rato. De vez en cuando miraba a Felisa fijamente y sentía que de un momento a otro tendría que ponerse a hablar con ella como si fuera una de esas desconocidas que en los pésames se ven en la obligación de comunicar a los deudos del difunto su pesar y hacerles recomendaciones cariñosas sobre el porvenir y sobre el olvido que sobreviene a todo. El olvido, que es el elixir del tiempo, ese milagro para el corazón.

Sin embargo... Sin embargo el tiempo pasado, en el corazón de las mujeres, tiene su extraño, cabalístico culto y hasta se funden los conocimientos de las dialogantes cuando se encuentran puntos comunes. Los pueblos, los campos, las primaveras, las fiestas, los animalillos olvidados —zorros, comadreja...— que vuelven como de una vieja conseja e importa su fábula como si fuera actual.

Hablaba y hablaba María Ruiz de un incendio que acabó con la finca de unos parientes ricos, con los que ella vivió alguna vez, y repetía como si sonara encima de sus cabezas la canción de la campana de la iglesia llamando a los vecinos. La campana, que en la mente de Sonsoles encontraba su justo eco en aquella otra de paz, de serenidad, de paraíso, del convento lejano. Y el incendio en el alto mediodía, que, descrito por María, era la voz del capellán hablando del infierno, en el que entraban los apóstatas y los lujuriosos y los criminales arrastrando pesadas cadenas de hierros al rojo que les quemaban los pechos, los sexos, las muñecas.

María seguía con su recuerdo pintando para todas los rostros sudorosos y negros de los vecinos que intentaban apagar el fuego. Y un rostro sudoroso y negro, tan negro como las mismas entrañas de la noche, nunca olvidado, pero del que jamás habló, apareció en las parejas memoraciones de Sonsoles y fue acaso aquel mismo rostro el que le impulsó a hablar, por vez primera ante las mujeres del castillo, de cosas, de hechos horribles que ella conocía. Por eso, cuando terminó o hizo una pausa para terminar la historia y comenzar otra María Ruiz, Sonsoles principió a hablar.

El estupor de María Ruiz, la alegría de Ernesta, el dejo de verdadera atención de Felisa hicieron grávido el primer silencio, al que habían servido de prólogo las palabras de Sonsoles:

—Debía de tener yo unos dieciocho o diecinueve años...

Dieciocho o diecinueve años en la vida de Sonsoles era algo incomprendible, que se escapaba del posible cálculo, aunque se sabía que era ciertamente joven, más o menos como todas, a pesar de que la figura desmintiese la edad. Porque las mujeres del castillo tenían de común la juventud cauterizada en el orden y en la disimulada disciplina de los puestos. La vejez haciendo patente su presencia en sus cuerpos, aunque también resultase —María lo comparó en una conversación— que las mujeres al parecer desgastadas, arrugadas, envejecidas, fuesen como las manzanas arrugadas

y envejecidas, jóvenes, lozanas por dentro, con el aroma y el sabor más fuerte y vivo.

Sonsoles hablaba pausadamente y contaba algo que, estando fijo en su mente, le servía para disculpar el no contar aquello que en ella bullía tras los márgenes del tiempo y del recuerdo.

—Debía de tener yo dieciocho o diecinueve años —la imprecisión adrede la fortalecía en el ocultar la realidad bajo la narración— y fue por el otoño. Vivía entonces en casa de mi abuela, que acababa de morir, y aún no sabía que tendría que volver a mi pueblo, donde quedaban casi todos mis parientes. Entonces ocurrió.

María Ruiz escuchaba atentamente, buscando en las palabras de Sonsoles, a la espera de la primera vacilación que le sirviese para dar una explicación segura de la historia, porque intuía que bajo lo que contaba se extendía una confesión, seguramente a medias, pero siempre muy importante para una mujer que como ella no ocultaba su interés por las vidas de los demás.

—Había una muchacha muy guapa. —Sonsoles hizo una descripción de la joven dando el tipo contrapuesto a ella misma, torpeza psicológica que no pasó inadvertida para María Ruiz— que andaba con un primo suyo medio enamorada. Y un día ocurrió lo que tenía que ocurrir. Entonces el primo se marchó del pueblo. La muchacha era amiga mía y me lo contó; yo creo que era la única persona que juntamente con el párroco sabía lo que le había pasado. El primo dejó el pueblo para irse a trabajar por la provincia de Ciudad Real. Dijeron que lo pasó muy mal y que estaba arrepentido de lo que había hecho. Volvió al pueblo, pero para entonces la muchacha se había marchado a otro sitio. El primo se quería casar con ella y un día me vino a ver. Anduvo rondando, sin atreverse a preguntarme, y entonces...

María Ruiz estiraba el cuello sorbiendo las palabras de Sonsoles. Luego rió picarescamente.

—¿Qué, el primo era guapo...?

El retintín de su voz molestó a Sonsoles. Frunció las cejas y luego recobró el gesto apacible.

—No sé para qué cuento estas sosadas —dijo.

Felisa le advirtió:

—En algo hay que pasar el tiempo, mujer.

Ernesta la animó:

—Sigue, sigue, que es muy interesante. No le hagas caso a María...

En el silencio oyeron golpear la puntera de la bota del hombre de guardia en una piedra. Sonsoles podía hablar tranquilamente. Había pasado mucho tiempo, tanto tiempo como desde el sonido de la bota sobre la piedra del hombre de guardia hasta el momento en que estaba pensando en continuar. El tiempo no tenía medida fija. Los hechos contaban el tiempo. La marcha del primo y la narración de la marcha, y, ocupando el banco o el silencio que distancia las cosas, otra vida, su vida

matrimonial. El golpe en la piedra y la continuación de la historia, y separándolos un gran silencio, que daba lugar a pensar, es decir, a que transcurrieran años, verdaderos años, en un solo momento.

—Bueno, pues entonces me dijo lo que le había ocurrido con mi amiga, y que estaba arrepentido y que quería casarse. Me preguntó si yo me había enterado, antes de que él me lo contara, de todo aquello.

—¿Y qué le contestaste? —interrumpió María Ruiz.

—Le dije la verdad. Se quedó muy sorprendido. Él creía que las mujeres... bueno, no sé... creía que esas cosas para las mujeres eran secretos terribles.

—Claro que lo son —dijo María.

—Deja escuchar —gritó Ernesta.

—Estuvo en el pueblo algunos días. Se enteró de que mi amiga se había casado con uno de la ciudad y que vivía contenta. Luego desapareció. Yo supe donde iba porque me lo dijo. Pero en el pueblo no se enteró nadie.

La historia quedó un momento suspensa. Continuó:

—Se fue triste, yo creo que estaba de verdad enamorado de la chica. Lo que pasa es que se adelantó y luego llegó tarde. Suele suceder a veces. Entonces no hay remedio.

—Claro que hay remedio. En las cosas de los hombres y las mujeres, siempre hay remedio; lo que se necesita es valor para remediar las cosas —afirmó María.

Sonsoles bajó la mirada; después, casi con humildad, habló:

—Puede que tengas razón. Todo tiene remedio. Pero el hombre se marchó y no volvió a ver a mi amiga. Marchó para América.

Al oír la palabra América, Ernesta, que tenía una idea primitiva de la emigración, se alborozó.

—Seguramente ya será millonario, ¿verdad?

—No lo sé.

—Esas cosas —aclaró María—, no se saben hasta que vuelven. Y lo mismo pueden volver más pobres que salieron, que con una carretada de billetes. Vete a saber: tal vez se ha casado.

—No creo que se case. No era hombre para olvidar.

—¿Y tú por qué lo sabes tan fijamente?

Sonsoles se inquietó.

—A mí, al menos, me lo pareció entonces así.

La voz del marido de Felisa se escuchó potente llamándola. Felisa se levantó de la silla.

—Ya voy —respondió a gritos; luego, como hablando consigo misma, añadió—: Alguna nueva barrabasada de los chicos. No puede estar una tranquila ni un segundo. Dan más que hacer que... —le falló la comparación.

La silla quedó vacía y las tres mujeres guardaron silencio. Como un rumor se oían las esquilas de las ovejas pastando el yerbal de la base de las murallas en el exterior del castillo. La voz brusca y juvenil del pastor vibraba en la tarde calurosa. El rebaño, medio amodorrado, se movía como un oleaje lento, de sucia espuma, de un lado a otro, conducido por la cayada, la voz y el tino del pastor. Las tres mujeres siguieron en silencio un buen rato.

* * *

Ruipérez hacía dos días que había salido para el frente. El frente era en aquellos momentos palabra, en boca de todo el pueblo, que todavía no tenía un sentido muy claro. El frente, la lucha, la muerte eran palabras que se irían llenando con el tiempo, rebosándose al fin, de todo lo que presuponían, pero de una forma tangible, de una manera trágica.

Hacía dos días que había salido para el frente. El padre de Felisa seguía en la cárcel. El pueblo lanzaba su carga de hombres hacia la montaña. Llegaron nuevos hombres que apenas paraban unas horas, o una noche, o una tarde, o una mañana. Los reclamaba el frente. Y se iban. Se iban cantando a veces, como si fueran de romería. Parecían decir a las mujeres, a las gentes que los despedían: «Esperadnos, que volvemos en seguida, mañana, o tal vez pasado.» Pero se iban y los que llegaban eran nuevos.

El estupor siguió a la alegría, y al estupor siguió una especial tristeza cuando del frente, de la lucha, de la muerte, comenzaron a regresar en camiones, como habían ido, los primeros heridos. Era la sangre que había roto sus esclusas e inundaba las palabras que antes eran como una vaga promesa, como una vaga flor para los hombres. En el pueblo, las escuelas fueron habilitadas como hospitales de sangre.

El padre de Felisa seguía en la cárcel. Felisa se encontraba en la puerta, con un grupo de mujeres que llevaban las cazuelas rancheras con comida para sus hombres. Se conocieron en la espera diaria. Hablaban en voz baja de las cosas de la guerra. Felisa callaba y escuchaba. La asustaba el caudal de odio de algunas, la enternecía el dolor de otras. Muchas le repugnaban. Se apartaba para no escucharlas. Aquel susurro del grupo era como una agua turbia en la que distinguían los diferentes latidos del corazón humano. El ritmo acelerado, apasionado, buscador de la tragedia. El pausado, acompasado, sereno caminar. La pena, el riesgo compensado, la furia, el amor, el odio...

Felisa pudo conversar con su padre, gracias a un amigo de Ruipérez, que la conocía, una tarde. Fueron escasos los minutos para lo que se tenían que decir. Primero se miraron. La hija midió al padre en su dolor. Estaba más viejo, mucho más viejo, y apenas habían pasado siete días. Caminaba el tiempo aprisa. El padre comenzó a hablar con inseguridad. Repetía constantemente: «Locura, esto es una

locura.» Después preguntó por todos. Y fue preguntando. No, él no estaba mal; solamente le preocupaban las cosas de fuera: el dinero, el pan de cada día, la carga de todos para la hija. Había que esperar, le habían dicho que la cosa se arreglaría... Sí, tenía un dolor en las espaldas, poco importante, naturalmente, más que nada el disgusto o la impresión de verse preso... No tenía que preocuparse nadie, él era de hierro... ¿Cómo que no era de hierro? Él había resistido siempre hasta lo último, había trabajado toda la vida y estaba fuerte, tieso... Él era como una buena traviesa, que ni se parte ni se pudre... No tenía quejas de la comida...

—Y el pequeño, ¿qué hace?... Llama al médico, a don Antonio, sí, en cuanto le pase algo... ¿No está?, ¿está en el frente?... Hay que tener calma... cuidaos, cuidaos, cuidaos...

Felisa volvió a su casa demasiado entristecida y preocupada para considerarse incapaz de sonreír cuando los pequeños le preguntaron por el padre. El padre volvería pronto, muy pronto. «Tan pronto, Nina, que no tienes por qué poner esa cara de preocupación... y tú tampoco, que lo que tienes que hacer es estudiar algo para cuando comience la escuela y jugar menos porque sino se te va a olvidar todo lo que has aprendido en este curso.» Felisa regañaba o consolaba, amenazaba o premiaba. «Papá ha dicho que cuando vuelva te va a dar una buena por lo que hiciste ayer, que se lo han contado.» Se le acercaba uno de los pequeños, mimoso: «Sí, cariño, ya le he contado que tú eres muy bueno y que ése tiene que aprender mucho de ti; claro, hombre, que se lo he dicho a papá; ya verás cómo te compra algo, para que ése se muera de envidia, que es más malo que arrancado...»

Los chiquillos se fueron a jugar por los alrededores de la casa. Felisa se quedó con Nina, la hermana, y con el pequeño. El pequeño en el regazo de Felisa se adormilaba mimoso. Felisa hablaba a su hermana, tenía que descargar en alguien su preocupación, pero no se atrevía. Nina le preguntaba insistente por el padre.

—¿De verdad, Feli, que papá está bien, que no le pasa nada?

—Nada, hija, ¿qué le va a pasar? Dentro de unos días volverá a casa.

Juan Martín volvió.

Juan Martín temblaba cuando entró en su casa. Los chicos se le colgaron de la chaqueta, pretendían trepar a él. Las voces se confundían. Felisa intentaba poner orden. Decía:

—Dejad a padre, dejad a padre que se siente. Dejadle, que está muy cansado.

Estaba muy cansado. Se sentó. Las voces de los hijos eran como un fresco rocío que le penetraba en el cerebro y le hacía más leve la emoción del regreso. Porque al llegar de nuevo a la casa, sentía como una pesada angustia de emigrante que sospecha no encontrar los que dejó y teme que la vieja y amada imagen de la casa no corresponda a la realidad. El viaje de veinte días había sido demasiado largo. De pronto todo se olvidaba, todo era lo mismo que antes, en los primeros momentos. Ya

estaba en casa. El hijo menor regresaría pronto, en cuanto saliera del trabajo. Pero el hijo mayor —se concentró en el hijo mayor— no estaba ni regresaría ni tal vez volviera a verlo.

Uno de los pequeños se sentó en sus rodillas y Juan lo acarició. Luego fue preguntando, cerciorándose: «¿Estáis todos bien? Tú y tú y tú...» Todos bien. Vinieron las primeras quejas de los pequeños: «Papá, a mí me duele la tripa y aquí.»

Y las intervenciones de Felisa: «No les hagan caso: son mimos o son cosas que se inventan; hasta que tú has llegado no se han quejado de nada, jugaban como si tal cosa.»

El lenguaje familiar: como si tal cosa. Juan pensaba que los sucesos ocurren y la vida transcurre como si tal cosa, hasta un instante determinado en que todo se quiebra, y entonces la vida propia abandona su manso cauce y se despeña y salta, hasta que vuelve como si tal cosa otra vez al mismo, que en algún sitio desconocido espera.

No sabía hablar de la cárcel. Le preguntaron y él no sabía. Si hubiesen sido compañeros los que le interrogaban, hubiera contestado, hubiera hablado de lo que era aquello, de lo que había sido aquello para él. Hablar del miedo pasado reconforta tanto, envalentona tanto, que se puede contar la historia sin olvidar los mínimos detalles y hasta se puede juzgar el tiempo que pasó. Pero frente a los hijos el miedo persistía. Era el miedo a un nuevo encarcelamiento, a dejar a la familia otra vez sola. Por eso no contestaba más que dos palabras: «Muy malo, muy malo.» Y los chicos, cuando el padre lo decía, sentían un especial terror por aquella historia que no se contaba y que iba precedida de aquel prólogo sereno, terrible y enemigo.

A la hora de comer se sentaron todos a la mesa. El más pequeño en el regazo de Felisa. Hubo plato único. Comían en silencio y miraban al padre a hurtadillas, esperando su voz. Juan no habló durante la comida. Luego los niños salieron a jugar al sol. Felisa y el hermano quedaron con el padre. Juan sacó un resto de tabaco, en un paquete arrugado de color amarillo, y se lo ofreció al hijo. Fumaban. El cigarrillo del hijo, torpemente liado, temblaba entre los dedos primerizos. Era la primera vez que fumaba delante de su padre. No tenía ninguna importancia. Se hubiera necesitado de otras condiciones para que el padre se percatase de la inseguridad del hijo. Para Juan aquel hijo era el hombre de la familia después de él. Felisa callaba y escuchaba a su padre. «A estas horas puede que lo hayan matado. Veinte días de revolución ya, y el camino es largo. Estará, tal vez, prisionero. ¡Quién sabe! Estará en el frente. ¿Llegaría al frente? ¡Quién sabe!»

Hizo una pausa larga. Continuó: «Ahora hay que trabajar. Sacar esto adelante. Mañana saldré a buscar algo. Algo siempre se encontrará, uno ha tenido buenos amigos en este pueblo.»

Ponía todas sus esperanzas en los amigos. Se agarraba a aquella esperanza, que le

salvaba de la desmoralización. Los amigos podían proporcionarle trabajo como otras veces, trabajos modestos y hasta mal remunerados, pero que lo levantaban tanto económicamente como en el doloroso estar parado. Estar sin trabajo era para Juan peor aún por no ocuparse que por no percibir dinero. Era un hombre que había trabajado toda la vida y el trabajo dimanaba de su cuerpo y consideraba el no tenerlo como una enfermedad. El ocio obligado era una enfermedad pasajera, pero el ocio voluntario era una locura.

Juan Martín encontró trabajo. Le costó bastante el encontrarlo, pero lo encontró. En un taller no le quisieron admitir porque temían su próximo encarcelamiento; en otro le recibieron mal, como a un enemigo. Pero lo necesitaban en uno que acababa de recibir la orden de fabricar material de guerra. Él estaba en la sección de ajuste de espoletas. El dueño del taller sabía Juan que era republicano viejo, y el dueño del taller fabricaba espoletas. Juan ayudaba a aquel trabajo. No pensaba en que eran objetos para la muerte. Ajustaba las espoletas en el torno mientras hablaba con un compañero que le anunciaba una victoria de los suyos, o una retirada, y le advertía pleno de esperanza que no había que prestar oídos a lo que decían las radios fascistas o creerse lo que contaban los periódicos fascistas.

Las espoletas para Juan Martín no significaban más que los tornillos. Ayudaba en la fabricación de espoletas. Hacía horas extraordinarias y los hijos, sus hijos comían, y a mediados de septiembre volverían a la escuela o irían por vez primera a la escuela. Las espoletas ayudaban a ello y él trabajaba con la vieja fórmula: como si tal cosa. Las manos de él no tenían que ver con la lucha. Tenía que comer. Las espoletas, los tornillos, los engranajes, lo que fuere ¡qué más daba! Había que comer, que era lo importante. Pero un día fue acusado.

Fue acusado y lo echaron a la calle. No volvió a la cárcel; simplemente lo echaron. Podía hacer sabotaje. Sabotaje. Acaso lo había denunciado cualquier obrero que no sabía que las espoletas le importaban tan poco a Juan como los tornillos o las charnelas, que las únicas cosas que le importaban eran que los hijos comieran y fueran a la escuela a mediados de septiembre. Ni tuvo ocasión de explicarlo ni sintió deseo alguno de hacerlo. Le pagaron el jornal. Sabotaje. No vuelva. Sabotaje. ¿Qué podía hacer él? Sabotaje. Se encogió de hombros y salió del taller. La comida, la escuela, el sabotaje. Se encogió aún más, porque los hombros le pesaban y le dolían. Al llegar a su casa, dijo a Felisa. «Otra vez en la calle», y se sentó con las manos en las rodillas, contemplándolas temerosamente.

Las escuelas eran hospitales de sangre. Los chicos esperaban que no hubiera que asistir a ellas a mediados de septiembre. El verano se iba a alargar indefinida y felizmente. Conversaban entre ellos, secretamente, intercambiando lo que habían oído a los mayores. Por lo menos, hasta después de Navidades no habría escuelas. El otoño iba a ser alegrísimo. ¿Quién les podría impedir el estar jugando sobre los

montones de hojas secas? ¿Quién les iba a controlar las horas del atardecer, las más propicias para desarrollar en la práctica todo lo que la imaginación había creado durante el día? Estaba bien que no hubiera escuela. La única, peligrosa, circunstancia que les hacía temer la pérdida de tan hermosa felicidad, era que trasladasen las escuelas al Ayuntamiento. Pero salvaban el escollo pensando que en el Ayuntamiento cabían muy pocos. Y todos se consideraban excedentes del cupo de los que cabían.

Juan encontró trabajo. Un trabajo nuevo para él. Entró en un almacén de madera. En la sierra mecánica se pasaba la jornada empujando los troncos suavemente, hasta sentir el temblor de la sierra junto a sus dedos. Le parecía que si en cualquier momento se distraía, la sierra no iba a cortar sus dedos, sino su cráneo, sobre el que los dientes abrirían rápidamente un canalillo por el que se le iba a escapar la vida. Podía suceder si se distraía, pero él estaba demasiado atento, tan atento que se cansaba y a veces deseaba que sucediese lo que imaginaba. Sería el sueño, la tranquilidad, la mejor siesta que uno podía pensar. El áspero runrún de la sierra y el blando, caricioso serrín, en la tarde calurosa de agosto eran como una tormenta lejana, pesada, debilitadora, que le llamaba al descanso.

En la serrería se encontraba, sin embargo, a gusto. Sobre las pilas de tablones no se encontraba tan bien y un hormiguillo le recorría las piernas cuando alzaba el compañero el madero que él tenía que colocar cruzado o paralelo con los que formaban la pila. Los tablones bailaban y la caída era fácil que sucediese inesperadamente.

El olor de la madera recién cortada, fresca, le hacía daño a veces al respirar profundamente. Cuando llegaba a casa, Felisa solía decirle que olía bien, y Juan se sonreía contestando que se estaba transformando en un viejo barril para un buen vino. Y la indicación bastaba para que tuviera de nuevo aquel porrón antiguo, cuyo pitorro había limado cuidadosamente para que el chorro fuera más grueso, entre las manos. Se lo traía Felisa y Juan se sentaba a la puerta de la casa, con el porrón entre las piernas. De vez en cuando echaba un trago. Decía que no hubiera sabido beber en otro porrón que en aquél porque los porrones que tienen el pitorro estrecho no sirven para beber. No dan líquido, dan aire. «Llenarse la tripa de aire, Felisa, es tan malo como llenársela de lechuga; se agarran cólicos y se dilata el estómago.»

Felisa repasaba la ropa con cuidado, mientras escuchaba a su padre. Un día que estaba a la puerta de la casa, charlando y aprovechando el fresco del atardecer, se acercó el cartero a ellos. Felisa recibió una carta dirigida a ella y estuvo unos momentos suspensa, indagando quién pudiera escribirle. Juan se lo adelantó con la aclaración. «Será del guardia. Abrela, que te contará cosas importantes.»

Dudaba Felisa. Abrió el sobre, escrito con una caligrafía muy perfilada y en el que decía señorita con todas las letras. La carta estaba escrita a lápiz. Efectivamente, era del guardia. Le decía que estaba herido en un hospital de Burgos; que no era cosa

de importancia, pero que le era muy incómodo porque le obligaba a tener la pierna en alto, donde un trozo de metralla había fracturado el hueso. Terminaba la carta dándole la dirección, preguntando por su padre y diciendo que no la olvidaba y que en cuanto terminara aquello pensaba casarse con ella, si ella estaba dispuesta.

Felisa leyó la carta primero para sí, después en voz alta. Cuando terminó, Juan dio un largo trago al porrón. Felisa preguntó su parecer. Juan dijo:

—Hija mía, eres muy dueña de hacer lo que tú quieras, pero debieras esperarte hasta que la guerra haya acabado. Aquí te necesitamos todos. Si te casas en seguida con el guardia, te vas a apartar de nosotros y, además, a no ser que él tenga suerte y no lo vuelvan a enviar al frente, vas a estar siempre desasosegada y triste pensando en lo que pueda pasar. Yo no me opongo, ya lo ves; pero me parece que deberías esperar. Díselo así, o de la forma que a ti te parezca mejor.

Felisa escuchó atentamente. Afirmó primeramente con la cabeza, luego añadió de palabra:

—No se me había pasado por la imaginación casarme con él. Primero lo tengo que pensar, pero no te preocupes, que no será por ahora. Cuando esto acabe, entonces será cosa de decidirlo. Dentro de seis u ocho meses, o un año tal vez.

El padre subrayó:

—O de dos años, o más.

Felisa contestó a Ruipérez. Luego hubo un largo silencio, entre los dos. El otoño estaba ya crecido. Los chicos, como ellos se imaginaban, no habían empezado a asistir a la escuela. Empezarían cuando el frente se alejase y fuera necesario adelantar el hospital. Y esto ¿cuándo iba a ser? ¡Cuanto más tarde, mejor!

Los chicos llevaban muñequeras con balas enganchadas y cinturones con peines de cartuchos sujetos por el cuero. Alguno tenía un machete que había llevado a cortar para hacerse con él un cuchillo de monte y que, convenientemente afilado, le servía para presumir con los amigos en las correrías por los alrededores, donde habían construido cabañas y en las que guardaban tesoros encontrados o robados de los camiones de los soldados. Una cantimplora abollada, un macuto, balines, cargadores se guardaban con mucho misterio. Se formaban bandas y firmaban los componentes de ellas, con sangre, papeles en los que se juraba fidelidad a los compañeros. La sangre la lograban los más valientes haciéndose un ligero corte con un cortaplumas y los no tan atrevidos arrancándose alguna postilla. Planos de tesoros, bandas enemigas, peleas callejeras a castañazos, pedreas en los alrededores, exploraciones de los tinglados de la estación del ferrocarril, saltos sobre los montones de hojas secas, eran su programa. No había escuela y había libertad total. Los mayores estaban preocupados por otras cosas más importantes que las aventuras de los chicos. Hasta que un día sucedió una desgracia.

Solían encender hogueras, a las que arrojaban desde prudente distancia balas de

fusil. Un día se encontraron un artefacto pintado con una franja colorada y lo arrojaron a la hoguera. Estalló. Murió un chico y otro quedó ciego. Se adoptaron medidas por el Ayuntamiento. Y se pensó que la escuela debía ponerse en funcionamiento en el plazo de tiempo más breve posible. Así se hizo. La escuela quedó abierta en el Ayuntamiento. Los chicos de la calle asistían en grandes grupos, que apenas cabían en los estrechos salones de la Alcaldía. Nuevos motivos de regocijo. Nadie estudiaba. Todo era divertido. En los chicos despuntaba un asomo de audacia con respecto a los mayores, que se traducían en contestaciones impertinentes y en el frecuente dejar de asistir a las clases sobre las que no se podía ejercer una vigilancia muy firme. Pero llegaron las Navidades y el frente se adelantó con el hospital de sangre. La vida comenzó a transcurrir por sus cauces de siempre.

Juan Martín no quería pensar en el hijo ausente. Felisa lo sabía y nunca hablaba de él. Sin embargo, el día de Navidad, después de comer, Juan recordó a su hijo. Todos se callaron cuando el padre principió a hablar:

—Si vuestro hermano estuviera con nosotros...

Golpeó débilmente sobre el mantel con una cucharilla. Colocó la cucharilla junto al plato, con los ojos fijos en la mesa.

—Si vuestro hermano estuviera con nosotros... —repitió.

Los ojos se le humedecían. Felisa apretó el brazo de su padre.

—No lo recuerdes ahora, papá. No te preocupes.

Juan miró a su hija.

—Sí, mejor será no recordarlo. Sírveme un poco más de vino antes que tome el café, anda.

Los chicos pequeños comentaban ya: «En la guerra se divertirá uno mucho... Con una ametralladora, pa-pa-pa-pa-pa... no se pueden acercar: pa-pa-pa-pa.» Y otra vez: «Yo metía más balas: pa-pa-pa-pa-pa...»

Uno de los hermanos preguntó a Felisa:

—¿Podemos jugar a las guerras?

Felisa le respondió:

—No, dejaos de guerras y a ver si podéis por una vez estar formales... Además, estropeáis las sillas.

Los niños echaban las sillas al suelo y, detrás de ellas, como si las patas fueran mortíferos cañones de armas automáticas, repetían su estribillo: «Pa-pa-pa-pa...» Lo hacían en cuanto tenían ocasión. Era la guerra una diversión paradisíaca, como el mejor juego con el que se puede entretener un niño. La guerra que para Juan Martín sonaba con un lejano pa-pa-pa-pa contra su corazón.

Juan quiso salir a dar un paseo. Felisa quería retenerlo en casa. En la casa, con el jugar de los chicos, se entretendría y no encontraría ocasión de pensar en el hijo ausente. Juan no accedió. Salió a pasear.

Caminaba por el paseo que llevaba a la estación del ferrocarril. Estaba el cielo gris y hacía frío. Juan llevaba las manos metidas en los bolsillos de la gabardina y la bufanda le tapaba la boca. La boina, echada un poco hacia atrás, dejaba que se asomase bajo su borde un mechón de pelo blanco. Entró en la estación. Saludó a un mozo conocido y se fue a sentar en un banco, frente a un tren de material de guerra con guardia de soldados. Los soldados reían al parecer de algo muy gracioso que contaba uno de ellos. Juan ya se suponía lo que contaban para reírse tan nerviosa y fuertemente. Uno de los soldados se volvió de pronto y lo vio sentado en el banco. La edad del soldado, calculó Juan, no rebasaría la de su hijo mayor; probablemente eran del mismo tiempo. El soldado se dirigió a él:

—Quítese usted de ahí. No se puede estar ahí.

Juan se levantó y fue hacia la puerta de la estación. El soldado volvía lentamente al grupo sonriendo la gracia que no escuchaba todavía. Juan caminó hacia su casa. Principiaba una lluvia fina y helada. Iba pensando que posiblemente su hijo estaba de centinela allá, en el otro extremo de la vía, pasadas las líneas de combate, custodiando material de guerra y riendo con los compañeros de uno de aquellos chistes que contaban los jóvenes.

Al entrar Juan en casa, los pequeños estaban jugando a la guerra. Juan se quedó un momento mirándolos; luego sonrió.

* * *

Andar, andar y no dejar de andar. Había andado mucho. Los paisajes de la tierra, que él no llamaba España, sino Patria. La Patria andaba por sus rincones más alejados, más desconocidos, en continuo peregrinaje. En vez de la cayada o el bastón de viaje, el mauser. Los cinturones negros, a los que se acostumbraba uno como al brazo de la mujer propia. Los cinturones, las cartucheras, que la mano acaricia suave e insistentemente durante la marcha. La huella de sudor del pulgar de la mano derecha en la piel limpia del portafusil. La mano, que sabía su camino, ajustar una correa, compensar y equilibrar las cartucheras.

Andar y andar de un lado a otro, con el reglamento en cada caso rebotando del labio a la mente. El temor de algunos frente al uniforme, las caras hostiles o amigas que brotaban en el recuerdo, relacionadas con las obligaciones del servicio. Conocer la geografía paso a paso, palmo a palmo, surco a surco. Dependiendo la marcha del camino del sol. Cuando esté sobre el cerro, haremos alto. Cuando el olivar esté en sombra, comeremos apresuradamente para llegar lentamente, pero con seguridad a la cita. Cita de hombres en el pueblo perdido, donde un abigeato los reclamaba. Y otra vez andar bajo el sol, bajo la lluvia, con calor o con frío. Claro que el rostro lo acusaba. El camino avieja el rostro y cansa el corazón. El cuerpo se endurece la piel a la intemperie va cogiendo el color de herramienta usada o color de tierra trabajada. Y

el corazón, que mide los kilómetros, las leguas, sabe que ya van siendo muchos y anhela el descanso. Descansar antes que nada.

Ruipérez había pedido el traslado al cuartelillo de la ciudad. Estaba cansado del campo. La ciudad exige un servicio más minucioso en las cosas de ordenanza, no tiene la libertad que los puestos del campo, pero tiene el descanso que se desea con toda el alma. Ruipérez estaba pendiente del traslado. Además, el sueldo podría aumentarse trabajando en alguna función complementaria. O acaso se podría pedir la separación del Cuerpo por encontrar algo mejor, algo para lo que se necesitase las primeras cualidades que cada uno de ellos poseía: honestidad, seriedad, o aún más precisamente, gravedad.

Ruipérez acababa de llamar a su mujer. Deseaba decirle lo que había pasado. Felisa no estaría todavía enterada. Era su obligación comunicárselo. La guardia le obligaba a pensar constantemente en el muerto. En aquel muerto, que era uno de la comunidad y que resultaba tan del cuerpo de la comunidad que casi era un hermano. Recordaba las palabras de los primeros tiempos de servicio, cuando se les inculcaba día tras día la fraternidad en las armas, aquella fraternidad que durante la guerra había sido fraternidad en la muerte y en la sangre.

La imaginación se le fue hacia la guerra. La herida por la metralla. Felisa cuidando de la casa del padre. Quedaba en lontananza el pálido reflejo crepuscular de aquellas primeras relaciones, cuando sintió que tenía que casarse con Felisa; y la espera durante los años de la guerra, siempre presente, unas veces como una caricia y otras como una ráfaga de color y de melancolía, por los compañeros que cayeron. Aquellos compañeros que se habían acabado para siempre, tan fácilmente que no los creía distantes, pero no muertos. ¿Por qué pensaba en la guerra lejana cuando ellos jamás habían abandonado la guerra ni posiblemente la abandonarían? La guerra. En la guerra estaba su cuerpo, allí, dando una breve sombra, mientras los nervios acusaban la noticia escueta y tremenda. Ésta era otra guerra que él había escogido desde niño como la escogió su padre, también guardia.

Felisa le sorprendió cuando casi estaba junto a él.

—¿Por qué me llamabas? ¿Han hecho alguna de las tuyas los chicos? —Felisa explicaba ceñuda y dulcemente—: Sin escuela, ya se sabe, son unas calamidades. No se están tranquilos en ninguna parte. Atados deberían estar. Tengo el alma en un hilo con ellos. Siempre estoy temiendo algo... Cualquier día...

Ruipérez cambió de posición y estiró el brazo, señalando al campo. La mirada de Felisa siguió el ademán.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Ha pasado algo?

Ruipérez volvió el brazo hacia el fusil.

—Mal día el de hoy —dijo—, mal día. A la noche habrá tormenta.

Quería dar la noticia, pero dudaba. Apartaba la atención de Felisa hacia el campo. El día parecía tener una raíz profunda donde algo fermentaba y bullía.

—Las tormentas de verano tienen que encontrar limpias las acequias, si no, el agua se sale del cauce y forma charcas. Luego nos quejamos de los mosquitos.

De repente, dijo:

—Felisa, han matado o herido gravemente a uno de los nuestros. No se sabe a quién ha sido.

Hablaba rápida, embarulladamente. Felisa agachó la cabeza. Se agarraba las faldas con las manos.

—¡Qué desgracia!

—No debes decir nada todavía. Ponte de acuerdo con Sonsoles para comunicárselo a las otras. Debéis tener cuidado.

Por la cabeza de Felisa pasaba en aquel momento la actitud de Sonsoles por la tarde, la historia que contó. Debiera haber supuesto que algo importante para la vida en el castillo había sucedido; si no, Sonsoles no se hubiera sentado con ellas a contar algo tan raro como aquello que contó.

—¡Qué desgracia!

Ruipérez volvió el brazo hacia el campo.

—Esta noche habrá tormenta. Sería preferible que enteraseis primeramente a María y a Carmen. Ernesta... bueno. A los chicos no les digáis nada. Ahora dejadlos jugar.

Ruipérez volvió el brazo hacia el fusil.

—La tormenta va a hacer daño al trigo tardío que tienen en las eras. Supongo que lo recogerán.

Felisa notaba cómo la ira se iba acumulando en su marido.

Los dos miraron al campo. En el horizonte se iban espesando las nubes. Felisa dejó a su marido en la guardia, dio la vuelta lentamente y entró en el castillo. Ruipérez miraba fijamente el campo, sin pestañear, hasta que la luz le hizo daño en los ojos. Felisa caminaba muy despacio, como si le costase arrastrar su breve sombra. Al pasar por delante del Cuerpo de Guardia, vio por la ventana a Pedro. Pedro la miró y no dijo nada.

Felisa se sentó junto a las otras mujeres. María Ruiz estaba contando algo. Pero Felisa no escuchaba lo que decía María. Con la mirada fue ascendiendo por el cuerpo de Sonsoles, hasta que encontró sus ojos. Se entendieron. María Ruiz hablaba de una muchacha que tuvo un hijo natural y que lo estranguló con una media.

—...y después de estrangularlo, la maldita lo echó a un pozo. —Ponía la nota repulsiva—. Un pozo como el que tenemos, del que estuvieron bebiendo agua los de la familia hasta que uno cayó enfermo con fiebre; fue entonces cuando lo limpiaron y encontraron el angelito casi enteramente comido por los sapos.

—¡Qué horror! —Ernesta se estremeció—. ¡Qué horror! Parece mentira que haya mujeres así en el mundo.

María Ruiz se sonrió.

—Pues aún conozco otro caso más asqueroso: el de la mujer que descuartizó a un niño y se lo echó a los cochinos. Cuando fueron a detenerla, se dio un corte con un cuchillo de cocina en el bajo vientre y se dejó salir los intestinos. Recibió a los guardias insultándolos y llamándoles de todo. La bruja tenía redaños. Del vientre le salía la sangre, negra como si fuera tinta china.

Ernesta hizo un gesto de repugnancia. Preguntó infantilmente:

—Tú, María, ¿viste la sangre?

—No, hija, a mi me lo contaron, porque eso debió de ocurrir cuando yo era niña.

El tiempo, para el efecto que producían en Ernesta las historias de María Ruiz, era lo más importante. Le llevaba a la creencia de que cuarenta años antes el mundo era un lugar sombrío, plagado de monstruos, de casas cerradas a piedra y lodo, de miradas aviesas de los hombres y de las mujeres, donde habitaba el crimen como la luz en el sol, de herramientas usadas como armas primitivas contundentes, mortíferas. Porque una herramienta o un objeto de uso cotidiano empleados para el asesinato son cien veces más siniestros que un arma. Y el crimen cometido con una herramienta tiene siempre un soterrado sabor a algo bárbaro y horroroso, mezcla de bíblico pecado y de angustiada reacción animal.

Ernesta, escuchando las historias de María Ruiz, sentía una especial delectación en el miedo. Porque las historias le despertaban el miedo, que le crecía en la noche y la desvelaba hasta que las olvidaba pasados los días. El horror y la lubricidad de los relatos, los dos polos de María, la tenían en tensión, los sentía en el cuerpo, como una mano que la empujase hacia una barrera que estaba prohibido franquear. Su marido, Guillermo, le advertía muchas veces que no hiciera caso de los cuentos de María, que los decía con el único afán de asustarla. Pero María había llegado a tener necesidad de contar sus historias a Ernesta. Era una necesidad y un placer. También un como desquite de la naturaleza. Le gustaba corromper y asustar a Ernesta.

Felisa dijo con una voz que era poco más de un murmullo:

—María, ¿por qué no cambias tus temas? Siempre cuentas cosas desagradables.

—¿Te molestan, Felisa?

—No, no me molestan, pero como siempre cuentas las mismas o parecidas cosas, ya hiede tanto estiércol.

María Ruiz se echó a reír.

—No sabía, Felisa, que te causaban tanta impresión las tonterías que yo cuento.

—No me causan ninguna impresión buena, María. No me horrorizan ni me divierten; me repugnan.

Ernesta se sentía avergonzada. Quiso disculparse y disculpar a María.

—Son cosas que no tienen ninguna importancia. Solamente sirven para matar el tiempo. María las cuenta para hacernos más llevadero...

—Desde luego —interrumpió Felisa—, pero así y todo no está bien, ni medio bien, tanta suciedad. Todas sabemos que el mundo es así de sucio, pero en el mundo también hay cosas limpias y hermosas que ésta nunca cuenta.

—Bueno, bueno... no es para que lo llevéis hasta esos extremos —dijo María—; si no queréis, pues no cuento nada y todas tan contentas.

María Ruiz se levantó. Sentía que le era difícil dominarse. No dominarse hubiera sido una equivocación, un demérito ante ella misma. Tenía que dominarse. Habló como si aquello no le fuera para nada; se mostraba al margen, distante y no interesada al parecer en la conversación.

—Lleváis las cosas a unos extremos de apasionamiento...

Felisa la miró.

—No lo creas, María. Yo nunca te había dicho nada y, además, con levantarme si me molestaban las historias, estaba todo concluido. Pero es que a veces ocurren cosas...

—Las cosas que ocurren siempre.

Sonsoles, por primera vez, salió a defender de forma muy extraña a María.

—Tal vez tenga razón María y llevemos las palabras sin importancia a un terreno molesto.

María decidió marcharse. Le estaba ocurriendo lo último que le podía suceder. La defensa de Sonsoles le dañaba más que la corrección de Felisa.

María sonrió por última vez.

—No os preocupéis. Yo también sé ponerme seria. ¿No te parece, Ernesta, que a veces soy muy seria?

Ernesta no contestó nada.

María Ruiz se marchó. En el movimiento de su cuerpo había un reto disimulado. Llevaba la silla balanceándola. Una de las patas golpeaba de vez en cuando el suelo. Todavía la sonrisa no había desaparecido de sus labios.

Felisa y Sonsoles se miraron. Sonsoles preguntó:

—¿Ya estás enterada, Felisa?

—Sí, ya me he enterado.

Ernesta miraba cómo se alejaba María con sus historias truculentas a veces, lúbricas otras.

* * *

Ruipérez cojeaba un poco. La primera vez le habían soldado mal el hueso. Los meses del hospital se sucedieron. Recibió la visita de Felisa. La llevó junto a su cama una monja. Ruipérez no supo qué decir. La monja le ayudó. «Bésela, hombre», le dijo, y

Ruipérez obedeció. Los compañeros de las camas contiguas se reían a carcajadas. Felisa, cuando lo recordaba, seguía poniéndose colorada. Se lo explicó a sus amigas:

—Fue un rato terrible, chicas, terrible. Hubiera querido que me tragara la tierra.

Las amigas también se reían.

—¿Y qué importancia tiene que dos novios se besen delante de la gente? —le dijo una.

—Ninguna, pero es que era la primera vez.

Las amigas se rieron alborotando y en sus risas había un dejo nervioso de insatisfacción.

Ruipérez volvió al servicio y fue destinado a una oficina. La guerra, momentáneamente, se había acabado para él. Se dedicaba a rellenar salvoconductos. Se escribía frecuentemente con Felisa porque estaba en la capital y no en el pueblo. Logró, por fin, que lo destinasen al pueblo.

No habían variado mucho las cosas, las personas. Al principio, cuando preguntaba por alguno, temía la respuesta: «Lo mataron en tal sitio», y lo decían precisando el lugar, describiendo el accidente del terreno que lo caracterizaba, porque lo habían escuchado a alguien que lo había visto morir y que sabía dónde, cómo y cuándo cayó. Siempre con el gesto triste, decía: «Era un buen muchacho; lástima que...» Y por lo oído en el hospital a los compañeros podía precisar: «Sí, en esa parte hubo mucha lucha o fue muy duro todo.»

Durante el mes de enero del año treinta y nueve, los asuntos de la familia de Juan Martín se complicaron. Del hijo mayor nada se sabía. Uno de los pequeños estuvo mucho tiempo enfermo. El médico que le fue a visitar dijo que la enfermedad era grave —unas manchas en el pulmón—, que necesitaba ser aislado y un régimen de alimentación especial. Felisa apenas podía atender a todos los problemas que la casa planteaba. El hermano enfermo tenía todos sus cuidados, pero de cuidados estaban también necesitados el padre y los demás hermanos, y aun más que todos ella misma, el dinero se gastaba fácilmente, aunque costaba mucho esfuerzo ganarlo, y la hermana tuvo que entrar en un taller de costura como chica de recados.

Con el dinero que ganaba la hermana pequeña se compraba el pan de cada día. El pan, que era en la casa el manjar pedido más insistentemente.

Felisa quería retrasar su boda hasta que los problemas desapareciesen, pero Juan la convenció de que las cosas podían ir mejorando aunque los problemas continuaran en plena vigencia durante toda la vida.

—Ya crecerán todos —dijo—, y comenzarán a ganar dinero. No debes preocuparte, viviremos como hasta ahora y quién sabe si mejoraremos. Además, tú siempre puedes venir a echar una mano a la casa, porque ha habido suerte con el destino de Regino y en una larga temporada no le cambiarán.

Pero Juan Martín se equivocaba con respecto al destino de Ruipérez.

Se equivocaba. En cuanto la guerra terminó, lo destinaron fuera del pueblo.

Un destino que para el que lo ordena no tiene importancia, constituye tal vez para una familia un estremecido desconcierto hasta que la vida vuelve a sedimentarse. Le decía Ruipérez a su suegro:

—Nosotros los militares somos como los cómicos; un día aquí, otro allá, no se le puede coger cariño a ningún pueblo, porque en cuanto se le coge ya lo están a usted cambiando.

Había lilas cuando Felisa Martín y Regino Ruipérez se casaron. Había lilas y estaba terminando la guerra. El cielo azul hacía que blanqueasen más los pelotones de nubes, que rápidamente pasaban impulsados por un viento fuerte y fresco que venía de la montaña. El sol asomaba y desaparecía entre las nubes. En el pórtico de la iglesia esperaban los escasos invitados a la boda los últimos trámites de la ceremonia en la sacristía. La sombra y la luz se alternaban. Hacía frío y calor, según el sol estuviese cubierto o no. Marzo con lilas, con nubes locas, con viento fuerte, con la primera cigüeña en la torre de la iglesia, con los regateos bullidores de la nieve fundente atravesando los campos, con la yerba verdeando, levantaba la alegría, como un vaho iridiscente de la tierra.

Juan Martín había logrado un traje nuevo para la boda de su hija. El traje suponía muchos sacrificios. Concertó pagarlo a plazos. Juan estaba muy orgulloso de presentarse a la ceremonia con un traje nuevo. El traje nuevo; la camisa de cuello duro, molesto, que sentía se le iba a saltar de un instante a otro, en cuanto él volviese la cabeza con violencia; la corbata, que lo ahogaba; los zapatos, relucientes, le daban empaque de padrino serio. Juan se emocionó durante la boda y creyó recordar la suya; pero no, su propia boda la recordó más tarde, ya en casa, cuando los recién casados salieron en viaje de bodas hacia Valladolid.

Ruipérez y Felisa fueron a vivir a un pueblo castellano, a la orilla de una carretera general. Tenían en la casa cuartel un piso muy bonito. Les habían concedido una parcelilla de tierra que ellos transformaron en huerto. La comida estaba barata. Alguna vez que Felisa hizo un viaje para visitar a la familia llevó alimentos. Los alimentos humildes que daba la humilde tierra: garbanzos, alubias, un poco de aceite en unas botellas. Empezaban los tiempos malos. Y Felisa estaba embarazada. Sufría mucho con el embarazo, pero no dejaba de trabajar. Las advertencias de Ruipérez eran inútiles.

En el pueblo fermentaban ya las grandes fortunas de la posguerra. En septiembre comenzaron a llegar camiones que se llevaban el trigo y las legumbres. Camiones de dueños desconocidos, con rutas desconocidas. Había órdenes, pero no servían: los camiones llevaban sus guías en regla. Por lo tanto, podían salir cargados de trigo y de legumbres. Ruipérez le decía muchas veces a Felisa:

—Mal van ahora las cosas. Se llevan el trigo, se llevan todo. Son como una plaga.

Habrá hambre, habrá mucha necesidad.

Felisa tuvo un hijo, en Navidades. Ruipérez estaba aquel día de servicio. Por la mañana había preguntado a su mujer. Felisa sonrió:

—No has de preocuparte. Sal, que éste espera —y se palmeó el vientre voluminoso.

El chico no había esperado. Ruipérez, advertido por una vecina, subió la escalera a grandes trancos. Se emocionó al entrar en la habitación. El primer hijo.

A los otros se fue acostumbrando. Uno, dos, tres y cuatro. Los cuatro varones. Y uno que vino mal y que acaso hubiera podido ser hembra. Felisa se había aviejado, desgastado. Cuatro hijos y una mujer gastada en los partos. Felisa seguía trabajando como antaño. Aquel antaño que en el recuerdo de Ruipérez se nublaba tras la desesperanza, porque entonces había esperanza de mejorar y ahora no había más que deseo de seguir.

Pasaron seis años. Juan Martín murió en un accidente de trabajo. Siempre le había tenido miedo a la alta tensión, y lo mató una descarga en la fábrica donde trabajaba. Felisa marchó al pueblo cuando recibió la noticia. Ruipérez tuvo que quedarse en el puesto. El permiso llegó tarde y no pudo ir a ver al viejo. A aquel viejo al que tenía un cariño extraño y al que admiraba, porque era respetuoso con todo el mundo y hablaba de las cosas objetivamente. ¡Cómo lo recordaba! Él no exageraba nunca. Si hablaba de la guerra, hablaba ya como si él estuviera fuera del tiempo. Sin odios, sin rencores. Valorándolo todo de una forma... de una forma como a nadie había oído.

Habían aprendido Felisa y Ruipérez a callar. Les parecía que las palabras para explicarse sus vidas no eran necesarias. Compartían la casa, la comida y el lecho, en silencio. Vivían y amaban en silencio. Si hablaban era por los hijos, de los hijos. Ellos tenían pocas cosas que decirse de palabra. Y para estas pocas cosas los gestos, mejor, las actitudes, servían tan bien como las palabras. Felisa entendía a Ruipérez nada más mirarle a la cara. Un gesto, una arruga, no observada normalmente, querían decir tanto como un torrente de palabras. El desánimo, la tristeza, la enfermedad, la preocupación, los mil matices del disgusto los captaban los dos mirándose. Luego, cuando ya se habían comprendido, hablaban de los hijos. Las charlas eran cortas. La enfermedad, el porvenir, la educación, el cuidado. Los dos convergían en los hijos, que llenaban sus existencias con un rocío de esperanza dulce o con una gota de preocupación amarga.

La muerte de Juan Martín rompió la ligazón con la familia de Felisa. Algunas veces se recibían cartas que se tardaba mucho tiempo en contestar. Felisa escribía la carta de respuesta; las faltas de ortografía se las corregía Ruipérez porque, como decía, las cosas bien hechas bien parecen. El sobre lo llenaba Ruipérez con su letra perfilada y pedagógica. Cuando terminaba, después de haber puesto el nombre del pueblo con mucho esmero y de haber subrayado la provincia, secaba el plumín y

comentaba: «Así no hay miedo de que se pierda.» Felisa pensaba que su marido tenía razón; una carta escrita por su marido era imposible que se perdiese.

Cuando a Ruipérez le tocaba servicio en el campo, Felisa rezaba la noche anterior, al acostarse, una avemaria más. A su regreso daba las gracias con otra avemaria. Una avemaria era para Felisa un centinela que guardaba y custodiaba los pasos de su marido. En tiempo de ferias, la rezaba para que no hubiese disgustos serios en los que fuera necesaria la intervención de Ruipérez; en el verano, por el calor, para que no le diese un calentón a la cabeza; en el invierno, por el frío, para que no tomase un aire por los húmedos caminos o un baldamiento o un temblor.

Ruipérez era para su mujer como un árbol gigante en el que ella se refugiaba. Refugio para Felisa, en el que al sentirse protegida comenzaba a temer. Porque Felisa, que había sido capaz de luchar contra todas las desventuras en su adolescencia y en el comienzo de la juventud, estaba ya cansada. Y su cansancio no era solamente físico, sino moral, de tal forma que la falta del marido podía ser tal vez la única forma de que ella se alzase de su cansancio con fuerzas suficientes para continuar la lucha en la vida. Lucha última por los hijos y busca de refugio, a la postre, en ellos, cuando aquéllos creciesen.

Por lo pronto, estaba Ruipérez, amado refugio para su cansancio. Descansaba de su fatigoso temor con su sola presencia, y, a veces, cuando regresaba del campo, sentía como una íntima congoja que la impulsaba a llorar nada más verle sano, como había partido. Un día se lo contó al marido y éste le dio el parecer de que aquello era algo morboso que había que alejar. Algo morboso que nacía de un intuitivo temer la soledad frente al mundo, porque para Felisa la soledad era una condena que rebasaba lo humano para llegar hasta lo infernal. La soledad frente al mundo era un problema de cobijo. De cobijar la mirada en alguien capaz de ofrecer un refugio amoroso, de cobijar sonrisa, el gesto, la preocupación, la enfermedad.

En el invierno de 1948 fueron destinados al castillo. Llegaron a cubrir una baja. Acababan de matar a un guardia. Lo habían atropellado con un camión. Las parejas de guardias en las carreteras tenían órdenes de examinar las cargas de los camiones que circularan. Los guardias dieron el alto a un camión, que sin hacer caso de la advertencia aumentó la velocidad, echándose sobre ellos inesperadamente. Uno de los guardias no tuvo tiempo de hacerse a un lado y las ruedas le aplastaron el pecho. Murió en el acto. El compañero lo contaba después:

—Nos echaron el camión de repente cuando creíamos que iba a aminorar la velocidad; al pobre Encarnación no le dio tiempo de apartarse. Le pasaron todas las ruedas de su lado por encima. Hizo un ruido que no se me olvidará jamás. Me eché el fusil a la cara y la emprendí a tiros. Nada. Menos mal que le había cogido la matrícula, porque si me dejan con el compañero muerto y sin saber lo que ha sido del camión, ya me hubiera podido preparar. Encarnación había hecho un charco de

sangre como yo no he visto en la guerra, y eso que he visto de largo. ¿Veis lo que es una caja de cerillas vacía cuando se la aplasta con el pie? Pues hizo ese ruido, mucho mayor. Me impresioné tanto que estuve un rato después de los tiros que no sabía qué hacer. El fusil de Encarnación estaba partido.

Felisa y Ruipérez ocuparon en el castillo la casa que había dejado vacía la familia de Encarnación. Las casas estaban construidas del verano anterior y todavía estaban las paredes húmedas. Hacía frío. Las heladas durante la noche eran muy fuertes. Los dos chicos mayores iban a la escuela del pueblo. Bajaban con los otros hijos de los guardias muy temprano, a cuerpo, envueltos en grandes bufandas de las llamadas tapabocas de arrieros. Sabían leer y escribir, y las lecciones de Geografía e Historia se las tomaba a la noche el padre antes de que se fueran a acostar.

Ruipérez era muy cuidadoso con la Historia. El Dos de Mayo se lo explicaba a sus hijos con mucha suerte de detalles: «Los buenos españoles —decía— estaban contra la francesada, que quería que todos los españoles fueran esclavos del emperador Napoleón y que dejaran de creer en sus reyes y en su religión. En Madrid el pueblo español les dio una buena paliza a los orgullosos soldados del emperador de los franceses. Hubo un tal Malasaña, que de vivir ahora le hubieran dado la laureada de San Fernando, que se tiró desde un balcón con un cuchillo contra los franceses, y los atravesó.»

Los hijos de Ruipérez quedaban admirados de los relatos de su padre. En cuanto terminaban las lecciones le preguntaban por la guerra de la Independencia, y el guardia les seguía contando cosas a su manera, unas veces decoradas por su imaginación y otras fieles a los textos que él recordaba. La guerra de la Independencia fue durante todo el invierno el sucedáneo de las historias que los niños gustan de escuchar, de los lobos negros que bajan de la montaña a devorar ovejas en los pueblos durante la noche, a llamar con sus uñas afiladísimas en las puertas de los vecinos y a aullar en las calles sin que nadie se atreva a salir, hasta que un mozo o un viejo, héroes en el anonimato de la progresiva transformación de la historia, salían con una escopeta de caza o con la garrota y los mataban. Los matadores volvían con el pelo erizado, porque la presencia del lobo eriza los cabellos y hace que el corazón se acelere ante su aspecto de fiera nacida en el séptimo infierno.

Pero donde de verdad estaba el fuerte de Ruipérez era en la caligrafía. Cogía las manos de sus niños y las colocaba sobre el papel rengloneado. «Agarra la pluma —les decía—; fuera esa giba, el dedo no debe hacer giba; el dedo recto, aunque duela y te parezca que lo tienes agarrotado; si el dedo no está derecho, mal tiene que salir la letra.» Como Ruipérez se colocaba a espaldas de sus hijos y abalanzaba el cuerpo sobre la mesa, las espaldas de los chiquillos se cansaban, acababan doloridos y a medida que el tiempo pasaba empeoraban la letra. «No servía para nada, una buena letra es necesaria en el mundo para cualquier cosa que se haga.» Y precisaba a

continuación: «Una buena letra y una limpia presentación.»

La estación fue avanzando. Llegó la primavera. Trasladaron a dos de los guardias. Llegaron dos nuevas familias. Llegaron María Ruiz y Carmen. Los primeros días María trataba a Felisa con muchas fórmulas de buena educación. Le daba las gracias siempre que le pedía cualquier favor pequeño, insignificante. Hartaba a Felisa tan severo formalismo, llevado a extremos molestos. «Si a ti no te causa extorsión —decía María—, con tu permiso voy a hacer tal cosa.»

Felisa le decía a su marido:

—Esta María es una pamplinera, no hace más que dárselas de señorita; detrás de todas sus palabras adivina una que se está riendo. Pues conmigo va a ir bien servida, porque para decir cosas elegantes me las pinto yo sola; ya has de ver, ya has de ver.

Ruipérez y Baldomero, el marido de María, intimaron mucho. A Ruipérez le gustaba la pesca, pero como no tenía donde practicarla, conversaba sobre sus hazañas pasadas. A Baldomero le gustaba la caza y cuando tenía un rato libre salía por los campos de los alrededores del castillo siempre que no hubiera veda, para lo que era muy puntilloso. Tan puntilloso que juzgaba el mayor crimen que se podía cometer el de los cazadores furtivos que ponían lazos o entraban en los cotos a destrozar la caza. ¡Ay si hubiera caído en sus manos un cazador furtivo! Estaba seguro que no se hubiese podido contener. «A los cazadores furtivos, como a los que no creen en Dios —afirmaba—, palo. Lo único que se merecen es palo.»

Discutían y charlaban interminablemente Ruipérez y Baldomero. Si alguna vez les tocaba salir al campo juntos, pasaban un buen día. Ruipérez decía que la pesca era más técnica.

—Mira, Baldomero, un buen pescador cuando llega al río debe probar el agua; el paladar hay que tenerlo hecho a la sensación del agua. Si el río sabe fuerte, tú tienes que poner un cebo fuerte en el anzuelo, porque la pesca tiene el gusto como las personas; al que está acostumbrado a comidas fuertes, el comer otras que no lo son, le sabe a no comer y no lo hacen con gusto. Yo, según el río, según el día ponía los cebos.

Baldomero se sonreía.

—Bueno, hombre, pero no me negarás que la caza tiene más emoción. Te sale de ahí un pájaro, pongamos por caso una codorniz. El perro te la ha plantado antes. La codorniz sale danzando y a ti te pilla siempre de sorpresa. Para cuando te has encarado, la fusca ha volado veinte metros; si le das, te quedas como si te hubiera tocado la Lotería; sí no le das, estás echando demonios el día entero. Y la emoción esa del momento de dispararle no se paga con nada.

—Tú con lo tuyo y yo con lo mío —decía Ruipérez—; a mí el matar animalillos así no me causa ninguna emoción; vas tras ellos y tienen poco escape; en cambio, la pesca...

El día se les hacía corto. En el castillo seguían contando sus cosas, discutiendo. A la hora de cenar entraban en sus casas. Cenaban pronto. Alguna vez se reunían en la casa de cualquiera de ellos a tomar café y una copita. Entonces los hombres formaban su grupo y las mujeres el suyo. Los hombres hablaban de la guerra, del servicio, de los destinos de los exámenes para ascender, o de los sueldos y los trienios. Contaban historias y aventuras.

—Mi padre —decía Ruipérez— era Guardia Civil. Había luchado en Cuba y Filipinas. Fijaos que casualidad: a Cuba y a Filipinas fue en el mismo barco, el *Isla de Panay*, un barco que hundieron, según cuenta, los de la Compañía, para cobrar el seguro frente a Fernando Poo, porque luego estuvo en el servicio de Guinea. En Cuba me contaba mi padre que había más fiebres que tiros, aunque tampoco en cuestión de tiros se debieron de quedar cortos los demonios de los mambises.

La conversación saltaba a la guerra de España.

—A mí me pillaron en lo de Brunete —decía Baldomero—; allí sí que hubo tiros. A mi oficial le pegaron un tiro en la pierna y otro en un carrillo. Cada vez que hablaba escupía sangre y trozos de muelas, y venga, el tío no callaba ni a la de veinticuatro, arrastraba la pierna, y venga: «que resistáis, que resistáis». Así estuvo dos horas. A mí ni me tocaron. Y los tíos avanzaban y casi los teníamos encima. Y otra vez. Me dolían los ojos y la nariz de la pólvora. Hasta que nos fuimos para atrás, porque no teníamos munición.

Las mujeres hablaban de la guerra, o de los hijos, o del estraperlo.

—Mi familia y yo lo pasamos muy mal —decía Felisa—; además, un hermano, se marchó para el otro lado, y ya no hemos vuelto a saber de él. Lo pasamos muy mal; mi padre no tenía trabajo y no había en casa ni un céntimo para comprar ni aceite ni pan ni nada.

María Ruiz precisaba:

—Con aceite y con pan estuve yo alimentándome en la sierra más de dos meses. Las lechuzas creían que el aceite son merengues, pero yo acabé harta. Menos mal que nos liberaron pronto. Era cuando yo daba escuela por allá. De todas formas tiré para contarlo, aunque el hígado se me revuelve en cuanto tomo una cosa con demasiado aceite.

Otra de las mujeres intervenía:

—Pues ahora no tendrás ocasión de que se te revuelva muy a menudo porque con esto de que el aceite está a peso de oro, ya no lo pueden tomar más que los ricos. ¡Menudas fortunas que se deben de estar haciendo a cuenta del aceite! Cada día hay más estraperlo; no sé dónde vamos a ir a parar.

Cuando las conversaciones declinaban se retiraban a sus casas.

Algún domingo, si no había nada que hacer, el cabo comandante y un guardia bajaban al pueblo a charlar un rato con las fuerzas vivas. Las fuerzas vivas sabían las

andanzas de las gentes del pueblo y se lo advertían a los guardias.

—No sé qué le pasará esta temporada al Ineso, pero se emborracha, yo creo que un día sí y otro también. El otro día armó un escándalo con su mujer. Ha dado en zurrarle la badana y la pobre, en cuanto lo siente llegar bebido, se mete debajo de la cama porque le tiene más miedo que a un nublado. Van ustedes a necesitar llamarle la atención.

—Miré usted, mientras los escándalos los dé en su casa, nosotros no tenemos por qué meternos. Allá su mujer y él.

El alcalde aclaraba:

—Pero es que están dando constantemente mal ejemplo al pueblo, y la moral se resiente, y cuando se resiente la moral acaban por perdele estos brutos el respeto a la ley y a sus representantes.

El cabo comandante movía a un lado y a otro la cabeza:

—Ya se verá lo que se hace. Por ahora déjelo, y si no se corrige ya le echaré yo una miradita encima. ¿Conformes?

Las fuerzas vivas contestaban al unísono:

—Conformes.

Luego el alcalde añadía:

—Qué, ¿otra copita, cabo?

Y respondía el cabo:

—Otra copita, pero que sea la última.

El guardia que le acompañaba extendía también su mano con la copa vacía; cuando se la llenaban decía con aire de estar muy interesado en su composición:

—¿Qué licor es éste, señor alcalde, que sabe como a plantas del campo?

El alcalde explicaba la vieja alquimia familiar, sonriente:

—Es un licor como otro cualquiera, hombre, solamente que tiene unas plantas que, me va a perdonar usted que no se las diga, porque es un secreto, y si usted lo sabe, sabe tanto como yo. Mi mujer cuece las plantas, y el caldo que dan lo echa al anisete. De ahí su color y ese saborcillo que usted nota. —Terminaba orgullosamente —: Parece licor de fraile, ¿no es verdad?

La vida en el castillo transcurría así, monótona, aburrida, melancólica. Algún incidente pequeño, algún traslado repentino. Pocas, muy pocas cosas llenaban la vida de los habitantes. Las mujeres del castillo vivían casi en clausura.

Los años pasaban y el castillo, inmóvil en su cerro, abierto al cielo, a las nubes que pasan, a las aves que emigran, guardaba la vida de las mujeres en el amplio e insosegado patio. Patio a veces de melancolía, a veces de furia y de amargura.

* * *

Felisa y Sonsoles estaban solas. Conversaban a la entrada de la casa de Sonsoles.

Felisa agriaba el gesto.

—¿Quién será?

—No lo pienses.

—Si a esa criatura le han matado el marido, va a dar en loca.

—No lo pienses, mujer; hay que confiar todavía en que la noticia no sea del todo cierta. Hasta que nos lo confirmen oficialmente...

—Para entonces el muerto estará frío.

—No lo pienses.

—Ojalá que...

—¿Qué vas a decir?

—Nada, se me había ocurrido algo malo.

—Cualquiera de ellos ha podido ser. Hay que advertirla en cuanto pase un poco de tiempo. Pedro me dijo que lo traerán al atardecer seguramente, porque ha debido de ser muy metido en el campo el encuentro. Si no, a estas horas ya sabríamos todo lo que había pasado.

—Siempre que alguno sale con el cabo, temo por él. El cabo es muy terco y cuando los ánimos están acalorados...

—El cabo es inflexible, pero no suele llevar las cosas a mal terreno. Lo que ocurre es que con esto de las ferias, se descuelgan en los pueblos muchos maleantes a ver lo que se pesca, y suceden los accidentes. Cuando pelean los campesinos ya se sabe que, por muy enzarzados que estén siempre tienen la cosa del respeto a la autoridad.

Sonsoles y Felisa entraron en la casa. Felisa se sentó en una butaca de indefinible estilo, bajo un cuadro de la Virgen del Socorro.

—¿Cómo les vamos a decir esto a las otras?

—Déjalo de mi cuenta, yo se lo diré.

—A Carmen se lo contaré yo. Carmen no anda nada bien contigo y puede que levante el grito contra ti. Las reacciones en estas cosas no suelen ser muy normales, ¿no te parece?

—Como tú quieras.

—La pobre Ernesta es la que no va a poder sujetar los nervios.

—Es una prueba muy dura... Es como si a las tres les hubieran matado los hombres. La espera va a ser peor todavía.

—¡Dios mío! ¡Esperar! Siempre estamos esperando y luego...

Sonsoles miró hacia el patio luminoso.

—Hay que esperar siempre, aunque no haya más remedio.

Felisa tenía clavados los ojos en sus alpargatas negras, destrenzadas por los bordes de la suela de cáñamo. Los tobillos hinchados, redondeados, torpes. Más arriba la pierna, gruesa, con las venas de un azul enfermo saltando casi de la piel

apretada. Miró sus manos gruesas, inseguras para los objetos que necesitaban cuidado, con algunas callosidades y un tinte negruzco en los poros que nunca le desaparecía. El tinte graso de los cacharros de la cocina.

«Esperar —pensaba—, esperar ¿qué?»

Sonsoles se ajustaba el delantal.

—Mientras tanto, voy a hacer unas labores que me quedan.

Se levantó Felisa de la butaca. Moverse le costaba un gran esfuerzo.

—Yo voy a ver lo que hacen los chicos.

Salió a la luz. Vio como Pedro, el marido de Sonsoles, iba ajustándose las cartucheras camino del relevo. Lo vio de espaldas, con el fusil colgado descuidadamente, haciendo ángulo con su persona. Quedó un momento parada, pensando que le convenía tal vez hablar con su marido. Después echó a andar por la sombra hasta su casa. No recordaba ya que debía dar unos gritos cariñosos y ordenancistas a sus hijos, que jugaban al otro lado de las murallas, fuera del castillo.

Cuatro y media de la tarde

RECORDABA LA CASA. La primera casa de su infancia tenía una galería de cristales que daba al patio del cuartel. Desde la galería se alcanzaba a ver el relevo del centinela. La llamaban las hermanas mayores:

—María, ven a ver el relevo.

María preguntaba a su padre:

—Papá, ¿qué se dicen los soldados cuando tienen el fusil en alto? —Le hubiera gustado sorprender el secreto de los soldados transmitiéndose la consigna.

Las hermanas mayores hacían cábalas:

—Será que se cuentan cosas, María, de algún misterio que tienen que guardar y que sólo saben el coronel, papá y ellos.

María preguntaba insistentemente a su padre:

—Papá, ¿qué se dicen?

El padre le respondía:

—Te lo digo todos los días; es la consigna: que no pase nadie por aquí o por allá.

María no quedaba conforme:

—No, será otra cosa que no me quieres decir.

El padre de María Ruiz era oficial. Entonces vivían en los pabellones para oficiales. Apenas salían de casa: daban a veces una vuelta, acompañadas por el asistente, por un paseo que en la ciudad llamaban del Cuarto de Hora. El paseo tenía aquel nombre raro que ninguna de las hermanas de María se explicaba. Era un paseo con dos cuarteles y un parque de Artillería, a espaldas de la estación del ferrocarril, en las afueras de la ciudad. Para llegar a la ciudad el camino más corto era el del ferrocarril, pero el padre lo tenía prohibido. «Que os lleven por el túnel, no sea que un día al cruzar las vías ocurra cualquier desgracia. Una máquina en maniobras, un vagón suelto... Además, podéis meter el pie entre las vías si cambian las agujas y luego no lo podréis sacar. Una vez a una señora le pilló un cambio de agujas y le cogió el pie; tuvo que dejar el zapato allí, si no, la hubiera atropellado el tren.»

María tenía miedo a los raíles del tren. Se imaginaba que en cualquier momento podían cambiar y juntarse y atraparla y tenerla horas y horas cogida hasta que llegase un tren y le pasara por encima. Cuando pensaba así, le temblaban las piernas. Un tren, con el peso que tiene, no deja ni rastro del que atropelle.

Los hijos de un capitán pusieron una vez una moneda de cobre en un raíl y pasó el tren, planchándola como un papel. La moneda se la enseñaron a todos los niños de los pabellones. María también la vio.

La casa era grande, muy grande: la recordaba perfectamente. Olía mal. Un olor

como a retrete y a rata. Las ratas eran su obsesión. Las había visto quemar vivas por los soldados en el patio. Decían que la cocina del cuartel estaba llena de ratas. Temía cuando iba al retrete que una rata subiera por el desagüe y la mordiera. En el retrete procuraba estar el menor tiempo posible. Deseaba que alguien estuviera al otro lado de la puerta, por ejemplo la sirvienta, por sí subía la rata y la mordía.

La casa tenía habitaciones que daban miedo sólo de pensar en ellas. Había un cuarto sin luz donde se guardaban dos jergones y un arcón. Las hermanas la encerraron una vez allí. Fue solamente cuestión de minutos, pero salió aterrorizada. Tan aterrorizada, que se pasó la tarde llorando y cuando volvió el padre del café, la madre le contó lo que habían hecho con ella y las hermanas se fueron a la cama sin cenar.

La otra casa era muy pequeña, dentro de la ciudad, en un tercer piso. Desde el mirador se veía pasar la gente. Le gustaba ver pasar la gente. Tenía ya trece años. El padre se había retirado y trabajaba en una fábrica, donde llevaba la contabilidad. Desde el mirador vio María como un día de primavera se hizo una gran manifestación, con una bandera tricolor al frente. El padre llegó apresuradamente a la casa y les ordenó que se quitaran del mirador.

—Puede que haya tiros —dijo—, y es peligroso asomarse, porque suelen tirar contra las ventanas.

María estuvo leyendo toda la tarde una novela de sus hermanas. Una novela que para ella era todavía fruta prohibida y que cuando la pedía se le negaba automáticamente: «Eres muy pequeña para leer estas cosas.» Las hermanas ordenaban los libros de una forma que siempre se daban cuenta si ella cogía alguno.

La lectura de las primeras novelas de la biblioteca de las hermanas coincidió con el segundo curso del Instituto. El padre le había anunciado que, en su momento, dejaría el Instituto y seguiría la carrera del Magisterio.

—De aquí en adelante es necesario que tenga todo el mundo una carrera —dijo el padre—; la vida se va a poner muy difícil. El progreso de los pueblos se mide por su índice de cultura. Ya veréis como os sirve de algo lo que estudiéis ahora.

La mayor de las hermanas, que tenía un novio en relaciones formales, contestó:

—Lo importante es que nos casemos, ¿no te parece?

Solamente las dos pequeñas estudiaban. La hermana mayor era poco inteligente y no pensaba más que en casarse. La que le seguía quería ser monja.

—Monja —recalcaba— de los pobres; no de esas que se pasan la vida sin hacer nada.

Las dos pequeñas iban a ser maestras.

Los chicos del Instituto perseguían a María y sus amigas. María no era guapa. Tenía las piernas muy largas y el tipo algo desgarrado. Los chicos del Instituto no

reparaban en nada. Les hacían el amor de una forma primitiva, a pedradas, persiguiéndolas por el parque, desbaratando sus juegos, pero no provocaban la repulsa de ellas, sino su agradecimiento más sincero. Porque a ellas les gustaban aquellas persecuciones, y aquellos pellizcos, y aquellas muestras bárbaras cuando luchaban ante ellas solamente para medir sus fuerzas.

María contaba historias a sus compañeras, les relataba películas que había visto o que le contaban sus hermanas. Lo hacía tan bien, que mientras narraba tenía pendientes de sus palabras a las compañeras. Elaboró sus primeras calumnias. Calumnias de adolescente. María tenía un pecho diminuto, casi imperceptible. Una de las compañeras, de poca estatura, regordeta, tenía el pecho muy desarrollado. María advirtió con mucho secreto a sus amigas:

—Fulana se mete trapos; no se lo digáis a nadie.

La vida en el Instituto era fácil y alegre. Las clases, de matrícula abundante, no obligaban a estudiar mucho. Los alumnos oficiales aprobaban sin dificultad. Pero entre los alumnos existían también sus categorías. Los de los colegios de religiosas hacían una vida aparte. Iban en fila al Instituto y se marchaban formados. Apenas cruzaban palabra con ellos. María y sus amigas odiaban profundamente a los alumnos de los colegios religiosos, que dejaban cartas dedicadas en los pupitres donde se sentaban las chicas de los colegios de religiosas. María decía:

—Son una colección de afeminados.

Del Instituto pasó María a la Normal de Maestras. La forma de estudiar era distinta. Socialmente estaba muy considerada por sus compañeras por el hecho de que llegara del Instituto. En seguida tuvo amigas.

Por aquel tiempo se casó la hermana mayor. Poco después la segunda se fue monja a las Hermanitas de los Pobres. Quedaban en la familia las dos hermanas pequeñas y los padres. La madre era una mujer gris, seca, alta, que decía a María:

—Tú vas a ser como yo, alta y delgada.

Y María sintió por vez primera que no le gustaría ser como su madre.

Cuando acabó la carrera, tenía diecisiete años cumplidos. Empezó a preparar unas oposiciones. El padre estuvo durante una temporada quejándose de dolores en el estómago. Tuvo que dejar la fábrica. La vida para la familia comenzó a hacerse difícil. El retiro del padre era casi insignificante. La vida había encarecido mucho desde el tiempo en que se retiró. La hermana de María logró una escuela en interinidad. A María le hablaron de otra, pero de momento no la aceptó.

Aceptó al cabo de algunos meses. Dejó las oposiciones y se fue a ocupar la escuela en la sierra. El padre estaba cada día más enfermo, soñando con un restablecimiento milagroso. La madre y las hijas fueron advertidas por el médico: «Cáncer; lo mismo puede vivir diez años que morir mañana. Para esto la ciencia — recalca la palabra crecida en panacea— es impotente. Sólo un milagro...»

María no se acostumbraba a la escuela. Le molestaban los chiquillos de miradas tristes, de cuerpos desnutridos, de resistencia heroica al aprendizaje de las primeras letras. El pueblo no le era hostil y, sin embargo, no encontraba en él el aprecio, la consideración que ella se había imaginado. «Un pueblo de la sierra —se lo advirtieron— no es como uno de la llanada; no te hagas muchas ilusiones.» Y no se hacía ilusiones ya. No era un trabajo duro, pero era una vida dura. En cuanto terminaba en la escuela, se refugiaba en su casa, a charlar con la huésped, que le contaba interminables relatos de los malos de la montaña. Los malos de la montaña, que son esos mozos que tienen inclinación a la muerte y que asesinan por capricho, hasta que un día la Guardia Civil los tumba a ellos, en una quebrada, en la revuelta de un atajo, en la cañada por la que en el tiempo de cambio de pastos, bajan o suben las ovejas, en la vaguada, en la umbría. Esos malos de montaña, que a veces cumplen justicieramente también, como en el caso...

El caso lo contaba la dueña de la casa con todos los detalles:

—Aquí ocurrió, no hace aún muchos años que, teniendo el pueblo un monte en mancomunidad, vendió el Concejo la mitad a un marqués que tenía una finca colindante. Finca que no le servía más que para criar jara y para que se refugiase una miaja de caza entre ella. Pues como iba diciendo, vendieron la mitad del monte, porque pensaban roturar la otra mitad. Y un día —aquí la narración tomaba un aire sibilino—, un día fueron dos del pueblo a trabajar la parte que les había tocado en las suertes del apeo.

»Iban calmos, hablando de sus cosas, cuando se toparon con uno de los guardas del marqués. «¿Dónde vais?», les dice. «Pues vamos a trabajar lo que es nuestro.» «Pues no lo trabajáis, porque ha dicho el marqués que nadie toque el monte, que viene en el contrato.» Pues que si viene que si no viene, los del pueblo que querían ir a trabajar lo que era suyo y el guarda que no les quería dejar trabajar. El guarda tenía muy mala sangre y le llamaban «El Negro», porque tenía la piel como oscura, decían que si de alguna enfermedad que le habían pegado en la capital. «El Negro» echa mano de la carabina y pim pam, golpe por aquí, golpe por allá, los muele a los dos del pueblo. A uno que le dicen Eutiquio le rompió un hueso, por aquí —se señalaba la cintura— y lo dejó baldado, y al otro, si no corre, lo mata, porque «El Negro» le decía: «Alto, alto, que te tumbo, hijo de la tal y la cual.» Les dio una paliza y todavía les mentaba la madre y lo más sagrado. No había pasado una semana, en la que todos los hombres del pueblo decían que habían de matar a «El Negro», y en esto que se presenta el marqués. Bueno, pues van a hablar con él el señor cura y el alcalde. Al señor cura lo recibió, pero al alcalde, que era un pobre viejo, le dijo que se quedara fuera, que no tenía nada que hablar con él. Luego nos lo contó todo el señor cura, que tenía muy buena palabra.

María fijaba la atención en las manos de la huésped, que accionaba torpemente

mientras relataba. Eran unas manos gordezuelas, coloradas del agua helada de las coladas. Seguía la narración:

—El señor cura entra en la habitación donde estaba el marqués, y... ¡hija mía!, lo encuentra en pernetas, con un pantalón como si fuera un calzoncillo, tomando el sol pegado a la ventana. ¿Tú crees que ésa es forma de recibir a las personas, más si son sacerdotes...? El señor cura dijo que él no le quería calumniar, pero que el marqués le resultaba amujerado, ¿entiendes?, que era muy raro lo mismo que sus amigos, que andaban por allá también en pernetas y con pañuelos a la cabeza. El marqués ni se levantó, ya lo dijo el señor cura: ¡Cómo iba a levantarse por un pobre cura de pueblo! Pues ni se levantó. El señor cura, sin que el otro le dijera nada, se sentó y empezó a decirle que si no sabía lo que había pasado y que si «El Negro» no era buena persona y que si no dejaba roturar el medio monte iba a arruinar al pueblo, porque estaban dispuestos a meterse en pleito porque necesitaban el monte, y que si en el contrato de venta no decía que no se podía roturar. En fin, que el marqués le dejó hablar y cuando terminó el señor cura, le fue contestando a todo en orden. Primero le dijo que lo sabía todo y que Ramón (Ramón era «El Negro»), tenía sus órdenes de no dejar roturar el monte porque le iban a estropear la caza y él no iba a salir perjudicado en su caza, y que si el pueblo quería llevar el caso a la Audiencia, pues que lo llevaran que ya verían cómo lo perdían, porque a él le importaba muy poco arruinar al pueblo y, además, ya lo había hecho con otros en sus fincas de por Toledo. El señor cura estaba callado hasta que no pudo más y le dice: «Usted será todo lo marqués que quiera y podrá comprar a la Justicia, pero de aquí de la sierra sale a veces algún mozo de los que nosotros llamamos malos de montaña, y tenga usted cuidado no se le vaya a tropezar y antes de que usted le venga diciendo cosas se eche la escopeta a la cara y se le vaya tanto orgullo y tanta mala intención al infierno.» Sí, hija, estuvo muy bien el señor cura y, además, le dijo que no todas las penas se pagaban en la otra vida, sino que en ésta podía venirle una mala racha y encontrarse más pobre que nosotros y con más vicios que el mismo Lucifer, que ya vería entonces lo que era bueno...

María Ruiz gustaba de la historia tanto, que le preguntaba a la huéspeda, conminándola para que abreviase y llegara al desenlace:

—¿Y los del pueblo, cuando contó el señor cura la entrevista con el marqués, no salieron a prenderle fuego a la casa, con todos los mujericas dentro?

La dueña no le contestaba y proseguía el relato sin adelantar el desenlace.

—El marqués miró al señor cura muy fijo y le dijo: «Haga usted el favor de salir de esta casa y deme gracias de que no lo tomo en cuenta ni quiero plantear cuestiones de éstas en el Obispado.» El señor cura contaba luego que cuando le oyó hablar así le subió como un sofoco a la cabeza y que estuvo a punto de hacer una barbaridad. El tal marqués, como es alguien en Madrid, pues tiene agarraderas por todas partes, mientras que el pueblo pues no tiene a nadie y siempre le toca perder. El marqués se

marchó en seguida con todos sus amigos. No estuvo ni cinco días y miento si digo que hacía tres años que no venía, porque acaso eran cuatro y casi cinco que faltaba. Fíjate tú, ¿para qué le servirá la finca, aparte de para amolar al pueblo, a ese caballero?

»Pues a poco de marcharse el marqués, bajaron al pueblo «El Negro» y otro guarda que le decían «El Gallego», y también «El Manso», cosa que le molestaba como si le mentaran la madre. Le decían «El Manso» porque hablaba así como muy fino y sin levantar la voz, pero daba siempre la cornada cuando más descuidado estaba el que hablaba con él. Bajaron a provocar. Se metieron en la taberna y, mientras bebían, decían en voz alta que a ver quién era el que tenía o no tenía y tal y cual; a ver si se atrevía a ir al monte a trabajar la tierra. Los que estaban en la taberna estaban callados. «El Negro» debía de tener aquel día el demonio en el cuerpo, porque siguió cansando a la gente, hasta que uno salió y se fue a avisar al resto del pueblo, y sobre todo a los mozos, porque en la taberna en aquellos momentos no había más que viejos. «El Negro» estaba diciendo lo que iba a hacer con el que pillara trabajando en el monte cuando entraron los hermanos de Eutiquio, y se pusieron a su lado. «El Negro» no se dio por aludido, siguió hablando y hablando. Ya había mucho personal en la taberna y afuera había más. De pronto llegaron el señor cura y el alcalde. El señor cura se acercó a «El Negro» y le dijo que se marchara del pueblo, que estaba insultando el pueblo y que allí no pintaba nada. El tío mala sangre le contestó que haría lo que le diera la gana, que no había hombres en el pueblo para él y que si lo echaban ya se encargaría la Guardia Civil de pedir explicaciones al alcalde y a los vecinos del Concejo. Después le hizo un gesto a «El Manso» y salieron de la taberna.

»No habían dado dos pasos fuera cuando el personal se empezó a apretar haciéndoles corro. «Abrid sitio, tales», dice «El Negro», apuntando con la carabina. Los mozos de ese lado se abren un poco. «El Manso» se sale del corro y se va camino adelante hasta la altura de la fuentecilla, pero a «El Negro que no le dejan salir. De pronto suena un tiro, después otro. Y ya de todo; se llevan a uno de los hermanos de Eutiquio con un plomazo en la pierna y hay otro que tiene la cara sangrando, pero de «El Negro» no queda nada. Cuando llega la Guardia Civil el cabo se vomita al ver lo que quedaba de «El Negro». Pues como no hay más remedio, todos para adelante. Luego dieron la libertad bajo fianza. Y venga de hacerles preguntas: «¿Quién mató a “El Negro”?» «¡Quien va a ser!; el pueblo.» Y así siempre. El señor cura nos dijo que como en Fuenteovejuna. El pueblo y el pueblo y el pueblo. Pues no consiguieron sacar nada. Y además que había sido verdad, porque a «El Negro» lo mató el pueblo.

La huésped hizo una larga pausa. Después dijo:

—Pero, señorita, la estoy aburriendo, le he contado otra cosa de lo que le iba a contar.

Se levantaba de su sillita pegada a la cocina baja, de gran campana en el exterior blanco amarillenta, en el interior negra en churretones. Del pequeño montón de leña escogía las más adecuadas y luego las apilaba en el hogar.

—Ahora le hago la cena, y a dormir.

María Ruiz asentía con la cabeza.

El viento se colaba por el agujero de la chimenea y revolvía entre las llamas. El cazo, con la leche de nata espesa y sucia de cenizas, se movía suavemente. A María Ruiz le llegaba el sueño y cerraba los ojos hasta que el crepitar de una rama, el aullido del viento, seguido de un escalofrío de su cuerpo, la despertaba. El mismo programa se repetía casi todos los anocheceres. El tiempo era malo en la sierra, y María Ruiz no podía salir por los alrededores del pueblo como había imaginado, a ver correr los regatos saltarines que bajaban de la montaña y recorrían los prados del valle, a contemplar el alto vuelo de las águilas, o los movimientos violentos de las nubes rodando de las cimas.

Antes de que llegaran las vacaciones de Semana Santa, María recibió una carta de su madre en la que le advertía su necesaria presencia en la ciudad. El padre estaba cada día peor y se temía un desenlace funesto. Textualmente decía lo del desenlace funesto y a María aquella frase escrita por su madre la sentía como un amargor inexplicable en la boca y como un escalofrío en la piel. Le dijo al alcalde que su padre se estaba muriendo y que se iba a ir a la ciudad. El alcalde la despidió muy amablemente y la hizo acompañar de un vecino hasta el pueblo de donde partía el autobús. Hasta aquel pueblo el camino era largo y molesto. Un camino encharcado, lleno de baches y barro, abierto en algunos trozos sobre la nieve endurecida, suda, helada. Reptante por las vertientes de las montañas. Con despeñaderos a un lado. Y en el fondo de los valles las corrientes de agua, que se represaban ante un caserón que era un molino, y más abajo, a medida que iba avanzando, los breves embalses que se irían transformando en grandes pantanos de la Compañía de conducción de agua potable para la ciudad.

El día de la partida salió María temprano del pueblo. Había una ligera neblina muy húmeda, que la hacía tiritar. El mozo que la acompañaba no pasaba de los dieciocho años, poco más o menos la edad de María. Era un mozo alto, fuerte, rubio, de ojos intensamente azules, que iba vestido con el traje de pana que todos acostumbraban a llevar en el pueblo y un jersey blanco de lana cardada e hilada por las mujeres de su casa.

El mozo le hablaba tímidamente al principio; luego, cuando ella lo asediaba a preguntas sobre las cosas que veían —nombres de las montañas, nombres de las plantas, nombres de los árboles que formaban masas negruzcas en las vertientes—, el mozo le contestaba rápidamente y le daba toda clase de detalles. La montaña, ¿cómo se llamaba la montaña que asomaba su pico por encima de todas en la lejanía? La

montaña se llamaba el pico de la Mujer Muerta, porque por allí había pasado una mujer hacía no se sabía cuántos años, que la vieron los pastores, y a la que se encontraron helada antes de llegar al pueblo. Desde la próxima vuelta del camino, podría ver dónde se la encontraron. Ahora crecían allí los pinos, que también se había ordenado plantar hacía no sé cuántos años.

Hablaba de un incendio del verano que provocaron unos desconocidos y de cómo la Guardia Civil interrogó a todos los vecinos de cinco pueblos alrededor y no logró sacar nada en limpio, porque los desconocidos desaparecieron sin dejar rastro, lo mismo que suele ocurrir con las raposas que van a tener crías, que se las ve, pero nadie sabe dónde se meten y aunque se las siga con perros es difícil cogerlas.

El mozo llevaba la maletilla de María sin dejar transparentar ningún esfuerzo. Le tocó el turno de preguntar a él.

—Y usted, señorita, ¿de qué pueblo es?

—No soy de un pueblo. He nacido en una ciudad de Castilla. Siempre he vivido en la capital.

—¿Y qué tal se vive en la ciudad? Porque yo no he estado nunca. Una vez estuve a punto de ir con mi padre a la ciudad, pero a última hora me dejaron en casa. Cuando me llamen para las quintas tendré que ir. Dicen que al que le toca a África lo amuelan, señorita, porque allí casi siempre hay guerra. Mi padre me ha contado cosas de un tío mío que le tocó servir en África. Menuda la que pasó. Estuvo mucho tiempo luchando contra los moros hasta que le dieron unas fiebres por beber agua de los charcos y poco faltó para que lo enterraran. Cuando vino al pueblo sabía muchas cosas, porque el andar por el mundo enseña mucho, pero estaba que se transparentaba, todo amarillo y delgado, delgado. Parecía la misma muerte. En seguida se puso bueno aquí y después se fue a trabajar en la ciudad, donde le había encontrado un puesto, yo no sé de qué, un amigo que se había echado en África. Algunas veces escribe y dice que se podía ir a trabajar con él algún sobrino, porque él no es casado, aunque un día le oí a mi madre que era como si lo fuese, lo que pasa es que no se casó por la Iglesia. —Terminó el mozo—: Si yo tengo suerte en el servicio, puede que cuando acabe encuentre algo y no tenga que volverme para el pueblo. Mi padre dice que lo peor es trabajar el campo, porque en la ciudad hay jornadas que se marcan y uno acaba de trabajar y no tiene que trabajar más, aunque todavía sea día, claro, hasta la mañana siguiente. Eso es vivir, ¿no le parece?

María Ruiz salvó un charco. Dijo:

—La ciudad no es buena para los que os habéis criado en el campo. Aquí respiráis bien, coméis mejor que los obreros de la ciudad y lleváis una vida más sana. En la ciudad la vida está muy cara y es necesario ganar mucho dinero para mantenerse. No hagas caso de lo que cuenten. Es preferible estar en los montes con las ovejas que estar picando en las calles o de peón en las obras, suponiendo que

encuentres un puesto de esa clase. No hagas caso.

El mozo movió la cabeza dudando.

—Entonces ¿usted cree que la vida aquí es mejor? Pues aquí uno se aburre lo suyo. En la ciudad hay cine. Uno sale del trabajo y se puede ir al cine, por ejemplo, y se está allí divirtiéndose hasta que se acaba.

El camino no se les hizo largo. María se entretenía con la charla del mozo. El mozo se entretenía con las aclaraciones de María. El mozo dijo de pronto:

—Y usted, señorita, ¿conoce a la Teresa? La tiene que conocer; es una mocilla que no abulta lo de un garbanzo, pero más fina, más fina que el mismo oro, pues ésa es mi novia. Vamos, le quiero decir que nos hablamos desde cuando teníamos catorce años. Le he dicho que en cuanto vuelva del servicio me caso con ella. Ya está todo arreglado. Su madre ha dicho que sí y en cuanto a mi madre está deseando que sea pronto, porque la mujer es muy necesaria, ¿no le parece?

Se veían las primeras casas del pueblo donde paraba el autobús. Casas que no eran como las del pueblo donde María estaba de maestra; cuatro paredes con techos de pizarra la mayoría de ellas. A María, cuando dejó el pueblo y miró desde la carretera alta el paisaje, le pareció que, allá en el fondo del valle, había un revoltijo de fichas de dominó puestas al revés. El pueblo donde paraba el autobús era otra cosa: todas las casas tenían los tejados de teja. Estaba ya cerca de la carretera general, aunque el autobús salía más tarde a la carretera asfaltada, no sabía por qué pueblo, después de haber recorrido por las carreteras de tierra y grava, estrechas y bordeadas de precipicios, varios de los ocultos pueblos de la sierra.

Al entrar en el pueblo comenzó a llover. Llovía tenue y persistentemente. En la plaza frente al Ayuntamiento estaba parado el autobús. Un viejo autobús pintado de amarillo, con el capot sujeto por unas correas, en cuya baca se almacenaban cestos, sacos y algún cordero atado por las patas, mientras los viajeros, en el interior, llevaban sobre sus rodillas cajas de zapatos de las que sobresalían por aberturas hechas toscamente, cabezas de gallinas cacareantes y de gallos adormilados. El cobrador del autobús, subido en la baca, ordenaba las mercancías. Desde abajo le gritaban encargos que tenía que hacer en la ciudad.

—Satur —decía una vieja—, no me olvide las medicinas que le he encargado.

—Que no se me olvidan, mujer —contestaba.

—Apúntalo, Satur.

—No se preocupe, que tengo buena memoria.

—Bueno, bueno —decía la vieja y parecía quedarse conforme, pero al poco rato volvía a hacerle recomendaciones.

María se sentó junto a una ventanilla. El mozo estuvo esperando hasta que arrancó el autobús. La saludó con la mano e inmediatamente volvió la espalda, buscando el camino del pueblo. Junto a María se sentó un campesino de bastante

edad que parecía conocerle de siempre porque le dijo:

—Usted es la maestra nueva que ha venido a la Alfilla, ¿verdad?

—No, señor.

—Perdone, me ha entendido usted mal. Nosotros le llamamos la Alfilla, lo que pasa es que el Gobierno le ha cambiado el nombre. ¿Y qué tal la tratan a usted en ese pueblo? —Se echó a reír—. Es que en ese pueblo tienen fama de ser muy brutos. Usted extrañará el sitio, ¿verdad? Son buena gente. Yo conozco a la gente de ese pueblo y son buenos; lo que pasa es que los tienen fichados porque dicen que son muy rebeldes, pero no crea usted, no hay tal cosa; es que les han hecho muchas injusticias.

María Ruiz entró en conversación. El campesino le era simpático. Hablaba de todo: del tiempo, del campo, de las personas, de política, del confort de las pensiones de la ciudad. Dudaba María de que las pensiones, las pocas pensiones de la ciudad, fueran confortables. El campesino le explicaba:

—Tenía que haber visto y padecido usted las de hace unos años. Creo que no cambiaban las sábanas más que de Santiago a Santiago, como quien dice: una vez al año. Todo estaba sucio de mugre; ahora, eso sí, daban mejor de comer; menos cosillas de adorno y comida más fuerte. Pero hemos ganado en confort. Yo, que tengo que ir mucho a la ciudad por mi oficio, que es el de tratante, se lo digo a usted. Tal vez sea que me voy haciendo viejo y que se me cansan los huesos de sostenerme, pero para mí una buena cama tiene más importancia que una buena comida; casi le diré que me alimenta más.

El olor del escape del coche inundaba el autobús en las paradas. Se pegaba a la ropa, dejaba en la garganta un picor molesto y producía náuseas en algunas mujeres, que se mareaban aparatosamente. De vez en cuando, dentro del autobús se escuchaba la voz de una mujer que le gritaba al cobrador:

—Satur, dile al chófer que pare, que mi nieta tiene que hacer una necesidad.

El chófer paraba el autobús y abuela y nieta se iban a hacer sus necesidades. Se oía la voz del conductor que bromeaba:

—Abuela, en vez de ponerse tras el coche se debían poner ustedes delante; igual me daba por ponerlo en marcha y tenía que salir usted corriendo.

Se reían todos. La vieja se sentaba en su sitio comentando:

—Este Obdulio es más malo que la sarna, ¡qué cosas tiene! María se reía de las cosas que se decían en el coche. El campesino le aclaraba:

—Es que todos los que vamos aquí nos conocemos. Aquí viaja uno como en familia. Ya verá usted si en el próximo pueblo monta un amigo mío de mi oficio, que es más guasón que el *Cuco*. ¿Usted no ha conocido al *Cuco*? ¿No? Pues diga usted que no ha conocido a nadie. ¿Y ni siquiera le ha oído usted nombrar? Pero, hija mía, ¿en qué mundo vive usted? Pues el *Cuco* es el molinero del molino que nosotros

llamamos de los ratones, porque siempre nos da la harina mermada y le echa la culpa a los ratones. Pues el *Cuco*, como le iba diciendo, es alguien muy importante. Tan importante que dicen que una vez se fue a Madrid y lo recibió el rey. El tío se lo había apostado con unos amigos a que el rey le recibía y no sabemos cómo se las arregló, pero le recibió. Los amigos no se lo querían creer, pero él les enseñó un trozo de periódico donde venía con su nombre y apellido y el mote. Sí, señorita, al *Cuco* lo recibió el rey. Es algo muy grande ese *Cuco*, lo que pasa es que ya está viejo y no parece que tenga muchas ganas de broma. Dice que se va a morir y que ya no le divierte tanto la cosa como cuando era joven y tenía la vida entera por delante. Si le oye un filósofo, seguro que se asombra con sus dichos.

Al llegar a la ciudad, María Ruiz estaba saturada de historias y de anécdotas y un poco mareada por el viaje. El campesino se despidió muy amablemente de ella, diciéndole que si volvía pronto al pueblo pudiera ser que tuvieran la ocasión de efectuar el viaje juntos. María, con la maleta de la mano, se encaminó hacia su casa. La ciudad, con su rumor, su movimiento, su matemática ordenación de los árboles en los alcorques, su aroma de primavera, era para ella la reanudación de lo imaginado en el pueblo hecho realidad. No obstante, como un montoncito de fichas de dominó puestas al revés, el pueblo de la sierra allá abajo, en un valle sombrío, donde la niebla se reposaba y todo se hacía vagaroso; no obstante, el pueblo de la sierra surgía en el recordar inmediato como un refugio, acaso como el refugio temido para un futuro cercano.

Cuando llegó a la casa, la portera, que contemplaba la calle apoyada en una de las hojas de la puerta, la saludó gravemente.

* * *

El cubo de agua que había echado sobre la tierra reseca del patio del castillo, junto a la puerta de su casa, se evaporaba rápidamente. Tuvo la sensación de que se hacía más pesado el aire, de que se respiraba peor. Sobre la tierra húmeda, el vuelo de una avispa, amarilla y negra, sol y sombra, detenía su atención. Se posaba un instante, se alzaba en vuelo. Hubiera deseado aplastarla, pero el calor, la modorra de estar en la sombra contemplando la zona iluminada y requemada del sol, le impedían cualquier movimiento. Pensaba con desgana. El vapor del agua vertida le entraba por las narices y se le reposaba en el cerebro con una neblina entorpecedora.

Pensaba que para la soledad del castillo le hubiera gustado tener un hijo de quien preocuparse. Un hijo solamente, como Carmen o como Sonsoles. Hablar con las demás mujeres del hijo, de las preocupaciones que acarrearán los hijos. Pero ella estaba sola. Eran ella y Baldomero. Se pasó las manos por el vientre. No le habían gustado nunca los chiquillos, pero el hijo propio era algo necesario para toda mujer. La avispa se coló dentro del portal, dio una vuelta y volvió a salir a la humedad ya casi

imperceptible, como mancha, de la tierra recién mojada. Luego María se levantó y fue a la cocina. Llenó un vaso de agua hasta los bordes. Bebió un poco. Desde el asiento arrojó el agua por la puerta hasta la tierra. La avispa fue a reconocer la nueva mancha de humedad.

María decidió trabajar en algo. Se encontraba sin fuerzas. Siguió sentada hasta que el cuerpo de Ernesta taponó por un momento la luminosa entrada.

—María —preguntó—, ¿estás ahí?

—Sí, hija, pasa.

Volvió María a sentirse cegada por la luz. En el arco de hierro del pozo, la cuerda se balanceaba tenuemente, pendiente de la rueda. Reposó allí la mirada.

—¡Qué calor! En el único sitio que se debe de estar a gusto es en el —pozo. Debieran construir un pasadizo hasta el pozo, y abrir allí una ventana. Estaríamos muy cómodas, ¿eh, Ernesta?

—Mejor estaríamos si tuviéramos un río cerca. Te sentabas bajo un árbol y a ver pasar el agua. En mi pueblo...

—Sigue pensando en tu pueblo, a ver si te refrescas. ¡Qué cosas tienes! Y en San Sebastián también se tiene que estar muy bien, ¿no te parece?

Las dos mujeres callaron. Hablar las cansaba. A cualquiera de las dos les hubiera gustado que se contase algo para escucharlo medio adormilada, como si las palabras fueran una música dulce, acompañadora, que arrancaba la fatiga de los cuerpos. María seguía pensando en el pozo. Dijo:

—Pues no creas que lo que te he dicho es tan disparatado. Seguramente en este castillo, como en tantos otros, hay algún pasadizo fresco que lleva al pozo o a la acequia; todo es cuestión de encontrarlo. Claro que estará medio cegado por la tierra, o por las piedras desprendidas de tantos siglos, pero lo habrá. Yo he visto fotografías de algunas casas de los moros, que tienen uria habitación junto al pozo con una especie de mirador. Los moros ricos no se han privado nunca de nada, son muy sibaritas.

María Ruiz esbozó una sonrisa. Sabía que sus palabras iban a llenar de inquietud momentáneamente a Ernesta. «Ernesta —pensaba—, que es la pura ingenuidad, que es como una niña pequeña a la que todo lo que le cuente la va a llenar de extrañeza y la hará suscitar preguntas.»

Ernesta se quedó cavilosa.

—Oye, María, ¿has visto a Sonsoles y a Felisa con cuántos misterios andan? ¿No te has fijado?

—Claro, mujer, pero son cosas de ellas. Vete a saber lo que se traen entre manos.

Las voces de los chicos irrumpieron en el patio del castillo, aniquilando su calma. Luego vieron a los chiquillos correr de un lado a otro. Los mayores asomándose al pozo, uno de ellos arrastrando un sapo gordo atado a una cuerda por una pata. El

sapo, hecho una masa informe de barro.

—Sacad agua para volverlo a la vida —gritaban.

Uno de los mayores comenzó a hacer funcionar la polea. Los comentarios llegaban claros a los oídos de María y Ernesta.

—Si le echas agua, Tonio, revivirá. Los sapos tienen siete vidas como los gatos... Le hacemos revivir y le matamos a pedradas. Que no te escupa, porque si te escupe te envenena y si te mea te quedas calvo... Echadle agua, echadle agua.

María Ruiz los contemplaba curiosa. Ernesta comentaba:

—Si alguna vez tengo hijos, prefiero que sean chicas. Creo que, además, es más fácil que sean chicas, ¿verdad?

—No lo sé.

—Las chicas pueden ayudar en la casa y dan menos guerra. Los chicos son unos salvajes.

—Pues fíjate: aquí, en el castillo, todos son chicos. En mi casa, en cambio, fuimos cuatro chicas. Cuatro chicas, que se dice pronto. De las cuatro tres nos hemos casado; la otra se fue monja y creo que fue la que acertó. Vivirá más tranquila y mejor, porque eso que dicen que no se puede prescindir de los hombres, es una mentira. Yo podría estarme sin hombre toda la vida.

Ernesta confesó ingenuamente:

—Yo no, tal vez sea porque le quiero mucho a Guillermo.

María se sonrió y dijo acremente:

—¿No será por otras razones, Ernesta?

Ernesta negó con la cabeza. María continuó:

—Los hijos no sé qué falta hacen. Tú siempre estás pensando en ellos. Yo vivo mucho mejor sin hijos. No quiero pensar lo que sería el estar aquí con un chiquillo. Ésta no es vida adecuada para los chicos. Además...

María seguía mirando a los chicos, que vertían el cubo de agua encima del sapo. Guardó silencio. Uno de los chiquillos hizo girar sobre las cabezas de todos el sapo despatarrado y lo lanzó violentamente contra la muralla. Las voces y los gritos se sucedían... «Lo has *espanzurrado*, Tonio... ha estallado... ¡Aaaa! Todavía no ha muerto.» Los chiquillos formaban corro en torno al sapo, que pretendía alejarse de sus atormentadores. Tonio pedía a grandes gritos que le trajeran más agua. Los pequeños, obedientes, se dedicaban a buscar algún bote de conservas vacío. Decidieron, por fin, acabar con la vida del sapo a pedradas. Lo machacaron con un ladrillo. María apareció en la puerta y les gritó:

—Llevaos ese animalucho de ahí en seguida. Lleváoslo de prisa. —Entró de nuevo en la casa. Dijo—: No lo puedo resistir. ¡Qué mal criados están! ¿Para eso deseas tú tener un hijo, para que se convierta en un salvaje como éstos?

—¿Y qué van a hacer los pobres si no tienen otro medio de divertirse?

María Ruiz se serenó.

—Desde luego, es verdad; no tienen otra forma de divertirse.

María Ruiz se retorció las manos.

—¡A veces creo que este calor le saca a una de sus quicios!

—Con este sol parece que una está adormecida y de pronto los nervios...

—Sí, son los nervios; hay cosas que no se pueden resistir y no sabes por qué. Hay que echarle la culpa a los nervios.

Apoyada en el barandado de la galería, Carmen llamaba a su hijo. La voz de Carmen llegaba clara y alta a los oídos de María y Ernesta.

—Seguro que le ha molestado —dijo María— que les haya llamado la atención a los chiquillos. Esta Carmen se vuelve cada día más rara. Se ha apartado de todas y ya apenas cruza la palabra con nosotras. La última vez que hablamos me dijo no sé cuántas insubstantialidades. A estas alturas, fíjate; con la idea de marcharse cualquier día definitivamente a Madrid. Dice que como esto continúe deja el marido y se van con el chico; que esto ya no lo puede resistir más.

Carmen seguía llamando a su hijo. La voz del niño respondía monótonamente, sin dejar de atender al juego de sus compañeros:

—Ya voy, mamá; espérate, que ya voy.

—Que vengas, te he dicho que vengas. —Y Carmen le amenazaba—. Si no vienes, vas a ver tú cuando llegue tu padre.

María continuaba hablando.

—Se queja de bien poco. Ya supongo que Madrid tirará mucho, pero ella va cuando le da la gana. Lo malo es que las vacaciones que se toma, siempre le sientan mal. De Madrid viene de peor genio que antes de marcharse. No sé qué le dan, pero el mal genio se le transparenta en todo lo que dice, aun cuando pretende ser amable.

—Es que vivir en Madrid —comentó Ernesta— debe de ser algo bueno, sobre todo para ella, que ha nacido allí. ¿Te acuerdas cuando contaba las cosas que hacían ella y sus amigas? Lo debían de pasar muy bien. Yo, una vez estuve a punto de ir a Madrid, pero no pudo ser por fin. Estaba entonces sirviendo en casa de unos señores de cerca de mi pueblo. Me lo habían prometido.

—En Madrid se necesita mucho dinero para vivir. Si a mí me saliese alguna vez una interinidad y a Baldomero le concedieran de una vez el traslado, entonces ¡quién sabe!, sería cosa de pensarlo. Pero, por ahora, no hay ni que soñar con Madrid. Yo hace lo menos seis años que no he pisado las calles de Madrid.

—¿Tú has leído los periódicos? En seis años ha debido de cambiar mucho. Todos los días están construyendo casas.

—Y las que tendrán que construir. La guerra, porque Madrid fue frente, acabó con calles enteras. Si por lo menos nos trasladaran a un pueblo de las cercanías, pero aquí, a doscientos kilómetros, ¿quién va a ir? Lo demás, yo me marchaba un día con

Carmen o contigo, si te animabas, a darme una vuelta.

La conversación de las dos mujeres se perdía por los proyectos de una visita, deseada en aquellos momentos furiosamente, a Madrid. En la galería hablaba Carmen con su hijo. Los demás chiquillos se habían marchado del patio, arrastrando el lamentable despojo del sapo machacado. Pensaban enterrarlo y continuar así el juego comenzado con la caza del animalillo. El chico de Carmen se desprendió de ella, previa la ceremonia habitual de dejarse sonar las narices. Bajó la escalera dando saltos, acompañado de las voces de su madre. Carmen, cuando lo vio desaparecer, se sentó en el sillón de paja.

Felisa estaba asustada. Quería dudar de la verdad del hecho. Pensaba en la imposibilidad de la muerte de uno de los hombres del castillo en el campo. Había momentos en que todo le parecía como una historia vieja recién contada, que la atormentaba, que había sucedido, pero que nada tenía que ver con la vida tranquila del castillo. Sí, aquello era como una sombra derramada de pronto sobre el patio claro, una sombra gelatinosa que iba comiendo terreno a la luz y entraba en las casas por las rendijas de la puerta, lenta y constantemente. La sombra se filtraba por los techos o caía, caía como una miel negra, sobre las cabezas de los habitantes del castillo, cegándolos, ahogándolos. Tenía otros momentos en que el hecho era una angustia de otro tipo; se le presentaba con todos los perfiles destacados de la realidad. No podía dudar. Los hombres lo sabían; lo sabían ella y Sonsoles. Tenía la obligación de comunicárselo a las demás. ¿Cómo se podía decir que un hombre había muerto, que a un hombre le habían dado un balazo y que la sangre se le escapaba como una sombra densa, en coagulación, inundando la tierra?

Una bala que pesa lo que una piedrecilla, que en el corazón sería solamente como el hueso de una fruta, allí dentro, madurando aquel fruto rojo o tal vez negro ya. Estaba asustada. Hubiera querido hablar de nuevo con su marido. Decirle que no lo creía, que posiblemente había una confusión y que solamente era una herida en el pecho de un hombre, sin otra importancia que verlo llegar un poco derrotado, sin fuerzas, pero vivo. Vivo aún. Vivo a pesar de todo. Vivo contra la balas y las palabras y el tiempo. Vivo, vivo, diciendo sencillamente que no había sido nada, algo sin importancia.

Pasaba de la sombra a la luz, se balanceaba entre lo que imaginaba y quería creer, y lo que le habían comunicado como realidad y no quería creer. De repente podía entrar Sonsoles diciéndole: «Se acabó, no ha pasado nada. Ha sido una noticia confundida. La desgracia... La desgracia (era la palabra), la desgracia no ha entrado en el castillo. Aquí no ha pasado nada.» Pero ¿estaba pasando algo? No. Había oído las voces de Carmen y de María llamando o corrigiendo a los chiquillos como si nada hubiera pasado. No estaba pasando nada. Y, sin embargo, ella no había encontrado fuerzas para salir al patio y decirles a sus chicos: «Dejad de jugar, no me preguntéis

por qué, ha ocurrido algo terrible; una desgracia.» Los chiquillos se la hubieran quedado mirando con los ojos muy abiertos. ¡Qué sabían ellos! Pero los hombres del castillo y Sonsoles y ella sabían. La desgracia que había sobrevenido se estaba derramando sobre el castillo, deslizándose a través de las rendijas de las puertas, cayendo del techo pesadamente. Notaba el peso de la sombra y sabía que este peso no era sólo para ella.

Felisa se echó a llorar.

* * *

El regato saltaba, por el camino en cuesta, sobrándose de su cauce. En el esquinazo de la última casa del pueblo se ocultaba, discurriendo por un tunelcillo. Volvía a aparecer. La ribera derecha era un ribazo, cubierto de la yerba y las chiribitas de la primavera. La ribera izquierda no tenía perfil. El agua un poco turbia de los deshielos, alborotada, espumeante, saltaba por las piedras. A María le gustaba echar un palito en el agua y seguirlo hasta la última casa del pueblo. Le preguntaban a veces las vecinas desde los portales: «¿Qué hace usted, señorita?» y María se avergonzaba. Pensaba que estaba mal que la maestra se divirtiera como las alumnas echando palitos en el agua y siguiéndolos por los regatos.

Las piedras del fondo estaban pulimentadas, resbaladizas. Se agachaba, con las mangas del jersey subidas, a acariciar las piedras. La primavera en la sierra eran esas piedras duras y suaves del fondo de los regatos; la yerba y las chiribitas, que olían a tierra penetrantemente, hasta dar dolor de cabeza; el agua, que brincaba y se salía de los cauces, que formaba pocillos y diminutas cascadas violentas. Y arriba el azul del cielo, con rápidas nubes blancas.

La primavera del año 1936, María era feliz en la sierra. Esperaba la llegada de su madre. Se acercaban las vacaciones, pero no pensaba pasarlas en la ciudad. Había hecho muchas amistades; le habían contado muchas historias. Llevaba más de un año en el pueblo y los chiquillos en la escuela la querían. Una vez la habían hecho llorar los mozos de las clases nocturnas. La cosa ya no la recordaba. O sí. Sí, la recordaba, pero prefería no tenerla en cuenta. Tuvo que ir el alcalde a poner orden.

Desde aquel día el alcalde se mostró paternal con ella. La invitaba a comer todos los domingos. Cuando la mujer del alcalde servía el café, se contaban historias. Ya las sabía todas. Las contaban por ella. Eran siempre las mismas, pero con diferentes cronologías. La misma historia solía suceder apenas hacía un invierno, o muchos años atrás, cuando el pueblo era más grande y las viñas se cultivaban en bancales, hasta que apareció la filoxera.

María esperaba a su madre. Ésta pasaba temporadas con las hijas, excepto en el invierno, que no se movía de la ciudad por temor al frío. Lo decía María a veces, al anochecer, cuando hablaba con la dueña de la casa donde se hospedaba: «Mi madre

estará ahora pegada al radiador de la calefacción haciendo punto.» Y se quedaba un rato en silencio, sin que la huésped la interrumpiese en su nostálgico recordar. Luego movía la cabeza y preguntaba por la cena o por cualquier cosa.

La madre estuvo inquieta los primeros días. Comenzó a decir que no podía dormir por la altura del pueblo. «Dormir en un sitio tan alto a las que sufrimos del corazón, nos es imposible.» Después fueron las sábanas, que le raspaban la piel. «Son como lija», afirmó. La comida tampoco le sentaba bien. «Cocinan con mucha grasa.» Se fue acostumbrando.

Después de almorzar daban un paseo. Daban un pequeño paseo, porque las cuestas la mataban. «Este pueblo es un tobogán, hija mía, si una se tirase rodando, llegaba hasta casa sin tener que dar un paso. ¡Qué barbaridad!» Los guijarros de los caminos le deshacían los pies, según decía.

—Si una se queda en la habitación, se congela; si una está en la cocina, se ahúma; si una sale a pasear, se destroza los pies, Pero, ¿en qué sitio vives, hija?

María se reía.

—No es para tanto, no es para tanto, mamá.

En el pueblo se sabía poco de lo que ocurría en la ciudad. El alcalde afirmaba a los vecinos que por fin los campesinos tendrían todos sus derechos. Eran las mismas palabras que dos meses antes habían dicho unos hombres que llegaron al pueblo exhibiendo un permiso de la Guardia Civil y que pegaron carteles por las paredes de las casas, en las tapias y hasta en los árboles. También quisieron poner uno de sus carteles en la pared de la iglesia, pero el señor cura se lo prohibió, y al alcalde y al pueblo les pareció bien la prohibición.

—En la casa del Señor no se hace política —dijo el señor cura, de pie en el pórtico— y no hay nadie que me plante ahí un cartel. Ustedes digan lo que tienen que decir y todos tan conformes.

Los hombres no se enfadaron. Hablaron en la plaza; y todo el pueblo los escuchó. Dijeron que había llegado la hora de los campesinos y que tenían que votar porque era su deber como españoles. Luego se marcharon.

Quedaron los carteles, que la lluvia y el viento se encargó de ir desgarrando y ensuciando hasta que solamente fueron piltrafas en las casas, en las tapias y en los árboles. Se reunió el Ayuntamiento e hicieron una votación. El señor cura dijo que él no votaba, porque los del pueblo ya sabían que estaba con ellos y apoyar a mangantes que los traicionarían no le daba la gana. A todos les pareció que el cura hacía bien. Ellos votaron.

Ahora el alcalde decía que las cosas, aunque no iban bien por la ciudad, cambiarían y los campesinos encontrarían, por fin, el apoyo que necesitaban. Algunas veces, cuando hablaba con la madre de María, solía decírsele:

—Yo creo, doña Patro, que el que votásemos nos va a servir de mucho para el

futuro. Habrá menos injusticias que antes, ¿no le parece?

Y doña Patro le respondía:

—Mire usted, señor Francisco, lo que me parece es que nada de eso sirve para nada. Ya lo verán ustedes como los engañan. Ya lo verán. Ahora yo no estoy por ninguno, pero creo que antes, en tiempos de Don Alfonso, los españoles vivíamos mejor. Cada uno se contentaba con lo que tenía y no andaba a la greña con los otros para quedarse con la mejor tajada.

El alcalde movía la cabeza:

—No es mi opinión, no es mi opinión. Antes los señoritos hacían lo que les daba la gana. Si yo le contara a usted...

Y doña Patro seguía:

—El mal no está todo en la política, sino en la gente que quiere vivir, si tiene poco, como el que tiene mucho; el que tiene mucho, como el que tiene más. De esta forma, si no hay resignación cristiana con lo que uno tiene, pues nadie puede vivir.

El alcalde precisaba:

—Doña Patro, todo el mundo tiene derecho a vivir bien. ¿Por qué razón un señor que no ha trabajado en su vida, simplemente porque ha nacido de una señora encopetada, con cuentas corrientes, va a vivir mejor que yo, que trabajo como un esclavo negro?

Doña Patro terminaba:

—No nos podemos poner de acuerdo; usted tiene un sentido de la vida muy distinto al mío.

El alcalde se sonreía:

—Sí, sí; un sentido de la vida...

Por las cañadas de la sierra pasaban los rebaños trashumantes. De los rebaños y los pastores trashumantes había un tejido de historias, de leyendas, de canciones que el alcalde repetía a María. Las cañadas eran las calles mayores de la sierra, las grandes vías interprovinciales, que por siglos habían servido de comunicaciones ganaderas y guerreras.

—Al mozo que conozca bien los atajos de la sierra ya le pueden echar un galgo; no hay quien lo cace. Un mozo que aquí le hizo una cosa fea a una muchacha, anduvo diez años huido por la montaña, con los hermanos de la chica a la huella, y escapó tan campante. Esto de la sierra es más difícil que un laberinto. Los hermanos de la chica acabaron cansándose, los aburrió. Ésta es una buena tierra para guerrilleros. —El alcalde, cuando decía estas cosas, se quedaba meditando después o acaso soñando con hazañas prodigiosas en los desfiladeros. Rememoraba su guerra de África—: A mí me hicieron servir en África. En cuanto nos metíamos los de infantería en la montaña nos breaban los morárganos. Claro, ellos sabían el terreno que pisaban, porque era su tierra y nosotros avanzábamos como borregos, y luego teníamos que

retroceder como exhalaciones si no queríamos dejar el pellejo entre las chumberas. — Terminaba el alcalde—: Para pelear no hay como pelear en el terreno de uno; se saben los pasos que se deben dar y los que no hay que andar. Se cansa uno menos y vale más. Un hombre en su tierra vale tres fuera de la suya.

María le decía:

—¿Y por qué me cuenta usted eso? ¿Es que cree que alguna vez va a haber guerra por aquí, con lo tranquilo que es el pueblo?

—¡Quién sabe, señorita! Como las cosas vayan mal... Si hay revolución, como dicen que va a haberla, igual nos lían y tenemos que andar por donde no queremos.

María y su madre, a medida que la estación avanzaba, se encontraban más a gusto en el pueblo. En los húmedos prados la yerba había crecido. Entre el manso y, en la distancia, esponjoso, verde, los fogonzos de las amapolas en el día alto y azul, aquerenciaban las miradas. Los prados elevados no tenían amapolas, la yerba era más corta, blanqueaban las margaritas. Luego, más en la altura, raleaba el verde, desaparecían las margaritas, y las flores amarillas y breves de los arbustos destacaban sobre las manchas de piedras grises, donde principiaban los canchales. Las cimas, según las horas del día, eran blancas, alimonadas, sangrientas, moradas, grises y azuladas de acero.

En la sierra crecía el dulce rumor de los arroyos y una como música de fructificación que nacía de la misma tierra, de los pueblos y llegaba hasta el cielo, descendiendo luego como una lluvia sedante. Las voces de las gentes eran como fuentes y los pájaros sostenían en una dilatada escala sus trinos.

Jugaban en la plaza los niños y los perros, en confusa mezcolanza. Ladridos y gritos. Desde la ventana, doña Patro los veía y comentaba con su hija la falta de aepsia, de cuidado, que presidía toda aquella algarabía y fraternización.

—Perros y niños como si fueran hermanos. Aquí, a los chiquillos les tiene que entrar hasta el muermo. Y las madres, tan felices. Menos mal que Dios vela por todos y cada niño de éstos debe de tener un Angel de la Guarda grande como un castillo, porque sino el cementerio se iba a quedar chiquito para tanta criatura. Pero ¿qué te digo?, si los mayores son como ellos, o peor que ellos que todavía no lo sé.

Le respondía la hija:

—Pues, mamá, hay menos enfermedades que en cualquier otro sitio. Serán sucios, pero el aire es limpio y parece que en cuanto salen a la calle les friega de todas las impurezas. ¿No has notado al levantarte si has salido a la ventana aún sin asearte, que en cuanto te da un soplo de este aire ya estás como lavada?

Las vacaciones se adelantaron. A finales de junio María entregó las llaves de la escuela al alcalde. Doña Patro tuvo noticia de que en la ciudad había habido una gran huelga. Doña Patro deseaba volver a la ciudad, pero prudentemente anunció a su hija:

—María, vamos a quedarnos otros quince días aquí, hasta que se pase el trepe que

han armado en la ciudad con todos estos jaleos de la política, que no sirve más que para envenenar los ánimos. Así nos evitamos estar disgustadas y nos quitamos de las espaldas el calor de la primera quincena de julio. Porque habrá que ver qué calor hará allí.

A María no le pareció mal la decisión de su madre: contaba con el sosiego de quince días para leer y pasear sin tenerse que preocupar de la escuela. Se sentía alegre. Hacía el diez comenzaron en el pueblo los preparativos de las fiestas.

El pueblo celebraba sus fiestas el día de la Virgen del Carmen. Eran muy sencillas y las gentes se divertían mucho. En la plaza colgaban cadenetas y farolillos japoneses, que siempre acababan quemándose, porque al anochecer se levantaba el vientecillo de la sierra, como una brisa marina, pero en masculino; un vientecillo menos dulce, más corto y duro, algo así como la mano de un zagal si la brisa fuese la mano de una dama. El vientecillo del anochecer balanceaba de tal forma los farolillos y las cadenetas, que las velas de los primeros acababan por dar fuego al papel y las cadenetas se desgarraban. Cuando la plaza se quedaba toda oscura, excepto donde la luz de los portales de las casas ponía una mancha amarilla, el señor cura que estaba sentado a la puerta de la casa del alcalde, bebiéndose un buen vaso de resoli con agua fresca, le pegaba con el codo al alcalde y le decía por lo bajo:

—Creo que esto está finiquitando. Ya viene a ser la hora de que se acabe el baile y dejen éstos de tocar, ¿no le parece? Así evitamos lo que siempre hay que evitar, que es la tentación.

El alcalde se reía:

—Como usted diga, como usted diga. Usted es quien manda, aunque ya sabe usted que la tentación para los jóvenes se presenta donde quiera.

El señor cura, sin inmutarse, conociendo perfectamente al alcalde, lo repetía:

—Bueno, pero evitamos la tentación. Luego allá cada uno. Nuestro deber es evitar la tentación.

La tentación en la plaza oscura acechaba a los jóvenes, que se apretujaban en los pasodobles sabiendo que no se los veía. En las manchas amarillas de los portales no bailaba nadie. Se iban hacia el pórtico de la iglesia, donde no había luz, y se agolpaban allí.

De vez en cuando se oía una voz de mujer que llamaba a su hija:

—Virtudes (o Encarnación, o Julia), ven un momento.

Y luego, como un cuchicheo entre la madre y la hija:

—A ver si somos formales, porque como me entere de algo malo, te rompo las costillas.

La muchacha se disculpaba:

—Pero, madre, si no pasa nada, si estoy bailando con el Francisco... Ahora que, si usted quiere, lo dejo, aunque para una vez que tiene ocasión una de divertirse.

Además...

Y la madre, que advertía:

—Lo que tú quieras, hija, pero, con el Francisco o sin él, que no me entere yo de nada malo, que te muelo las costillas. Y podéis, además, bailar más aquí, al claror, y no aborregaros todos allí, que parece os vais a sobar.

La muchacha traía a su mozo hasta el claror y seguían bailando hasta que paulatina y silenciosamente se iban otra vez a lo oscuro.

De pronto el alcalde daba unas palmadas y gritaba:

—Se ha acabado, que es muy tarde y mañana tenemos que madrugar. —Se extendía un sordo murmullo de fastidio. El alcalde se sonreía y luego se ponía serio—. He dicho que no hay más que hablar, por hoy se acabó el baile en la plaza.

Las madres no tenían tiempo de llamar a sus hijas. Cogidos del brazo y cantando se desparramaban en grupos los mozos y las mozas hacia los prados. A alguna retrasada le gritaba la madre:

—Tú no vas.

Y ella se disculpaba fingiendo rabieta:

—Madre, si han ido todas. Si van a beber agua del manantialillo, que dicen que trae suerte...

—Pues tú bebes agua en casa —afirmaba la madre.

El padre echaba un capote:

—Déjala, mujer, que vaya a beber agua o vino, pero que vuelva en seguida, porque si no está aquí en seguida se acuerda para toda su vida de estas fiestas.

El señor alcalde, el señor cura y otros notables seguían bebiendo resoli con agua fresca y contando las cosas que pasaron hacía muchos años, un invierno de malas nieves, que se llevó adelante a medio pueblo y dejó las familias en cuadro.

—¿Se acuerda usted?

—¡Cómo no me he de acordar!

Comenzaron los preparativos de las fiestas. El programa se reducía en lo religioso a un triduo a la Virgen y una misa con mucha pompa el día de la fiesta. En lo pagano —pagano dijo el señor cura ahondando en la palabra un domingo, desde el púlpito, como si aquella palabra significase para el pueblo algo más que cohetes y baile— mucho tiento; porque un par de días terribles acechaban como dos fieras en una y otra punta del pueblo, al norte y al sur, e iban a devorar más almas y a dar más quehacer a Belcebú que las fiestas de Nerón, el vicioso, el asesino, el secretario del demonio.

En lo pagano matarían algún cabrito y con los cabritos y las truchas, amén del vino y el resoli, la fiesta iba a ser sonada. Cohetes al anochecer y baile. Si se encontraban globos para soltarlos a mediodía en la plaza, ante el asombro de chicos y grandes, tanto mejor. Estos globos eran perseguidos sañudamente por montes y valles hasta ver dónde caían. A la tarde, los niños mostraban sus trofeos. Trozos de papel de

los globos. Los globos encendían comentarios entre los más civilizados hombres del pueblo.

—Como vea navegar un globo de éstos —decía uno—, el tío Marrón, que no baja al pueblo nunca por el verano, y que se ha pasado la vida en el monte con el ganado, se va a llevar un susto tremendo.

Y exageraban:

—Igual cree que es el fin del mundo, porque como los globos tienen esa forma como de hombres.

Se reían gustosamente imaginando el susto del tío Marrón o el de los zagalillos que en el monte eran ya como ovejitas, tenían reacciones de ovejitas y amores con las ovejitas.

María ayudó al señor cura, con otras mujeres del pueblo, a decorar la iglesia. Tenía destacadas en los prados a todas las niñas de la escuela para que recogieran flores. Se las traían en apretados ramilletes y ella las ordenaba por colores y longitudes. Las que tenían el tallo muy largo a los búcaros grandes; las de tallo corto, a los búcaros pequeños. Las niñas más listas también la ayudaban:

—Señorita, estas tres tienen el rabo largo, ¿las pongo aquí?

—Sí, monina.

—¿Y estas otras?

—Esas otras allá. Ahora idos y traedme un poquito de follaje.

A los niños de la escuela los había mandado por matojos. Volvieron con matojos y espinos, con arañazos y desgarrones. A alguno le tuvo que sacar con una aguja un pincho del pulpejo de un dedo. Los niños tenían voluntad de ayudar, pero ayudaron poco. Acabó mandándolos a jugar porque en seguida se percató de su inutilidad. Doña Patro, cuando todo estuvo arreglado, inspeccionó la iglesia y encontró muchas faltas: dio algunos retoques a un lado y a otro, y ya lo encontró todo mucho mejor.

La víspera de la Virgen del Carmen se gastaron cerca de cuarenta duros en cohetes. Fue un derroche de chispas por el suelo. Doña Patro se tapaba los oídos y gritaba a su hija:

—Son unos auténticos salvajes. Esto es lo que llamaba tu padre correr la pólvora. Esto sólo lo hacen los moros, no gentes civilizadas.

Los mozos del pueblo no tuvieron en cuenta la delicada sensibilidad de doña Patro y quemaron hasta el último cohete del cupo de la víspera de la Virgen.

Los mozos cogían delicadamente los cohetes entre los torpes dedos pulgar e índice de la mano izquierda, les acercaban un cigarrillo encendido a la mecha y el cohete salía silbando como un culebrón. Daban gritos: «Ajaí, que se rompe el cielo. Que le quema el culo a San Pedro. Ajaí, que revienta la luna.»

Y de aquel que estallaba cercano, habiéndose elevado poco y se doblaba en una cascada de chispas: «Éste es un cohete *capao*. Mucha labia y poca flauta...»

La víspera hubo algunos mozos que entre los cohetes y el vino se exaltaron de tal modo que acabaron peleándose.

—Lo de todo los años —dijo el alcalde—, lo de todos los años.

El señor cura le tuvo que dar una torta a un mozo que blasfemó en su presencia y que estaba muy borracho.

—Para que aprendas a tratar a Dios Nuestro Señor como a un padre y no como a un marrano.

El mozo se quedó como de piedra. El señor cura siguió reprendiéndole:

—Que sois unos bárbaros que merecíais ir todos a lo más profundo del infierno, que tenéis mucha boca y por la boca se pierde el pez y cualquier animal; que parece que estáis hechos para andar entre la misma porquería de tanto hacerlo en tal y en cual; que mañana te quiero ver en el confesonario arrepintiéndote de lo que has dicho.

En cuanto el señor cura volvió la espalda, el mozo soltó otra blasfemia y le dijo a un amigo suyo que a él no le ponía la mano encima ni Dios.

Por la mañana, en la iglesia, hubo una gran función religiosa. Las mujeres del pueblo cantaron muy bien una Salve. El señor cura comió con el alcalde, con doña Patro, con María y con otros vecinos notables. El alcalde, a los postres, anunció:

—Me estoy temiendo que la celebración de Nuestra Señora acabe como el famoso rosario de la aurora, porque he oído a la gente joven, aunque a mí nada me han dicho, que van a venir los mozos de Languerón a enseñar a bailar a las mozas de aquí, que lo han prometido; como a los de aquí lo único que les falta para divertirse es tener una buena pelea, pues me lo estoy temiendo...

El señor cura confiaba en su gran sentido de la oratoria y en sus fuertes puños:

—No tema, hombre; en cuanto vea usted algún conato de bronca me avisa, que los voy a poner buenos a los unos y a los otros.

Doña Patro comentaba:

—Sería terrible que llegara hasta aquí la revolución.

El señor cura la oyó:

—¡Qué revolución ni qué ocho cuartos, doña Patro; a los mozos los meto yo en el redil en cuanto levanten la voz!

Doña Patro le respondió un tanto ofendida:

—Perdóneme que disienta de usted. La revolución está en puertas y si usted es hombre avisado, no sé...

—¡Cómo que no sé! —saltó el cura.

Doña Patro, sin inmutarse, dijo:

—Yo que usted no me metería en sus líos. ¿Usted no sabe, padre, que han quemado las iglesias en la ciudad?

—Naturalmente que lo sé, doña Patro. Leo los periódicos como todo el mundo, pero ¿sabe usted por qué es eso? —No esperó la respuesta—: Porque, en la ciudad,

nosotros los curas lo hemos hecho a veces muy mal. Ya me iban a venir a quemarme la iglesia; pues ¡no faltaba más! ¿para qué estoy yo aquí entonces? A mí no me queman la iglesia, señora, ni los de Madrid que caigan por aquí. ¡Estaría bueno! —El señor cura le dio un sorbo ruidoso a su copa de anís—. Ni los de Madrid, le digo yo a usted que me queman la iglesia, ¿verdad, señor alcalde?

El alcalde se sonó las narices:

—Claro, claro.

María salió a la plaza en el momento en que llegaban un puñado de mozos de Languerón. Eran pocos. Escuchó el comentario de un mozo del pueblo:

—Estos son los mansos, los del despiste; ya veremos a la hora de las bofetadas cuántos aparecen.

Los mozos de Languerón traían su vino. Grandes botas de vino de las que bebían con ostentación. A veces se la ofrecían a los mozos del pueblo.

—Bebed, que esto es vino. Hay que celebrar la fiesta bien y en paz.

Algunos se conocían por los nombres:

—Tú, Juan, bebe, hombre, bebe que esto no es agua de manantial. ¿Te acuerdas de la que agarramos en la fiesta de nuestro pueblo? ¡Arriba la bota!

Los mozos de Languerón comenzaron a hacer apuestas. Era el viejo truco. María, desde el portal en que se había recluso temerosamente, observaba el espectáculo. «Te juego a ti, a que no levantas a éste con los dientes agarrándole por el cinturón. Te juego a que corriendo de espaldas te gano una carrera de diez vueltas a la plaza. Te juego a... Te juego a...»

Los mozos del pueblo tenían preocupación. No aceptaban las apuestas; aceptaban sólo por cumplir, según advertían, el vino que se les ofrecía. Los mozos del pueblo no invitaban a nada. El que la noche anterior se había emborrachado como un loco a última hora, después que el cura le había dado la bofetada por blasfemar, estaba que se caía. Dos veces quisieron llevárselo a casa las mujeres de su familia; las dos se desasíó de sus brazos y salió al medio de la plaza a trompicones. Le avisaron al señor alcalde.

El señor alcalde se lo dijo al cura. El señor cura bebió lo que quedaba de la copa de anís y bajó. Se fue hacia el mozo:

—Oye, Doroteo —le dijo—, no están los ánimos para que vengas ahora con mandangas. Vete a casa y te echas, y cuando se te pase, bajas. ¿Me oyes?

El mozo no oía nada. Le contestó con una blasfemia. El señor cura estaba iracundo; no obstante, se sabía contener.

—Anda, vete a casa y ya hablaremos.

El mozo se le revolvió:

—Con usted no sé qué c... tengo que hablar. —Se soltó del brazo del cura y se fue al centro de la plaza, a cantar una canción pornográfica y bellaca.

Bajó el alcalde y llamó a unos mozos:

—A ése me lo acostáis en seguidita; no quiero peleas. ¿Me entendéis? Me lo acostáis en seguidita.

María no se había movido del portal. Cuando el alcalde la vio, la empujó escalera arriba.

—No es ahora sitio para una mujer.

Los mozos se llevaron a Doroteo hacia su casa. Los de Languerón seguían haciendo apuestas.

El señor cura estaba caviloso. Doña Patro hablaba de la ciudad con la mujer del alcalde:

—Como le digo, han ocurrido cosas terribles. El otro día me han escrito contándome lo que hicieron esos salvajes. Usted no se puede figurar. A una imagen le cortaron el cuello. Claro es que llegaron los guardias y les dieron su merecido. Mataron a tres. Se debió de armar casi una guerra.

Nadie la escuchaba. El señor cura seguía caviloso. El alcalde hablaba de la que se podía armar.

—Hoy vamos a tener que andar con tiento, con mucho tiento. Como éstos saquen a relucir su mal café, se va a armar la de San Quintín. ¿Quién les habrá metido en la cabeza la idea de venir a incordiar?

Doña Patro estaba atenta a las palabras del alcalde; le interrumpió:

—¡Quién va a ser, señor alcalde, sino los anarquistas, los que usted defiende!

El señor alcalde se encocoró:

—Y ¿quién le ha dicho a usted, señora, que yo defiende a los anarquistas?

Iba a contestarle doña Patro, pero se le adelantó María:

—Cállate, mamá, que la cosa no va de bromas.

El señor cura se sirvió otra copa de anís y se quedó mirando la gota que se derramaba hacia el mantel.

Al atardecer llegaron más mozos de Languerón. Venían cantando. A poco comenzó el baile. Lo había ordenado el alcalde; «Hay que darles sensación de normalidad —para entonces ya había destacado a un mozo hasta la Casa Cuartel de la Guardia Civil del pueblo cercano—; hay que darles sensación de normalidad y de que aquí no puede pasar nada.» En la plaza, los mozos de los dos pueblos se contemplaban y hacían comentarios en voz baja.

—Está ese que llaman «El Fraile» —dijo uno de Languerón—, que repartiendo estopa es un molino de viento.

—¿Has visto que ha venido con ellos el c... de Luisillo, que tiene la peor entraña del mundo? —preguntó uno de los mozos del pueblo a otro.

Medían las fuerzas. Las mozas no querían salir a bailar, pero salieron. Los novios les hacían recomendaciones.

—Si te preguntan si quieres bailar, les dices que tienes toda la noche ocupada conmigo.

Alguno, más tímido, decía:

—Si te dicen de bailar, bailas; pero sin arrimarte, porque en cuanto te arrimes me voy para el hijo de su madre y le saco los mismísimos entresijos; de modo que ya lo sabes.

Los de Languerón se limitaban a ver bailar. No se decidían. Bebían su vino aparte y se pasaban la bota apenas sin decir palabra. María había querido bajar a la plaza a bailar con las demás mozas. El señor alcalde se lo había prohibido.

—Mire usted —le dijo—, éstas son cosas nuestras en las que usted, que es una forastera, no tiene por qué meterse. Nosotros les sabemos llevar el humor y usted no va a ser capaz; de modo que lo mejor es que no baile.

María no le contestó nada.

El mozo Doroteo apareció en la plaza. Estaba en mangas de camisa y con la bragueta desabrochada. Antes de que le pudieran detener se había acercado a los de Languerón.

—Me cago en la madre que os parió. —Los mozos se miraron estupefactos.

Doroteo se reafirmó:

—A todos.

Ya estaban hablando unos del pueblo con los de Languerón:

—No le hagáis caso; está borracho, no sabe lo que se dice.

Doroteo luchaba con dos que se lo querían llevar mientras gritaba:

—Me cago en vuestra madre, hijos de cien leches.

Los de Languerón no tenían tanto aguante; además, ¿para qué habían ido al pueblo sino para armarla?

Se abalanzaron sobre los mozos que sostenían a Doroteo. Los mozos lo quisieron defender. Fueron los primeros puñetazos. Después, todos comenzaron a gritar como poseídos: «Las garrotas, las garrotas, traed las garrotas.» No se sabe de dónde salieron. El señor cura y el alcalde se echaron a la calle. Se movían los farolillos japoneses y el aire serrano comenzaba a soplar. Doroteo estaba en el suelo, pisoteado pero sin un golpe. Repetía incansable: «Hijos de cien leches». Logró retirarse hacia la fuente. Las mujeres chillaban ya, animaban a los del pueblo: «Dadles su merecido a esa gentuza, dadles leña de la buena.» De pronto en medio de la pelea, incongruentemente, sin que se supiera por qué, acaso arrancando el grito de la misma sensación de la pelea, alguien voceó un viva político. La confusión creció. Al señor cura le habían dado un palo en el hombro, con mucha fuerza, y estaba sentado, pálido como la cera, en una silla metida en un portal. Sonaron dos tiros. Nuevos gritos: «La Guardia Civil, la Guardia Civil.»

María vio a los guardias civiles cargar de nuevo sus fusiles y disparar al aire.

Corrían los mozos cuesta abajo, los de Languerón y los del pueblo confundidos. De vez en cuando se oía alguna voz. Alguien gritó un muera a la Guardia Civil. El señor cura se levantó de la silla y salió al encuentro de la pareja. Saludaron los guardias:

—¿Qué ha pasado aquí?

El señor cura disculpó:

—Están los ánimos muy exaltados; la cosa comenzó con Doroteo, que estaba borracho, pero hubiera principiado de cualquier manera porque los de Languerón venían a repartir leña.

Los de Languerón volvieron a su pueblo. La Guardia Civil no quiso hacer ninguna detención. Se marcharon pronto, tan pronto que la noche se quedó cortada, y aún los farolillos japoneses seguían alumbrando en la plaza. El señor cura se retiró a descansar. Las gentes del pueblo, sin ganas de dormir, angustiadas y nerviosas por lo que había ocurrido, comentaban los incidentes en las casas.

—El bruto de Doroteo tuvo la culpa; si no llega a irse para ellos, hubiera dado tiempo a acercarse a la Guardia Civil y no hubiera habido leña.

El alcalde estaba con los codos apoyados encima de la mesa, abstraído, haciendo que escuchaba a doña Patro. Doña Patro le decía a su hija:

—¿Has oído, María, has oído? La política en todo. No sé qué va a ser de España, pero alguna gorda se está preparando.

El alcalde alzó los ojos del hule, blanco y azul, que cubría la mesa, y dijo:

—Sí, doña Patro, tiene usted razón; alguna gorda se está preparando, alguna gorda...

El domingo por la tarde, cuando el señor cura jugaba con el alcalde y otros amigos al julepe, un mozo entró corriendo en la casa y casi se derrumbó sobre la mesa de juego.

—Señor cura, revolución, la revolución.

El cura se echó para atrás en su asiento:

—¿Qué dices, alma de Dios? ¿Qué pasa?

El mozo jadeaba:

—Lo que digo; es la revolución. Doroteo viene con unos tipos muy raros por la carretera. Traen fusiles. Los he visto yo. Se lo juro. Con estos ojos. Los he visto yo. También algunos de Languerón vienen para acá.

El señor cura no lo quería creer.

—No puede ser. Tú has bebido una copa de más. No puede ser. ¿Qué hace la Guardia Civil?

El mozo le aclaró:

—Uno de ellos trae un tricornio puesto.

Estaban todos de pie. El cura, muy pálido, se frotaba las manos irresoluto, no decidiéndose del todo a creer la noticia. Al alcalde le farfullaba algo ininteligible. Los

naipes yacían extendidos por la mesa. Sobre la mesa, sobre los naipes, el sol del atardecer aplastaba un caliente rayo en el que las moscas se esponjaban. De las copas de bebida hacía un iris diminuto o una mancha de color. El cristal de la ventana estaba sucio y el visillo recogido a medias. Se escucharon unos disparos lejanos. La plaza se pobló de gente. El alcalde y el cura bajaron a la plaza.

Doña Patro charlaba alborotadamente con su hija. Aconsejaba a las mujeres:

—Hay que atrancar las puertas. No hay que dejar entrar a nadie. No abráis cuando llamen a las puertas.

Una de las mujeres le preguntó:

—Pero, usted; ¿quiénes cree que pueden ser?

—Pues ¿quiénes van a ser, señora mía? Los revolucionarios, los demonios, que a nada respetan y para nada tienen ley.

El pueblo se transformó cuando vio al alcalde y al cura en la plaza. Nadie sabía qué hacer. Miraban los rostros del alcalde y del cura fijamente, inquisitivamente, para descubrir en ellos el menor signo que les diera posibilidad de interpretar lo que estaba ocurriendo. Corrió la voz de que Doroteo estaba con ellos.

Entraron en el pueblo dando gritos. Doroteo llegó el primero, muy ufano, con sus cartucheras colgando del cinturón y el fusil cruzado sobre las espaldas. Los vecinos les abrieron paso. Eran catorce hombres. Los vecinos guardaron silencio y los que entraron cesaron de cantar. Hubo un momento en que parecían avergonzados. De pronto, uno de ellos, el que llevaba puesto un tricornio, se subió en el pilón y comenzó a hablar. Dijo:

—Camaradas, ha estallado la revolución. Nosotros somos los encargados de guardar este pueblo. Os pedimos que nos ayudéis...

Doroteo le interrumpió:

—Al que no ayude, le rompemos el alma por traidor.

Doroteo, a continuación, dio un grito político. El que se había subido en el pilón, le mandó callar. Calló de mala gana. El del pilón siguió hablando:

—Tenemos orden de hacer una requisa. Todos vais a entregar lo que se os pida. El que por ejemplo no quiera dar lo que se le pide, si es un par de corderos pues da su valor, y andando. ¿Entendido?

Nadie respondió. Doroteo, seguido por otros dos, se acercó al cura y al alcalde que escuchaban de lejos. Se plantó delante del cura y blasfemó. El cura le miraba fijamente a los ojos. Luego le dijo:

—Doroteo, estás dejado de la mano de Dios.

—Usted tire para adelante. —Doroteo tenía el fusil en las manos. El cura no se movía. Doroteo repitió, empujándole con el fusil—: Usted tire para adelante, la leche.

Los que le acompañaban miraban al cura torvamente. Uno de ellos habló:

—¿En qué lengua hay que decírtelo, piojoso? Tira para adelante.

El cura volvió las espaldas a la plaza y comenzó a descender por el camino.

El regato saltaba mansamente por las piedras. Al volver el esquinazo, donde el regato se entunelaba, le dieron un culatazo en las espaldas. Estuvo a punto de caer, pero no cayó. Ya estaban fuera del pueblo y el regato saltaba otra vez alegre entre las piedras.

—Párate. —Doroteo le empujó con el fusil—: Quítate la sotana. —El cura miraba las cimas lejanas, que se recortaban altas tras las de las montañas que circuían el valle del pueblo. Le empujó un fusil—: Que te quites tu uniforme, so mierda.

El cura empezó a desabotonarse la sotana. Tuvo que doblar la cintura para desabotonarse por abajo. Le dieron un tremendo patadón. Cayó sobre el regato. Luego sonaron tres tiros. Los que acompañaban a Doroteo, se volvieron cuesta arriba. Doroteo quedó solo. El agua del regato saltaba por las piedras, teñida de sangre. Doroteo apuntó de nuevo. Gastó cuatro balas más.

Marcharon del pueblo a la mañana siguiente. Dos horas después estaba enterrado el cura. En el pueblo, el silencio se adensaba. Una mujer cruzó la plaza hacía la fuente. Caminaba con la cabeza baja. Desde la ventana la contemplaba María. Era la madre de Doroteo. La mujer volvió la mirada, temerosa, hacía las ventanas de las casas, María dejó caer el visillo. Siguió mirando a través de él.

—Mamá —dijo—, hay que marcharse hoy mismo. Hay que irse a la ciudad.

Doña Patro estaba echada en la cama, con los párpados entornados. María repitió:

—Mamá, hay que marcharse hoy mismo.

* * *

María Ruiz estaba pensando, mientras se miraba en el espejo. Azuleaba el espejo en la penumbra de la habitación. María se pasaba las manos por los cabellos. Su imagen tenía un aspecto fantasmal; le ahondaba los ojos, las ojeras se le hacían más oscuras, la piel más tersa, la figura más borrosa. María pensaba en los secretos que guardan los espejos según los viejos cuentos infantiles. Sí se sumergiera en aquel misterioso mundo de azogue, volverían los tiempos que ella gustaba de recordar. Los primeros años entre la adolescencia y la juventud antes de ponerse por vez primera a trabajar. Luego apartaba de su mente aquellas ideas, juzgándolas disparatadas. La inmersión en el espejo, en el azul del espejo, donde la irrealidad de un sueño se tornaba clara, diamantina realidad. De nuevo se pasó las manos por los cabellos. «Estoy vieja —pensó—, vieja y cansada. Si siquiera hubiera tenido un hijo...» Un hijo disculpa la vejez de las mujeres, hace que las arrugas, que las ojeras, que la misma enfermedad sea más llevadera. Volvía a los cuentos del espejo. Se fue apartando de él. Desde la cama de matrimonio, el espejo era una mancha azul que casi no recogía las imágenes, como un agujero en la pared, por donde era posible evadirse hacia el ensueño.

Salió al patio. Fue subiendo la escalera de la galería. Andaba muy lentamente,

procurando dar los pasos cortos. Carmen la saludó:

—¿Qué, María, haciendo deporte con el calor que hace?

—No, chica. Haciendo reflexiones.

—De eso no hay tiempo. ¿Para qué sirven?

María estiró el cuello en un movimiento mecánico.

—Acaso no sirvan para nada —desvió la conversación—, pero en algo hay que pasar el rato cuando no se tiene otra cosa que hacer.

Carmen se echó a reír.

—Siempre hay cosas mejores que hacer. Hablar, por ejemplo. Contar historias de esas que tú sabes, murmurar de la gente...

María Ruiz no tenía ganas de pelear dialécticamente con Carmen.

—También éste es un buen modo de pasar el rato.

—Las traes a todas locas con las historias que tú inventas. Pero a mí no me la das; María, yo sé lo que tú piensas.

—Sí —dijo con retintín—. ¿De modo que tú sabes lo que yo pienso?

—Naturalmente. ¿Te crees que soy como ese hatajo de palurdas?

—Vaya, vaya... Tienes unas cosas, Carmen...

Carmen se desconcertó un poco.

—¡A mí me ibas a venir con tus juegucitos! ¡Como que no te conozco!

—Puede, puede.

—Tú te aburres como todas nosotras aquí, y te tienes que divertir con algo. Ese algo con el que tú te diviertes es embarullar a la gente, haciéndoles soñar cosas en las que no han pensado en su vida. Déjalas, déjalas, y no las entretengas. Que se aburran como tú y como yo, que se fastidien.

—Mujer, eso no está bien —había notas de burla en su voz—. Si yo no las divirtiese podían caer en esa melancolía que tú por ejemplo sufres, que las haría desesperarse a veces.

Carmen alzó las cejas y abrió mucho los ojos en signo de estupefacción.

—Yo, yo... tú crees que yo estoy melancólica. Chica, me haces reír. Yo lo que prefiero es estar sola. Estando sola estoy mucho mejor que acompañada. Ya ves, ni siquiera me preocupan vuestras cosas.

—Ya veo.

—¡Que ya ves! Pues claro; ¡de minucias me iba a preocupar yo! Tengo otras cosas más importantes que hacer.

—Entonces no te aburres, ¿verdad?

Carmen estaba nerviosa.

—Vamos a dejarlo.

—Como tú quieras, pero como decías que te aburrías...

Carmen se puso seria.

—Contigo no se puede hablar, María; en seguida llevas la conversación por donde a ti te parece.

—¿Por donde a mí me parece? Pero, mujer, si todo te lo dices tú. Tú eres la que has dicho lo del aburrimiento.

Carmen se violentó.

—Claro que lo he dicho. Yo no niego lo que digo, yo de mentirosa no tengo un pelo.

—Bueno, mujer. Yo no te he dicho que seas mentirosa.

—No sé, parecía que lo insinuabas.

Carmen se ofendía aparatosamente.

—Es que contigo una siempre tiene que andar con un cuidado; les buscas las vueltas a las palabras y la equivocas a una.

María Ruiz quiso cambiar la conversación; se sentía cansada. Para ella Carmen siempre era igual: susceptible, rencorosa y, a última hora, siempre se hacía la víctima y se quejaba. A Carmen le molestaba que no se preocupasen constantemente de ella. Le molestaba que se preocupasen de las demás, o que las otras mujeres escucharan de mejor grado a María que a ella, que tenía tantas cosas que contar. Pero Carmen cuando contaba cosas, lo hacía en un tono lejano que no convencía ni a Ernesta ni a Felisa, y mucho menos a María. Hablaba de Madrid y en el tono de la que descubre Madrid a sus oyentes, y si quería hablar de cosas que solamente a ella le interesaban, contaba las andanzas por su barrio, cines y bares, bailes y verbenas, historias que no tomaban cuerpo de realidad, por muy reales que fuesen, en las mentes de las mujeres del castillo. En cambio, cuando María contaba una buena historia de crímenes, de adulterios salvajes, de pasiones campesinas, aunque fuesen inventadas, parecía que todo se tornaba real y las tinieblas se adensaban, o el pecado tomaba caracteres bíblicos, o el crimen era como una gran mancha de sangre bañándoles los pies a los oyentes. Carmen, al contar, atendía únicamente a su propio placer de recordar o de asombrar, mientras que María lo que deseaba era despertar emociones en los que la escuchaban. Emociones que a veces la apasionaban tanto, que la hacían encender las tintas hasta que notaba cómo le recorría a Ernesta un escalofrío de deseo o de horror.

María preguntó a Carmen:

—¿Mandas este año el chico a Madrid?

—En cuanto pasen quince días, lo planto allí. A ver si se le quita el pelo de la dehesa que ha almacenado estos meses.

—Haces bien. Aquí en el verano no pintan nada. Yo creo que hasta lo que aprenden por el invierno en la escuela se les va de la cabeza. Pudiendo, chica, es lo mejor que puedes hacer.

—Allá estará bien cuidado y conviene que se vaya espabilando para que pueda ser algo el día de mañana. Te advierto que si Cecilio se pudiera pasar sin mí, cogía el

dos y me marchaba con el chiquillo. Esto es de volverse tarumba con el calor y el aburrimiento.

—Pues vete tú también.

—No, por ahora no puedo.

Carmen se levantó de la butaca de mimbre.

—Voy a ver lo que hay por abajo. ¿Vienes?

—No, no. Me quedo aquí.

Carmen se contoneaba al andar. La bata le hacía ondas. Chancleteaba con aparato. María se quedó un momento mirándola; luego se sentó en la butaca.

Sonsoles escuchaba a Felisa. En la cocina de la casa de Felisa había desorden. Encima de la mesa, junto a una cebolla partida, estaba un periódico infantil sucio y gastado por el uso. Era el periódico, juntamente con otros que reposaban en el armario, la diversión nocturna de los muchachos. Había frecuentes peleas entre ellos porque se les antojaba el mismo periódico y el demás fuerza y edad pretendía llevárselo a viva fuerza. Intervenían la madre y a veces el padre. Alguno de los chicos se llevaba una bofetada o un zapatillazo. Se defendía al más débil. «Deja a tu hermano que los lea... Lo habéis leído cien veces y no os cansáis nunca. Mejor que pasarais el tiempo estudiando que devanándoos el cerebro con esas tonterías, que no son más que fábulas, que os hacen estar imaginando bobadas.»

En la cocina había desorden. Las ropas de los chicos yacían en un balde, amontonadas. Del techo colgaba una ristra de chorizos que había dejado una huella de grasa en el suelo. Unas alpargatas viejas estaban colocadas, una sobre la otra, en un rincón. En el cubo de la basura destacaban las peladuras de las naranjas sobre el pardo color de las cenizas. Había objetos sobre la silla, estaba todo invadido de un aroma denso de comida y acompañado de una música repulsiva de aleteos de moscas en agonía pegadas a un papel de liga colgado del techo, y de moscas que tamborileaban en los cristales de las ventanas entornadas, buscando la libertad.

Sonsoles escuchaba a Felisa que contaba los quehaceres de la casa y recordaba sus tiempos de hermana mayor en oficios de madre.

—Para mí —decía—, siempre ha sido igual. Primero mis hermanos, después mis hijos. He hecho de criada toda mi vida. He trabajado más que un buey. Estoy más cansada de trabajar que el buey de comer paja.

Sonsoles la interrumpía devotamente.

—Cada uno tiene que llevar su cruz, Felisa. A mí también me ha tocado lo mío, no de trabajar, pero sí de sufrir.

—Pero las cruces no son todas lo mismo de pesadas. Se conoce que la mía es de roble por lo que pesa, mientras que las de muchas son de paja.

—No lo creas, no lo creas. A veces esas cruces que a ti te parecen de paja son las

más costosas de llevar.

Felisa comenzó a enumerar desgracias.

—Primero murió mi madre, después vino la guerra, el padre quedó sin trabajo, el hermano que me seguía y que ya ganaba bastante, se fue a los rojos y no hemos sabido de él hasta hace cosa de cuatro años; luego murió el padre. Cuando los dejé a todos que ya se pudieran defender por su cuenta, empecé a tener hijos en banda. Cuatro hijos y hubiera tenido ¡qué sé yo cuántos!, si no me ocurre lo que me ocurrió, que uno vino mal y me ha dejado para el arrastre.

—¡Qué le vas a hacer!

—No, si yo a veces me alegro, aunque luego me arrepienta. Si no, sé lo que hubiera sido de esto. Ya podía haberlos mandado al hospicio, porque no sé de qué íbamos a comer.

Guardaron las dos silencio. Sonsoles le preguntó:

—Y de ese hermano que se marchó a los del otro lado, ¿qué ha sido?

—Ése... Ése se bandea muy bien. Cuando terminó la guerra en el norte pasó a Francia. Según nos dijo, pasó lo suyo, naturalmente, pero ahora está bien colocado; se ha casado con una francesa y tiene dos hijos. Trabaja en una fábrica de los alrededores de París y como él es un buen mecánico, por lo visto, pues saca un buen jornal y vive hecho un príncipe. Ése ha sido listo...

Hicieron un silencio. Felisa dejaba vagar la mirada por la cocina. En el desorden comprobó que había cierta organización. Las cosas, los objetos estaban cercanos para el que los necesitase. Se levantó a espantar las moscas del cesto del pan y como no encontró nada mejor a mano para cubrirlo que unos calzoncillos que estaban en el montón de ropa limpia del balde, los puso encima.

—Estas moscas —dijo— están como atontadas con tanto calor.

Sonsoles se pasó las manos por el rostro.

Bueno, Felisa, hay que decirles a ésas lo que ha ocurrido. ¿Tú tienes idea de cómo se lo podemos decir sin asustarlas demasiado?

Felisa se quedó un momento pensando. Dijo:

—Habrà que empezar por María. Es más resistente a las emociones grandes. Hasta que no se confirme quién ha sido, estará serena.

Sonsoles hizo un movimiento de duda con la cabeza.

—Bueno. ¡Ojalá resulte bien!

Felisa salió al patio y se acercó a la casa de María. Golpeó con los nudillos en la puerta.

—María, ¿estás ahí?

Desde la galería escuchó María la llamada. Gritó:

—Ahora voy, Felisa.

Felisa salió a la plena claridad. Hizo pantalla con las manos sobre los ojos.

—Ven a mi casa, quiero preguntarte una cosa.

* * *

Ernesta cantaba tenuemente una vieja copla. Le hubiera gustado poder dar su canto en alto, pero temía que alguien estuviera durmiendo la siesta. Podía salir malhumorada María a decirle que hiciera el favor de callar, que no alborotase, que las canciones estaban bien por la mañana, para acompañar las labores domésticas, pero que a la tarde todo el mundo —«todo el mundo, ¿me entiendes, Ernesta?»— tiene necesidad de un rato de reposo. Cantaba tenuemente mientras recortaba de un periódico ilustrado unas figuras que pensaba dar a los chiquillos de Felisa en cuanto les echara la vista encima. Algunas veces ayudaba a los hijos de Felisa a pegar recortes de periódicos en viejos cuadros. A los chicos les gustaba pegar santos y ver santos. Les llamaban santos a los recortes, y a veces los transformaban añadiéndoles unos bigotes o unas barbas.

La voz de Felisa llamando a María la sorprendió. «¿Qué pasará? ¿Para qué llamará Felisa a estas horas a María?» Deseaba salir a preguntarlo. No se resistiría. En cuanto María la viera, ya estaba, le iba a decir lo de siempre: «Ernesta, pareces una chiquilla, tienes más curiosidad que un crío de esos metomentodo.» Siguió recortando las figuras, sin cantar, atenta a la posible conversación en el patio. Prestó mucha atención. Oyó bajar de prisa a María. Escuchó el rechinar de la gravilla, que marcaba una especie de aceras en el patio. La gravilla echada con idea de que en el invierno, al ir de un lado a otro, no se embarrasen los habitantes del castillo. Olvidó, por fin, a María y a Felisa. Su preocupación era un perfil de futbolista en aquellos momentos.

* * *

—¿Qué me quieres, Felisa?

Sonsoles estaba retirada en un rincón y todavía no había sido vista por María.

—Tenemos que hablarte.

María recorrió la habitación con los ojos. Estaba deslumbrada por la claridad exterior. Vio a Sonsoles.

—¡Ah, estás tú ahí!

Hizo una pausa.

—¿Y de qué me tenéis que hablar? Debe de ser de alguna cosa muy importante, ¿no?

No hubo respuesta. María se rió. Su risa le sonaba a Felisa como el raspar de dos cuchillos, le daba dentera. Sonsoles se levantó de la silla.

—Conviene que te serenes.

Estaba serena. Nunca perdía la serenidad. Las palabras de Sonsoles la desasosegaron un poco en función de que ella había entrado tranquila. Sí, las palabras que encierran una sospecha sobre el estado de aquel a quien van dirigidas, suponen que el que las dice quiere para sí lo que pide. En un instante se le pasaron por la cabeza las amenazas de los tiempos de estudiante. Cuando un profesor, viéndolas tan alegres y despreocupadas, cercanos los exámenes las amenazaba: «Al freír será el reír, jóvenes.» Cuando ella misma anunciaba a su madre: «Mamá, cálmate; hoy volveré tarde.» Cuando aquel imbécil le dijo: «María, haz el favor de entender bien esto; serénate, mi trabajo requiere de mí...» Y ella le tuvo que decir: «No sigas. Vete cuando te dé la gana.» Todas eran palabras de la misma naturaleza.

—Siéntate, María —dijo Felisa.

Se sentó. Todas eran palabras de la misma naturaleza. Al freír será el reír... Cálmate, volveré tarde... Serénate, mi trabajo requiere... Se las habían dicho muchas veces, las había dicho muchas veces aquel al que no quería recordar.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa? —preguntó.

Nuevo silencio. Sonsoles comenzó a hablar en voz queda, lentamente.

—En el Cuerpo de Guardia ha habido noticias de que... no sé, un accidente...

Saltó rápida María.

—¿A quién? ¿A Baldomero? ¿Qué ha sido?

—No, no sabemos si a tu marido o a quién. Nos han dicho que os lo teníamos que comunicar. No te excites, por favor. Cálmate. No se sabe a quién ha sido. A la primera que se lo decimos es a ti. Después hay que anunciárselo a las demás. Todavía no saben quién ha sido la víctima.

—Pero ¿es que ha habido un muerto? ¿Muerto o herido grave?

—Sí, María, un encuentro con unos maleantes.

—En la feria, ¿verdad?

—Sí, en la feria.

Quedaron calladas. Felisa abrió el camino de la esperanza.

—Puede que no haya sido tan grave.

María le interrumpió:

—Seguro que ha sido grave, muy grave. Estas cosas siempre suceden así. No suele haber término medio...

Inmediatamente se hizo cargo de la situación. Felisa y Sonsoles estaban más asustadas que ella.

—Hay que andar con mucho tiento para decírselo a éstas. Carmen hará una de las tuyas a base de nervios. Pero peor va a ser lo de Ernesta. Ernesta está como quien dice en la luna de miel y esto le va a sentar como un tiro. Aparte de que es muy joven. No digáis nada. Yo me encargo de ellas.

María se levantó de la silla. Las otras mujeres la imitaron.

—Gracias de todas formas. Supongo lo que os habrá costado. Me voy a mi casa. Felisa la cogió por los hombros.

—Quédate, mujer, quédate con nosotras. Para estos tragos estamos. Quédate aquí, aquí todos somos como familia...

—No, no. Me voy a casa.

María salió a la luz. Al pasar frente al portal de Ernesta, ésta la llamó.

—María, ¿has visto por ahí a los chicos?

María le notó que tenía ganas de hablar.

—No, Ernesta, no he visto a nadie.

—Pasa —la invitó.

—Ahora no. Luego vendré a hacerte compañía.

Insistió de nuevo Ernesta.

—Pasa, mujer, y cuéntame lo que te ha dicho Felisa.

María frunció el entrecejo, adoptó un gesto de seriedad ofensiva.

—Nada que te interese, Ernesta. Hasta luego.

Aligeró el paso y entró en su casa. Encima de la cama de matrimonio se echó cara al techo. Cerró los ojos. Tuvo la sensación de que estaba echada en el campo y un sol grande, en llamas, avanzando a velocidades inmensurables, se derrumbaba sobre su cabeza.

* * *

María fue enfermera durante la guerra. Fue enfermera lo afirmaba siempre, como podía haber sido conductora de un tanque. Le hubiera gustado asistir a las batallas, estar en las trincheras. No había posibilidad para una mujer. Se hizo enfermera. Algo ayudaba. Y más que ayuda se sentía la realidad, la terrible realidad de la guerra. Cuando salía del hospital, después de jornadas agotadoras, la calle, la gente, la ciudad, le parecían algo imaginado, de lo que ella hacía tiempo que había perdido la conciencia. En la casa escuchaba las continuas quejas de la madre. Se quejaba de todo, parsimoniosa, obstinadamente. Todo estaba mal. Recordaba sus tiempos. Afirmaba que España estaba invadida por una locura colectiva. No veía la guerra. Las palabras siempre eran las mismas: «Una revolución, hija, es algo que se tiene que acabar en siete días. A esto no hay derecho. Los que hacen las revoluciones tienen la obligación de acabarlas en siete días. No se puede arruinar a una nación armando lo que han armado.» Era inútil explicarle lo que ocurría. Doña Patro pertenecía a otro mundo; a un mundo que hacía tiempo había despegado los pies, del santo y acre suelo, en una levitación impulsada por los recuerdos.

Hubo algunos bombardeos aéreos. Doña Patro sufrió mucho. En los sótanos, en los que se habían improvisado los refugios, cuando la sirena de alarma les hacía recluirse allí, alternaban el rezo del rosario con frecuentes soponcios. Cuando le daba

un soponcio, se ponía toda blanca y echaba baba, y en el momento en que parecía estar peor se recuperaba y conminaba a todos a rezar. Luego lo comentaba con su hija, que normalmente estaba en el hospital: «Esto acaba conmigo. Es una vergüenza. Pero ¿es que no hay un derecho de gentes que impida que se bombardee a la población civil? Una cosa es el frente y otra muy distinta la retaguardia. A los que bombardean los cogía yo, fíjate, yo y los estrangulaba con estas manos.» Se miraba doña Patro tenebrosamente las manos. Luego, como asustada de lo que acababa de decir, se las guardaba entre la toquilla.

María Ruiz, si tenía un rato libre, lo empleaba en pasear con los heridos. Se acostumbró a llevar en los paseos a un soldado, a un sargento o a un oficial colgado del brazo, arrastrando lastimosamente una pierna escayolada o tendido el brazo como un ala petrificada. Hacia el final de la guerra tuvo un novio que estaba dispuesto a casarse con ella en cuanto se licenciase. El muchacho era de la ciudad, estudiante adelantado de Medicina. Doña Patro estaba muy animada. Pasó el tiempo y el noviazgo seguía hasta que un día... Doña Patro, cuando se lo anunció su hija, precisó:

—Es un charrán, un auténtico charrán, hija mía. Ahora mismo voy a ir a buscarle y me va a escuchar. Eso no se hace. Un hombre que hace eso, ni es hombre ni es nada. Yo no digo que tú seas guapa, pero tienes otras virtudes que las tienen muy pocas. Tú, María, tienes inteligencia para dar y prestar. Un hombre que ha estudiado y que no sabe valorar la inteligencia es un fracaso de hombre, y en el caso de éste, además, es un mal nacido.

María volvió a dar clase en una escuela de pueblo. Anduvo una buena temporada mustia, desganada de todo, cumpliendo con su deber mecánicamente. El alcalde del pueblo, que era un señorón con muchas fincas, al que le habían matado un hijo en la guerra y que caciqueaba a su antojo, le advirtió un día:

—Señorita, está usted como enferma. Debería irse una temporada a la ciudad. No se preocupe por la escuela, porque esto lo resolvemos de cualquier manera hasta que usted vuelva.

María no tenía ningún deseo de volver a la ciudad. Se sobrepuso. Hizo algunas amistades en el pueblo. Un día conoció a Baldomero Ruiz, un guardia que vivía en la Casa Cuartel y que un domingo se empeñó en acompañarla hasta su casa después de la misa. Nunca supo cómo sucedió. Se confesaba a sí misma que Baldomero no le gustaba. A doña Patro se lo comunicó un día. Le dijo:

—Mamá, tengo novio y se quiere casar conmigo. Es, como quien dice, un cualquiera, pero es bueno y parece quererme mucho.

Doña Patro se entusiasmó, la hacía ya soltera para toda la vida, temiendo el empuje que traían las nuevas generaciones. «Las nuevas generaciones —decía— vienen de aúpa. Son modernas, lo que yo digo modernas del todo, aunque de moral y

de dignidad deben de andar bastante escasas.» El entusiasmo por el noviazgo lo manifestó con reflexiones sobre los peligros de la soltería:

—Hay que agarrarse a lo que salga. Una mujer como mejor está es casada, porque las mujeres somos muy listas para estas cosas, pero te pilla cualquier desaprensivo en el cuarto de hora tonto y la fastidias para toda la vida. Debes casarte. Con que sea bueno y te quiera, está todo hecho. Después ya se verá...

María Ruiz se casó en invierno. En seguida pudo anunciar a su madre que se hallaba embarazada. Doña Patro aprovechó la ocasión para irse a vivir con ellos.

—Tú no debes preocuparte ahora por nada. Das clases en la escuela, pero ándate con muchísimo cuidado; nada de hacer esfuerzos de cualquier clase que sean. Tú, mucho reposo y buena alimentación. De esto último me encargaré yo y que Baldomero se aguante esta temporada, aunque las cosas estén peor hechas, porque no todos los días se tiene un hijo.

Fue inútil todo cuidado. María abortó a los cuatro meses. Culparon a muchas cosas, se desconsolaron la madre y la hija. Baldomero parecía huido desde el día que le comunicaron el aborto. Visitaron médicos. Uno le anunció que le sería difícil lograr un hijo. El desconsuelo aumentó. A Baldomero lo trasladaron y María se fue con él. Doña Patro fue a vivir con otra de las hijas.

La vida comenzó a hacérseles muy dura a María y a Baldomero. Faltaba el sueldo de ella. Restringsieron gastos. María se descuidó en el vestir. Apenas salían de casa. El pueblo donde los habían destinado era grande. A los guardias los mandaba un teniente. Un teniente al que llegó a odiar María con toda su alma. Se lo decía a su marido:

—El teniente es un *finchao* y un cursi. Pero ¿has visto los aires de gran señor que se da el tío por la calle, y luego a vosotros cómo os trata?

—Calla, calla, mujer. Nos trata como nos debe tratar; verdad que es algo seco, pero no a todo el mundo le vas a pedir que ande pendiente de uno, porque nosotros no somos ursulinas, sino precisamente todo lo contrario.

—¿Y eso qué tiene que ver con la buena educación? Yo soy infinitamente más señora que su mujer y a mí, si me encuentra por la calle, en vez de saludarme como me debe saludar, me hace un mohín como diciendo, pero ¿dónde irá esa andrajosa?

Baldomero quería a su mujer, la quería mucho. Si María le daba aquellas largas explicaciones sobre el trato que merecía la señora de un guardia, no lo hacía con afán de molestarle o con el de que adoptase una actitud seca con respecto al teniente; lo hacía más que nada porque se sentía desamparada y desambientada. Ella no era ya la maestra del pueblo, sino la esposa de Baldomero Ruiz, que era uno de tantos en la Casa Cuartel, ajustado a la misma disciplina que los demás, y María no podía pasar por aquello. Se disgustaba María y se disgustaba Baldomero. Por fin un día pidió el traslado. Lo había dicho María:

—Prefiero un pueblo pequeño, donde tú seas tú y donde todo el mundo nos conozca, que estos pueblones grandes, que no tienen más que las pegadas de las ciudades añadidas a las de ser pueblos.

La vacante del castillo se la concedieron fácilmente. Una mañana aparecieron en el pueblo. María contempló el castillo largamente:

—Vamos a vivir como señores feudales —dijo—. Seguramente que por el lado de la entrada tendrá puente levadizo y toda la pesca. Va a ser divertido.

No fue divertido. Las mujeres de los compañeros de Baldomero eran raras. «Son tan raras o están tan locas que no se puede cruzar con ellas dos palabras seguidas sin que disparaten.» Luego reflexionó y le entró un remusguillo de preocupación.

—Me parece que hemos salido perjudicados en el cambio.

Baldomero le respondió:

—Tú lo has querido, María; por mí no nos hubiéramos movido de allí, sino por fuerza mayor.

María concluyó:

—De todas formas, prefiero esto a tener que soportar a aquel tenientucho.

La vida en el castillo tomó su ritmo grave y monocorde. Primeramente María se aisló de las demás mujeres, pero en seguida fue buscando su intimidad, rastreando su intimidad hasta descubrir en cada una de ellas algo que las eslabonase a su propia manera de entender la vida o de haber vivido la vida. Sucedió que en el castillo había grandes temporadas de silencio entre las mujeres. Temporadas que sobrevenían cuando se sospechaba un traslado, que culminaban en el traslado y que inmediatamente eran un chorro de comentarios ya efectuado el traslado.

El carácter de María se iba transformando con el tiempo. El hijo esperado no llegaba y, en tanto, le entró una rabia sorda e hizo de su derrota como madre un refugio donde se guardaba irónicamente a sí misma. Llegó a celebrar su derrota. Extendió comentarios sobre su derrota a las mujeres de los compañeros de Baldomero. Decía: «Es la naturaleza que se sabe guardar; la selección, amiga, la selección, que impide que de una mujer como yo nazca un chiquillo del que más tarde o más temprano me tenga que avergonzar. Porque la única cosa que vale en este mundo, si se quiere ser algo, es una buena educación, un cultivo adecuado de la inteligencia, y aquí lo único que se puede cultivar es la burrería. Un hijo mío en estas condiciones me repugnaría.» Las mujeres no la entendían. Les divertía a veces lo que contaba María, a veces también la consultaban para pequeñas cosas: una carta de pésame, que ella redactaba; una carta de petición, para la que ellas tenían vagas formas en el cerebro, y que María hacía viva, quitándole su tono comercial o su torpeza mendicante.

Los años en el castillo fueron secando el tallo de su vida y retorciéndolo. La poseía el orgullo de saberse más inteligente, más cultivada que cualquiera de los

habitantes y fue primero por diversión, luego casi morbosamente, por lo que comenzó a inquietarlas a todas con sus historias, sus cuentos, sus versiones de la vida.

María, en el castillo, se entristeció y su cerebro no era más que una esponja empapada de amargura que ella exprimía con delectación, con una mimosa e iracunda delectación.

* * *

Ruipérez miró el reloj. Faltaba media hora para el relevo. A las cinco en punto se acercaría a la puerta. El compañero muerto para nada alteraba la canalización de la ordenanza. Llegaría, cruzarían dos palabras, se volvería al Cuerpo de Guardia Pedro Sánchez, se quedaría él con el fusil entre las manos, esperando a que pasase el tiempo. ¿Cuántas veces su mirada se iba a tender hacia el horizonte? ¿Cuántas el cuerpo, desmadejándose lentamente, iba a volver repentinamente a la posición de ordenanza? El cuerpo del hombre de guardia es como la zarpa de un gato que recoge las uñas y la ablanda y esponja hasta un determinado momento de tensión — momento no escogido, tensión subconsciente— en que la zarpa tiene todas sus defensas a la espera. Del decaimiento, del ocio pesado, surge como el rayo la felina tensión. Se lo sabía de memoria. No lo podía evitar. Siempre ocurría igual. La tensión la producían mínimas causas exteriores que eran imposibles de localizar.

Los dedos sobre la mesa aparecían torpes. De una torpeza de herramientas allí abandonadas. Cuando cogía la pluma, le costaba aplicar los dedos sobre el palillero. Si cogía un vaso, el dedo meñique se le quedaba despegado, recto, con la larga uña, cultivada con sumo cuidado, amarilleando como un papel viejo expuesto durante mucho tiempo al sol. Ruipérez contempló por la ventana a su compañero. Pedro miraba al suelo. Luego Ruipérez miró el tablero de la mesa, donde las manchas de tinta creaban islas de conformaciones extrañas. Con la larga uña del dedo meñique las fue perfilando una a una.

Carmen se movía por el patio de un lado a otro. Transportó un balde lleno de ropa hasta el tendedero. Volvió a su casa. Llevaba las manos ocupadas con pinzas de tender. Mientras colgaba la ropa, canturreaba una cancioncilla. La labor tiene que estar acompañada de una canción. Las labores monótonas, desesperantes en su cotidianidad, de las mujeres, tienen que estar acompañadas de una canción, cuando no se tiene en qué pensar o se ha pensado mucho la misma cosa.

Para coger la ropa se agachaba subiendo con la mano izquierda la bata y abriendo las piernas. La blancura de las piernas destacaba sobre la mancha ocre de la tierra. Las nalgas se le marcaban poderosas y el pecho suelto le colgaba como un par de racimos maduros. Ernesta la veía desde su portal. Ernesta se pasó las manos por las

caderas y estableció comparaciones.

En el castillo la ropa se solía tender en el invierno en la galería y en el buen tiempo en el patio. Pero todo dependía de la necesidad del momento. Alguna vez, si la galería estaba ocupada y el tiempo amenazaba tormenta, corriendo este albur el tender en el patio, dio lugar la ropa a discusiones entre las mujeres. Las discusiones eran siempre originadas por apreciaciones poco exactas de Carmen, a la que gustaba gritar por gritar, como tenía bien aprendido de su barrio de Madrid. Había que dejarla sola. No escuchaba, y a medida que hablaba se enfurecía más y más. María solía decir que Carmen era una incomprendida, que para hacerla feliz lo conveniente era disputar, aunque fuera sin ganas, con ella. Era la mejor forma de hacerse muy amiga de ella. Pero María no ponía en práctica lo que decía, porque su lógica chocaba constantemente con las argumentaciones disparatadas de la madrileña.

A Ernesta le llamó la atención que Carmen cantase en vez de hablar en voz alta, como tenía por costumbre, diciendo lo que se le ocurría de la que se le había adelantado al tender la ropa. Era lo mismo; las palabras brotaban de sus labios a chorro libre. En la galería, o en el patio, hablaba sin dirigirse al parecer a nadie en particular, hasta que alguna, molesta, le preguntaba si podía callar. Entonces Carmen se transformaba; le estaban haciendo el juego, y no se contenía.

Carmen terminó de tender su ropa y se encaminó a su casa. Ernesta salió a la puerta.

—¿Qué haces ahí como una pasmada, chiquilla? —El tono de la voz de Carmen era alegre.

Ernesta se disculpó.

—Mirando.

—Pero ¿es que no tienes nada que hacer?

—No.

—Vente a casa. Te voy a enseñar unas revistas que recibí el otro día de Madrid.

Ernesta acompañó a Carmen.

Sonsoles y Felisa estaban trabadas en una larga conversación. Hablaba Sonsoles.

—¿Tú crees que María les va a decir a las otras dos lo que les tiene que decir, suavemente, sin herirlas?

—María lo puede decir mejor que nosotras. Sabe más.

—Sí, sabe más; pero es más brusca.

—Cuando quiere. No creo que esta vez lo sea.

—Ernesta es la que me preocupa más. Carmen ya se sabe...

Volvían los chicos de alborotar en el patio. Llegaban con palos de fresno que habían convertido en espadas, formando con ellos una cruz e imaginándose que iban armados. De vez en cuando se oían sus gritos: «Tras, tras. Muerto. Estás muerto,

Luis. Te he matado.» Y la voz del muerto, que contestaba: «No estoy muerto; ni siquiera me has tocado. Me has pasado por debajo del brazo.» Y otra vez la voz del matador: «Eres un tramposo. Así no se puede jugar. Te he matado. Te he dado en el corazón. Estos lo han visto. ¿Verdad que lo habéis visto?» Nadie contestaba.

El matador, en el patio, se retiraba enfurruñado un momento del juego. Volvía a él cuando se ponía a su alcance el que había matado: «Tras, tras. ¿Y ahora?» Contestaba: «Ahora sí, pero me doy una medicina que llevo en el bolsillo y me curo.» De nuevo la voz del esgrimidor superdotado: «Contigo no se puede jugar. Yo no juego más.» Y en seguida la labor de proselitismo: «¿Os venís tú y tú? Con éste no se puede jugar.»

María estaba echada sobre la cama. Las voces de los niños le llegaron claramente: «Estás muerto, estás muerto.» «No estoy muerto, ni siquiera me has tocado.» En la penumbra, los reflejos del sol, entrando por las junturas de las contraventanas, le daban el movimiento de los chicos del patio en el techo. Los veía en una sombra alargada moverse entre el techo y la pared. Los seguía con los ojos puestos en los reflejos. Cerró los ojos. Quería pensar en algo. Cerró los ojos y no lo consiguió. Los juegos de los niños seguían en el patio.

Seis de la tarde

LA CALLE SE DESLIZABA en suave pendiente hacia la ribera del Manzanares. Las casas no estaban alineadas; formaban rinconadas y patinillos en las aceras, donde se abrían tiendas y tabernas. La altura de las casas era variable; junto a alguna alta, de fábrica nueva, se recogían las de uno o dos pisos, y las tejavanas que servían para guardar carros o eran empleadas como almacenes. Las aceras eran a veces muy estrechas, a veces demasiado anchas, en comparación con la calzada. Sorteando coches y carros, los chicos jugaban en medio de la calzada y las niñas buscaban el amparo de las aceras para trazar con yeso los cuadros de la mariquita o del juego de la teja. Desde primera hora de la mañana hasta las diez de la noche, la calle estaba llena de gente, de voces, de ruido, de olores diferentes de las casas de comidas con las puertas abiertas, de una alegría jaranera de patio de vecindad.

Carmen vivía con sus padres y hermanas en una casa de tres pisos. Vivían en un interior. El patio de la casa se abría sobre el tejado de un almacén de frutas y en el verano tenían echadas las persianas, siempre, por las moscas gordas, pesadas, repugnantes, que subían del almacén. Al almacén le llamaban el cementerio de los tomates. Todas las mañanas los carros de los basureros se llevaban una gran cantidad de estos frutos, en estado casi de licuefacción, en grandes cubas, que tapaban con trozos de arpilleras.

La madre de Carmen solía hacer chistes: «Con la cantidad de tomates que se llevan estos tíos, los cerdos que crían deben de agarrar unas cagaleras espantosas. O a lo mejor los emplean para hacer conservas y nos dan el pego en las tiendas, con los tomates del cementerio.» El olor del almacén en el verano era tan penetrante, que sofocaba. En cuanto el padre llegaba del trabajo y se aseaba, se marchaba rápidamente a la taberna de Fisio, que estaba en los bajos de la casa, o mandaba cerrar todas las ventanas, aunque hubiera que sudar la gota gorda.

Las hermanas de Carmen trabajaban. La mayor en una fábrica de botones, la otra de chica de recados con una modista. Carmen las admiraba. ¡Sabían tantas cosas! Al regreso del trabajo, si no tenían que salir con cualquier disculpa, se quedaban contando chismes a la madre. Esta, cuando el chisme era subido de color, solía decir, como pura fórmula, a Carmen: «Niña, baja un rato a jugar a la calle.» O: «Vete a ver a tu amiguita del segundo.» Naturalmente, Carmen no se marchaba y se quedaba escuchando, sin comprender demasiado, pero sabiendo que aquello que decían era algo importante y misterioso que le producía un escalofrío por todo el cuerpo, que le gustaba.

Pocas veces solía llegar bebido el padre de Carmen. Era un hombre que resistía

mucho y su mujer estaba muy orgullosa de ello. A las amigas de la vecindad se lo hacía notar: «Mi Santiago es todo un hombre. Resiste lo que deben resistir los hombres, bebiendo y...» Las vecinas se reían la mar con la madre de Carmen. Así lo decía alguna: «Con este demonio de la Pepa nos reímos la mar; lo que digo, la mar.» Y era verdad. Tenía sus golpes hechos, sus timos, sus muletillas, pero a veces le brotaba la gracia un poco chocarrera y entonces las vecinas se reían la mar y la tierra en una pieza.

La madre de Carmen tenía sus ideas sobre los oficios de las mujeres. Los dividía en oficios para mujeres propiamente dichas, oficios para perdidas y oficios para marimachos. Las fábricas, a pesar de que tenía la hija mayor en una de ellas, no eran sitios adecuados para mujeres; allí sólo debían trabajar las marimachos. Las mujeres debían trabajar, si lo necesitaban, en el taller de una modista, en una peluquería, en una perfumería, o algo así. Después, lo que quedaba era para las que habían perdido todo lo que tenían que perder. Por ejemplo: ¿qué más daba ser tanguista que ser señorita masajista a domicilio? Las vecinas estaban conformes con lo que decía la madre de Carmen y los oficios de las mujeres no eran materia que levantase polémicas.

No había apreturas económicas en casa de Carmen. El padre ganaba bastante en su oficio —era dorador— y a veces hacía chapucillas por fuera, apropiándose galanamente de los panes de oro, cuya vigilancia era difícil, en el taller donde trabajaba. Carmen, cuando su padre trabajaba en casa, sobre la mesa del comedorcito, le miraba con aire estupefacto. Era muy delicado el señor Santiago en sus trabajos particulares. No se le perdía ni una «miajita» de pan de oro.

—Ni una mijita he desaprovechado. Estoy satisfecho.

Guardaba el cuchillo, las piedras de ágata, la almohadilla y se iba a beber vino, no sin antes precisar:

—Esta cornucopia ha quedado que parece de oro cobrizo.

Las chapucillas le subían al señor Santiago desde el Rastro y sus aledaños.

Carmen fue primeramente a un colegio modesto y después recibió clases de una señorita aún más modesta que el colegio donde había aprendido a leer y a escribir. La madre, en un raptó de megalomanía, quiso que Carmen aprendiera francés.

—Si aprendes francés —dijo—, todas las puertas se te abrirán en este mundo. Una mujer que sabe francés se puede colocar donde quiera y luego si tiene suerte, establecerse por su cuenta.

La madre, cuando dijo esto, soñaba con una gran peluquería para su hija. Una peluquería en la que Carmen sólo tuviese el trabajo de ver trabajar a sus empleadas y de recibir a las señoras que aparecían por allí a que les rizaran el pelo, les hiciesen unos tufos o la permanente a la última. El porvenir se le presentaba a Carmen perfectamente claro. «En cuanto tengas dos años más entras en casa de la Asun —una

vecina peluquera— para que te vayas entrenando.»

Unos Carnavales Carmen tuvo un disgusto serio. Tenía once años y estaba bastante desarrollada. Se le ocurrió disfrazarse y en unión de unas amigas andar por la calle haciendo tonterías. A la madre le entusiasmó la idea y la disfrazó, a conciencia, de mujer mayor. Carmen añadió al indumento dos postizos de trapos, que fueron los causantes del disgusto. El disgusto lo tuvo con un señor que iba disfrazado también y que esperaba a río revuelto. No pasó nada, pero Carmen aprendió una lección que no se le olvidaría en la vida. Llegó a casa llorando y a las preguntas de la madre no respondía más que entre hipos ruidosos:

—Un señor, mamá, un señor que me ha confundido.

Cuando se enteró el señor Santiago, el disgusto aumentó. Llamó idiota a su mujer, a la hija y a las hermanas, que acababan de llegar de un baile justamente para cenar y pensaban marcharse de nuevo. No dejó salir a nadie. Cerró la puerta de la calle con llave y se fue a la cama. Las hermanas de Carmen esperaron un tiempo prudencial y se escaparon. El señor Santiago dormía a pierna suelta, su mujer velaba y Carmen seguía todavía suspirando profunda y ruidosamente.

Carmen entró en la peluquería a principios del año treinta y cinco. Tenía trece años y había crecido todo lo que tenía que crecer, según su madre. La recomendación fue muy simple. Un día se encontraron en la calle la madre de Carmen y Asun la peluquera. La madre dijo:

—Te voy a enviar a mi chiquilla para ver si puedes sacar algo de ella. ¿Qué te parece?

Asun le respondió:

—Me parece de perlas. Precisamente ahora necesitaba yo una chiquilla así para que nos ayudase, porque Feli se va a casar y nos deja, y entre mi hermana y yo no podemos atenderlo todo. Tu chica nos vendrá muy bien para las cosas pequeñas. Además, te advierto que en esto en seguida se pone al tanto. ¿Cuándo me la mandas?

—Tú dirás —dijo la madre de Carmen.

—Pues que venga el lunes próximo; así empieza la semana. Yo no le puedo dar mucho ahora, pero si ella es lista, en unos meses puede pasar de ayudanta a aprendiz y entonces...

—La cantidad de puestos que tenéis en ese negocio, Asun; ni que fuera un Ministerio: aprendiz, ayudanta... ¿Tú qué eres?... Lo menos capitán general, ¿no?

—Yo soy la jefa —respondió la peluquera.

—Bueno, bueno, te la envío para que aprenda, no para que la mareéis sin ton ni son.

—Descuida, Pepa.

Se despidieron.

La nueva vida en la peluquería la llenó de regocijo. Mientras Asun y su hermana

trabajaban, ella atendía los pedidos de cosas que le hacían y escuchaba las conversaciones de la clientela, que no era muy escogida, pero resultaba divertida. Asun peinaba a una sola mujer de dudosa reputación.

—Yo prefiero cerrar antes de convertir la peluquería en una casa de fulanas —decía.

Pero aquella mujer de dudosa reputación no era una cualquiera. Se decía que un señor muy señor la tenía retirada, en una pensión de la calle del Mesón de Paredes. Era callada y no se tomaba muchas confianzas con las peluqueras. Carmen, cuando la veía entrar, la miraba temerosamente mientras saludaba. La mujer le decía siempre lo mismo:

—Ya estás hecha una mujer, Carmen; ya va a haber que darte el usía.

A Carmen le recorría el cuerpo una corriente fría.

La peluquería era el mentidero de la calle. A la peluquería llegaban, llevados por las vecinas, todos los chismes de la calle. De la peluquería salían transformadas y desorbitadas noticias que habían sufrido la corrosiva acción de la charla de las clientes. Carmen se enviciaba en las conversaciones que escuchaba. Si su madre la hubiese sacado de la peluquería, le hubiera dado un grave disgusto. Se enteraba paulatinamente de todos los sucesos y casos importantes del barrio. Sabía ya quién tenía un marido que se entendía con una vecina, o una hija que no andaba derecha, o un hijo que se dedicaba a la lucrativa profesión de afanar carteras en los tranvías o en el «metro». A la noche lo comentaba con su madre:

—Mamá, ¿a que no sabes de qué me he enterado hoy? —Y sin dejarle responder, comenzaba la narración—: Que la Benita, la hija de la pescadera, ha dejado plantado a su novio... Sí, aquel larguirucho que andaba tan acaramelado con ella; bueno, pues le ha dejado... ¿qué te parece?... ¿Y a quién crees que le está haciendo la ratonera, pasando una y otra vez delante de su puesto? A Romero, el de la pescadería de abajo. Ha dicho mi jefa que pretenderá unir los dos negocios para que no haya competencia. —Y seguía contando—: Han cogido a Valentín Sánchez, a ese que llaman el *Franela*. Dicen que la policía andaba desde hace mucho tiempo detrás de él, pero como es un tío muy listo, no le podían probar nada, hasta que le han echado el guante en el momento en que se escapaba de un tranvía con la cartera de un señor.

La madre la escuchaba gustosa. Solía ocurrir que a las primeras noticias de Carmen la madre le dijese:

—Pero eso ya lo sé —o, por el contrario, que prestase más atención y le requiriese impaciente—: Cuenta, cuenta...

Las hermanas de Carmen calculaban posibilidades con los chicos de la calle, ayudadas por su madre.

—Por ése no te dejes acompañar, que no va con buenas intenciones. Para divertirse, hija, sirven todos; para maridos sirven muy pocos. Conque ¡ajo al Cristo!

...

Carmen también opinaba:

—A mí me parece que ése se ha arreglado con la Lucía por lo que dicen en la pelu... Ten cuidado con él; tiene peor fama que Luis Candelas.

El otoño del treinta y cinco fue muy alegre. Carmen encontró los primeros chicos que se empeñaban en acompañarla a casa dando antes una vuelta hasta la plaza de la Cebada y queriéndola invitar, hechos unos hombrecitos, a «infantiles de vermut». La madre se enteró de esto por la misma razón que se enteraba Carmen de todas las cosas de la gente de su calle. La vida estaba lanzada al exterior. La intimidad apenas existía. Todo el mundo vivía volcado en la calle; había un deseo de ver, de ser visto, de enterarse, de que se enteraran. A la madre le fueron con el cuento en seguida: «A tu chica dicen que la han visto por los bares de la plaza de la Cebada, acompañada de unos mocosos.» A la noche, en cuanto llamó a la puerta, la madre la cogió de un brazo y la hizo pasar a la cocina:

—De modo que haciendo oposiciones a golfa, ¿eh? Mira, Carmen, por esta vez pase, pero como me vuelva a enterar yo, y sabes que me enteraré en cuanto lo repitas, que te vas de bureo a los bares de la plaza con unos amiguitos, se te cae el pelo. Dejas el trabajo y no vuelves a pisar la calle en lo que te queda de vida. De modo que enterada, ¿no?

Quiso reaccionar Carmen:

—Pero, mamá, si voy con el hijo de la... Si nos tomamos unos vermouths y nos venimos para casa inmediatamente...

—Pues ni vermouths ni hijo de la Mercedes ni nada. De la *pelu* te vienes derecha a casa o arde Troya.

El señor Santiago llegó muy triste un día. Había tenido un altercado, en el taller, con el dueño. El altercado había comenzado con unas palabras del dueño:

—Oiga usted, Santiago, no meta tanto oro en la labor, porque no es necesario. Me he dado cuenta de que estas últimas semanas gasta usted panes como si yo tuviera una mina en el almacén.

Al señor Santiago le temblaron las manos cuando cogió con la delicada pincheleta el pan de oro para aplicarlo en la mancha almagre del bol.

—Don Fernando, gasto el que tengo que gastar. —Le entró una rabia sorda—. ¿O es que cree usted que me lo llevo?

El dueño agravó el rostro. Al señor Santiago le faltaron momentáneamente las fuerzas. No se atrevió a mirarle a la cara.

—Yo no creo nada, Santiago; nada, a pesar de lo que me dicen por ahí. Lo único que le digo es que no emplee tanto oro. ¿Me ha entendido?

El señor Santiago siguió trabajando.

—Sí, don Fernando, le he entendido.

El dueño se marchó a la oficina. El señor Santiago le vio a través del mamparo de cristales sentarse en su mesa y comenzar a escribir sobre los grandes libros de contabilidad. Pensó en el que había ido con el cuento al dueño. El que le había ido con el cuento seguramente tenía también cosas que ocultar, porque en el taller todo el mundo se llevaba lo que podía, desde las violas de las brochas hasta los botes de esmalte. Pasó revista mentalmente a los obreros que trabajaban con él. Iba pasando los nombres y añadiendo hasta la filiación política del compañero, «Fulano no ha podido ser; es de mi sindicato. Fulano tampoco; todo lo que se le puede quitar al burgués le parece bien. Fulano, éste... —se quedó un instante meditando— éste que se traga los santos ha podido ser; en cuanto me entere me va a oír.» El nombre se le fijó obstinadamente en la cabeza. «Sí, éste es el que ha tenido que ser. Menudo perro está hecho. Mucho andar con los curas a vueltas a todas horas y luego es capaz de denunciar a un compañero sin más ni más, simplemente por darle coba al burgués.»

El señor Santiago llegó triste y no quiso explicarle a su mujer la causa de su tristeza. Tenía que terminar una chapuza para una tienda del Rastro, pero no se puso a trabajar. Se sentó un momento e inmediatamente se lanzó a la calle.

—¿Adonde vas, Santiago? —preguntó su mujer.

La respuesta fue un portazo.

Carmen se dejaba aconsejar por su madre.

—Tú no debes relacionarte ahora con ninguno de estos *perdis* del barrio. Tú tienes que picar más alto. Claro, todavía no ha llegado el momento, pero un empleado con porvenir es lo que te conviene. Hay que saberse guardar. Todas las mujeres se tienen que recoger. Recogerse a tiempo es lo acertado, es la clave. —Usaba el verbo recoger en el sentido matrimonial de buscar refugio en un hombre, porque las cosas de este mundo estaban dispuestas así según decía—. Anda ahí y que trabajen ellos. Tú a las cosas de la casa. Una mujer no debe trabajar fuera de su casa cuando se ha casado, porque fuera acechan malos vientos y si no se quiere faltar al hombre que se quiere, lo mejor es no ponerse en situación de hacerlo.

Las elecciones del año 1936 fueron movidas en el barrio. A un vecino de la casa le abrieron la cabeza en un bar, de un botellazo, por manifestarse en términos no muy escogidos sobre la política de las izquierdas, justamente en el bar donde el señor Santiago y sus amigos se reunían a hablar de la vida, de la política y sus problemas. Lo llevaron a casa, entre el señor Santiago y dos amigos, después de haberlo pasado por la Casa de Socorro, con la cabeza envuelta en vendas y el cuerpo desmadejado.

—Ha sido un accidente por irse de la lengua —precisó el señor Santiago—. En los tiempos que corren lo mejor es no irse de la *mui*, dejarla quieta en remojo, aunque sea de vinagre. Hay que aguantar, porque en cuanto uno se manifiesta en público le atizan por donde menos se espera. A éste le han dado una buena lección, que no va a olvidar en su vida.

El señor Santiago y sus amigos no cumplían las más elementales reglas de salvaguardia personal, porque se pasaban los atardeceres en la taberna o en el bar, discutiendo fervorosamente programas políticos y posibles conveniencias para la clase obrera.

—Nosotros tenemos que estar contra los burgueses, porque es de ley que estemos contra los que nos explotan. Si yo sé el oficio tan bien como mi burgués, no sé por qué va a ser él el amo y yo el esclavo que le ayuda a engordar y a comprarle a su señora lo que tenga por gusto. Naturalmente que él ha heredado todo de su padre, que si no lo hubiese heredado estaría ahora como nosotros aquí, discutiendo los pros y los contras del derecho de heredar. Eso de heredar era una cosa que se debía suprimir.

Había un guasón en la taberna que les tomaba el pelo a todos con sus frases:

—Señor Santiago, y si uno hereda de su papá en vez de una buena renta, una buena sífilis, ¿qué dice usted: que se suprima el derecho de heredar?

Se reían todos; el señor Santiago se molestaba:

—Eso es otra cosa, amigo. Porque en este país todo tiene muy mala organización. Al que tiene sífilis, en cualquier país civilizado le prohíben tener hijos y se acabó.

Continuaba el guasón:

—¿Y qué hacen?, ¿los capan?

Muchachos conocidos de Carmen repartían candidaturas por la calle. Se voceaban infinidad de periódicos y de hojas volanderas. Alguien, de vez en cuando, hacía un discurso a la puerta de una taberna. Los oyentes eran pocos en número y siempre había en el grupo alguien que desbarataba con sus bromas las argumentaciones del presunto orador. Entonces era cuando intervenían los amigos:

—No seas así, hombre, que esta vez va en serio, que no es para que te traigas esas coñas, que ya está bien de cachondeo. O uno más exaltado la emprendía con el bromista:

—Cállate, so mandria, que de tipos como tú, saboteadores y esquiroles, se valen las derechas para seguir repartiendo leña y haciendo lo que les da la gana con la clase obrera.

El bromista se callaba si veía que las cosas se ponían feas, o disimuladamente tomaba la calle por sí se perdía alguna guantada y la recibía él. Se decían entre injurias y vayas, cuando había en el grupo algún tipo así:

—Se está rifando una bofetada y algún cabrón lleva todas las papeletas.

Carmen en cuanto dejaba la peluquería se iba a casa. La madre le había recomendado:

—Estos días es preferible que vengas pronto. Los ánimos están muy cargados y no vaya a ser que, sin comerlo ni beberlo, te ocurra algo por la calle. Ayer, sin ir más lejos hubo tiros en la Puerta del Sol y ya ves, le tocó la china a una pobre mujer que vendía lotería, que seguramente la política le importaba tan poco como a ti o como a

mí.

En la peluquería se hablaba de política, pero de una manera especial. Interesaban las anécdotas, los chismes, los sucesos que se producían. Carmen atendía sin perder palabra, luego hacía comentarios con su madre y hermanas. Asun preguntaba a las clientes:

—¿Y qué se cuenta? ¿Está muy revuelto el ambiente? —Siempre se las daba de nuevas.

La cliente le respondía:

—Se dice que si van a atentar contra el presidente los de... porque es un cagueta y no ha metido en varas a los curas y a toda su morralla.

—Pues sí que vamos listos con esta gente. Unos tienen miedo y los otros tienen más.

Intervenía otra, que estaba metida casi enteramente dentro del secador:

—Nanay. Si supierais la que armaron ayer en un bar de la Gran Vía unos señoritos y las que les dieron unos taxistas, no hablaríais así.

De todo lo que se comentaba se deducía que lo que necesitaba el país era mucha leña, buenas anécdotas, chismes teñidos de un leve tinte de pornografía y que, cuando llegase el momento, cada uno hiciera lo que le diese la gana.

Asun se mostraba partidaria del amor libre, aunque organizado.

—A mí eso de que te echen la bendición y estés atada al mismo carro toda la vida, no me convence. A mí me parece mucho mejor, si quieres a un hombre, irte a vivir con él sin más historias. ¿Que le dejas de querer? Te vas con otro al que quieras, y así sucesivamente.

La que constantemente sacaba la cabeza del secador le contestaba:

—Pero así, Asun, te vas a pasar queriendo tíos toda la vida, como una furcia. Eso no es solución.

Respondía la peluquera:

—Pero todo con orden. No así como así.

—Que te crees tú eso. Para lo que tú dices, es mejor lo que le tengo oído a una amiga: los melones y los hombres, a cata. Te quedas con el que sabe bien, y no hay discusiones. Eso y no otra cosa es lo normal.

Carmen estaba aprendiendo mucho. La peluquería era una buena escuela de madrileñismo. Se le tornaba el lenguaje barroco en el empleo de las imágenes cuando deseaba explicar algo que salía de los puros moldes de la conversación. La madre atendía a esta transformación de la hija, con cierto orgullo y algún temor. Una amiga le había comunicado:

—Tu chica tiene gracia. Cuenta unas cosas...

Pasaron las elecciones. Llegó la primavera. Había alegría en las calles, pero un soterrado sentimiento de espera cambiaba la alegría, que parecía no ser tan completa

como otros años. Carmen a pesar de los consejos de la madre, se dejaba acompañar por mocitos del barrio, que le decían cosas fuertes disimuladas en una jerga entre poética y barata, que a ella le gustaba. Naturalmente, tenía una amiga, una acompañante, que no era tan guapa como ella, y que hacía las veces de ángel custodio con su persona. Si alguno de aquellos muchachos se ponía pelma con su palabrería, era la amiga la encargada de decirle con la cara muy seria:

—Deja ya eso, que te vas de caña. Deja a la Carmen en paz, que no sabéis decir más que guarradas.

A Carmen le encantaba aquella protección de la amiga fea, que a ella le evitaba la tensión de la respuesta y a la otra le hacía ser más avispada en las contestaciones. Era un juego simple y repetido entre las chicas de su calle. Las guapas se acompañaban de las feas. Las guapas tomaban un aire impertinente de princesas que descienden a hablar con sus servidores, y las feas seguían el juego defendiéndolas con su sola presencia, cuando no con sus palabras.

Carmen vivía lunáticamente su adolescencia. Con las medias y el jersey de trencilla muy ajustado, tomó un aire de mujer mayor al andar, que a veces hacía volver la cabeza a los hombres que pasaban junto a ella. Oía comentarios que la llenaban de gozo: «Cuando esta chiquilla sea mayor, va a traer del queque a más de un importante.» La vigilancia de la madre era suave. En cuanto llegaba a casa la repasaba con la mirada, como queriendo descubrir algo que no había ocurrido, pero que podía ocurrir cualquier día. Las recomendaciones no eran tampoco muchas: «Que no vayas al cine tanto, que te vas a quedar ciega de tanto estar en la oscuridad. Se te llena la cabeza de polillas y cualquier día nos das un disgusto.» Lo de «cualquier día» no se cumplió.

Dejó a la amiga fea y se dedicó a salir asiduamente con un muchacho del barrio. El muchacho tenía buena pinta y parecía, a pesar de sus pocos años, muy formal. Trabajaba en una papelería y presumía de saber el negocio a la perfección. «Si yo tuviera unos cuartos —decía—, me hacía en seguida con una tiendecilla en un barrio ole y me inflaba de oro. Porque esto del papel, Carmen, deja muchos billetes, aunque te parezca mentira.»

Avanzaba mayo. En un gran solar cercano a la ribera del Manzanares habían instalado algunas barracas de feria. Barracas pequeñas de tiro al blanco con carabina y arco. Barracas que eran la avanzadilla de las verbenas y que todavía, en los días oscuros, tenían un vago aire de suburbios de la feria, distanciadas entre sí, despintadas, sin el acompañamiento de la música estridente de los tiovivos.

Bajaban Carmen y su acompañante hasta las barracas. Disparaban con las carabinas. Celebraban los blancos con risas. Luego ascendían hasta su casa haciendo de vez en cuando una parada en un bar, a tomar un vermut y una ración de patatas. El chico iba a su lado vigilante y orgulloso. Se volvía a mirar fijamente a los que se

quedaban contemplando el paso de la pareja:

—¿Qué pasa? —galleaba—. ¿Es que no ha visto usted una mujer?

—Bueno, hombre, bueno.

Los que se quedaban mirando eran hombres ya entrados en años, sin ganas de broncas, con la mente llena de malos pensamientos. Una vez un tipo se pasó siguiéndolos toda la tarde del domingo. El chico se fue hacia él y le dijo:

—¿Qué quiere usted? Nos viene siguiendo desde hace tres horas. Como le vuelva a ver detrás de nosotros...

El otro le calló. Era policía. Un policía que se sabía aprovechar de su condición de policía y que con bastante frecuencia, hacía chantaje a las parejas jóvenes. Carmen y el chico apresuraron el paso.

Carmen contó el incidente en su casa. El señor Santiago se puso hecho una furia.

—Hasta la autoridad está corrompida. Ese sinvergüenza, ese... lo que quería es otra cosa. Ya puedes andar con cuidado, Carmen, y cuando te ocurra otra cosa igual me lo dices, a ver si yo le pesco y la cosa acaba en la Comisaría con el guarro y el mal nacido ese.

La madre de Carmen se asustó:

—En mis tiempos no ocurría esto. Ya podía ser una mujer de bandera la que anduviera sola por la calle, y no una chiquilla como tú, que la gente no se metía con nadie. Eso sí, te decían algún piropo de pasada, pero en cuanto tú ponías la cara larga, ni hablar; te dejaban tan tranquila.

Con las primeras verbenas, la tensión en los barrios populares aumentó. En la calle, le abrieron de nuevo la cabeza al vecino, que se pasaba, en sus apreciaciones políticas, de listo. Decía el señor Santiago que no comprendía cómo a un hombre tan cauto y tan trabajador como lo era el vecino, se le ocurrían las cosas que se le ocurrían.

—Y no escarmienta, Pepa, y no escarmienta. La gente está toda igual. Con los nervios tirantes. Por cualquier cosilla arman la que arman. Como siga esto así, va haber que dejar de verse con los amigos, porque un buen día el de la cabeza rota soy yo, un suponer, y entonces me zullo en la madre de todos los políticos y politiquillos del mundo. La vida está muy revuelta.

La vida estaba muy revuelta. En los periódicos venían todos los días noticias terribles. El señor Santiago se impresionaba cada vez que se enteraba de un nuevo atraco, de una nueva huelga, de una nueva rociada de tiros en la calle tal o en la calle cual. La madre de Carmen notaba algo raro en el ambiente y se lo comunicaba a su hija:

—Cuanto menos andéis por la calle, mejor. Hay por el mundo una serie de bárbaros sueltos que confunden la política con el hacer lo que les da la gana, y hay que estar sobre aviso. Está Madrid como si hubieran soltado a todos los presos que

cumplen por haber matado a sus padres o por violar hasta las piedras de las aceras.

Carmen contaba en su casa que Asun, la peluquera, era socialista.

—Hoy lo ha dicho bien claro: «Yo soy socialista, y cuando se arme saldré a la calle a ayudar a los míos.» Una que estaba allí le ha dicho: «Bueno, Agustina de Embajadores, a ver si es pronto el día que te vemos a ti sólita en la Puerta del Sol, tirando con un cañón contra los de Asalto.» Y ¿qué te crees que le ha contestado Asun? «Pues ya me verás, chica, ya me verás y te vas a asustar porque hay que estar ciega para no ver que se está preparando la gorda.»

Carmen seguía repartiendo felizmente el tiempo entre el chico que la acompañaba y la peluquería. Los domingos, con otros amigos, se iban a la Dehesa de la Villa a practicar el *camping*. Lo decía el acompañante: «Lo mejor un domingo es hacer un poco de *camping*. Luego, a última hora, un bailoteo y a casa, porque como te quedes en Madrid seguro que te llevas el gran susto en uno de los bailes, como para nosotros, porque siempre hay alguien encargado de armar un tomate.»

El calor del mes de julio sacaba de sus casas, por la noche, a todos los vecinos de la calle. Se formaban tertulias que duraban hasta las dos de la mañana y en algunos balcones había gentes tendidas sobre colchones, aspirando el frescor de la noche.

Las tertulias se formaban normalmente con grupos de hombres y mujeres, que se separaban. Las mujeres se sentaban en sillas bajas, a charlar interminablemente, abultando los chismes del barrio. Los hombres, sentados en los bordillos de las aceras, los más jóvenes, y los mayores de edad en alguna silla sacada de una taberna, bebían vino y hablaban de política. A veces se interrumpían las conversaciones de todos y crecía una morbosa expectación cuando se oía la campana del coche de los bomberos, que se precipitaba por alguna de las calles paralelas, hacia el lugar del incendio. Se abrían los comentarios: «Habrà sido en los almacenes de madera de la ribera, o en las casas de junto al mercado, o éstos van hacia la estación acortando por aquí, porque son del parque de...»

Carmen, hecha una mujer, se cogía del brazo de su acompañante y se dejaba besar en el oscuro de las esquinas, antes de llegar a casa. La madre tenía siempre la misma reprimenda en los labios:

—Como vuelvas a venir otro día tan tarde, no entras.

Y la disculpa era también la de todos los días:

—¿Qué quieres, que me aburra oyendo a tus amigas contar cosas que ya me sé de memoria? Además mis hermanas vienen más tarde que yo y no les dices nada.

—Tus hermanas ya son mayorcitas, guapa —ironizaba la madre— y se saben cuidar.

Cuando Carmen oyó a su padre que los militares se habían sublevado en África, no le dio ninguna importancia. Ya estaba bien acostumbrada a la tensión de la gente mayor comentando las andanzas políticas de la nación. Durante el día acudió a su

trabajo de la peluquería; al anochecer, salió cogida del brazo, a una distancia prudencial de su casa, de su acompañante de siempre. Fueron hasta la calle Mayor, donde entraron en un bar a tomarse unas cervezas. La madre estuvo esperando un gran rato su vuelta. Cuando llegó le dijo:

—Vaya disgusto que me has dado, Carmen. ¿Es que no tienes oídos, es que no te has enterado? Tu padre está como loco. En Usera ha habido tiros para parar un tren de mercancías.

Carmen se fue a la cama tan tranquila, quejándose del calor.

* * *

La sombra de la muralla ofrecía un grato refugio al perro jadeante. Allí estaba tumbado, con el vientre pegado a la tierra, parpadeando de sueño, la lengua roja y salivada colgando de las abiertas fauces. Se desprendía un hilo de baba y el perro cerraba automáticamente las mandíbulas en un vano deseo de atrapar el hilo. Volvía el parpadeo, que por unos momentos cesaba. Las moscas zumbaban en torno de su cabeza, que él movía cachuzada.

Acababan de hacer el relevo. Pedro volvía al Cuerpo de Guardia, avanzando con la cabeza baja. Le tiraba el tricornio de la piel de la frente, pero no se lo quería quitar hasta llegar al cuarto. Entonces la liberación del tricornio le produciría mayor placer.

Dejó el tricornio sobre la mesa y se estuvo un rato contemplándolo. Su imagen se reflejaba en el hule borrosamente. Extendió las manos y lo apartó. Pensó que era como un gato negro y furioso que le clavara mientras estaba al sol las uñas, irremediabilmente colocado sobre su cabeza. Se soltó las cartucheras y respiró hondo. Se estaban cumpliendo las leyes de la guerra. Estaba pendiente su atención de la negrura del teléfono. De un momento a otro sonaría con la comunicación esperada. Se sabría por fin, con exactitud lo que había ocurrido. Sonsoles le hablaba desde el otro lado de la ventana que daba al patio.

—Pedro, María ya está enterada.

—Bien. ¿Cómo lo ha tomado?

—No sé. Ha dicho que ella se encargará de comunicárselo a Carmen y a Ernesta. ¿No sabéis todavía nada?

—Todavía nada.

—María se ha encerrado en su casa. Ahora voy a acercarme. No dejes de llamarme en cuanto sepáis algo.

Pedro volvió la cabeza.

—Ya te avisaré.

Sonsoles fue hacia la casa de María. Entró.

—María, María.

La voz de María era dura.

—Pasa. Estoy aquí, en el dormitorio.

Al principio no la supo distinguir más que como una gran mancha negra sobre el albor de la sobrecama.

—¿Te encuentras mal?

—No. Estoy bien.

—He hablado con Pedro. No saben todavía nada.

—Es mejor. Si una se enterara así, de repente, sería como para volverse loca.

—¿No crees que es mejor saber toda la verdad de una vez? Por lo menos descansaríamos de esta tensión.

María comenzó a hablar muy despacio, como recordando, como si Sonsoles no estuviera en la habitación escuchándola.

—Esperábamos el traslado. Si nos hubiesen concedido el traslado hubiéramos tenido ocasión de comenzar en algún sitio de nuevo. Baldomero y yo hemos estado hablando del traslado durante estos dos últimos años casi cotidianamente. Podía haber llegado antes, podía haber llegado con la esperanza...

Sonsoles no la entendía.

—Pero, María, ¿qué dices? Hasta que se sepa la verdad no debes desanimarte.

—Es como si le hubieran matado a él. Si aparece, habrá resucitado.

Sonsoles pretendía infundirle ánimos.

—No, María, no. Estate tranquila, sosiégate, ya verás...

—Ya veré... sí, seguramente ya veré...

María se incorporó en la cama.

—Voy a levantarme. Hay que decirle a Carmen lo sucedido.

—Sí, hay que decírselo, pero debes esperar a estar más calmada.

Volvía María a hablar como si recordase.

—Bonita historia le voy a contar. Bonita historia, después de haberme pasado los años contando en este... —hizo una pausa— ...salvaje... Sí, salvaje y absurdo lugar. ¡Quién nos habrá mandado aquí! Ha debido de ser la mala suerte, que anda detrás de nosotros y de la que no nos podemos despegar.

Se levantó María. Fue hacia el espejo. Tenía los ojos más hundidos, las ojeras más marcadas. En el espejo se había oscurecido el azul.

—Parezco un cadáver —musitó María—, un cadáver que enseñara los dientes. —Hizo el ademán—. Estoy rabiosa, Sonsoles, contra mí, contra ti, contra todo.

Sonsoles no sabía qué contestar. Estaba asustada.

—Éste va a ser el principio de la locura. Todo el tiempo que ha transcurrido aquí, me parecía el principio de la locura, pero ahora va de verdad.

Sonsoles deseaba marcharse. Si hubiese estado acompañada de Felisa quizás, entre las dos, hubieran logrado calmar a María. María estaba febril. Hablaba con un inusitado reposo. A Sonsoles le parecía que la voz de María llegaba desde muy lejos,

que eran los pensamientos tal vez que no se encarnaban en la voz y que ella, misteriosamente, era capaz de escuchar. María la miró fijamente.

—Conocí a una mujer poco después de la guerra; decían que estaba loca. Le habían matado el marido el último día. Fueron unos soldados que estaban disparando contra una pared en un pueblo. Él era sargento. Les iba a decir que dejaran de disparar. Nunca llegó a decirles nada. Rebotó la bala o ¡quién sabe! Cuando se lo dijeron a su mujer... —María cerró los ojos para recordar—. Cuando se lo dijeron y le advirtieron que había sido de la forma que digo, la mujer... ¿Tú sabes lo que le puede ocurrir a una mujer a la que matan el marido de una forma estúpida, cuando ya se ha hecho la paz, cuando todo ha terminado?

Sonsoles la miraba pasarse las manos por el rostro frente al espejo.

—No, María.

—Debió de ser algo terrible. Todo está en paz. La gente acude a una feria a divertirse. Seguramente están vendiendo bebidas en los tenderetes. Ellos pasan. Los saludan y les abren camino respetuosamente. No, respetuosamente no. Les tienen miedo, un miedo que disimulan con muy buenos saludos. En algún sitio pretenden invitarlos. ¿Lo has visto alguna vez, Sonsoles? Sí, los quieren invitar. No aceptan. Siguen por medio de la feria. Hacen una breve parada. ¿Conoces esas paradas vigilantes? Las gentes los miran. Temen que se vayan a meter con ellos, los temen. Acaso alguno, más cobarde que los demás, procura escurrir el bulto. Yo los he visto. Luego preguntan: «¿Y ése por qué se ha ido?» «No sabemos.» Nadie sabe nada. Vuelven a caminar. Hasta el otro extremo de la feria. Entre el ganado se alzan voces. Caminan rápidamente hasta allí. Tal vez hay un herido. Voces: «Ha sido fulano o mengano.» ¿Y qué? Los guardias se ponen a buscarlo por todos los sitios. Les llegan noticias confusas: Ha salido del pueblo, se ha largado al campo. Allá van los guardias. Luego...

Sonsoles estaba como hipnotizada. Se frotaba las manos nerviosamente sin dejar de mirar a María. María continuó:

—Luego salen al campo. Hace calor, mucho calor. Han acertado con el camino. Alguien marcha delante de ellos. Va armado. Han encontrado un hombre que les certifica que un tipo pasó corriendo hace muy poco tiempo, tan poco tiempo, que en cuanto suban al cerro lo podrán ver. Y suben al cerro y no ven a nadie. Entonces ¿tú sabes lo que hacen? Descuelgan los fusiles. Suenan los cerrojos y echan a andar muy lentamente. También tienen miedo. Los puede estar esperando donde menos se piensen. Miran a los olivos. Si estuviera detrás de un olivo, seguramente no les daría tiempo ni a encararse el fusil. Dispararía antes que ellos. Dispararía y ya sería tarde, tan tarde para alguno que ya no tendría remedio. Pero ellos siguen hasta que el disparo suena. Suena, Sonsoles, y ya no hay remedio.

María miraba al espejo fijamente. Calló. Sonsoles esperaba sus palabras. María

abrió las contraventanas. Un alud de sol inundó la habitación. Se quedó mirando al patio. Luego dijo:

—¿Vamos?

—Vamos.

Las dos mujeres salieron al sol. Caminaron un poco hasta la casa de Carmen. Antes de traspasar el umbral oyeron voces.

—Está también Ernesta —advirtió Sonsoles—. ¿Qué hacemos?

—Esperaremos.

—Vamos a mi casa. Llamaré a Felisa.

—No, no la llames; ya tiene bastantes cosas de que preocuparse. Déjala tranquila.

Pedro veía a las mujeres andar por el patio. Pensaba en el tejido de preocupaciones que se estaba formando en el castillo. Pensaba que María y Sonsoles tenían un deber que cumplir mucho más penoso que el de ellos mismos, los hombres, en la espera de las noticias definitivas. Ese deber que regularizaba la vida profesional de todos ellos y de sus mujeres. Ese deber que, opinaba, a veces era tan inútil que costaba cumplirlo. Pero precisamente de ese tener que cumplirlo —¡ah aquella palabra, que se clavaba como una lanza!— nacía su propia virtud y la de sus compañeros. Nadie se separaba del deber; todos estaban atados al deber. ¿Qué era eso? Muchas veces pensaba que no era más que una carga que habían depositado en sus hombros gentes con más autoridad que ellos, más importantes que ellos, pero no gentes que hubieran sufrido tanto como ellos. Sin embargo, ellos estaban en el mundo con el único fin de cumplir con su deber.

Las mujeres se pararon delante de la puerta de la casa de Sonsoles. Pedro imaginó que él también entraba por aquella puerta y que llegaba hasta la cocina, donde se descalzaba, porque ya era de noche, y podía echarse un rato sobre la cama hasta que llegara Sonsoles y le dijera: «Quita de ahí, hombre, quítate el uniforme y no te estés ahí contemplando las musarañas. Tienes que aprovechar el sueño que mañana sales al campo.»

Carmen y Ernesta hablaban de trivialidades. Ernesta quería hacerse una bata como la de Carmen.

—Tú la cortas y yo la coso. ¿Te parece?

—Tienes que tener cuidado de rematarla bien, porque estas cosas de mucho trote se estropean en seguida por las costuras...

Después de la bata, Carmen hablaba de cómo estarían, con el verano las calles de Madrid de gentes bien vestidas.

—Ahora ya nadie se va a San Sebastián. Está carísimo. Ahora hasta las mejores familias veranean en la sierra. Total, a dos pasos de Madrid. Pueden ir a hacer sus compras a Madrid y volverse tranquilamente en la misma mañana. ¡Cómo estarán los

café de la Gran Vía por la noche! Las terrazas llenas. Además, que Madrid, Ernesta, con el buen tiempo, es un paraíso.

—A mí me gustaría ir alguna vez. Si Guillermo lograra que lo trasladaran allí... pero claro, eso debe de ser muy difícil.

Carmen alzaba la vista, nostálgica.

—Sí, eso es muy difícil. Lo estamos intentando nosotros desde no sé cuánto tiempo y que si quieres. Parece que se han dicho: éstos se tienen que quedar ahí hasta que se mueran.

La vida en el castillo, durante las horas de la tarde se desarrollaba con un ritmo lento y fugaz al mismo tiempo. Los comentarios se encendían en los anocheceres. Parecía que nunca terminaría de pasar el tiempo y, sin embargo, llegaba la noche sin que se percatasen de la marcha de las horas. Las horas del castillo, que eran inaprehensibles por su misma monotonía, que pasados los años seguramente no se podrían recordar más que como una gran mancha gris, surcada de conversaciones, de los trabajos de la casa. Imposible fijar en el tiempo un día u otro. Todos iguales, todos monótonos. En el invierno, con la misma pesadez debido al cielo oscuro, denso, sin movimiento. En el verano, con la misma pesadez de cielo alto, azul, quieto. Solamente en el otoño y en la primavera los días variaban con las nubes movilizadas por los vientos en el cielo. Y la vida en el castillo abandonaba su ritmo un momento, para volver en seguida a él, fabricando una ilusión de algo nuevo que nunca se sabía precisar.

Ruipérez, en la guardia, miraba hacia el horizonte, cubierto todo él de una ligera capa de nubes. La tarde se hacía bochornosa. Las piedras de las murallas, al sol, estaban ardientes. Bastaba posar una mano sobre ellas para localizar, en su misma esencia, la tormenta amenazante. Las piedras achicharradas, que poseen al contacto de la mano una suave, brillante y húmeda sensación de inglé. Ruipérez, en la guardia, miraba al horizonte desde el que, pensaba, se irían acercando, al compás de la formación de la tormenta, los compañeros que estaban en el campo. Los cuatro compañeros, de los que uno estaba muerto y al que traerían tumbado sobre unas parihuelas o una tabla. Deseaba que el tiempo transcurriese veloz. La guardia se le hacía interminable.

María había decidido llamar a Carmen.

—Cuanto antes lo sepa, va a ser mejor para todas. Por lo menos no tendremos que andar con este misterio, que a todas nos desasosiega y que tenemos necesidad y obligación de desvelar.

—¿La llamo? —preguntó Sonsoles.

—Sí, llámala.

* * *

Asun cerró la peluquería durante tres días seguidos. No le bastaban las noticias que llegaban y los comentarios que se suscitaban en torno a ellas. Quería verlo todo, estar en el centro de todo. Se fue hasta el Cuartel de la Montaña para ver lo que había por allí. Las amigas, cuando de vuelta lo contó, la admiraban profundamente:

—Pero ¿no te entró mieditis, Asun, con la que dicen que se ha armado allí?

Contestó:

—Ni me entró mieditis ni nada. ¿Os creéis que a mí unos tiros me vuelven histérica? Ya le dije a un miliciano que andaba por allí escondiéndose: «Si yo fuera hombre, a estas horas iba a estar como tú estás agazapado por las esquinas.»

—¿Y qué te dijo? Porque ésos le sueltan un tiro a su padre por un quítame allá esas pajas.

—¿Qué me dijo? Pues, chicas, nada; ¿qué me iba a decir?

Y si me dice algo, se come la pistola, el fusil y la tapia del cuartel. Pues vaya...

Entró la madre de Carmen a preguntar por la peluquera. Se enteró de las aventuras de Asun. Comentó:

—Vamos, Asun, que Cascorro a tu lado es una hermanita de la caridad, ¿no?

El papel de Asun subió mucho en la calle. Las vecinas, en sus comentarios, desorbitaban los hechos. Decían:

—Pues cuentan y no acaban de ella. Dicen que cogió un fusil de un tío que estaba despanzurrado por allí y que comenzó a tirar como si tal cosa.

—Se necesita valor —comentaba otra—, porque a mí sólo ver una arma me entra un cosquilleo por las piernas como el que le entraba al Gallo cuando veía un toro negro. Las armas son para los hombres. Las mujeres no necesitamos más armas que las cacerolas y las sartenes.

La madre de Carmen recomendaba a su hija:

—Me parece que lo mejor va a ser que dejes la peluquería, porque si no, esa loca te va a envenenar. Se le ha metido la chifladura de la heroicidad en la chinostra y cualquier día le da por organizar un batallón de mujeres para irse a la sierra a pegar tiros. Está más chalada que el niño de las sales, que se mareaba en cuanto tomaba gaseosa. No te *gila*, la Asun...

Carmen dejó de ir a la peluquería donde ya ni se trabajaba ni se hacía otra cosa que discutir sobre la revolución. Se alegró. No le gustaba el cariz que iban tomando los asuntos de Asun.

A los pocos días, la calle entera se conmovió. Asun paseaba vestida con un mono, con un gran pistolón en la cintura, colgada del brazo de un miliciano joven. El comentario de la madre de Carmen fue: «Ya te lo decía yo, Carmen. Esta Asun, con tanto sentirse heroína, se va a complicar la vida. En cuanto le dé por hacer el general Weyler, nos fastidia a todas; da por seguro que nos moviliza y se nombra jefe de la calle y tenemos que empezar a saludarla militarmente, y a decirle a sus órdenes.

Carmen salía poco de casa. Sus hermanas seguían trabajando. El señor Santiago acudía puntualmente al taller. Apenas se veía con sus amigos en la taberna. Su mujer solía decirle:

—Anda, Santiago, hombre, baja un rato a echar una parrafada con los amigos. ¿No ves que aquí no pintas nada? Anda, no seas aburrido, vete a ver lo que hay por ahí. Distráete, hombre, distráete, que pareces un momia.

El señor Santiago, cuando bajaba a la taberna, lo hacía de mala gana. No se atrevía a hablar con los amigos de lo que estaba pasando. Todo lo más aventuraba un comentario o alguna noticia que oía:

—Pero ¿dónde vamos a ir a parar? Me parece que esta vez acabamos todos en el río.

Los amigos discutían las noticias como energúmenos. Habían perdido el tono mesurado con que hablaban antes. Ahora gritaban por cualquier cosa, y un día dos de ellos llegaron a insultarse. El señor Santiago quiso poner paz y no le hicieron caso. Le dijeron:

—Tú métete en tus cosas y déjanos en paz.

El señor Santiago se quedó asustado. ¿Dejarlos en paz cuando estaban riñendo a grandes voces y amenazándose peligrosamente?

—Tú lo que eres y te lo digo para que todo el mundo lo sepa así; como te lo digo: un cochino carca.

—Y tú —le respondía el otro— un ladrón que no ha hecho más que robar toda su vida. Y para que se enteren, yo de eso que tú dices no tengo ni un pelo, lo único que soy es una persona honrada.

Intervenía el tabernero:

—Si no os conociera a los dos, estoy por decir que habíais perdido el juicio. Ni éste es un carca, porque éste es de los míos, ni tú un ladrón. De modo que haced las paces.

Pero las paces duraban bien poco. Al día siguiente se enzarzaban otros dos, o los mismos. El señor Santiago decidió terminantemente no bajar a la taberna.

Carmen pasó el resto del verano ayudando a su madre en unas labores que le habían encargado. Algún día iba al cine, acompañada de la madre o con alguna de sus hermanas. Con el calor del verano, fumando el público en el salón de proyecciones, la atmósfera era casi irrespirable. En los anfiteatros se hacían gracias groseras que la madre definía en voz baja a su hija:

—Ya ves lo que traen éstos: groserías, cerdadas y cosas impropias de personas. Menuda gente; en cuanto ha faltado el palo, ya ves: hacen lo que quieren.

La madre de Carmen gustaba de la gracia, de la libertad y de que cada uno viviera a su modo, pero no podía soportar las cochinadas que, aprovechando la oscuridad, hacía y decía la gente.

Al principio del otoño, el señor Santiago dejó de trabajar en el taller. El dueño había cerrado por falta de labor. Los obreros le amenazaron con dar parte al sindicato. El dueño se encogió de hombros. Dijo que a él le daba igual, que ya no tenía dinero y que no había labor. Casi todos los clientes del taller pertenecían a las clases altas, que eran los que hacían los encargos fuertes, lo mismo que la labor sería corría por cuenta de los conventos. Realmente, en el taller no se hacía pintura industrial. Se hacía pintura decorativa, dorados, grabación en cristal y otros trabajos que no alcanzaban la mayoría de los demás talleres de Madrid. Con la guerra se acabaron los trabajos finos. Los obreros dieron parte al sindicato y se quedaron con la industria. El dueño y su familia desaparecieron. Los obreros cerraron poco después, porque no encontraban trabajo que hacer. Para entonces el señor Santiago andaba ganándose la vida con sus amigos del Rastro, que estaban de enhorabuena por la cantidad de negocios que se les ofrecían. Hacían la vista gorda y no se querían enterar de donde provenían tantos objetos de precio como llegaban a sus manos.

Cuando, a pesar de los nuevos negocios en que andaba metido el señor Santiago, las cosas se pusieron mal, decidieron que la familia se marchara a un pueblo de la provincia de Albacete donde tenían una tía. La decisión se llevó a efecto en la primera quincena de noviembre. La guerra estaba a las puertas de la casa. La calle casi desembocaba en el frente. Alguna bala perdida había llegado a los tejados de las casas cercanas. El señor Santiago dijo una noche:

—No hay más remedio que irse hasta que pase todo esto. Tú, Pepa, te vas con las chicas. Ya os avisaré cuando podáis venir, suponiendo que antes no acabe todo esto.

Carmen y sus hermanas se fueron al pueblo acompañadas de la madre. La tía del pueblo no las recibió muy bien. Era una vieja, tía del señor Santiago, que vivía sola y que poseía una casita en las afueras, rodeada de un huerto al que solía salir a hacer que trabajaba todos los atardeceres. Carmen, sus hermanas y su madre no se sentían a gusto. Estuvieron casi un mes en el pueblo. Al mes se volvieron para Madrid.

En Madrid la vida había empeorado. Faltaban los artículos de primera necesidad. El señor Santiago estaba enfermo. No quiso avisar a su familia por no alarmarla. Le cuidaba una vecina. El señor Santiago no se quejaba de nada. Enflaquecía y tenía fiebre alta. Llamaron al médico. La opinión de éste fue que tenía una fuerte infección intestinal. No podía trabajar en una temporada, ya que la enfermedad lo desgastaría mucho. La madre de Carmen y las hermanas celebraron consejo. Luego se lo comunicaron a Carmen: «Tú te quedas con tu padre, nosotras vamos por ahí a ver si se encuentra algo, porque sino vamos a tener que comer piedras de la calle.» Carmen protestó, pero las cosas se hicieron como habían dispuesto las mayores de la casa.

Carmen se pasaba el día de la cocina a la cama del enfermo. Sentía repulsión por las labores que se veía obligada a hacer. Cuando llegaban de trabajar la madre y las hermanas, la ayudaban. La madre entraba en la habitación de su marido y preguntaba:

—¿Qué cómo está el hombre?

El hombre respondía con vago gesto, con una palabra casi balbucida. Carmen afirmaba:

—No le baja la fiebre ni a la de tres.

La madre se quedaba un momento pensativa mirando a su marido. Luego fingía alegría:

—Vamos, hombre, que estás hecho un vago, que lo que tú quieres es pasarte la vida en la cama. ¡So manta! Animo, hombre, que en seguida te pones bueno y sales a llevarte a las chavalas de la calle.

El señor Santiago bajaba los párpados. Carmen decía:

—Dejadle, dejadle que descanse.

Se reunían todas en la cocina. La madre hablaba del estado de su marido:

—Me parece que ese medicucho no le ha acertado. Debe de tener algo más que una infección intestinal. Nunca lo he visto tan pachucho como ahora. No ha sido fuerte y ha pasado sus cosas, pero como ahora nunca le he visto. Me acuerdo cuando pasó la pulmonía. No me quitó de la cabeza de la cama en una semana. Vosotras dos —señaló a las mayores— erais muy pequeñas y ésta todavía no estaba encargada. Creí que la que se ponía enferma era yo. Menos mal que pasó todo. Pero ahora...

Carmen adelgazó mientras duró la enfermedad de su padre. El señor Santiago, como dijo después, las había pasado moradas, pero salió adelante. Dijo:

—He salido de ésta con los pelos en la gatera, pero se conoce que todavía hago falta en el mundo, porque si no ya estaría en el cementerio con mi chaleco de madera, intentando hacer reverdecer algún cardo.

Carmen y el señor Santiago jugaban a las cartas interminables partidas. Cuando Carmen se cansaba, su padre hacía solitarios. Lo decía con una gran alegría infantil:

—Carmen, Carmen, me ha salido el de la serie; ven a verlo.

La hija le embromaba:

—Si serás tunante... ¿A que has hecho trampas? Hacerse trampas a sí mismo es un doble engaño.

Si el día estaba bueno, salían a dar un paseo por la calle. Las vecinas le saludaban:

—¡Vaya con el señor Santiago, que no quiere morirse! ¡Olé los hombres de verdad, que todavía están para muchas!

El lenguaje era crudo, a veces agrio, pero siempre lleno de simpatía.

Durante los bombardeos se resguardaban en un refugio que habían hecho por allí cerca y que la gente del barrio llamaba la Catedral.

—Si vas a la Catedral, ten cuidado con los sacos terreros, porque con el estrépito de las bombas se derrumban y te pueden pillar debajo. Ir a ese refugio es peor que ir al frente.

En una de las casas cercanas a la que vivían, cayó una tarde un obús. No pasó nada pero toda la calle se movilizó. Fue una desbandada, impulsada por un miedo pánico, que emocionó el barrio. El obús había entrado por la pared medianera, atravesando tres habitaciones sin estallar. Fueron a recogerlo los soldados de una brigada que estaba especializada en este servicio.

El muchacho que acompañaba a Carmen, se dejó ver un día por el barrio. Carmen le saludó muy fríamente cuando se encontró con él, a pesar de que había bajado a la calle para verle, avisada por una vecina. El chico iba vestido de miliciano. Le anunció que se marchaba al frente.

Carmen quedó estupefacta.

—Bueno, te vas al frente, pero hasta ahora, ¿se puede saber dónde has estado metido?

El otro le respondió ahuecando la voz y achulando el gesto:

—Si te lo cuento, niña, te desmayas. He recorrido medio mundo y estoy de vuelta. ¿Es que no te basta?... Y dejemos estas cosas; te invito esta noche al cine para celebrarlo.

Carmen dudó:

—¿Al cine? No, chico, al cine te vas tú solito si quieres, pero la hija de la señora Pepa se queda en casita jugando a que los dedos se le hacen huéspedes.

El muchacho se cortó. Lo había dado todo por hecho; humilló el rostro:

—Bueno, no es para ponerse así. Si no quieres venir, no vengas. No creas que voy a insistir más. Y ¿ahora me aceptas un vermut donde tú elijas, princesa?

Carmen se enfadó:

—Mira, menos guasas, porque... Pero, ¡qué te has creído tú! Me estás confundiendo.

El muchacho se cansaba:

—Tengamos la fiesta en paz. Que tú no quieres venir y te las das de aristócrata en Biarritz... pues ándale; otras querrán venir. De modo, chata, que hasta siempre.

Carmen subió la escalera llorando. Las hermanas querían consolarla:

—Pero ¿qué te ha pasado? Cuenta, mujer. Deja de llorar, que vas a inundar la casa.

Carmen repetía:

—Yo he tenido la culpa, yo y sólo yo. Lo hubiera ahogado de la rabia que me ha dado. Es que es un chulo.

Intervino la madre:

—¿Quién es un chulo, hija mía, y de qué has tenido tú la culpa?

Los problemas de las cuatro mujeres eran distintos de los del señor Santiago. Los problemas de las cuatro mujeres, en aquello que nada tenía que ver con la vida de la casa, se examinaban y resolvían en la cocina, mientras el señor Santiago leía

periódicos atrasados, porque, según afirmaba, no le agradaba enterarse de las cosas que estaban sucediendo en España. Las tres hermanas se relataban minuciosamente encuentros con hombres que podían valorarse como futuros novios. La madre arbitra. Siempre, a última hora, ponía apostillas a lo que se había dicho:

—Me parece que mientras esto dure no debéis pensar en el matrimonio.

Y la respuesta inmediata de cualquiera de sus hijas:

—Vete a decírselo a Fulana, que ya está casada y cansada de estar casada.

La madre explicaba:

—¿Es que no entendéis que casarse así no es casarse ni medio casarse ni nada? Esos casamientos son inservibles. No hay más que una forma, la fetén, y ahora no se puede; de modo que a esperar tiempos mejores. Bien está que lo vayáis pensando, pero nada de apresuramientos.

El señor Santiago había dejado de fumar. Cuando sentía deseos de fumar, sacaba del bolsillo un puñado de simientes de girasol y lentamente las iba descascarillando y llevándoselas a la boca.

—Me estoy convirtiendo en un chaval. Tiene gracia que a mi edad esté dale que dale a las pipas de girasol...

Carmen charlaba con su padre cogiéndole de vez en cuando unas cuantas simientes y comiéndolas con mucha calma. Se habían acostumbrado a las pequeñas detonaciones y crujidos de las cáscaras, como música de fondo de la conversación. A Carmen le parecía que la conversación se hacía más íntima cuando era acompañada de las simientes de girasol.

Llegaron un día dos hombres a buscar al señor Santiago. Entraron muy ufanos en la casa cuando Carmen les franqueó la entrada.

—Tú eres Santiago Fernández el dorador; pues te vienes con nosotros, que tienes trabajo para hacer. Te andamos buscando por todo Madrid.

El compañero del que hablaba aclaró:

—Por todo Madrid, no, pero nos has dado la mañana. Hemos tenido que andar más que el tranvía de Atocha. Hemos ido a buscarte al Rastro, donde nos habían dicho que trabajabas. Menos mal que nos han dado bien la dirección de tu casa.

El señor Santiago, algo asustado, salió con los dos hombres. Ya en la calle, uno de ellos le ofreció:

—¿Qué si nos tomamos antes un chato?

El señor Santiago dijo:

—¿Todavía hay vino? Porque lo que venden por aquí es agua y vinagre.

Los hombres se rieron.

—No, hombre, peleón no. Un fino andaluz, que es lo bueno. Ya verás.

A la entrada de la calle estaba parado un coche. Montaron en él. El señor Santiago iba encogidito, tenía miedo. Sabía demasiadas cosas para no tener miedo. Tenía

miedo al coche y a los individuos que charlaban sobre asuntos de mujeres. El chófer, a veces, los interrumpía:

—La juerga de ayer debió de ser monstruosa, ¿no? El jefe se ha levantado hoy con una resaca fenomenal; todo le ha parecido mal, tan mal que ha mandado a la Lola a la mierda en cuanto ha cruzado con ella dos palabras.

El trabajo del señor Santiago consistía en restaurar unas cornucopias muy retorcidas a las que faltaban unos adornos.

—Para esto necesito un tallista. Sobre todo, para esa que parece más estropeada.

—Pues búscalo; se os pagará a base de bien.

Le dieron unos billetes y se volvió para casa. Caminaba despacio, reconociendo las calles. Le parecía que estaba descubriendo un Madrid nuevo. En las tabernas había bullicio de gente, pero cuando se paraba a mirar a alguien a la cara, veía que algo preocupaba, que bajo la piel del rostro o en el hondón de la mirada había preocupación.

Carmen le estaba esperando:

—De verdad, papá, ¿qué te querían ésos?

—Un trabajillo que me ha salido y que no nos vendrá mal.

—¿De verdad que es eso?

—De verdad, hija.

—Me habían asustado.

—También a mí. —El señor Santiago sacó del bolsillo los billetes que le habían dado y los extendió sobre la mesa—. Me han dado esto. Se ve que les cuesta poco ganarlo.

Carmen no hizo comentarios. Cogió el dinero, lo ordenó y lo depositó en el florero sin flores de en medio de la mesa, dentro del cual había un tubo de goma, un metro de sastre y unos ovillos de lana vieja.

La madre de Carmen había encontrado un trabajo no bien remunerado, pero que le valía para hacerse con alimentos, en una institución para guardar niños que había en Ventas. El trabajo comenzaba a las ocho de la mañana y terminaba a las ocho de la tarde. No aparecía por su casa hasta cerca de las nueve de la noche. Las hermanas volvían a la hora de comer, pero se marchaban en seguida. Decían que las reclamaba el trabajo, que entraban muy pronto a trabajar, pero Carmen sabía que no era verdad todo lo que ellas contaban. Sabía que sus hermanas, antes de ir a trabajar, se iban a un café de la calle de Toledo y se estaban allí formando tertulia con unos jóvenes empleados en oficinas militares. A la mayor de las hermanas le hacían frecuentes regalos, que ocultaba cuidadosamente a los ojos de su madre. A pesar de todo, la señora Pepa se enteró. En la casa era imposible que pasase algo inadvertido a su vigilancia.

—De modo —preguntó a Carmen— que tus hermanas, en cuanto comen, se dan

el *zuri*. Ya las voy a arreglar yo a éstas. No paran en casa un momento y cuando a una mujer le tira la calle, malo o peor; ya lo sabré.

Carmen pasaba las mañanas sola en la casa. Preparaba la comida de su padre y hermanas. Algunos días, el señor Santiago no llegaba a comer. Solía avisar que el trabajo le impedía ir a casa hasta tarde. Se presentaba muy contento a las diez o a las once de la noche. Llevaba media docena de huevos en un capazo, a veces carne ya preparada, alguna botella de vino.

—Me lo da el patrón. Ha comprado unas tallas antiguas y se las estoy restaurando; yo me he metido a hacer de todo y no me sale mal. Él está contento; esto es lo importante, que esté contento. Menudo Briján debe de ser el gachó. En esa casa no falta de nada, vive como un duque.

El señor Santiago estaba tan entusiasmado, que propuso a su mujer que dejara de trabajar. La señora Pepa no aceptó.

—Cualquier día se te acaba el trabajo y entonces ¿qué? Cada día que pasa se está poniendo peor esto de encontrar un trabajo al que se le pueda sacar para vivir. Así que como para dejar yo este puesto, que aunque no me dieran un céntimo, me compensaba.

El señor Santiago derrochaba alegría en la calle. Derrochaba alegría. Volvía a bajar a la taberna a pasar el rato con las antiguas amistades. Sacaba de la chaqueta una lata de sardinas y unos panecillos y merendaba con sus amigos.

—Santiago, ¿es que te han hecho gobernador?

—Sí, sí, gobernador; he encontrado una mina de trabajo y la estoy sacando el jugo.

Cada vez tenía más amigos en su mesa y tuvo que dejar de sacar la lata de sardinas y los panecillos, porque ya no llegaban ni para un diente. El tabernero se solía incorporar también a las pequeñas meriendas del señor Santiago poniendo algo de lo suyo: unas guindillas en vinagre o unos pepinillos que les sabían a gloria.

Al señor Santiago le llenaba de alegría ver como de pronto, por el milagro de las sardinas y los panecillos, conquistaba de nuevo a sus conocidos. Hasta que tuvo que retirar la merienda por demasiada afluencia de contertulios, lo que él decía valía como el oro.

—Diga usted que sí, Santiago, que en lo que dice tiene muchísima razón.

—El señor Santiago tiene toda la razón y un servidor está con él.

Todos estaban con él. La astucia madrileña trabajaba al señor Santiago en su punto débil: el orden. El hombre solía decir:

—Lo principal es el orden y el concierto en una nación. Una nación que sepa guardar el orden y el concierto es una nación que va para adelante —contemplaba amorosamente las sardinas que iban desapareciendo—. Si no, es una nación retrógrada, siempre lo he dicho.

El tabernero le advirtió que tenía demasiados entusiastas de sus teorías. Fue entonces cuando desaparecieron las meriendas, que volvieron a aparecer en los interiores de la taberna, ya en escogido grupo.

Carmen advertía a sus hermanas en la cocina, inmediatamente después de comer:

—Mamá está enterada de todas vuestras andanzas. Me parece que vais a tener con ella una buena.

La mayor de las hermanas se indignaba y gritaba, aunque en el fondo tenía miedo:

—Pues estaría bueno. ¡Tiene unas cosas! ¿Qué querrá: que nos pasemos la vida metidas en casa como si estuviéramos en un convento? La vida hay que vivirla; para cuatro días que una va a vivir, no se va a privar de lo que a una le apetezca.

Carmen callaba, no deseaba discutir. Las hermanas se apoyaban entre ellas, dándose mutuas razones inconsistentes:

—Querría, ¡qué sé yo!, que nos viniéramos aquí nada más dejar de trabajar para contemplarla a ella. Pues pensamos hacer lo que nos dé la gana, eso, lo que nos dé la gana, y si se enfada va a tener dos trabajos; el de enfadarse y el de desenfadarse. Que lo tome de dos veces.

Carmen terminó:

—Bueno, yo os he advertido; ahora haced lo que os dé la gana. A mí no me va ni me viene.

La hermana mayor se enrabetó:

—Ya no faltaba más que esto, que te tuviéramos que consultar a ti lo que tenemos que hacer. Pues estaría bueno. Tu dándonos clase de lo que debemos hacer. ¡Vaya con la niña!... —Carmen acabó por dejarlas solas en la cocina. Poco después oyó un portazo.

A veces le parecía a Carmen que su padre chocheaba. Se le ocurrían cosas extrañas. Se pasaba los atardeceres, si no bajaba a la taberna, arreglando un reloj despertador viejo, que hacía mucho tiempo que estaba arrinconado en un armario.

—Yo creo —decía— que este reloj, que siempre marchó bien, se puede arreglar para que se quede como recién comprado. —Las piezas del reloj, desarmado casi totalmente, las guardaba el señor Santiago en una caja de zapatos. Lo montaba y desmontaba sin lograr que funcionara nunca—. Me he dejado esta ruedecita; en cuanto sepa dónde hay que ponerla, ya está esto en marcha. Va a quedar como nuevo.

Y volvía otra vez a desmontarlo por completo y a volverlo a montar. Estuvo intentando arreglar el reloj durante muchos días, hasta que de pronto lo dejó.

Visitó de nuevo, con asiduidad, la taberna. Luego se hizo con una gramática francesa y quiso aprender francés.

—Me han dicho que estudiando un poco cada día, se puede aprender francés en un año. Yo conozco a uno que ha aprendido francés y que ha encontrado una buena colocación por saber la lengua.

—Bueno, papá, pero ¿no te cansarás en seguida?

El señor Santiago se cansaba a los pocos días.

Carmen se lo contó a su madre.

—Papá va a quedar en loco. ¿Qué crees que hace ahora? Arregla juguetes, dice que eso sirve para mucho, que van a levantar una fábrica de juguetes en no sé qué sitio y que al que sepa arreglar juguetes lo emplearán con un sueldo estupendo.

—No te preocupes, hija; déjale que haga lo que quiera. Es que la guerra le ha trastornado los nervios. En cuanto se pase, ya verás cómo le desaparecen las manías. Esto no es más que los nervios, que se le han desatado y que los tiene que tranquilizar dedicándose a esas tonterías.

Carmen asentía a lo que decía su madre:

—Sí, será cosa de la guerra. Hoy todo el mundo tiene su chaladura.

A Asun la mataron en el frente un día que había ido a levantar la moral de la tropa. Se había hecho discursadora y solía visitar el frente de vez en cuando. Por la calle corrió un escalofrío de emoción.

—Han matado a Asun; dicen que le sorprendió un ataque y que tuvo que hacerse cargo de una ametralladora. Se quedó solita. Sí que tenía redaños la tal Asun.

La madre de Carmen comentaba tristemente:

—Así tenía que acabar. Se le había metido en la cabeza lo de ser heroína del pueblo, y claro, le ha tocado la china. Esto estaba visto. Un día u otro tenía que suceder.

Carmen estaba muy impresionada. Por la tarde, en la cocina, estuvo llorando.

El entierro de Asun fue una manifestación política. Hubo discursos, el féretro fue envuelto en una bandera. En torno del féretro caminaban jóvenes de uniforme en silencio, marcando el paso. No hubo mujer en toda la calle que no derramara algunas lágrimas al paso del cortejo. La hermana de Asun salió varias veces al balcón dando gritos y llorando hasta que la retiraron definitivamente. Asun pasó a ser en los comentarios de la calle un ser fabuloso del que se contaban historias maravillosas. Las mujeres presumían de haberla conocido mucho, muchísimo; todas habían sido amigas del alma. «Yo la conocí, fui su amiga. Era una mujer de mucho brío. Una mujer como un hombre, pero sin dejar de ser mujer, ¿eh?»

El día que se enfrentaron las dos hijas mayores y la madre, se enteró toda la vecindad. El señor Santiago se acercó a la cocina:

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen esas voces?

La señora Pepa le despidió.

—No es nada para ti. Vete abajo. Son cosas de mujeres.

Carmen asistía al altercado. En algún momento parecía ser ella la culpable de lo que estaba ocurriendo. Las hermanas la culpaban de que la madre se hubiera enterado. Le decían que era ella la que había ido con los cuentos. Carmen se quiso

marchar, pero la madre la obligó a quedarse:

—Conviene que tú también te vayas enterando. No creas que solamente hablo para tus hermanas, hablo para todas, porque las tres sois iguales. —Se desató en insultos—. Y, claro, yo me entero por una buena amiga, porque yo estaba en la higuera, mientras vosotras, aprovechando la ocasión, estáis haciendo una vida de golfas —recalcaba—, sí, de golfas... —La hermana mayor pretendía explicarle lo que ocurría. La señora Pepa no atendía a lo que se le decía—. Yo en la higuera. Muy bonito, muy bonito. Y vosotras con unos tíos que sólo sabe Dios lo que habrían planeado. Dejándoos ver por los cafés y metiéndoos en juerga. Yo descornándome a trabajar y vosotras...

Acabaron llorando todas. Carmen se marchó de la cocina y bajó a la calle. El aire, todavía frío, de la primavera le golpeaba en el rostro. Lejos se oían las apagadas detonaciones del frente, espaciadas y monótonas. De vez en cuando, la gente se paraba a escuchar una explosión más fuerte. Surgía el comentario:

—Ha debido de ser uno del quince y medio.

Los chiquillos mostraban su sabiduría en la distinción de las detonaciones del frente. Habían cambiado sus inclinaciones respecto de los ruidos. Antes de la guerra discutían sobre los ruidos de los motores:

—Es un Chevrolet, es un Citroen, un Renault.

Ahora decían:

—Es un quince y medio, un siete y medio, un ruso, un antiaéreo alemán.

Echó a andar hacia la plaza de la Cebada. Le dolían los muslos. Cuando estaba muy nerviosa, siempre le dolían los muslos. No podía contener los nervios. La discusión la había excitado mucho. No había dicho una sola palabra, pero le hubiera gustado gritar y desahogarse. Le cansaban las cosas de su madre, las tonterías de sus hermanas. Además, ya conocía el final de las breves tragedias familiares: lágrimas, lágrimas de todas, abrazos y actos de contrición. Por otra parte, la madre se ablandaba y empezaba a juzgar bien lo que antes juzgaba mal. Eran muy difíciles de entender las reacciones de su madre y de sus hermanas.

Volvía de la plaza de la Cebada. El señor Santiago estaba despidiéndose de unos amigos a la puerta de un bar. Se acercó. Lo cogió del brazo.

—Vamos, papá. Hace frío; vámonos para casa, que ya se ha pasado el tormentón.

El señor Santiago preguntaba:

—¿Qué ha pasado? Dime qué ha pasado.

—¡Qué va a pasar! Que las tres tienen una boca para llevarlas de charlatanas. Todo ha acabado en agua de borrajas.

El padre y la hija caminaban despacio. El señor Santiago iba muy contento de que su hija lo llevase del brazo:

—Adiós, Sierra.

El conocido volvió la cabeza:

—Adiós, Santiago —y piropeó a los dos—: Vaya; ¡qué bien acompañado vas!

—Es mi hija —gritó, mientras Carmen tiraba de su brazo.

Al señor Santiago le hubiera gustado presentarla y escuchar a aquel hombre proclamar la belleza de Carmen. Entendía que aquella belleza, de la cual era él el creador, le correspondía totalmente, y por eso quería mostrarla a todo el mundo. El señor Santiago se estiraba al caminar. Pensaba en la entrada en su calle.

Entraron en la calle. De pronto les sorprendió el sonido de las sirenas. Sonaban sirenas por todas partes. Pasó una moto haciendo la llamada de alarma con gran fuerza. El señor Santiago y su hija apresuraron el paso, después corrieron. Se metieron en la «catedral».

En la «catedral» estaban todos los habitantes de la calle. Estaban también la señora Pepa y sus dos hijas mayores. A la señora Pepa se le había pasado ya el mal humor:

—¿De dónde venís, perdidos? —preguntó en broma.

Carmen estaba seria. El señor Santiago se deshizo en una larga explicación.

Cuando pasó la alarma, comenzaron a salir lentamente del refugio. En la calle las mujeres hacían comentarios sobre los lugares donde habían caído las bombas. El señor Santiago, a la cabeza de su familia, comenzó a subir la escalera de su casa. Carmen se quedó la última, echó una mirada a la calle y entró en la oscuridad del portal.

* * *

Habían llamado a Carmen. Felisa había sido la encargada de llamarla. María hablaba con Sonsoles.

—Ahora mi madre vive con una de mis hermanas. A ella le hubiera gustado venirse a vivir conmigo; siempre nos hemos entendido bien. Era imposible traerla aquí. Está demasiado vieja para meterla en este sitio. Ella es una mujer de ciudad. Aquí no se acostumbraría.

Entró Felisa, acompañada de Carmen.

—¿Qué me queréis con tanto misterio? —preguntó Carmen.

Se sentó, haciendo rebullir la bata. Se hizo un silencio. Carmen se inquietó.

—Bueno, María, a ti nunca te faltan las palabras; desembucha ya.

María se levantó y se fue hacia la ventana. Abrió las contraventanas. Entró la luz. Una mosca gorda zumbaba sobre el cristal. María la golpeó con el visillo. La mosca aumentó su zumbido. Le hubiera gustado aplastarla, pero le repugnaba hacerlo. Imaginaba la mancha asquerosa sobre el cristal y los últimos aleteos. Tuvo una instantánea sensación de náuseas.

—Carmen, en el campo —dudó—, en el campo han matado un hombre. Han

matado a uno del castillo, uno de aquí.

Carmen no parecía entender. María volvió la cabeza.

—Sí, Carmen, han matado a uno de los nuestros. Lo mismo ha podido ser a mi marido que al de Ernesta, que al tuyo, que al cabo...

María se calló. Nadie hablaba. De pronto, Carmen comenzó a decir:

—¿Que han matado a uno de los nuestros, que han matado uno de los nuestros?

—Ha sido en el campo —contestó María—. No se sabe a quién.

Carmen estaba como estupefacta. Tenía las manos apretadas sobre las rodillas. Repetía:

—¿Que han matado a uno de los nuestros?

Sonsoles y Felisa la observaban alarmadas. María volvió a repetir:

—Sí, ha sido en el campo. Le han matado en el campo.

Se extendió un nuevo silencio. Carmen empezó a sollozar. Primero muy suavemente, después más fuerte. Los sollozos iban aumentando de intensidad. Le caían las lágrimas, pero no se llevaba las manos al rostro, las tenía atenazadas sobre las rodillas. María se acercó y le pasó las manos por los hombros.

—Vamos, Carmen —dijo suavemente.

Carmen se levantó sin dejar de sollozar. La empujaban hacia no sabían qué sitio. María deseaba abandonar la casa donde le habían dado la noticia. Inconscientemente sentía que la alejaba de la pena, del dolor, que había que buscar un nuevo lugar donde explicar lo que ya estaba explicado.

—Vamos, Carmen.

María, en el umbral de la puerta, contemplaba el patio.

—Vamos, Carmen. Anda, vamos.

Carmen lloraba ruidosamente. Fueron hacia su casa. Sonsoles y Felisa iban detrás, sin decir palabra. Ernesta salió al patio.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

María se volvió hacia las dos mujeres.

—Llevaos a Ernesta hasta tu casa, Felisa. Lleváosla.

Antes de que María volviera la cabeza de nuevo, Carmen se había abrazado a Ernesta.

—Lo han matado, Ernesta, lo han matado. Ha sido a él.

Ernesta no comprendía.

María insistió:

—Llevaos a Ernesta y explicárselo.

Después se dirigió a Ernesta.

—Vete con Felisa y Sonsoles. Ellas te lo explicarán.

Se deshizo el abrazo. Desde la ventana, en silencio, Pedro contemplaba a las mujeres. Iba a decir algo, pero no se atrevió. Pensó que ellas lo entendían mejor, que

su intervención hubiera sido desafortunada, tal vez causante de un ataque nervioso de todas.

Ernesta no se quería despegar de Carmen. Estaba también llorando. María se volvió de nuevo a las mujeres.

—Pues estamos arregladas. Andad, llevaos a Ernesta.

Cuando Sonsoles y Felisa la cogieron de los brazos, Ernesta aumentó su llanto. María logró llevar a Carmen a su casa. Intentaba calmarla.

—Mira, Carmen, no ha tenido por qué ser tu marido. Lo mismo ha podido ser el de Ernesta, o el mío, o el cabo. Cálmate, mujer. En seguida se sabrá; pero, hasta entonces, por favor, cálmate.

Carmen se abrazaba frenéticamente a María, que le acariciaba la cabeza.

—Anda, cálmate, Carmen, que ya verás como no ha sido al tuyo, que ya verás como a Cecilio no le ha pasado nada.

Carmen no hablaba. María la requería insistentemente para que recuperase la tranquilidad:

—Cállate ahora, por Dios, que van a venir los chicos y entonces no sé lo que va a ser esto.

Produjo efecto. Casi de inmediato Carmen cesó en su llanto, aunque suspiraba ruidosa y profundamente:

—¿Tú crees —titubeó— que a Cecilio no le ha pasado nada?

—Sí, mujer; a Cecilio seguramente no le ha pasado nada. Estas noticias dudosas solamente sirven para alarmar, pero había que decíroslo, era necesario decíroslo. Hay que conservar la calma, Carmen; por lo menos así podemos consolar a la que le haya tocado.

Carmen movía la cabeza escuchando las palabras de María, asintiendo como una chiquilla.

—¿Estás mejor, Carmen?

—Sí, ya estoy mejor.

—Pues mira, ahora te dejo un instante sola para ir a ver lo que le han dicho a Ernesta, no sea que ésas le hayan asustado demasiado y como es todavía una criatura...

—Como tú quieras, María.

María salió al patio. Pensó que lo mejor que podía ocurrir en el castillo... Apartó el pensamiento. El cabo no estaba casado, pero ella no tenía derecho a pensar, ni siquiera a pensar, que el muerto fuera el cabo. Por otra parte, lo deseaba. Caminó hacia la casa de Felisa. La llamó Pedro.

—¿Qué, Pedro?

—Estáis todas enteradas, ¿verdad?

—Sí, todas.

Pedro hizo un ademán vago.

—Tenía que ocurrir cuando menos se pensaba. La vida...

—Sí, la vida, pero a la que le falte el marido, la vida...

Pedro agachó la cabeza y contempló la negra carpeta de hule.

—Quería decir que nos podía haber tocado a cualquiera. Lo mismo a los que han salido al campo que a Ruipérez o a mí. Nunca se sabe lo que va a ocurrir.

—Es verdad, pero a la que le falte el marido...

—Sí.

—Voy a ver cómo lo ha cogido Ernesta.

María se enterneció.

—Es demasiado joven para hacerse cargo, ¿comprendes, Pedro?

—Sí, es todavía una chiquilla.

María se despegó de la ventana, al otro lado de la cual estaba de pie, junto a la mesa, Pedro.

—Ya os avisaremos en cuanto tengamos noticias —gritó Pedro.

Luego se ajustó las cartucheras, tomó el tricornio y salió hacia la puerta donde estaba de guardia Ruipérez. Le dijo al llegar:

—Ya están todas enteradas. Ahora, a esperar.

Ruipérez miraba como distraído la lontananza.

—¿Cuándo aparecerán?

—¡Quién sabe!

El perro del castillo, balanceando los cuartos traseros, salió por la puerta. Cacareaba una gallina. Los niños seguían en sus juegos junto a la acequia. En el horizonte había aparecido una nube negra. La miraron los dos guardias.

—Si no vienen pronto, les va a sorprender la tormenta.

Soplaba a ráfagas un ligero vientecillo.

—Se está anunciando. Este viento no engaña.

Ernesta había dejado de llorar. María, al entrar, se sorprendió.

—¿Ya lo sabes, Ernesta?

Ernesta se abrazó a ella.

—¡Qué desgracia, María, qué desgracia!

—Dentro de poco se aclarará todo.

Guardaron silencio. Deseaban hablar de otra cosa que no fuera la muerte del hombre en el campo. María dijo:

—Si el traslado que tenemos solicitado hubiese llegado, posiblemente a estas horas estábamos lejos, en la ciudad o en un pueblo grande...

Calló. Pensó que era egoísta hablar del traslado y de aquella posible felicidad en caso de que hubiera sido concedida.

—A los chicos, ni palabra —dijo.

Hablaba por llenar el silencio angustioso que sucedía a cada palabra suya. Ya estaban todas advertidas de que no había que decir nada a los chicos.

—Iré a ver a Carmen —añadió después.

Ernesta se brindó a acompañarla.

Felisa y Sonsoles se quedaron en la casa. María y Ernesta se acercaron a Carmen. Estaba sentada en el mismo sitio donde la había dejado María.

—Me ha dicho Pedro —habló María— que se sabrá en seguida.

Por la entreabierta ventana el airecillo se colaba, moviendo los visillos.

—Llegarán antes de que comience la tormenta.

No sabían de qué hablar. De vez en cuando se le derramaban unas lágrimas a Carmen, que las enjugaba rápidamente, como temiendo que la vieran llorar. Se sentía débil frente a las dos mujeres que se sobreponían a la noticia. María quería distraerlas. Fallaba en su manera habitual de contar las cosas. No encontraba fuerzas dentro de sí misma para empezar briosamente una historia que les hiciese a las otras dos olvidar por un momento lo que sabían y tenían fijamente hincado en la mente.

—Una tormenta en la sierra es algo pavoroso. Las nubes se arremolinan como si fueran a golpear las montañas. Parece que se vuelven rabiosas. Una tormenta en la sierra no es como en el llano. Las nubes saltan, brincan de un lado a otro. Me acuerdo que, estando yo en el pueblo donde tenía la escuela, nos sorprendió una tormenta a mi madre y a mí, en descampado. Teníamos miedo a meternos bajo los árboles por los rayos. Teníamos miedo a correr, porque dicen que el rayo se va a los que corren. No sabíamos qué hacer.

Ernesta interrumpió:

—En la torre de mí pueblo cayó una vez un rayo y dejó la veleta como si la hubieran metido en la fragua. Cuando los mozos la bajaron, la fuimos a ver todos los vecinos. Estaba hecha un rebujón de hierro.

Volvió el silencio.

Ernesta principió a hablar de otra tormenta, que en un verano, siendo muy niña, la asustó mucho.

—Estaba lloviendo a cántaros y de pronto, entre los claros del agua, los rayos. Los hombres tuvieron que salir a apagar un incendio en unos pajares. No lo lograron; se consumió todo. Si hubierais visto a los hombres cómo estaban, mojados y chamuscados... Algunos tenían la cara negra y los pelos quemados. Junto al pajar se quemaron, además, muchos sacos de trigo de la cosecha.

María no escuchaba a Ernesta. Estaba pensando en el cabo. Quería no desearlo; sin embargo, le parecía que la suerte solamente estaba ya en que fuera el cabo el muerto. Le penetraba como una ligera música la voz de Ernesta contando las consecuencias de la tormenta.

—Todo estaba quemado...

«Es imposible que no se sepa nada de las dos parejas. Puede también que la noticia no sea del todo acertada», pensaba María.

La voz de Ernesta:

—Mi madre estuvo preparando ropas con otras mujeres...

El pensamiento de María: «El cabo Santos es soltero. Un soltero no es como un hombre casado, el que se debe a otra persona, haciendo que muera también, con su muerte, parte de esa otra persona...»

—Luego que se echó la noche y no se veía más que al resplandor del fuego...

María agitó la cabeza, como queriendo sacudirse los pensamientos.

—¿Qué te pasa, María? —dijo Ernesta.

—Nada, nada, sigue con tu historia.

* * *

Las hojas de las acacias; su neblinoso verde, iluminado bajo el cielo, alto y claro, de Madrid. Banderas, canciones, camiones abarrotados de gentes que dan vivas y mueras. La calle es un hervidero.

Pasan dos días.

Carmen está en la casa, hablando con su madre. La señora Pepa, sentada en una sillita baja, cose, mientras en el fogón una olla de agua, de fondo abollado, tiembla ruidosa y monótonamente. El señor Santiago ha salido. Las hermanas han salido. A través de la ventana que da al patio, se oyen los trinos de un jilguero enjaulado. Alguien canta en la labor de tender la ropa. Chirrían las poleíllas del tendero. Una vecina lava en el fregadero furiosamente sobre la taja. El patio es un aljibe de calma.

Los pequeños objetos de la cocina; el tosco aparador, azul celeste; el hierro negro de hurgar en la lumbre, de retirar o colocar las arandelas del fogón; las rodillas colgadas en la barra dorada, gastadas del uso; los ajos y las cebollas en los cacharros de barro, junto a los cuales hay un tarro blanco lleno de pimienta colorado, un tarro amarillo con sal gorda, un tarro azul con harina. Los objetos de la cocina se sienten en la contemplación como seres animados que traducen una extraña alegría y que la dispensan. Encalman la vida de las dos mujeres que hablan, alegran los ojos en fugitiva e inesperada visión.

Carmen habla con su madre. La señora Pepa, puntada tras puntada, va precisando los planes del porvenir.

—Carmen —dice—, debes volver, en cuanto pasen unos días, a buscar trabajo. Naturalmente, en una peluquería. Ahora que ya ha acabado todo, la gente volverá a recuperar el gusto. En un par de años te pones en el oficio a la última; luego será cosa de ir pensando en que te establezcas por tu cuenta. Si te casas, tampoco te vendrá mal, podrás ayudar a tu marido. La vida se ha de poner dura. Siempre ocurre después

de las guerras. —Carmen calla; la madre adivina—: No ha de ser difícil, mujer; de todas formas no ibas a volver con la Asun, aunque viviera y no la encerraran, porque con la Asun no ibas a salir nunca de ser una peluquera de barrio. Tú necesitas ampliar horizontes, aprender bien el oficio. Para una mujer, te lo tengo repetido muchas veces, no creo que haya oficio que le vaya mejor. Fíjate, podrías poner un letrero, de los que se iluminan por la noche, con letras muy grandes: CARMEN, PELUQUERIA DE SEÑORAS. Yo me acercaría al anochecer. Te llevaría las cuentas. Es necesario que alguien te lleve las cuentas y nadie más indicado para hacerlo que tu madre. ¿Qué te parece?

—No me parece mal, pero yo no sé si para aprender otra vez lo que en estos años he olvidado; soy ya un poco mayor.

—¡Qué vas a ser! A tu edad, aunque no supieras nada, estás en situación de emprender cualquier cosa. Si yo tuviera tus años, me iban a echar a mí un galgo. Para vivir hay que trabajar y una mujer necesita tener oficio con el que defenderse. Ya verás ahora cuántas señoritingas de esas que no tenían dinero, pero que iban viviendo, se ponen a trabajar. ¡Qué han de hacer! Hay que trabajar, hay que trabajar mucho para poder vivir, y lo has de ver...

Llamaron a la puerta.

El señor Santiago volvía muy contento. Había hablado con su antiguo patrón. Desde luego, en cuanto pasaran unos días comenzaba el trabajo. Le había dado las señas de algún compañero, de otros no. De otros había dicho: «A ése no le quiero ver ni en pintura por aquí. Si se lo encuentra, no le diga nada. Avise a fulano y a fulano: ésos son buenos oficiales.» El señor Santiago manifestó que había que celebrarlo. Carmen bajó a comprar dos botellas de vino y un cuarto de quilo de mortadela. La mortadela le costó encontrarla.

En la calle de Goya, en una peluquería elegante, habían colocado un anuncio reclamando oficialas. Carmen llegó en busca de trabajo. La recibió una señora alta y rubia que declaró que era la dueña. A Carmen le parecía, más que una peluquera, una artista de cine. Había visto algunas películas donde las dueñas de las casas de modas tenían el aspecto de aquella señora. Se imaginó que aquella señora no trabajaría, que estaría en la peluquería para supervisar la labor de las oficialas, para recibir a las clientes. La señora la miró de arriba abajo. La hizo girar. Asentía, mientras tanto, con la cabeza. Sí, le parecía bien, le parecía muy bien. ¿Y dónde había trabajado hasta entonces? ¿Informes? No, informes ¿para qué? No era necesario, tenía buena planta y se presentaba como peluquera. Ya se vería.

—Desde mañana vente a trabajar.

La trataba de tú. A Carmen le molestaba la mirada insistente de la señora.

—Déjame tu dirección. Mañana, con que vengas a las nueve y media, está bien. Del dinero ya hablaremos, según lo que te desenvuelvas.

Carmen salió de la peluquería, que estaba en un piso bajo. Echó a andar despacio; fue paseando rumbo a su barrio.

Cuando llegó a su casa, la madre le anunció que había habido una visita.

—Tú ya no le recordarás. Es un muchacho de aquí, de la calle, algo emparentado con tu padre. Ha venido vestido de sargento. Se ha llevado a tus hermanas a darles un garbeo por ahí. Es un buen muchacho.

Carmen se entristeció. Pensó que, en tanto ella buscaba trabajo, las hermanas, ¡las hermanas qué suerte tenían!, las hermanas... Bueno, las hermanas eran mujeres muy listas y sabían sacarle jugo a la vida y divertirse cuando llegaba la ocasión.

Carmen explicó a su madre cómo era la peluquería de la calle de Goya y la señora que la regentaba.

—Es una mujer muy guapa, alta, rubia, ya algo mayor. Parece como si hubiera sido artista o algo así. Viste muy elegantemente. La casa está muy bien puesta. De dinero no hemos hablado. Mañana o pasado mañana me dirá lo que voy a ganar. Yo creo que le he caído bien.

La madre dijo que se cercioraría:

—Mira, niña, con estas cosas de la guerra la gente se ha vuelto mala; hay que aprender a desconfiar de todo el mundo. Ya me daré yo por allá una vuelta, no sea que bajo el negocio de la peluquería haya alguna cosa sucia. Nunca se sabe lo que se oculta debajo de una buena capa, pero hay que estar ojo avizor.

Las hermanas volvieron con el sargento bastante tarde. Le presentaron a Carmen. No quiso ser simpática. Se sentía herida o tal vez menospreciada. Guardó silencio durante todo el tiempo. El sargento cenó en la casa. Las hermanas le preguntaban cosas de la guerra. El sargento contaba, al principio con entusiasmo, luego mecánicamente. De vez en cuando miraba a Carmen.

Carmen pretextó una disculpa y se fue a la cama. Poco después, desde la cama, oyó como el sargento se despedía de la familia. Carmen durmió tranquilamente. Al día siguiente se presentó en la peluquería. Tenía el temor de haber olvidado lo que había aprendido con Asun. Eran cerca de tres años de abandono. Se regocijó al ver que tomaba en seguida contacto con el oficio. Posiblemente, lo pensó luego, le salían las cosas tan bien porque no pensaba demasiado en ellas. Mientras estaba pendiente, con otra muchacha que acababa de conocer, de la cabeza de una señora, quiso recordar al sargento. Quería localizarlo en algún lugar de su memoria. No era imposible que le recordase de antes de la guerra, porque aquella cara, aquella voz, aquella manera de contar, le eran absolutamente familiares.

A la hora de comer, el sargento estaba en la casa. El hombre había llevado algunos paquetes con alimentos. Le había dicho la señora Pepa:

—Pero ¿por qué te molestas? —Y le había mirado fijamente mientras esperaba la respuesta—. No lo vuelvas a hacer. Parece que vienes a cumplir. No, no traigas más

cosas.

La mirada seguía fija. El sargento apenas contestó. La madre disimuladamente le estuvo espiando durante toda la comida. Vio cómo las miradas del sargento se desviaban siempre hacia Carmen, que guardaba silencio. Carmen pensaba en su nombre y se hacía reflexionar: «Desde luego no es un nombre bonito. Llamarse Cecilio no es muy bonito. Otro nombre acompañaría mejor a la figura. Un hombre así, tan fuerte, tan guapo, podía llamarse de otra manera.»

Después de comer, el señor Santiago dijo que tenía que ir a darse una vuelta por el taller, porque aunque todavía no había comenzado el trabajo en serio, se estaba organizando aquello y era necesaria su presencia. Le hizo un guiño al sargento:

—Tú te vienes, ¿no? Podemos ir a tomar café por ahí.

La madre de Carmen saltó automáticamente:

—Tú, Santiago, ¡tienes unas cosas! ¿Dónde le vas a llevar? Aquí se está mejor que en cualquier otro sitio. Además, tú le vas a aburrir con tus cosas. La juventud prefiere la juventud. ¿No es verdad, Cecilio? Que se quede y luego, si quiere, que se marche o salga a dar una vuelta con éstas. —Hizo una pausa—: Por más que Carmen se tiene que ir a trabajar y si él quiere se puede ir dando una vuelta acompañándola, ¿eh?

Carmen enrojeció, pero no sabía por qué. El sargento estaba un poco turbado. Dijo:

—Bueno, bueno, claro que la acompañaré...

Cecilio y Carmen salieron juntos. Al principio hablaron de cosas que en aquel momento se les antojaban triviales: la guerra, las necesidades que la acompañaron, la pérdida de algunas amistades... Cecilio hablaba de su porvenir:

—No me voy a quedar en el Ejército; voy a pasar a la Guardia Civil. Como soy sargento provisional en el Ejército, no tengo porvenir, se me pasarían los años sin ascender. Voy a la Guardia Civil. Cuando termine el curso que hay que hacer, ya estaré en disposición de...

Carmen insistió:

—¿En disposición de qué?

—Pues casarme, por ejemplo, o qué sé yo.

Llegaron frente a la peluquería. Estuvieron dudando si despedirse de inmediato o agotar unos minutos más charlando. Cecilio miró hacia el fondo de la calle, luego a los ojos de Carmen.

—¿A qué hora sales de aquí?

—Sobre las ocho, más o menos.

—Sobre las ocho, si no te molestas, Carmen, vendré a buscarte. ¿Te parece?

Carmen se sonrió:

—Como tú quieras.

Los días que Cecilio tenía guardia o vigilancia, Carmen estaba inquieta. En la peluquería se distraía. La dueña la corregía:

—No pienses tanto en el sargento, mujer, que vas a quemar a cualquier cliente el cogote. Estáte más en la labor. Si hoy no viene, ya vendrá mañana. Te ha dado muy fuerte el enamoramiento. Hay que tomarlo con tranquilidad.

La señora Pepa observaba a su hija:

—¿Qué tal marchan tus cosas?

—Muy bien, mamá.

—¡Vaya! Él es muy formal; otro mejor no vas a encontrar en tu vida.

Las hermanas llevaban una existencia disparatada. Disparatada, dijo un día el señor Santiago. Se pasaban el día en la calle. Llegaban a casa muy tarde, siempre acompañadas por distintos hombres. La señora Pepa afirmó que las pensaba llamar a capítulo muy seriamente. El marido la apoyó. Carmen vivía su noviazgo sin darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

La señora Pepa llamó a capítulo a las hermanas mayores:

—Esto se ha acabado. Si queréis seguir llevando esa vida de perdidas, os marcháis de casa y todo terminado. Ya sois mayorcitas para saber lo que tenéis que hacer, y ya estoy yo lo suficientemente entrada en años para andar todo el día como un guardia detrás de vosotras. Desde hoy mismo las cosas cambian en esta casa. La que quiera vivir aquí, no quiero insistir más, pero ya sabe lo que tiene que hacer.

Al principio las dos hermanas pretendieron engatusar a su madre con palabras empalagosas. La encontraron irreductible. La mayor se encolerizó:

—Pues claro que me voy. Tú lo has dicho. Ya soy mayor para hacer lo que me dé la gana, y no voy a estar atada a tus faldas porque tú seas una antigua que no comprende la vida de ahora. Naturalmente, pues estaría bueno...

La madre se entristeció:

—Vete cuando quieras. Vete con la idea de que aquí no vas a entrar más, te pase lo que te pase.

La otra hermana estaba dispuesta a claudicar:

—No es para que os pongáis así. Os pueden los nervios. En cuanto empezáis a discutir se acabó todo; inmediatamente os vais por los cerros de Ubeda...

La señora Pepa apenas se podía contener. Hubiera deseado dar una buena paliza a sus hijas, pero no lo intentaba en previsión de que iban a empeorar las cosas. La hermana mayor tomó otra vez el hilo de la discusión:

—Me voy. Esto ya no se puede resistir más. No intentéis impedírmelo, porque he dicho que me voy.

La señora Pepa se derrumbó sobre una silla.

—Haz lo que quieras.

El señor Santiago se enteró cuando regresó del trabajo. La señora Pepa estaba

llorando en la cocina. Fue la hija mediana la que le advirtió:

—Mamá está llorando como una Magdalena. Se ha pasado toda la tarde deshecha en lágrimas. Julia se ha ido. Ha dicho que quiere hacer, de aquí en adelante, lo que le dé la gana y que se marchaba.

El señor Santiago no sabía cómo reaccionar. Fue a la cocina, habló con su mujer. No logró sacar nada en limpio. Se dirigió, malhumorado, a su hija:

—Bueno, a ver tú, Paloma, si me dices algo de lo que ha pasado y dónde se puede ir a buscar a esa idiota.

—Yo lo que te puedo decir es que estoy segura de que volverá.

—Bueno, eso es para discutirlo más adelante. Ahora se trata de saber dónde se ha ido..

Paloma se quedó un momento pensando:

—Puede que... Si tú quieres, te acompaño.

—No, dime dónde ha ido. Tú te quedas en casa acompañando a tu madre. Ya estoy harto de tanto jaleo.

El señor Santiago se lanzó a la calle. Estuvo durante dos horas recorriendo bares y cafés en los que Paloma le había indicado que pudiera encontrarse Julia. La busca fue infructuosa. Cuando volvió a su casa, cansado y preocupado, le recibieron las cuatro mujeres. Sí, allí estaba la señora Pepa rodeada de sus tres hijas. Al señor Santiago le entró un escalofrío por el vientre, pasó delante de ellas sin decir nada y pidió la cena. Luego confesó a sus amigos que se le habían revuelto las tripas y que estuvo a punto de hacer una barbaridad.

Terminó:

—En los asuntos de las mujeres no tenemos por qué intervenir los hombres. No hay Dios que las entienda. Tan pronto se están tirando la vajilla a la cabeza, como se lo han perdonado todo y se andan besuqueando. Yo, con esta aventura, acabo. Por mí que se hagan tanguistas las cuatro, empezando por su madre. Ni una palabra; que hagan lo que quieran, que siempre me parecerá mal, pero procuraré callármelo.

Cecilio había dejado de ser sargento. Estaba en unos cursos en un pueblo de los alrededores de Madrid. Los domingos comía con la familia del señor Santiago y luego salía a pasear con Carmen. Al atardecer se metían en algún cine, o se iban a los merenderos de Ventas, según el día que hiciera. Ya eran novios formales, novios de los que se preocupan las vecinas de la casa y preguntan a la madre de la chica:

—¿Y para cuándo es la boda? Si se dan prisa te van a hacer abuela antes de que cumplas los cincuenta.

La madre de Carmen contestaba:

—Será pronto, pero mucha prisa se tienen que dar para que me pillen con sólo los cincuenta; yo estoy ya hecha una camastrona que no sirve ni para levantar un papel del suelo.

En el otoño fijaron la boda. No hubo mucha discusión. La señora Pepa dio diferentes fechas de alto valor en los fastos familiares. Primero dijo que convenía que se casasen como ella lo había hecho: en la primavera. A la pareja le pareció retrasar demasiado el acontecimiento. La señora Pepa insistió:

—Entonces a finales del invierno, hacia el día del cumpleaños de tu padre.

Tampoco satisfizo el tiempo. Por fin se acordó que los que tenían que decidirlo eran ellos. Se casarían inmediatamente después de Reyes. Todos se conformaron. La señora Pepa puso algunos impedimentos de tipo doméstico.

—El equipo no se puede preparar en dos meses.

Cecilio explicó:

—Pues nos casamos sin equipo. ¡Qué más da!

Se casaron. Poco después era destinado a un pueblo de Andalucía el guardia Cecilio Jiménez. El día que la señora Pepa, en unión de toda la familia, fue a despedir al matrimonio a la estación, lloró desconsoladamente y se deshizo en consejos. Poco tiempo más tarde la señora Pepa se enteró de que a la dueña de la peluquería le habían cerrado el establecimiento, porque bajo honestas apariencias había montado un tinglado terrible en el que andaban mezcladas gentes de ambos sexos de muchas campanillas. La señora Pepa reflexionó sobre el asunto: «Me lo debía de haber supuesto. La vida tiene estas cosas. Donde menos se piensa, allá es donde salta...» Donde menos se piensa, justamente, pero su hija estaba a salvo lavando la ropa en el arroyo de un pueblo de la sierra de Aracena.

* * *

Por la cuesta del cerro del castillo subía lentamente el cartero del pueblo. Pedro lo veía subir. Abajo, la fila de un metálico verde, de los chopos, se recortaba en el azul agrio. Calculaba cuándo estaría la cabeza del cartero a la altura de las últimas ramas afiladas, ahusadas, de los árboles. En el camino, el cartero evitaba las zonas donde el polvo se había amontonado y en el que se hundían las alpargatas. Buscaba el terreno duro. Avanzaba lentamente.

Pedro conocía bien al cartero. Sabía que era un hombre de apariencia hosca, pero buena persona. Le gustaba protestar por todo. Si hacía calor, porque hacía calor; si frío, porque frío. Era un hombre del camino. Tenía que ir a buscar la correspondencia al pueblo cercano, luego repartirla. Así todos los días desde hacía veinte años, y sin derecho a jubilación. Siempre andaba diciendo que le habían contado, que él lo sabía de buena fuente, que antes de que él dejase por la edad de ser cartero, les iban a conceder el derecho de jubilación. Buena jubilación. Ellos no eran empleados de Correos. Ellos eran unos cualesquiera que se habían pasado la vida dando el callo; total, para nada.

Pedro se imaginaba lo que el cartero iría hablando. El cartero siempre hablaba,

cuando iba solo por el camino, con una voz muy discreta. Si le preguntaban por qué lo hacía, contestaba invariablemente: «Es para entenderme mejor. He cogido esta costumbre y ya no voy a variar. A mi edad no hay quien cambie. Aparte de que el camino, cuando se va hablando, se hace mucho más corto. Una legua de charla con uno mismo no parece una legua, parece un paseo.»

Pedro imaginaba lo que se iría diciendo: «Este camino, pero ¡cuándo, Dios, van a arreglar este camino! La maldita pierna... —Luego le diría a la pierna—: Como sigas así, sin querer obedecer a tu amo, cualquier día te corto y se acabó.» Al fin se enternecería con su pierna, lo mismo que con un animal: «Por más que tú ya has trabajado bastante en esta vida. Tú me has llevado con tu compañera donde os he pedido. No me puedo quejar de vosotras, pero haz un esfuerzo, que ya nos falta poco.»

El cartero se plantó delante del guardia.

—¿Qué tal va esa pierna, señor Pedruzo?

—¡La condenada! Uno ya está viejo. Eso es lo que pasa. Buenas piernas tenía yo de mozo, pero ahora... ahora me balda el moverme. Debería quedarme en casa, dejándome de zarandajas.

—¿Y quién iba a repartir el correo, hombre?

El guardia volvió a sonreír.

—¿Que quién iba a repartir el correo? ¿Y a mí qué me importa? Para lo que me pagan, harían mejor prohibiendo que se escribieran cartas y se mandasen periódicos a este pueblo.

El guardia volvió a sonreír.

—¿Y qué trae usted para nosotros?

—Un telegrama postal, o como se llame. Debe de ser de la Comandancia.

—Pase a dárselo a mi compañero y si quiere refrescar...

—¿Refrescar? —dijo poniendo gesto de extrañeza—. No, no bebo ni agua, ni nada, hasta después de que se ponga el sol. Beber con este calor es malo para la salud, lo tengo bien comprobado. Yo no bebo nunca durante el día. El sol y el agua están reñidos y con el vino también Lorenzo anda a la greña. Hay que beber cuando refresca. ¡Ah, eso sí! Un traguete después que se ha puesto el sol no me lo quita ni el médico.

Pasó el cartero al castillo. A Pedro no le importaba la comunicación que traía. Pensaba que era una de las muchas instrucciones que se recibían al cabo del mes. Las cosas importantes se las comunicaban primero por teléfono. El teléfono era el cordón umbilical con el mundo. Los comunicados postales eran vainas para atarearlos más, para fastidiarlos más.

Ruipérez hablaba con el viejo de cosas sin trascendencia. Despegó el papel, cerrado por los bordes. El viejo se sentó, soplando, en una silla.

—Bueno, hombre, bueno. ¿Qué les dicen en ese papel si se puede saber?

El guardia no había comenzado aún a leerlo. Seguía hablando el cartero.

—¿Se sabe algo de lo ocurrido esta mañana? Ya supongo que no, pero podían saber ustedes algo. Sí ha sido o no ha sido verdad. Porque vaya usted a saber, acaso no ha sido más que miedo del que lo contó, que ha oído unos tiros y se ha inventado el resto.

El viejo tenía los ojos legañosos y enrojecidos. En la sombra de la habitación los abría mucho y parpadeaba constantemente. Ruipérez leyó el papel y se levantó de forma precipitada. Salió a la calle. El cartero lo vio, por la ventana, acercarse a la puerta del castillo. Estuvo contemplando a los dos guardias. Parecía que se hallaban muy excitados. El viejo tenía la pierna izquierda extendida y la golpeaba cariñosamente con las palmas de las manos.

—Ya estarás tranquila. Hoy me has dado el día. En cuanto lleguemos a casa, te tumbo sobre unos sacos para que no te quejes. Y mañana, que sea lo que Dios quiera.

—El viejo se levantó haciendo un esfuerzo—. Nos vamos para casita, que aquí no pintamos nada. Un paso para empezar. Vamos ya. —Pasó por delante de los guardias—. Señores, yo me largo. —Ya no pensaba en el papel, eran cosas importantes que no se las iban a comunicar a él y, por lo tanto, le habían dejado de interesar; solamente tenía curiosidad por lo que estaba a su alcance—. Que lo que dicen no sea verdad, señores. Me voy para abajo.

Los guardias lo vieron marchar cuesta abajo. Cuando estaba a una distancia en la que sus voces no podían ser oídas, el viejo se volvió para hacerles una seña con la mano, pero ellos estaban de nuevo metidos en conversación, sin preocuparse de lo que les rodeaba.

—Encima esto, Pedro. Al cabo lo largan para otro sitio. Si te digo... Debemos de tener mala suerte. Venga a hacer instancias y no conseguimos nada, y al cabo, que es el que menos tiempo lleva aquí, lo largan.

—Bueno, quién sabe si éste es el principio del relevo de todos.

—Vas listo. De aquí no nos mueve ni el fin del mundo que se adelantase. Aquí nos quedamos hasta que San Juan baje el dedo. Te lo digo yo.

—De esto, ni comentario. Cuando estemos enterados de lo que ha pasado, bien; pero, por ahora, ni comentario porque como se enteren las mujeres, las vamos a tener que oír.

—Si no puede ser, cuando uno ve que se hacen estas cosas le dan ganas de echarlo todo a rodar y mandar el servicio a hacer puñetas.

Ya estaba el viejo más abajo que las puntas de los chopos. El cielo, por poniente, estaba madurando en un cárdeno color que se hacía negro en su raíz. El viento levantaba la pajilla de los caminos y una como espuma de polvo. El tamo, en las eras, formaba ondas. El cartero se perdió entre las primeras casas. Pedro quedó solo.

En el Cuerpo de Guardia, Ruipérez daba vueltas entre sus manos al comunicado. No se hacía a la idea de que el cabo había logrado el traslado mientras él y los demás compañeros se habían pasado el tiempo solicitándolo y recibiendo siempre respuestas negativas.

El papel, de un amarillo terroso, quedó sobre la negra carpeta de hule, que abierta, mostraba en su interior el mapa de España con las comunicaciones destacadas en negro sobre la feria de colores de las provincias. Ruipérez se apoyó en el alféizar de la ventana y se estuvo un largo rato contemplando las gallinas, que se movían de un lado a otro, buscando su comida en la tierra.

Estaban las cinco mujeres reunidas. Hablaban poco. De vez en cuando suspiraba Carmen y las miradas de todas convergían sobre ella.

—Noto que la tormenta se aproxima —dijo Felisa.

La conversación estaba hecha de retazos. Después de cada frase, se extendía el silencio. De pronto, a Ernesta se le saltaron algunas lágrimas.

—Cálmate, Ernesta, por Dios.

Otra voz pedía una explicación a Felisa.

—¿En qué notas que la tormenta se acerca?

—En el olor que da. Da un olor como el de la electricidad.

—La electricidad no huele.

—Sí huele.

Cambiaban.

—Y los chicos ¿dónde se habrán metido?

—No te preocupes; estarán jugando en la acequia o al pie de la muralla.

Ernesta se levantó.

—¿Dónde vas?

Volvió a sentarse.

Sonó un reloj despertador.

—Son las seis —dijo Felisa—. Voy a pararlo. Lo coloco a las seis para que se levante Regino por la mañana.

Silencio. En el silencio gravitaba el vuelo de un moscón.

—Tengo que comprar una paleta nueva para las moscas. Los chicos me la han destrozado.

La voz de Ruipérez resonó en el patio del castillo llamando a su mujer. Felisa se levantó. Desde la puerta contestó a la llamada:

—¿Qué quieres?

Las cuatro mujeres estaban pendientes de las palabras de Ruipérez. En la expectación, Ernesta volvió a llorar.

—Ernesta, cálmate, chiquilla.

Arreció el llanto al sentirse acariciada por el diminutivo.

—Ernesta, cállate —casi gritó Carmen.

Ruipérez contestaba a su mujer.

—Tráeme una jarra de agua; échale una gota de vinagre.

—Ahora voy.

Felisa maniobraba en la cocina.

María estaba pensando. Volvía el oscuro pensamiento a dar vueltas en su cerebro como un torbellino.

Alguien comentó:

—El bochorno este ahoga.

—¿Queréis alguna agua con un poco de vinagre? —brindó Felisa—. Esperad un momento que ahora voy a llevarle esto a mi... (no quiso decir marido), a Regino.

Sonsoles, con las manos cruzadas sobre el regazo y la cabeza agachada, meditaba.

—¿En qué piensas, Sonsoles? —preguntó Carmen—. Di algo, mujer. No te quedes como si la que tuviera el marido en el campo fueras tú.

—No pensaba nada, Carmen, no pensaba...

Felisa acababa de entrar.

—¿Queréis agua con un poco de vinagre y azúcar? Es muy refrescante.

María dijo:

—Bueno.

Siete de la tarde

IBA A LA ESCUELA. Pasaba frío. La maestra encendía la estufa, que no llegaba a calentar el local. Echaba en la chapa cáscaras de naranja, que despedían olor de confituras quemadas cuando se empezaban a tostar. Ella estaba en los primeros bancos del lado del gran ventanal, por el que entraba la plateada luz del día de invierno. Las manos las tenía llenas de sabañones, coloradas hasta el amarotamiento. Le picaban los dedos y se rascaba con furia. Oía la voz de la maestra:

—Ernesta, no te rasques. Te voy a tener que poner guantes.

—No me arrasco, señorita.

Enfrente, colgado de la pared, brillaba el mapa de España. La pizarra tenía reflejos de coleóptero. Si miraba muy intensamente a la pizarra, llegaba a marearse. La maestra pensaba: «Esta chica no come bien. Alimentación insuficiente.» La miraba de reojo. Ernesta se distraía con cualquier cosa. Quería pensar hondo sobre las cosas que la distraían: una mancha de tinta, los reflejos de la pizarra, el pájaro momentáneo en el alféizar de la ventana.

Sobre todo, hacía frío. El frío penetraba en ella, que sentía su hurgo debajo de la piel; luego se le escapaba en una tiritona repentina. En seguida comenzaba a llenarse de nuevo del frío. Pasaba tanto frío que, cuando salía a orinar, por muchas ganas que tuviese no orinaba. La orina era una reserva de calor dentro del cuerpo. En el patio se le iba el frío jugando a la soga: «Una y dos, *ca*; una y dos, *fé*; una y dos, *ca-fé*. La vecina - que hay enfrente - como no tiene - qué hacer - pasa el día - en la ventana - mirando si va a llover. Una y dos, *ca*; una y dos, *fé*...»

La escuela era una planta baja, húmeda y destartalada. Los bancos estaban fabricados toscamente y sentarse en ellos constituía un martirio. Muchos tenían las patas hechas con los palos de los carteles de señales de la carretera y todavía conservaban la pintura a franjas rojas y blancas. Las niñas y los niños se sentaban distribuidos por bancos, en los primeros las niñas, tras ellas los niños. La maestra era joven; joven y triste. Se quejaba del hígado.

—Me he estropeado el hígado en este pueblo haciendo un régimen de comidas absurdo. Huevos y tocino todos los días por no variar. Estoy la mayoría del tiempo mareada. Cuando me levanto y me miro las manos, me parece que sale humo de ellas. En fin...

En el patio de la escuela, una especie de corralón, llevaban una dudosa vida vegetal cinco arbolillos. Las heladas terribles del invierno y el calor de fragua del verano acababan con ellos. Dos estaban ya secos, pero la maestra no quiso arrancarlos, confiando en que reverdecerían con la primavera. Los niños sabían que

era inútil, ya se lo dijeron:

—Señorita, estos árboles están más secos que el arroyo en el verano.

La maestra sonrió:

—Hay que esperar a que llegue la primavera.

El padre de Ernesta trabaja a jornal. En casa tiene dos cerdos, unos conejos, algunas gallinas. La vida es dura para él y su familia. El padre y la madre de Ernesta son jóvenes; sin embargo, tienen aspecto de viejos. Ernesta, cuando llega de la escuela, habla con su madre, que le prepara una merienda compuesta de pan y chicho. El chicho es carne o tocino seco en pequeña cantidad. A veces la merienda varía y sobre el pan extiende Ernesta una cucharada de miel, color de ladrillo, dura y espesa. En el tiempo de las nueces, pan y nueces. En el de las moras, pan sólo, porque las moras se encarga ella de cogerlas en los zarzales de los ribazos de los caminos.

El padre de Ernesta trabaja a jornal en las diferentes casas ricas del pueblo, como muchos otros campesinos. Por su cuenta cultiva lo que él llama un pañuelín de tierra, tras la casa, que riega y labra con mucho mimo y que suele dar, si las heladas no acaban con ello antes, puerros, cebollas, berzas, ajos... Ernesta suele ayudar a su padre a regar. Le divierte regar, lanzar los cubos de agua en la pileta, quitarle el tapón del fondo y dejar que el agua corra por los surcos hasta las presillas de tierra, que de un azadonazo desaparecen o aparecen, cuando hay necesidad de que el agua corra en otra dirección o en otro surco.

La alta Castilla es tierra de legumbres. En el invierno, sentadas la madre y la hija junto a la cocina de fogón bajo, en la que unas matucas dan una llama lánguida, separan las lentejas buenas de las malas antes de echarlas en el puchero. La madre pregunta a la hija por lo que ha aprendido en la escuela. Cree que todos los días ha de llegar con un nuevo descubrimiento que, comentado con el marido cuando regrese de trabajar, los han de hacer felices por unos momentos.

—Así que hoy habéis aprendido Geografía; la tierra, vamos... —Ernesta repite mal que bien lo que ha oído a la maestra. La madre se asombra—. Debe de saber mucho la señorita, ¿verdad? No entiendo por qué se queda en este pueblo con lo feo y lo aburrido que es.

Ernesta tampoco lo comprende. Si ella fuera la señorita haría mucho tiempo que se hubiera marchado.

—Cuando se queda es porque le gusta, creo yo —dice Ernesta.

El padre de Ernesta se llama Paulino, pero en el pueblo no le llaman Paulino a secas, sino Paulino el de Borregón, porque el abuelo de Ernesta se comió una vez, por apuesta, un borrego asado, sin probar una gota de líquido y acompañado por dos hogazas de pan. Eran otros tiempos. Las malas cosechas seguidas pusieron la pequeña hacienda de la familia en las manos de un señor que ni siquiera vivía en el pueblo y que prestaba ínfimas cantidades a los campesinos siempre que le escribieran

en un papel que las tierras pasaban a su propiedad en el caso de no devolverle el dinero en un plazo que, lo sabía Paulino, no era muy largo. Con las malas cosechas había aumentado el dinero de los ricos y el hambre de los pobres. Paulino se encogía de hombros para explicar:

—Tiene que ser así. En el mal tiempo el pez grande se alimenta de los peces chicos, pero los peces chicos no se alimentan de nada. Es eso que llaman una ley de la vida.

Era su suprema argumentación.

Durante las elecciones de febrero, el pueblo se revolvió. Varios campesinos quisieron ir a darle una paliza al prestamista, que vivía en un pueblo más grande, apenas a cuatro leguas de distancia. El prestamista se llamaba don Alfonso y era un hombre de unos cincuenta años, viudo, con unas hijas muy guapas, que esperaba trocar alguna vez por un título, porque pensaba casarlas con algún noble arruinado, y que tenía un hijo estudiando para cura. Los cálculos de don Alfonso eran casi ensoñaciones: las chicas llevarían una muy saneada dote al matrimonio, siempre que algún caballero de sangre azul se prestase a echarle un remiendo a su rota y deshilachada hacienda. El hijo llegaría a obispo, si las cosas no se torcían.

Los campesinos fueron a dar una paliza a don Alfonso —«me llamo don Alfonso, como el mismísimo rey»— y la Guardia Civil se encargó de sacudirles el polvo del camino. Don Alfonso era un hombre que todo lo había hecho por vía legal.

—Yo siempre por la vía legal, para que no digan. El que quiera peces, que se moje el trasero. No voy yo a estar prestando a todos estos desagradecidos para que encima me vengan con reclamaciones.

Muchos opinaban que don Alfonso tenía razón y que la famosa vía legal, la del orden, es la que cuenta en las cosas de la vida. Los que no opinaban así eran los desposeídos, los sin fortuna, la gente de poco más o menos y los maleantes habituales.

En la clasificación maleantes habituales comprendía don Alfonso a todo hijo de vecino que tuviera con él alguna cuenta que saldar. Cuentas que eran muy pocas en razón de que don Alfonso era un águila para negociar con los campesinos. De todas formas, don Alfonso, a pesar de que la paliza la recibieron los que iban a dársela, se llevó un buen susto y comprendió que en su pueblo y en los de los alrededores era un hombre odiado.

Don Alfonso jugaba a las cartas con el cura, el farmacéutico y un pelanas que hacía reír a los tres y que medio oficiaba de bufón. El médico no era amigo de tertulias y el maestro no se acercaba a la de don Alfonso. El maestro, según frase de don Alfonso, era un tío rojo y muerto de hambre que quería quedarse con el dinero de los que tenían algo y por eso andaba siempre vociferando y amotinando a los campesinos. Al maestro le tenía prometido don Alfonso algo muy bueno, algo que le

escarmentaría para toda la vida.

—Pero ¿ése qué se ha creído que es: el amo del pueblo? Aquí los únicos que podemos mandar somos la gente de orden y a ése se le van a volver de aquí en adelante los dedos huéspedes del susto que le voy a dar.

El farmacéutico le daba jabón:

—No sea usted duro con él, don Alfonso; es muy joven y ya se le pasará el sarampión. Si sigue en el pueblo, antes de tres años lo tiene usted sentado con nosotros jugando a las cartas. Se lo digo yo, ya lo verá.

Don Alfonso hacía un ruido extraño con la boca, apretaba los labios y parecía querer hozar en lo futuro:

—No sé, no sé si ése va a entrar por el aro.

Después de las elecciones don Alfonso se marchó a la ciudad. El padre de Ernesta lo comentaba con sus amigos:

—Tiene miedo, y el que tiene miedo es porque ha hecho alguna mala acción gorda. Por ahí ha debido de hacer algo más de lo que nos pensamos. Es peor que el mal ladrón.

Los campesinos enumeraban las malas acciones gordas de las que tenían conocimiento:

—En la familia de Fernández, al que llaman «El moro», dicen que se llevó hasta los arados; que si fueron deudas de juego del padre; que este don Alfonso tuvo que pagar; que si él fue el que compró los pagarés. ¡Quién sabe esas cosas!... Pues mira que aquí en el pueblo ha hecho también de las suyas. Ahora tiene más tierra a su nombre, arrendada a cuatro desgraciados que las que tenemos, los que tenemos un poco, reunidas.

El padre de Ernesta no se preocupaba por la política; tenía un especial escepticismo sobre todo lo que oliese a política:

—No hay que romperse la cabeza —decía— para saber a quien ha de votar uno. Los que vengan detrás lo harán siempre un poco peor que los que están, que lo hacen muy mal. Nosotros lo único que podemos desear es que los que gobiernen duren mucho, que se inflen bien, pero que no cedan el paso a los que van detrás, porque así nunca acaba el engorde y siempre vamos a estar echando pienso. Son guarros que nunca se matan. Comen en la pocilga hasta hartarse y luego se van a tumbar a la sombra mientras un hermano, peludo, negro o chato de grasa, ocupa su puesto y comienza a comer. —Y terminaba—: ¿Para qué vamos a votar nosotros; para decidir el orden de la comida? A mí lo mismo me da que coman primero los rubios y que lo hagan después los morenos, que al revés.

En primavera, Ernesta y sus compañeras salían al campo con la maestra. Recogían plantas y flores y las pegaban en cuadernos usados. La maestra las obligaba a cantar, mientras jugaban, canciones que ella les enseñaba. Ernesta le cantaba luego

las canciones a su asombrada madre.

—Chica, ¡qué canciones tan bonitas os enseña la señorita!

—Dicen que son de este pueblo y de los otros de los alrededores, pero que se han perdido.

El padre se la quedaba mirando:

—Se han perdido en estos pueblos tantas cosas...

El verano se echó sobre los campos con una gravitación de tormentas. Algunos cultivos quedaron arrasados. Las mieses, después de una tormenta, quedaban pegadas a la tierra como si fueran cabellos de un cráneo gigante. Ernesta prohió unos pollos de codorniz, que le había traído su padre del campo. Vivieron pocos días por más que los cuidó. Los campesinos cuando se encontraban al atardecer en la plaza del pueblo, hablaban del desastre de las cosechas. No les importaba que no fueran suyas. Al contrario, lo sentían como si fueran suyas. Ellos eran del campo y en el campo ponían sus escasas esperanzas. De las tierras que habían sido suyas hablaban con lástima. Les dolía la contemplación del desastre. Alguno aventuró: «A nosotros ¿qué nos puede importar que se pierda la cosecha o que cada espiga tenga, en vez de trigo, oro?» Sonó como una blasfemia. La tierra podía ser de los propietarios ricos, la cosecha hubiera servido para aumentar la riqueza de los propietarios, pero la tierra dando la cosecha era una hermana, una hermana esclava que daba lo que le pedían casi por nada o por el sudor de sus hermanos los labradores. No. No se podía decir que a los campesinos les diera igual que se ganara o se perdiera la cosecha. No. No había que medirlo por el rasero económico, calculando que los pobres saldrían perjudicados por la pérdida de la cosecha. Desde luego saldrían perjudicados y la vida se haría más miserable todavía, pero había una última razón, una razón infinitamente más poderosa, que ninguno sabía explicar, pero que todos, hasta el blasfemo despechado, sentían en lo íntimo.

Cuando el padre de Ernesta contemplaba los campos, se acongojaba. Llegaba a casa con una profunda desmoralización. Había olvidado todo excepto que la cosecha, en la que se ponían esperanzas en balde, esperanzas atávicas, esperanzas, sobre la nada, se había perdido.

—Se salvará bien poco. Algo que haya quedado a cubierto en algún quitasol de un cerrillo. Eso si se salva.

Ernesta oía a su padre hablar y sentía miedo. Hablaba del fin del mundo, del palpable y verídico fin del mundo. Cada uno mide su fin por su horizonte y de este mismo fin torna a resucitar los más de los años.

Don Alfonso, en cuanto se corrió la noticia, volvió al pueblo a enterarse de la magnitud del desastre. Dijeron que lloró y los campesinos lo comprendieron. Lloró acaso por el dinero perdido, pero los campesinos hubieran llorado igual aún pensando en otras cosas. Luego don Alfonso retornó a la ciudad.

En la trilla, el trigo recogido apenas daba un poco de grano entre la paja. Todos los chiquillos estaban en las eras. Jugar en los montones de paja, llevar el botijo a los mayores, tostados de sol, con la garganta áspera de polvo, era uno de sus oficios. También ayudaban a cortar las cuerdas de los haces con un cuchillito de cocina desgastado. Las cuerdas las sostenían por el nudo en una mano dejándolas sueltas. Las manos de los niños parecía que apretaban muñecas de crenchas cogidas con bigudíe y que sostenían largas colas de caballo que se agitaban divertidamente cuando las movían. Los chicos lo pasaban bien en las eras. Merendaban bajo el sol, reían, jugaban. Visitaban constantemente a sus madres para que les extrajeran pinchos de los cardos y de las malas yerbas que se mezclaban con la paja. Con las grandes horcas se perseguían entre gritos. Se quejaban, reñían. Eran felices sobre la paja en la que construían desfiladeros, toboganes; con la que celebraban batallas, hasta que una niña o un niño de los más pequeños se iba llorando hacia su madre. Entonces había una delicada y estupefacta contemplación y después un largo carrete de disculpas.

Estaba la paja amontonada y acabada la trilla. Los campesinos bebían con lentitud en los porrónes de vino. Las mulas yugadas comían aletargadas moviendo las orejas, golpeándose los cuartos traseros con las colas, parpadeando de luz y de moscas pequeñas y furiosas alimentadas de secreciones oculares. El sol maduraba los arándanos en los espinos y los niños recogían sus pobres cosechas de agrios frutos. Una víbora, al límite de las eras, en el pedregal, se ocultaba rápidamente al ruido de una carreta. Las hormigas aprovechaban los granos de las eras y los conducían por sus caminillos, donde la circulación era titubeante, como si la ceguera las obligase a caminar reconociéndose y reconociendo el camino. La cigüeña volaba sobre las charcas que se habían formado en el arroyo sin corriente, a la caza de ranas o de culebras de agua. El pueblo pardo de casas bajas, entre las que destacaban tres o cuatro algo más altas, quedaba a un cuarto de hora de camino de las eras.

El padre de Ernesta bebió un largo trago. En el pitorro del porrón, el vino blanco espumeaba. Se pasó la mano por los labios.

—Esto se ha acabado. A esperar otro año.

El porrón iba de una mano a otra. Alguién extendió el brazo en toda su longitud. El vino hacía un arco brillante, áureo.

—Está el aire muy cargado. Como nos pille una tormenta antes de que el trigo esté en los graneros, nos va a dar trabajo. Aunque pongamos lonas, no solucionamos nada. El trigo coge humedad y se muse luego.

La tarde estaba en calma. Sin embargo, el delicado olfato de los campesinos para las cosas del campo, distinguía el olor de la tormenta lejana.

—Igual se va para otro sitio —dijo Paulino—; nunca se sabe.

Las mujeres, con las horcas al hombro y las cestas al brazo, caminaban hacia el pueblo. Los chicos pequeños las acompañaban. Los mayores estaban distribuidos

entre los arándanos y la caza de un pájaro herido en un alto matorral. Gritaban:

—Es una cría de marica. Tiene un ala rota.

Sobre el matorral caían piedras y terrones. Estos se deshacían al golpear en una rama fuerte y se oía durante unos segundos el siseo de la tierra cayendo entre las hojas.

Cuando todos volvieron al pueblo se extrañaron del nerviosismo reinante. El alcalde los llamó a la plaza. Les habló. Les dijo que había estallado la revolución en África, que un grupo de españoles..., que había que defender a Dios, que en Madrid se estaban quemando las iglesias. La maestra estaba a la izquierda del alcalde, muy tiesa y muy triste. El cura, a la derecha, asentía con la cabeza. Los campesinos oyeron las palabras del alcalde en silencio. Luego se fueron a sus casas.

La madre de Ernesta le preguntó a su marido:

—¿Tú crees que va a pasar algo malo?

Paulino tardó en contestar. Se frotó las manos, se frotó con los callos de las palmas el dorso de las manos. Era algo que le producía placer. Dijo:

—Donde hay política no puede pasar nada bueno. Ya veremos.

Al día siguiente era domingo. Hacia mediodía pasaron por el pueblo cinco camiones con hombres de camisa azul celeste y pantalones de soldado. Algunos llevaban fusiles. Cantaban y daban vivas. Los niños salieron a la carretera y los aplaudieron. Tras el paso de los camiones, quedó una espesa nube de polvo. Los niños siguieron aplaudiendo y se volvieron hacia la plaza gritando, golpeándose. La madre de Ernesta le preguntó a su marido:

—¿Quienes eran ésos, Paulino?

—Han dicho que si son los de Albiñana y que van para la capital.

La mujer quedó un momento pensando.

—¿Os llevarán a vosotros?

—Creo que irá el que quiera. A no ser... Pero no, irá el que quiera.

El alcalde andaba con boina colorada por el pueblo. Preguntaba a los vecinos:

—Tú, Laurentino, ¿te vienes para Burgos?

—¿Y qué hago yo con la mujer y los chicos? ¿Quién les da de comer?

—Entonces no cuento contigo.

—No, señor alcalde; yo lo siento, pero no estoy para andar metido con los jóvenes en estos pasos.

Pasaba el alcalde a otro:

—Y tú ¿qué dices?

El campesino se acobardaba:

—Yo lo que usted diga.

—Pues anda, vete para casa y prepárate. Lleva una manta. Paulino, cuando le llegó el turno, le contestó que no, que no podía ir, que las obligaciones las tenía en el

pueblo. El alcalde agrió el gesto y comentó:

—Aquí parece que hay mucha mala voluntad. Andaos con cuidado. No os digo más.

Dos o tres hombres le fueron a consultar a Paulino:

—Tú, que siempre has sido prudente ¿qué hacemos nosotros, dinos? Porque don Alfonso sabe que fuimos a darle una paliza y como venga se puede terciar algo malo.

Paulino pensaba. Los hombres guardaban silencio, esperando.

—Yo que vosotros... no sé. Don Alfonso no lo puede tener en cuenta. Vosotros le queríais sacudir por otras razones. No sé. No quiero decir nada. Si me equivoco, malo. Hay que confiar en que las cosas no se pondrán muy duras. Yo, me quedaría, pero ya os digo que no sé.

Los hombres se miraron. Uno de ellos explicó:

—Es que nosotros también hemos votado, y ellos lo saben...

Paulino hizo un gesto:

—No sé, no sé.

Ernesta estaba con la madre.

—Madre, ¿viste a los soldados? Ha dicho el hijo de la señora Segunda que hoy pasarán más. Yo voy a estar avisada, porque no me lo quiero perder. Los que han pasado ¿has visto qué camisas llevaban? Ahora pasarán con otros uniformes. Lo han dicho. ¿No te crees?

—Claro que sí, Ernesta. —La madre revolvía con un palo un caldero que estaba puesto a la lumbre—: Hay que echarles a los churros la comida. ¿Has puesto forraje a los conejos?

—Ahora voy. ¿Tú crees que pasarán más soldados, o que será mentira?

—No lo sé, hija mía. Seguramente pasarán más soldados, pero yo no lo sé.

En la cuadra se respiraba un aroma acre y, sin embargo, agradable. Las telarañas colgaban empolvadas de las vigas del techo. A Ernesta le gustaba arrancarlas con un palo, luego lo hacía girar hasta que se enroscaban totalmente, y lo llevaba a la cocina para quemar la telaraña. El ruidillo que hacía al quemarse la llenaba de contento. Cuando era más pequeña, la madre la amenazaba:

—Un día va a salir la abuela de las arañas y te va a picar, entonces verás lo que es bueno.

Ernesta se quedaba un momento suspensa de temor y al fin sonreía entre incrédula y miedosa:

—Sólo arranco las telas viejas, las que ya no les sirven para nada.

En la cuadra corría espléndidas aventuras Ernesta. Había subido más de una vez al pajar vacío, de madera brillantada por la paja depositada allí durante años. En el pajar, por donde se abohardillaba el tejado, había huecos en la pared. Huecos que aprovechaban los pájaros para construir sus nidos. Ernesta y otros niños introducían

las manos en los huecos y sacaban las crías de los pajarillos. A veces las crías todavía no habían nacido. Entonces sacaban los huevos con mucho cuidado y los contemplaban en las manos. Los volvían a dejar donde estaban. Se lo contaban a su madre.

—Hay un nido que tiene tres huevos.

—Bueno, pues no los toques porque como la madre se dé cuenta los aburre y entonces no habrá este año pajarillos.

Ernesta prometía no hurgar más en los nidos, pero la tentación era superior a sus fuerzas. Cualquiera día iba donde su madre con la noticia.

—Los pajarillos ya han salido. Son muy feos.

—Déjalos, Ernesta, que si no voy a tener que darte unos azotes.

El misterio de la cuadra radicaba en los ratones. Descubrir un nido de ratones era cien veces más importante que descubrir un nuevo nido de pájaros. Los ratoncillos parecían burbujas de pelo y a Ernesta le emocionaba contemplarlos en sus cómodos nidos. No decía nada, porque la madre hubiera ido inmediatamente al nido y hubiera matado a los ratones. Entre las amigas lo comentaban:

—Ya tengo otro nido de ratones. Voy a coger el más chiquitín y lo voy a guardar en una caja hasta que crezca.

Alguna vez habían llevado ratones a la escuela. Cuando se enteró la maestra, les costó un castigo.

—Los ratones —dijo— no sirven más que para transmitir enfermedades. Así que ya estáis tirando esas porquerías rápidamente y que no me vuelva a enterar que jugáis con esos bichos.

Ernesta entró en la cuadra ayudando a su madre a llevar el pesado caldero. Olía bien. El vapor le abrasaba las manos. La madre se deshacía en advertencias:

—Ten cuidado, Ernesta, no te vayas a escaldar. No andes tan de prisa, que me vas a hacer tirarlo todo.

Los cerdos gruñían, avisados por el olfato de la comida cercana. Entraron en la cochiguera y casi no les dejaron verter el contenido del caldero en el tronco ahuecado que hacía de comedero.

—Échalos para atrás a estas fieras.

Las manos de Ernesta golpeaban los flancos de los cerdos. Salieron. Ernesta se quedó un gran rato viéndolos comer. Los gruñidos de satisfacción se mezclaban con las ventosidades de los animales. Ernesta pensaba que si su carne no fuera tan rica, sería asqueroso tener en casa unos animales tan repugnantes. Cuando volvió a la cocina, se encontró con su padre.

Paulino mostraba preocupación. Ernesta jugaba entre sus piernas.

—Padre, si sales algún día de caza me tienes que llevar. Quiero un pollo de perdiz. Arreglarás la jaula y lo tendremos ahí todo el invierno.

La luz del mediodía se filtraba por las persianas verdes, de rejillas, acebrando el pavimento. Paulino respiró profundamente:

—Don Alfonso ha llegado. Ha cogido a cuatro vecinos y se los ha llevado a su pueblo. Ha dicho que ahora les iba a dar su merecido.

La mujer se volvió a mirarle. Ernesta estaba callada. El padre la empujó suavemente:

—¿Quieres irte a jugar un rato? En la plaza están tus amigas; las he visto saltando a la soga.

Ernesta salió por la puerta remoloneando. Asomaba la cabeza. El padre repitió:

—Anda, vete y vuelve luego. Te contaré una cosa que le ha ocurrido a Crispín el botero.

Desapareció la cabeza de la niña y oyeron el golpe de la puerta de la calle. Silencio.

—Se los ha llevado. Yo soy un poco el culpable de que se los haya llevado. Yo les dije, porque confiaba...

—Tú no tienes la culpa, Paulino, tú no tienes la culpa.

—Es que yo les dije que no pasaría nada, que no iba a ser tan mal hombre como para darles un disgusto. Yo creía que lo pasado, pasado.

La mujer se estiró el delantalillo:

—Voy a ver lo que dicen las mujeres. ¿A quiénes se han llevado?

Como en un suspiro, Paulino fue enumerándolos. Quedó solo.

—¿Dónde vas, madre? —dijo Ernesta. La madre le hizo un gesto. Ernesta jugaba con las demás niñas en la plaza. En el pilón, el delgado chorro del agua caía continuamente. Las chicas iban al pilón de vez en cuando, se mojaban las manos y luego se las pasaban por el pelo. «¡Qué calor, qué calor!»

Se componían con coquetería. El juego seguía: «Una y dos *ca*, una y dos *fé*; una y dos *ca-fé*. / La vecina / de allí enfrente / como no tiene / que hacer...»

Las mujeres, en grupos, comentaban el incidente.

—Ese don Alfonso es capaz de meterlos en la cárcel. Con él no se puede andar con bromas. La cantidad de sangre negra que debe de tener el tal don Alfonso.

Una de las mujeres dijo en voz baja:

—No será lo peor que los metan en la cárcel o que les muelan las costillas. No será lo peor.

Se extendió un silencio. Las palabras de la mujer hacían eco en todas las mentes: «No será lo peor, no será lo peor.»

La madre de Ernesta entró en la casa de uno de los que se habían llevado. La mujer lloraba. La madre de Ernesta pretendió consolarla:

—No te preocupes, mujer, verás como no pasa nada. Ese don Alfonso es un mal bicho, pero no se va a atrever. Te lo aseguro. No quiere más que darles un buen susto.

La mujer se quejaba entre los lloros:

—Primero nos quitó todo y ahora se lleva hasta a los hombres. Dios lo maldiga: Mucha misa y mucho andar con los curas, pero es un canalla, un asesino. Dios lo maldiga.

Don Alfonso, en su pueblo, daba órdenes respecto a los cuatro campesinos. Primero los había interrogado con mucha sorna.

—¿De modo —había dicho— que tú justamente con estos otros me pensabas haber calentado las costillas, infeliz? —El campesino agachaba la cabeza y no contestaba nada. Don Alfonso tenía un montón de papeles entre sus manos—. Contesta, animal. Os debía romper a todos las espaldas.

El montón de papeles fue partido por las manos nerviosas de don Alfonso. Un escalofrío de sadismo le hacía temblar. Los despidió. Decidió después:

—Les dais cuatro palos y que se larguen; me han pillado de buena, ¡qué se le va a hacer!

Los campesinos regresaron a su pueblo contentos y humillados. Creían que habían salvado el pellejo y esto les llenaba de contento. Por otra parte, los palos que les dieron y el saberse insignificantes frente a la fuerza de don Alfonso, los había humillado.

—Si no nos hubiéramos metido en nada, seguro que...

Uno de los cuatro tenía el gesto agrio:

—...seguro que te hubieran dado un premio por bueno. Este don Alfonso es un canalla que algún día me las pagará. No sé vosotros, pero yo lo juro que éste me las paga.

Al anoecer llegaron al pueblo. En cuanto Paulino se enteró estuvo a verlos. Fue una conversación extraña. Apenas hablaron. Al día siguiente desapareció del pueblo un hombre. Durante toda la guerra nada se supo de él. Volvió de repente; nadie le preguntó nada. Un día se lo llevaron los guardias.

Durante el verano la vida de Ernesta transcurrió feliz. Se le iba el tiempo jugando en la plaza, en los alrededores del pueblo, en el pajar de pulimentadas tablas de tarima, en el almiar alto, desde el que los chicos se tiraban dando vueltas. Ernesta, al cabo de la jornada le hacía recuento a su madre de todas sus aventuras:

—Hoy hemos estado en el arroyo, hemos cogido una rana tan grande como un gato pequeño.

—No seas exagerada, mujer, ya habrá sido de esas ranas de San Valentín, que no abultan lo que la yema de un dedo. —La madre se divertía con las aventuras de Ernesta.

—Te aseguro que era muy grande. ¡Tú sabes lo que nos ha costado cogerla! Menos mal que venía con nosotros Pruden y se ha atrevido a cogerla con la mano. Daba un asco... —Ernesta se frotaba las manos con repugnancia. Seguía—: Mañana

iremos a coger un conejo que se ha metido en una cueva de la tapia grande.

—Claro, allí os va a estar esperando.

La niña dudaba:

—Tú crees que ésa no era su cueva y que se habrá marchado...

—Seguro.

A finales de septiembre cayeron algunas tormentas que hicieron crecer el arroyo. El agua estaba templada. El sol pesaba con su último calor fuerte de principios de otoño. Ernesta y sus amigas se iban al arroyo a chapotear con los pies descalzos. Las riñas de la madre eran inútiles. Todos los chiquillos del pueblo, de espaldas a los acontecimientos que preocupaban el ánimo de los mayores, estaban en el arroyo. El día de San Miguel fueron las fiestas del pueblo, pero no se celebraron. El cura, después de la misa, habló a los campesinos y les dijo que no eran tiempos de distracciones paganas los que corrían. Por otra parte, nadie hubiera tenido humor para divertirse con las fiestas. Había ya muchos mozos en el frente. Alguno había muerto.

* * *

La espera está hecha de una vaga sensación de desamparo, vaga como una figura tras el cristal sucio de una ventana. De desasosiego, en el que los nervios recorren el cuerpo como una columna de insectos. De miedo, en el que se descubren misteriosas zonas oscuras dentro de la órbita de los ojos. Desamparo, desasosiego y miedo, son en las mujeres del castillo, de donde la palabra, aun la iracunda, con estela de calma se ha alejado, las tres ondas concéntricas en las que a veces se extiende, o a veces se resume hasta casi desaparecer, para volver a nacer, el silencio. Las mujeres guardan silencio. Sonsoles se levanta y sale al patio. Se acerca al Cuerpo de Guardia. Ni siquiera pregunta a Ruipérez. Le mira a la cara y vuelve a ocupar su lugar entre las otras, en la casa.

Las pequeñas cosas en las que se fijan las miradas no distraen el pensamiento. El vaso con su mezcla, color de madera limpia, del agua y el vinagre azucarados, detiene la errabunda marcha de la mirada de María Ruiz. Mecánicamente sus manos se afianzan en él. Bebe sin ganas. Deposita el vaso en la mesa, donde un círculo de humedad brilla apagadamente. La mano derecha de Ernesta recorre el camino del brazo de la butaca una y otra vez. Felisa tiene desde hace un rato la sonrisa en los labios y no sonrío por nada; es parte de su naturaleza la sonrisa. Se ha agachado a recoger un hilo o un alfiler. Carmen cierra los ojos y los vuelve a abrir. Siempre se fija en el cuadro colgado de la pared; un cromo barato. Sonsoles contempla la falleba de la ventana, que hace un ligero ruido cuando el vientecillo empuja los bastidores.

De pronto Ernesta ha preguntado algo. María inquiere.

—¿Qué dices, Ernesta?

—La hora. ¿Qué hora es?

—Pronto. Las seis y media, o tal vez algo menos. No sé.

Abajo, en la acequia, los niños están sentados. El más pequeño juega con una varita. Hace extraños dibujos en el suelo. Está como ensimismado en sus dibujos mientras los otros planean algo que está fuera de sus cálculos. Quieren ir a fumar ajén, unos palos porosos y secos que cortan de una planta trepadora que crece en la muralla por el lado del pueblo. Ya lo han decidido. Van corriendo. El chico pequeño se queda atrás. Desea todavía acabar uno de los dibujos, pero no quiere quedarse solo. Va detrás de ellos, llamándolos.

El perro explora, husmea, persigue a una gallina cansadamente hasta que el ave bate las alas y cacarea furiosamente. El perro encuentra un trozo de pan sucio que olisquea, con el que se entretiene. Se acerca a la puerta de entrada. Pedro chasca.

—Fuera de aquí.

El perro se vuelve con los cuartos traseros bajos, mirando temerosamente los negros botos de Pedro.

Las nubes de tormenta han avanzado hasta verterse hacia el sur de la llanada. El sol, todavía alto y cegador, contrasta su morado negruzco. Pedro observa el cielo. «No habrá tormenta. Al sur la tormenta se remansará en su viaje y lo que esté sin recoger, si es fuerte como amenaza, se perderá.» La tormenta lleva en sus flancos, como custodiándola, un viento cálido que aumenta ahora y que luego irá decreciendo suavemente hasta desaparecer. El viento es como un pez piloto de la tormenta, la circuye, avisa su llegada y su marcha.

Pedro suda. Siente las cejas húmedas. La piel de la frente tirante. Creo que se le canaliza el sudor por la columna vertebral. Piensa que ha de quedarse frío inmediatamente porque ha sido el viento cálido, bochornoso, el que le ha hecho trasudar. Daría algo por beberse un vaso de agua. Al final, donde él no alcanza a ver, está el pozo. Y en el torreón grande, donde el tiempo ha hecho poca mella, el depósito de agua, cuyo escape se regula con un grifo que da un agua deliciosamente fresca.

—María, ¿crees que sería conveniente avisar al párroco? —ha dicho de pronto Sonsoles.

María la mira duramente. En su mirada hay odio. Pensaba en aquel momento que nada había pasado. El silencio la ayudaba. En el silencio se había dejado transportar por la imaginación a otro mundo de calma, de serenidad, donde no estaba, ni entrevista, la realidad amarga.

—No creo que sea necesario en estos momentos. Además llamarle cuando nos enteremos no cuesta demasiado tiempo, como quien dice; está ahí, a unos pasos.

Está a unos pasos. Las palabras han despertado en Ernesta un nuevo miedo. Está a unos pasos. ¿Quién? He aquí que aparece el cura preparándose para rezar por Guillermo. El luto bajo el sol. Todas las mujeres de luto alrededor de ella, de Ernesta.

Está asustada, cada vez más asustada.

—María, estarán al llegar.

—No te preocupes, Ernesta; ya nos avisarán.

—María, casi estoy deseando que lleguen.

—También nosotras. Ten calma.

Le hubiera descansado llamarla por tercera, cuarta o quinta vez; hablar con María o con todas. La han despertado del silencio, la han despertado a la congoja que necesita el calor de la compañía, el calor de la palabra. Está desvelada del silencio, y por eso intenta por tercera vez hablar con la que puede transmitirle mejor consuelo.

—María, acompáñame a ver lo que pasa.

—No hay nada que ver.

—Acompáñame.

Se levantan las dos y salen al patio. Ernesta se vuelve de pronto a María y la abraza.

—Es que no lo puedo resistir.

—¿Resistir? —los ojos de María se fijan en la muralla y parece que su mirada ahonda en ella, la penetra—. ¿Resistir?

—María, vosotras sois más fuertes.

—Sí, Ernesta, pero ten tranquilidad. A Guillermo seguramente no le ha pasado nada. Ha podido ser a la otra pareja. A Cecilio o a Baldomero...

Hace una pausa María Ruiz. Coge por la cintura a Ernesta.

—Anda, vamos adentro.

* * *

Por la cuesta suben el párroco y el alcalde del pueblo. Pedro calcula los pasos que les separan de él. Doscientos, doscientos cincuenta pasos. El alcalde alza la mano en un saludo. Se paran. El cura hace con las manos pantalla sobre los ojos.

«No tardarán mucho en llegar los compañeros. Estos dos no hubieran subido si no supiesen el fin próximo. Dentro de poco los compañeros aparecerán entre las casas últimas del pueblo, irán subiendo. ¿Vendrán con él? ¿Vendrán solamente los tres? Vendrán con él, vendrán los cuatro.»

El cura lleva las manos a la espalda. Se han detenido otra vez. El cura ha apoyado una de sus manos en la rodilla derecha y se ha subido a un montículo. Se vuelven de espaldas al castillo. Miran hacia el pueblo. «Desde ese lugar ¿verán acaso a los compañeros? No, deben de estar hablando de otra cosa. Ya se acercan.»

El cura y el alcalde saludan al guardia.

—¿No hay noticias? —inquire el cura.

—Ninguna por ahora, don Antonio.

—¿Están enteradas las mujeres?

—Sí, ya lo saben todas.

Ruipérez sale del Cuerpo de Guardia.

—¿Cómo están ustedes?

—¿Las mujeres —pregunta el cura— están en alguna casa?

—Sí, don Antonio. Ahora llamaré a la mía.

Don Antonio da grandes chupadas a su cigarrillo.

—Mira que ha sido desgracia. Esto no ha ocurrido nunca.

Pedro mueve la cabeza a un lado y a otro.

—Ocurre muchas veces. Las ferias traen esto. Lo que pasa es que como por aquí la gente es tranquila... Pero ocurre y cuando ocurre, pues ya lo ve usted.

El alcalde coge el cigarrillo con toda la mano. La palma forma una cuna en la que el humo descansa un momento y luego se escapa. El alcalde mira la mano que sostiene el cigarrillo, mira al suelo, mira al horizonte.

—Cuando yo era joven andaba echado al campo uno que le decían «Tresviejas» porque había robado a tres mujeres de mucha edad y a una de ellas le había dado un casotazo en la cabeza que la volvió loca. Este «Tresviejas» tenía mala condición y era cobarde. A un gitano que contó un algo de él, le pinchó la bestia que llevaba a la feria y lo arruinó. Pues a «Tresviejas», con todo lo cobarde que era, la Benemérita se vio y se deseó para echarle el guante. El tío se defendía a pedradas, a mordiscos y con una cuchilla grande de castrador. Le tuvieron que tumbar de un balazo. El cabo, al ver que no podían con él, le dijo al compañero: «Aparta que a éste se le van a acabar los humos.» «Tresviejas» se murió bajo el sol, en un ribazo, cagándose en todo. En el campo la gente reacciona siempre mal; no se puede decir éste es cobarde o éste es medio marica y se va a entregar. Donde menos se espera uno, allá está un tío dispuesto a jugársela como los buenos. En el campo no se puede andar en contemplaciones con la gente...

El alcalde calló un instante; en seguida reafirmó lo dicho.

—Parece que a la gente se le sube el sol a la cabeza y se vuelve medio loca. Así es. ¡Quién sabe lo que habrá pasado hoy! Yo creo que de todo lo que ocurre por esta tierra, el sol es más culpable que nadie. A uno le da un calenturón de sol y ya lo tienen ustedes haciendo lo que no debe hacer. ¿Se acuerdan, hará dos años, cuando al chico de la que llaman «La Hurona» le pegó a aquel leonés la pinchada? Pues aquel día andaba el chico trastornado de sol. Yo le vi en las eras y no se estaba quieto, le buscaba la boca a todos. Menos mal que no le hacían caso. La pagó el más infeliz, por no conocerle y tomarle en serio. Cuando uno está asolado lo mejor es dejarle hasta que se le pase. Bien va solo. Que se le pase, ya se dará cuenta.

El monólogo del alcalde se perdió en una advertencia del párroco.

—Bueno, vamos a ver las mujeres, a ver qué tal andan de ánimos.

El alcalde dio una última chupada al cigarrillo. El párroco ya lo había tirado.

Entrar fumando en una casa donde el dolor se ha refugiado, es casi una falta de respeto, así lo entendían ambos. Formaban una extraña procesión. Primero el párroco, detrás Ruipérez, el último el alcalde, que quería entablar conversación con el guardia.

—Aquel «Tresviejas» era hijo de un hombre que había tenido fortuna. Estaba acostumbrado a gastar mucho dinero. En cuanto le faltó, se lo buscó por malos medios. Luego acabó como ya le he dicho. Hay que ver las vueltas que da el mundo.

—Muchas, señor alcalde, muchas.

Entraron los tres en la casa, Ruipérez los anunció.

—El señor cura y el alcalde, que vienen a haceros un rato de compañía.

Las mujeres se levantaron al verlos entrar.

—Sentarse, hijas mías —dijo el cura—. No moverse, por Dios. Estáis bien como estáis.

Sonsoles, obsequiosa, le brindó un asiento.

—Siéntese usted aquí. El rinconcillo es más fresco; junto a la puerta le da el calorazo.

—No preocuparse por mí. En cualquier sitio estoy bien, hijas mías.

Ruipérez se despidió.

—Me voy, porque hay que estar atento... En cualquier momento pueden comunicar.

—Vaya con Dios.

El párroco sacó del interior de su sotana un reloj.

—Las siete menos cuarto. El tiempo pasa pronto.

Hablaba el alcalde con María Ruiz.

—Nunca se debe pensar que las cosas ocurren a la buena de Dios. Yo les estaba contando antes al señor cura y a Ruipérez lo que ocurrió hace algunos años con uno al que llamaban «Tresviejas» y también lo del hijo de «La Hurona». Ustedes, cuando lo de «Tresviejas», serían todavía unas chiquillas. Fue muy sonado aquello.

María Ruiz no le escuchaba. Conocía al alcalde y sabía que cuando tocaba un tema no lo abandonaba hasta que todos los oyentes se saturaban de él. Pensaba en otra cosa y hacía frecuentes movimientos de cabeza, como afirmando lo que decía el alcalde. Sonsoles atendía al párroco.

—La desgracia —dijo el cura—, vamos, lo que entendemos los humanos por desgracia, no suele ser tal. Los caminos del Señor son misteriosos. Dios escribe derecho con renglones torcidos. La pequeñez de la mente humana es incapaz de considerar dónde comienza lo que llamamos desgracia y dónde principia la verdadera felicidad. Aquel hombre que muera cumpliendo con su deber, aquel que lo ha sacrificado todo a su deber, aquél se salvará. Esto es lo importante. Lo demás... que unos años más en este mundo, en este valle de lágrimas... No. Lo importante es salvarse y se puede tener por seguro que el mejor medio de salvarse es cumplir

siempre con el deber. Todos en el mundo tenemos un deber que cumplir. Todos. Desde el más rico al más pobre, desde el que parece más miserable al que parece más en las alturas.

El alcalde había callado y todos escuchaban ya al párroco. Sonsoles propuso que se rezase un Rosario. El párroco sacó un rosario de cuentas gordas de una cartera que parecía una petaca.

—Cuando quieran, hijas mías.

—Empiece, padre —contestó Sonsoles.

Ernesta lloraba tenuemente. María Ruiz cambió su asiento con Carmen y sujetó por los hombros a Ernesta. El párroco principió a rezar el Rosario.

* * *

Guillermo Arenas se había preparado para la vida en el colegio de Valdemoro. Al salir de él, fue destinado a Andalucía. Cambió el número del fusil y cambió la vida. Le restaba un dedo del colegio, que fue perdiendo por los caminos y los campos. Se acostumbró a entenderse por el gesto con el compañero que caminaba paralelo al otro lado del camino. Contestaba con monosílabos a las preguntas que se le hacían. Se acostumbró a la sed; al sol inclemente; a la sombra, considerada como una felicidad; al fusil formando parte de su esqueleto, doliéndole en las espaldas, húmedas de sudor; a la contemplación de las estrellas, con las que ya había trabado conocimiento en las noches de guardia. Fue apropiándose, absorbiendo, los hechos del campo: la alta águila; el milano veloz; el lagarto espión que sobre una piedra achicharrada observa el camino y rápidamente se oculta entre las piedras de un matojo; la lechuza silbante del atardecer; la estrella primera, que parecía una escamita del sol recién sumergido tras el horizonte. Entendió los murmullos. Se sintió capaz de contradecir al compañero en las afirmaciones espontáneas de la marcha; «eso es un gallo de monte, aunque parezca otra cosa, y eso un nido de avispon que en esta época tiene miel negra».

Guillermo Arenas olió la tierra florecida de la primavera; pisó el alacrán de los canchales; vio las flores blancas de las barreras; arrancó la hojilla del olivo para salivar la boca reseca; orinó los hormigueros en el alto de la meadilla, apenas salido al campo por la mañana temprano; se humedeció con el pañuelo la nuca en la fuente de los muleteros, donde el gran pilón tenía gusarapas y tritones de crestas moradas y bocas como de viejas desdentadas. Guillermo pisó con sus botas la avena y el trigo de los linderos de las fincas por donde se deslizaban, perfilándolas, los caminillos, los senderos, los atajos que acortaban la distancia entre dos pueblos. Sentado en los ribazos en las horas de mucho calor, recontaba los pueblos por sus torres, altas y blancas en la lejanía, juntamente con su compañero. El caminante de silueta inconfundible que ve el viajero de la carretera general, que saluda el hombre del

camino, que sale o vuelve de las labores del campo, el que prefiere no encontrar el hombre de los atajos, que teme, aun sin culpa alguna.

Guillermo Arenas no había estado en la guerra. Cuando la guerra era un muchacho que pasaba su tiempo entre la escuela y las pedreas de los chicos de su barrio con los del barrio vecino. El era fuerte y había llegado a ser lugarteniente de «El Jabalí», el jefe del barrio, un muchacho de ojos estrábicos, pequeño, retorcido, que se llamaba a sí mismo «El Jabalí» y que gozaba de una puntería sorprendente. «El Jabalí» llevaba siempre un palo largo con un clavo colocado en la punta, un clavo muy grande, con el que amenazaba a los prisioneros, cuando se hacían prisioneros, de las peleas entre los barrios.

Fue a Valdemoro como huérfano de Guardia Civil y allí continuó hasta que acabó y lo destinaron.

Ernesta vivió en el pueblo hasta ocho años después de haber acabado la guerra. No marchaban bien los asuntos y se tuvo que colocar de sirvienta en el pueblo cercano en casa de una familia rica. Estaba muy triste el día que se despidió. Era la primera vez que Ernesta salía de casa, del pueblo, de los queridos alrededores, donde habían transcurrido todos aquellos años. El padre estaba enfermo, apenas salía al campo a trabajar. La madre le había preparado una maleta de cartón en la que iban mezcladas ropas y alimentos.

—Cuida la ropa —le dijo— y administra lo que te he puesto de comer en la maleta. En esas casas nunca se sabe si te van a matar de hambre o te van a cebar. Lo mejor es que andes con tiento y administres lo que llevas. Si pasas mucha hambre lo dejas, y te vuelves; ya veremos cómo nos arreglamos. No tengas miedo, te vuelves y asunto acabado. —Se lo hizo prometer.

Lloró al despedirse. El carretero que estaba esperándola se inquietaba ante la larga despedida.

—Que no va a ser para tanto, mujer; que otras también van a servir y cuando vuelven han engordado y tienen hasta tristeza por haber vuelto. Que hay que ver mundo y espabilarse. Pues está la vida como para hacer dengues. —Ernesta se secó las últimas lágrimas y subió al carro. El carretero le había preparado un asiento con unos serones—. Siéntate ahí, que irás mejor. —Luego se puso a silbar.

La madre estuvo plantada en medio de la plaza hasta que vio desaparecer el carro entre las casas, buscando la carretera. Paulino se hallaba emocionado.

—Tú, mujer, ¿crees que hemos hecho bien mandándola a servir?

La mujer se metió en la casa.

—Claro, hombre. Aquello es más grande y más rico; puede que encuentre algún mozo que le vaya bien. Aquí no hay más que mucha hambre y para morir de asco y de hambre, siempre le quedará tiempo.

Paulino inclinó la cabeza, meditabundo.

Fue un camino de melancolía. El carretero le hablaba continuamente y ella contestaba casi sin ganas a las preguntas que le hacía. El lento andar de las mulas le daba ocasión de ir valorando el alejamiento. El carretero silbaba. Confesó que silbaba porque era mejor que cantar y menos cansado.

—Silbando se pasa el camino antes. Yo lo aprendí de mi patrón. Por ahí la gente cree que para el camino, para matar el tiempo, lo mejor es cantar. Pues no. Es difícil encontrar alguien que vaya por el camino cantando. En cambio, silbar lo hacemos todos. El pastor silba para matar el tiempo en el campo. El que va pidiendo cuando no le oyen, silba. Los guardias silban así, como para su camisa, para que nadie los oiga. Los carreteros silbamos. Es una buena compañía. ¿No te parece?

Ernesta sonrió. El carretero seguía su monólogo:

—Hay algunos que saben imitar a los pájaros. Yo conocí a uno que no necesitaba cimbel cuando iba de caza. Se lo hacía él todo. Claro que aquél era una cosa nunca vista; murió cuando la guerra de unas fiebres; fue amigo mío. —Añoraba el tiempo pasado—: ¡Qué tiempos! ¡La de veces que entre aquél y yo habremos bebido media damajuana los dos solitos! Tu padre le conoció, que te cuente él. Era zamorano, de un pueblo que le llaman Cubo de Vino, que da los mejores bebedores de Castilla y León. Aquél sí que era...

Valoraba el alejamiento. Ya no se veía la alberca. Ya no se veía el nogal grande en cuya copa los chicos construyeron una vez una cabaña. Ya no se veía la casa, de fachada azul, donde estaba la taberna. Tras el carro estaba, allá al final de la carretera polvorienta, el pueblo. El carretero hablaba y hablaba. Rechinaban los ejes. Chascaba la lengua del carretero para animar a las mulas. Una cuerda colgante dejaba tras el carro un surco serpenteante, como del paso de una culebra. Y Ernesta veía acercarse el otro pueblo. Primero la torre de la iglesia hacia la cual iba recto el camino. Luego los tejados rojos, rosados, pardos. La línea de chopos recortada en el azul, trazando el curso del arroyo medio seco, como todos los de Castilla en el verano.

Sin darse cuenta apretaba el asa de la maleta colocada junto a sus piernas. Pensó en lo que sería aquella casa donde iba a comenzar una nueva vida. Tendría que trabajar mucho. No se asustaba. Trabajar no importa. ¿Le darían de comer? Comer era una obsesión. Ella nunca comía mucho. Pero la madre le había advertido: «Si pasas hambre, te vuelves.» Se imaginó maltratada por las gentes de la casa. Se compadeció a sí misma. El carretero volvió un momento la cabeza y la encontró a punto de llorar. Se echó a reír.

—Mujer, si pareces una criatura. ¡Que no te van a comer! Siempre, cuando se sale de la casa, le entra a uno miedo. Si yo te contara... Cuando fui soldado, el servicio no era como ahora, era mucho más duro. A mí me mandaron a Levante. Cuando me enteré de para donde íbamos, me entró una congoja que, fíjate, soy hombre y no me

avergüenzo, me pasé lo menos dos noches llorando. Y eso que me había salvado de ir a África, No sé lo que me pasaba. Si me dicen que me llevan a África, pues no lo hubiera pasado peor. Era el salir de casa. Yo estaba llevando un carro, como ahora, y del mismo sitio al mismo sitio que ahora. Había visto algo más de mundo que los otros, pues nada, estaba apabullado. El salir de casa cansa y asusta hasta que te acostumbras. Si ahora me dicen, viejo y todo, que si quiero marchar a América porque allá atan los perros con longanizas, pues igual lío los bártulos, licencio a la familia y me largo. ¿Por qué no? Ya verás en cuanto llegues y tomes confianza con ellos, que son buena gente; se te pasa la tristeza en menos que canta un gallo.

Entraban en el pueblo. El carretero saludaba a los vecinos. Estos le gastaban bromas:

—¿Qué traes de valor, buena pieza? ¿Qué has pescado en el camino?

El carretero inflaba el pecho:

—Mirad, mirad lo que traigo.

Ernesta estaba asustada ante las miradas y los comentarios en voz baja de los hombres. De pronto el carretero dijo:

—Bájate, que aquí es. —La ayudó a bajar la maleta—. Te deben de estar esperando.

Ernesta ante el portal abierto y vacío no sabía qué actitud tomar. Tímidamente pidió permiso para pasar. Una voz de mujer le respondió desde dentro:

—Adelante quien sea.

Ernesta hizo un esfuerzo cogiendo la maleta y entró. Después de la luminosidad del camino, no acertaba a precisar los objetos en la penumbra del portal. Tropezó con un arca.

—¿Por dónde?

Una mujer salió secándose los brazos con el delantal.

—Pasa, pasa aquí a la cocina. Tú eres la que vienes a vivir con nosotros, ¿verdad? —La voz se ahogó en la garganta de Ernesta. Respondió con un «sí» casi suspirado. La mujer tenía una voz alegre. Los ojos de Ernesta se fueron acostumbrando a la oscuridad de la cocina—. No abro por las moscas. En seguida se llena esto de esas malditas. Siéntate, mujer, y descansa, que la caminata ha sido grande.

—Vine en un carro.

—No importa. El camino cansa lo mismo y el carro cansa más que el camino.

En la cocina había una gran mesa cubierta con un hule blanco. Sobre un platillo, una jarra de agua.

—Querrás refrescarte, ¿no es verdad? —La mujer le sirvió agua de la jarra. Estaba muy fresca. Empezó a hablar en seguida de las cosas que tenía que hacer. Explicó quién era ella—. Los he visto nacer a todos. Llevo en esta casa más de treinta años. Me llaman la señora María. Así me puedes llamar tú. Vas a ir a vivir al último

piso. Ahora, en el verano, es un poco caliente durante el día, pero como tú durante el día no vas a estar metida en la habitación, te da igual. En cambio, en el invierno es el sitio más caliente de toda la casa, porque las habitaciones del primer piso son más grandes que un portegado y las del segundo no se usan nunca, a no ser que vengan de la ciudad invitados. ¿Sabes servir la mesa? Bueno; si no, ya aprenderás. Eso se aprende pronto. Además, aquí no se anda con demasiados refinamientos. La señora se llama doña Paula y los chicos... bueno, los chicos ya los irás conociendo. Te tienes que levantar a las siete, mientras haga calor; luego un poco más tarde. Tienes que ir a misa. ¿Tú vas a misa? Me lo imagino; no sé por qué te hago esas preguntas; claro que vas. Bueno, pues hay que ir a misa y luego preparar el desayuno; ya te enseñaré yo. Esta casa —afirmó orgullosamente— cuando yo era joven no necesitaba más que de mí, y eso que la señora estaba criando. Cuando más alguna mocita que me echaba una mano.

Hizo una pausa la señora María. Ernesta estaba enterándose de que prácticamente la que mandaba en la casa era ella y no la verdadera dueña. Era una criada vieja, y una criada vieja en Castilla acaba por ser tan de la familia como los que la forman. Todos los asuntos concernientes a la casa parecían estar en sus manos, porque en seguida le comunicó a Ernesta:

—Cuando tú necesites algo me lo dices. Tú no tienes por qué decírselo a otra persona; me lo dices a mí, que para eso estoy yo aquí. —Se engalló un momento—: Tú eres todavía muy joven para tener dinero, así que se lo mandaremos a tu madre. Como ella sabe lo que tú cobras, pues arreglado. Ahora esto no quita para que si tú quieres alguna vez comprar algo me lo digas —reafirmó—, me lo digas a mí, naturalmente, y entonces yo te doy lo que tú quieras y cuando llegue el mes se lo digo a tu madre y en paz.

Ernesta estaba escuchando, sentada casi de perfil y en el borde de la silla. La mujer continuaba hablando. Le dijo muchas cosas sobre el quehacer cotidiano, doméstico. Fue suave hasta la ternura y dura hasta la amenaza. En la cabeza de Ernesta todo daba vueltas. Ya no le quedaba tiempo de pensar en su pueblo recién abandonado. Subió a la habitación acompañada de la señora María y pudo comprobar que lo que le había anunciado del calor no era una exageración.

La habitación era un horno y tenía un acre olor que molestaba al olfato.

—Aquí vivirás con la otra compañera, que se llama Brígida. Brígida es una buena chica, aunque algo sucia; a ver si tú la metes en cintura. Suele dejar todo tirado y siempre estoy peleando con ella por eso. Confío en que tú no serás como ella. De todas formas, antes del invierno es muy posible que se vaya a su casa, porque allí la necesitan para el trabajo.

Ernesta dejó la maleta, cambió los zapatos que llevaba puestos, nuevos y además únicos en su ajuar, por unas alpargatas, y bajó a la cocina. Antes cerró la maleta

cuidadosamente, con la llave colgada de una cadenita, junto a una medalla, en su cuello.

La dueña de la casa llegó al atardecer, cuando el sol se estaba poniendo. Era una mujer muy flaca, de pecho hundido, con las mejillas descarnadas, que parecía estar enferma. La señora María al lado de ella, tal vez por el abultamiento de las sayas múltiples que llevaba, parecía ser la imagen contrapuesta, la mujer ya vieja, pero fuerte, que ha sido capaz de dar cuatro hijos al mundo —cuatro eran los hijos de doña Paula— y que ha trabajado toda su vida sin merma de su vigor. Doña Paula nada más entrar en la casa, —Ernesta vio que había descendido de una tartana— se derrumbó sobre el primer asiento que encontró.

—Estoy muerta, María. Ya les había dicho yo a los chicos que no me llevaran, que iba a volver tronzada, pero como son unos caprichosos y venga de «Anda, mamá, anda, vamos hasta Landaverde»; pues no he sabido resistir.

—Ya les voy a dar yo a éstos —dijo la señora María—. Si me hubiera usted hecho caso, ahora estaría tan pimpante en su habitación, fresca y descansada.

Doña Paula se dejaba mimar por la señora María.

—Tienes toda la razón; no vuelvo a salir de casa en todo el verano.

—Pero ¿a quién se le ocurre sacarla a usted con el calorazo que ha hecho? Buena van a llevar esos bandidos.

Ernesta estaba parada en la puerta de la cocina, esperando que la señora María la presentase. La señora María se volvió un momento hacia ella.

—Tráete un vaso de agua bien fresca para la señora.

Luego le dijo a doña Paula:

—Es la nueva chica, parece formalita y educada. Ya veremos.

Los hijos de doña Paula entraron dando voces en el portal.

—No seas quejica, mamá, que no es para tanto. Si en toda la tarde no te has movido... Si has estado sentada en la silla en un sitio fresco sin que nadie te molestase.

La madre se quejaba:

—Es que a mi edad se cansa una de todo. No sabéis lo cansada que estoy. No puedo salir de casa; en cuanto salgo valgo menos que una perra chica.

En la casa el trabajo era duro. Brígida, la compañera, era una muchacha casi inútil, que se pasaba el día yendo de un lado a otro sin hacer nada positivo. La señora María la reñía constantemente. A la noche, cuando se acostaban, le gustaba contar a Ernesta las pequeñas cosas que le habían sucedido durante el día, entonando la voz como si fueran cosas muy importantes. Ernesta se dormía y todavía ella seguía hablando hasta que se daba cuenta. Entonces apagaba la luz y antes de dormirse suspiraba continua y profundamente. Al principio Ernesta la escuchaba en sus comentarios sobre las labores cotidianas; luego ya no le hizo caso.

Los hijos de doña Paula estudiaban y vivían en la ciudad, excepto el mayor, que se pasaba todo el año en el pueblo. El mayor se llamaba Ponciano y había quedado mutilado de una pierna en la guerra. Andaba siempre como amargado y trataba mal a Brígida y a Ernesta. Brígida decía que le tenía más miedo que a un nublado. Ernesta le fue conociendo el genio y se enteró por la señora María de la causa de su amargura. La señora María le explicó:

—A Ponciano, que es al que yo más quiero, le dejé la novia plantado. La quería a rabiar. Menuda arpía debía de ser ella. En la guerra se casó con un italiano y ahora vive en una ciudad que llaman Nápoles. Entre que le dejó la novia y que perdió la pierna, el hombre se ha amargado. Yo creo que ha cogido asco a las mujeres. Es que las hay...

Ernesta se enterneció y procuró servirle lo mejor posible, en adelante.

En el otoño se marchó Brígida a su casa, y tres de los hijos de doña Paula a la ciudad. Ponciano se quedó. Arrastraba su pierna artificial por la habitación, dando vueltas y más vueltas antes de acostarse. Ernesta le oía cuando subía la escalera hacia su cuarto después de haber terminado las últimas labores de la noche. Tumbada en su cama, pensaba en el señorito Ponciano. Cada día le parecía mejor. Cada día detestaba más a la novia que le dejó plantado, y trataba de imaginársela. La señora María le había dicho que era una mujer muy guapa. Tuvo ocasión de comprobarlo; una mañana en la que, estando haciendo la habitación del señorito, encontró el cajón de la mesilla de noche abierto. Nunca había tenido la curiosidad de mirar en él. Fue una casualidad. Descubrió la fotografía de una mujer, pero casi no la distinguió. Estaba llena de manchones de tinta y de plumadas fuertes y como dadas con rabia. Pensó que aquella era la novia del señorito y a la tarde le contó a la señora María el descubrimiento. La señora María se puso repentinamente seria:

—¿Estás segura —le preguntó— de que la fotografía era la de una mujer muy morena, guapetona, que tenía una dedicatoria en un ángulo?

Ernesta se desconcertó:

—Creo que sí. No la pude ver bien porque estaba toda la fotografía llena de tachones. No me atreví a cogerla para verla mejor. Pero creo que sí, que era como usted dice.

La señora María le ordenó:

—Mañana te fijas bien y me lo dices. Yo no quiero ni entrar en la habitación porque él... él es muy escamón, y yo no quiero. Ese hombre se va a volver loco. Tú mañana te fijas bien, ¿eh, Ernesta?

Al día siguiente Ernesta abrió el cajón de la mesilla y revolvió cuidadosamente entre las cosas allí almacenadas. La fotografía no estaba. A la hora de comer el señorito Ponciano llegó del campo inexplicablemente contento.

A Guillermo Arenas lo trasladaron. El traslado le contrarió. Se encontraba a gusto en el pueblo. Le mandaban a Castilla. Se despidió de la gente que conocía, de una muchacha con la que había salido alguna vez, de los compañeros, y al tren. En el vagón de tercera recuperó el humor hablando con los demás viajeros, campesinos y tratantes de viaje corto en el Correo a los pueblos o a las ferias de los alrededores. Un gitano viejo, vestido de azul marino, con un pañuelo blanco cayéndole del cuello como una serpiente, le ofreció vino de una botella con tapón de caña.

—Beba usted, señor guardia, por su salud y por la mía, que no me tropiece con usted oficialmente.

Era un cumplido. Guillermo aceptó la invitación y dio en contar cosas de gitanos.

—Detuvimos una vez a uno que se llamaba Valentín Zafra, que debía de ser de Badajoz...

Interrumpió el gitano:

—¿Quién, un hombrachón de unos cuarenta años, tratante era su oficio, muy hablador, muy alegre, que para todos tenía una buena palabra?

—Puessí, algo parecido. Era alto, dijo que se dedicaba a la trata de ganado y hablaba continuamente.

—Ese, señor guardia —dijo el gitano—, es medio sobrino mío. De los Zafra de Badajoz. Todo un hombre de bien. Eso es, todo un hombre de bien.

La conversación era alegre. Fueron bajando los campesinos y los tratantes. El tren avanzaba lentamente. Hacía un calor húmedo en el interior del vagón, que pegaba las espaldas a las tablas del respaldo del asiento. Pasó el mediodía. El cuerpo lo sentía Guillermo como una sucia burbuja que de improviso fuera a reventar. El vagón olía a barniz y a resina y a corral. El tiempo pasaba lentamente. Miraba al campo por las juntas de la rejilla quitasol. Y pensaba. Pensaba en el pueblo donde le habían destinado. Un pueblo de Castilla del Norte, seguramente frío en invierno, como el polo, y caluroso en verano, como el mismo infierno. Y además de todo esto, más pequeño, más pueblo que el que acababa de dejar. Estaba arreglado. En cuanto pudiera lograr un traslado para Andalucía, no lo dudaría ni un instante.

El tren marcaba en dos tonos el ritmo de la marcha, acercándose a Despeñaperros.

Estaban bajando cubas de un camión. Desde el balcón corrido del primer piso de la casa, Ernesta veía realizar la operación. Un plano inclinado formado por dos o tres tablones y una sogas gruesa eran los elementos que tres hombres, entendiéndose por medio de gritos casi guturales, manejaban en la descarga de las cubas. El hombre que sostenía la sogas desde el camión, saltaba al suelo cuando ya había descendido una cuba y la empujaban, rodando, sus dos compañeros hasta la entrada del almacén; entonces cogía un puñado de polvo y se frotaba con él las manos recalentadas y enrojecidas por la labor. Ernesta imaginaba el placer que debía de sentir el hombre al

frotarse las manos con el polvo fresco de la plaza. El polvo con el que los niños, en las mañanas de primavera, cercano el verano, antes de que el sol caliente la tierra, juegan, gustando de echarlo de una a otra mano en un riego suave y refrescante.

Desde el balcón vio pasar por primera vez a Guillermo Arenas recién llegado al pueblo y que, con un compañero, salía de servicio al campo. Ernesta lo siguió distraídamente con la mirada. Volvió la cabeza hacia los hombres que descargaban las cubas del camión, hasta que la voz de la señora María la arrancó de la contemplación.

La llegada de un guardia nuevo, de un forastero, de alguien que fuera a estar en el pueblo algún tiempo, constituía siempre un acontecimiento. Las mujeres y los hombres hablaban exagerando o precisando las noticias que se tenían del que acababa de llegar. Si era un guardia, se corrían inmediatamente rumores sobre la tierra de donde provenía.

—Si es extremeño (no querían significar únicamente que hubiera nacido en Extremadura, sino que de ella viniera), malo —decía algún campesino—; nos va a querer meter en varas y va a haber disgustos.

—Si es de ciudad nos va a amolar con papeles y pijadas —comentaba alguien que tenía su negocio en la carretera, es decir, en el transporte de cereales o de animales, sin demasiados requisitos de guías de la delegación correspondiente. Comenzaban por localizar la tierra en la que había nacido o servido y acababan las mujeres, si era joven y no estaba casado, por localizarlo sentimentalmente. Ernesta, sin querer, sin preocuparse por nada, llegó a enterarse de parte de la vida de Guillermo Arenas y de los proyectos para el futuro del mismo. Le dijeron que el guardia Arenas tenía muchas ganas de casarse. Ernesta no dio ninguna importancia a la noticia.

Las viejas suelen comentar las bodas, los noviazgos, los nacimientos y las defunciones con respecto a una determinada fecha del año. Fecha que suele ser la de la fiesta del Patrón o Patrona del pueblo. Dicen: «Murió Fulano poco después de la Virgen. O tales se hicieron novios por la fiesta de la Virgen. O se casaron domingos antes de la Virgen.» Las fiestas del pueblo sirven de referencia para situar los acontecimientos importantes de la vida. En las fiestas, la vida cobra dinamismo, toma un ritmo nuevo, rápido, lo que fue languideciente observación o reticente estrategia. Ernesta y Guillermo ya habían hablado y se habían mirado cautelosa y misteriosamente durante el invierno y la primavera. Los encuentros ocurrían como de casualidad. La señora María estaba sobre aviso y ejercitaba una labor docente, consubstancial a su modo de ser, con Ernesta.

—Mira, muchacha, tú todavía eres muy joven. Deja que pase el tiempo, deja al tiempo que corra para que aprendas más, para que entiendas a distinguir y no te dé la ventolera por el primer hombre que te mira como mujer.

Ernesta callaba y en su habitación, ya sola, pensaba en Guillermo, con una fe ingenua e inquebrantable en que tenía que suceder algo a lo que temía, pero que le

parecía hermoso. Los encuentros con Guillermo continuaban siendo, en apariencia, casuales y seguían revestidos de la misma sorpresa de las primeras conversaciones, de los primeros escauceos de diálogo, que al principio torpe pero intuitivamente, situaban a ambos en zonas de mutuo contento.

Llegaron las fiestas de los principios del estío. Las hogueras de San Juan estaban prendidas en la plaza del pueblo desde el atardecer. La señora María, después de cenar, le había dicho a Ernesta que podía salir, si quería, a la plaza, con cuidado de no regresar tan tarde que al día siguiente fuera para ella un como día prieto de sueño, casi sonámbulo; ya que no se podía ni se debía ni se permitía abandonar las labores de la casa en una fiesta en la que el trabajo se multiplicaba importantemente.

Saltaban los mozos y las mozas, emparejados, las hogueras en las que se quemaban junto a las ramas, de las que se habían provisto en los bardales los piroentusiastas, los objetos más extrañamente caídos en desuso. Un mozo arrojó a las llamas un lavabo de madera astillada cuya palangana servía, hacía mucho tiempo, en un corral para que bebieran las gallinas. Otro echó en la hoguera dos escobas viejas. La gente en la plaza celebraba los hallazgos de objetos viejos y quemables, con risas. Ernesta estuvo un momento contemplando, escuchando y olfateando las llamas, la algarabía y el humo, hasta que se le acercó Guillermo.

El viejo rito de la gaseosa como supremo lujo en la noche de San Juan se llevó a cabo.

—¿Qué quieres que tomemos? —preguntó Guillermo.

E inmediatamente, con el rechazo tácito para los licores o para el vino dulce que una mujer de campo tiene en los supuestos comienzos de un noviazgo, Ernesta contestó:

—Nada. —Hasta ver que él insistía. Y luego, ante la insistencia, porque el juego aun desconociéndolo, se aprendía espontáneamente—: Bueno, pues una gaseosa.

Una gaseosa que en el hombre del campo despierta algo como un respeto por la mujer que la toma.

En la noche de San Juan, Ernesta y Guillermo fueron felices. Rieron todo lo que buenamente pudieron: los calzones quemados del mozo heroico delante de las mujeres, que salta como un diablo por encima de las llamas insistentemente; el miedo del retrasado mental, ya de edad, al que las mozas cruelmente impulsan hacia la hoguera entre risas, mientras él llora no se sabe si de miedo o del humo de las ramas verdes. Rieron y acabaron tomando a última hora otra gaseosa Ernesta, y una copa de anís vertida en agua Guillermo, porque los hombres en las fiestas, como en cualquier manifestación de la vida, se tienen que distinguir con algo fuerte.

Para finales del verano, todo el pueblo sabía que Ernesta y Guillermo eran novios, aunque Ernesta lo negara al que se lo preguntara, al contrario de Guillermo que, sin contestar positivamente, otorgaba callando, con un vago gesto y una vivaracha alegría

en los ojos. Doña Paula, por sugestión de la señora María, llamó un día a Ernesta:

—Me he enterado de que tienes novio. ¿La cosa es formal?

Ernesta se puso colorada.

—Pero, mujer, eso es normal; no tienes por qué ponerte colorada. Contesta.

Ernesta odiaba en aquel momento a la señora María, la vieja, la bruja, que había ido con el cuento. Articuló apenas:

—Sí, señora.

—Muy bien. De modo que pensáis casaros.

—Sí, señora.

—Pues tienes que ir preparándolo todo. En casa te ayudaremos en lo que podamos.

La entrevista fue reproducida a Guillermo por Ernesta aquella misma noche. Guillermo lo celebró muy contento.

Los padres de Ernesta, cuando se enteraron de que se iba a casar su hija con un guardia, se llenaron de gozo. «Es un buen partido —pensó Paulino—; un guardia no tiene que estar sometido al trabajo a jornal, tiene un sueldo y de él puede vivir muy bien. Nuestra hija ha tenido suerte.»

El asunto se tomó con calma porque no era cosa de que la hija fuera al matrimonio apenas con lo puesto. La madre de Ernesta hacía esfuerzos económicos para poder comprar a su hija las cosas que juzgaba había de necesitar. Lo comentaba con algunas vecinas:

—Sí, se va a casar con un guardia. Él tiene mucho porvenir. Estamos muy contentos, no podíamos haber encontrado nada mejor. Ernesta es muy dispuesta y sabrá llevar bien la casa.

Los compañeros de Guillermo le gastaban bromas que él aceptaba sonriente:

—Pero, hombre, como te casas tan joven, ya vas a ver lo que es bueno. Lo que haces no es recomendable, a no ser que tengas muchas ganas de tener mujer. Te van a ascender a cabo por héroe. Casarse en estos tiempos no lo hacen más que los muy ricos o los que tienen más narices que el difunto Espartero.

Dos meses antes de la boda, doña Paula comunicó a Ernesta que podía irse a su casa a trabajar, aunque no por eso dejaría de percibir el sueldo que le correspondía. Ernesta se volvió muy contenta para su pueblo. Volvió en el carro que la había traído hacía dos años y durante todo el camino habló con el carretero. El carretero tenía pocas ganas de hablar; decía que en el vientre se le revolvía, dándole picotazos, un nidal de avispas.

—Estoy como enfermo y se me ha ido el humor y las ganas de silbar. Si esto sigue así y no se me cura con la manzanilla, tendré que ir a ver al médico.

Ernesta le recomendó que dejara de beber en las cantidades que tenía fama de hacerlo.

—Si dejo de beber, y ya estoy viejo para cambiar, me muero como un pajarito. El vino limpia los intestinos de todos los humores malos.

Ernesta seguía recomendándole métodos para que le desapareciesen los dolores. El carretero la miró un instante al entrar en el pueblo.

—¡La de vueltas que da el mundo! Hace dos años la triste eras tú, criatura, y ahora soy yo el que está alicaído y desmadejado. La de vueltas que da el mundo, ¿eh?

Ernesta bajó de un salto frente a la puerta de la casa de sus padres.

* * *

En la guardia relevó Ruipérez a Pedro Sánchez. El sol estaba ya descendiendo. La tormenta, lejana. La sombra de la muralla se extendía como una mancha violeta. Chirriando volaban las golondrinas en escalas violentas, tan pronto rozando la tierra como ascendiendo hacia el cielo, hasta que parecían perder fuerza y se lanzaban de nuevo sobre la tierra. Del suelo se levantaba un calor pegajoso.

Ruipérez miró a la lejanía, por la que rodaba la tormenta.

—Si hubiera llovido haría fresco.

Pedro se echó el fusil a la espalda. No deseaba hablar.

—Están rezando con el cura —advirtió Ruipérez.

—Bien.

Pedro caminó hacia el Cuerpo de Guardia.

Las gallinas titubeaban antes de entrar en el corral, donde se fraguaba la oscuridad primera. Los pasos de Pedro sonaban duramente en el silencio del patio.

—Antes que se ponga el sol estarán aquí —repitió el párroco.

—No sé cómo pueden tardar tanto. No les debió de pillar muy lejos lo que sucedió. Acaso es que esté herido y tienen dificultades para traerlo. De todas formas, algo se tenía que saber.

El alcalde encendió un cigarrillo, hecho calmosamente, con torpeza campesina.

—Abra las ventanas, mujer; ya ha pasado el calor fuerte —dijo el cura.

Sonsoles abrió las ventanas.

Carmen pensaba en sus hermanas, en Madrid, en la vida sin sobresaltos, en la tranquilidad de volver a casa y encontrar todo como lo dejó. Una de las hermanas se había casado, la mediana. La otra se había divertido. No, no era un mala mujer. Se había divertido y había hecho bien. Ella lo aprobaba. A la vida hay que sacarle lo poco que tiene. No se le puede tachar a nadie de que haga lo que le parezca, aunque nosotros lo juzguemos como malo. Allá cada uno. Los que han sacado algo eso llevan ganado y total ella ¿qué había sacado? Muy poco y si ahora... no lo quería ni pensar. Mejor pensar en otra cosa. Pensar por ejemplo, en la miseria de las mujeres que la

rodeaban. Evadirse y dedicarse a valorar lo que había sido la vida de las demás. Allí estaba María, que tenía, que creía tener más inteligencia y estaba mejor preparada que cualquiera otra para la vida. ¿Y qué? Lo mismo que Ernesta, que no era nadie, que no había sido nada, que apenas pensaba y que seguiría siendo nadie hasta que se muriera. Nadie, como todas. Nadie: la mujer de un guardia. Nadie; una pobre mujer esperando allí a que le trajeran al marido muerto, tirado en unas angarillas, para que se diera cuenta de que no era nadie o menos que nadie.

Sentía una rabia acongojada por todo lo que estaba sucediendo. Le molestaba la cara de Sonsoles fija en cualquier movimiento de las manos del cura, moviéndose al unísono de las manos. Y ¿quién era allí más feliz que otra? Ninguna. Sonsoles estaba descansada como Felisa, porque sus maridos no estaban en el campo. Pero, por lo demás... ¡valiente vida! Hubiera arrojado todo por la ventana, hubiera dejado todo. No, su hermana mayor no se había equivocado. Puede que alguna vez se sintiera triste. Pero ¿quién no se siente triste alguna vez? Pues sí que ése era un consuelo para las mujeres que hacen las cosas como Dios manda.

—Sería mejor que los chicos, en el caso de que ellos se presentaran de improviso, estuvieran aquí dentro y no jugando por los alrededores.

—Sería, desde luego, mejor, Felisa —dijo el párroco.

María Ruiz sentía que el cerebro se le vaciaba. No podía pensar en nada. Oía las palabras que se decían, vagamente como disueltas en el sueño. Sin embargo, se fijaba en sus manos, en las arrugas de sus manos, en los poros de la piel de sus manos. Los nudillos. Y los moscardones que tienen la piel como arrugada, exactamente como los nudillos de las manos de una persona. Y la piel de las ingles, que es como la de la unión de los dedos. Y las venas que se retuercen, que parecen sarmientos o alambres.

El alcalde estaba intranquilo y expulsaba el humo del cigarrillo con fuerza. El humo hacía remolinos, formaba trombas, se deshacía seguido por su mirada hacia la ventana.

—Lo recordaré toda mi vida. Fue durante la guerra. Llegaron al pueblo, al atardecer, unas patrullas de milicianos de Madrid. Nosotros sabíamos que los nacionales estaban cerca. Los milicianos iban a pasar la noche tan tranquilos. No habían dado las diez de la noche cuando entraron los otros por la punta del pueblo.

El alcalde hizo un silencio. Expulsó humo hacia la ventana.

—Fue la peor noche de mi vida. Los vecinos no sabíamos qué hacer. En el Ayuntamiento se refugiaron unos cuantos milicianos y se enzarzaron a tiros. Al día siguiente los enterramos a todos, menos a unos cuantos que se rindieron y que se llevaron para la retaguardia. Fue, como digo, la peor noche de mi vida.

Hablaba el alcalde y las palabras se perdían sin que nadie fuera capaz de prestarle atención.

Ernesta se levantó de pronto.

—Ya están aquí —gritó—. Ya están aquí.

Todos se levantaron. María Ruiz salió al patio. El patio estaba en silencio. Miró hacia el Cuerpo de Guardia. La cabeza de Pedro Sánchez se inclinaba sobre la mesa. Entró en la casa. Ernesta estaba llorando.

—Calmadla. Son los nervios. No ha llegado todavía nadie.

Ernesta parecía poseída de un ataque de nervios. Se fue calmando poco a poco. Carmen hablaba de los nervios de algunas mujeres.

—Hay mujeres que no se pueden dominar. Yo misma, no sé, a veces quisiera saltar, marcharme. Hay cosas que son superiores a la naturaleza.

María consolaba a Ernesta.

—No ha sido nada, mujer. Ya vendrán. Nos has sobresaltado.

Ernesta suspiraba fuertemente.

Felisa insistió en llamar a los chicos.

—Debería llamarlos. Voy a ir a avisarlos.

—Espera un poco —dijo María—. Yo iré contigo y tal vez les podamos decir lo que pasa, con cuidado para que no les coja de sopetón y...

El párroco añadió:

—Es conveniente que estén preparados. Si ustedes me necesitan...

—No, es mejor que se lo digamos nosotras. Se asustarán menos.

Estaban todos los chicos sentados al pie de la muralla mirando al pueblo. El mayor de los hijos de Felisa contaba algo que todos escuchaban con gran atención. Hacía un rato que habían terminado de fumar ajén y todavía escupían sin cesar. Uno de ellos afirmó que para quitar el olor del humo de ajén lo mejor era mascar hojas, aunque la lengua se pusiera verde y supieran amargas. Vieron desde lejos acercarse a las dos mujeres y se pusieron todos de pie.

—¿Qué hacéis aquí tan juntos? ¿Qué estáis planeando?

Hablaba Felisa. Los chicos temían algo que no sabían precisar. Nunca se les había ido a buscar. Siempre se les llamaba a grandes voces desde la puerta del castillo.

—No hacíamos nada. Estábamos contando cosas.

—Buenas cosas contarás tú, calamidad —siguió Felisa. Luego cambió el tono—: Tenéis que veniros al castillo. Andando, vamos para casa.

María se acercó al mayor de los hijos de Felisa y lo apartó del grupo. Felisa caminaba despacio, rodeada de los chicos.

—¿A que habéis venido a fumar?... Ya verás cuando se enteren vuestros padres.

—No, no hemos fumado...

—Bueno, eso ya lo veremos. Y tú, que tienes todos los morros verdes —se fijó en el pequeño—, ¿has comido hierba? Buena cuadrilla de sinvergüenzas estáis hechos todos.

María Ruiz no acertaba a hilar mentalmente las palabras que debían servir de explicación de lo ocurrido al hijo mayor de Felisa. Sentía tensa la atención del niño, esperando las palabras reveladoras.

—Tú, que eres el mayor, eres el que tienes que responder mejor. Tú ya sabes que a veces ocurren en la vida cosas imprevistas, cosas que ninguno de nosotros desea, pero que ocurren y para las cuales no hay remedio. Cuando ocurre algo así, hay que hacerse cargo, hay que reaccionar como una persona mayor. —María guardó silencio—. Ya estás hecho un hombre. No eres como los pequeños, que se asustan por todo. Hoy es un mal día para los que vivimos en el castillo. Han matado a uno... No se sabe a quién. Han matado a uno de los que han salido al campo. Entiendes, ¿verdad? Sabemos que lo traerán luego. Tú lo que tienes que hacer es estar con los demás chicos cuando lo traigan y procurar que no se asusten. Os estáis en mi casa o bien en casa de tu madre hablando.

En los ojos del chico había aparecido tras un instante de inquietud una veladura de preocupación. Estaba muy serio. Se responsabilizaba de los demás chicos.

—No se preocupe. Estaremos en casa hablando.

—Bueno, pues esto es lo que te quería decir. Tu madre te lo explicará más tarde. Procura que no armen mucho ruido; que hablen, pero sin gritar.

El cielo por oriente tomaba un color azul argentífero, con un leve matiz de oscuridad lejana. Descendía el sol hacia poniente. En el campo había una mansedumbre soñolienta. Los olivares brillaban como plata vieja, oscuros y blancos. La misma oscuridad y blancura de las golondrinas en rápido vuelo. La misma de las murallas a contrasol, blancas las piedras en la sombra.

Entraron en el castillo. Ruipérez miró profundamente a su hijo mayor al pasar junto a él. No le dijo nada. El chico se sintió reconfortado con la mirada de su padre. Le dijo a María:

—Nos vamos entonces a la casa ahora mismo.

—Sí, podéis ir.

El párroco se levantó en la habitación y se dirigió al patio, luego al Cuerpo de Guardia. Se sentó junto a Pedro Sánchez.

—Convenía tal vez que usted llamase a la Comandancia.

—Hasta que no tengamos noticias claras o se presenten aquí, no hay por qué hacerlo. Ellos ya saben parte de lo ocurrido, quiero decir que saben lo mismo que nosotros.

El párroco reparó en el papel amarillo colocado sobre la mesa. Pedro le explicó:

—El traslado del cabo. Nos hemos pasado todo el año suspirando por un traslado y, ya ve usted, trasladan al que lleva menos tiempo aquí.

—Son cosas del servicio, ¿no?

—Sí, son cosas del servicio.

Del servicio, de las cosas del servicio, meditaba Ruipérez en la guardia, con la mirada hundida en la tierra junto al sendero de las hormigas. Del servicio, de las cosas del servicio, meditaba Ruipérez, mientras el fusil y el hombre formaban una larga sombra en el umbral de la puerta del castillo. Del servicio, de las cosas del servicio, tomaban sus primeras lecciones los chicos del castillo de labios del hijo mayor de Felisa.

Crepúsculo

EL PUEBLO ESTABA ENFRENTE. El pueblo era una mancha violeta claro en las blancas fachadas, un morado oscuro en los rojos tejados. El castillo estaba siluetado por el sol poniente, oscura su masa, recortado luminosamente su perfil.

Grilleaba el campo sereno. Entraban los primeros murciélagos repintando con sus oscuros giros el cielo, que, perdiendo su intenso azul, parecía descender sobre la tierra. Bajo los olivos anidaba la noche. El ramaje se adensaba. Parecían estar las cosas más cercanas. El caminillo recto, disparado desde el pueblo al campo, era ya corto, tan corto que a la mirada se ofrecía como para andarlo en dos zancadas.

El atardecer nubla el campo con sus luces frías. La charca donde se abreva el ganado a la salida del pueblo, espejea aceradamente; allí cantan las ranas monótona y apaciblemente. Un jinete de riego, en el ribazo que la circunscribe con el fangal, hollado por los animales, levanta hacia el cielo su pértigo y es como un esqueleto de cañón, triste y amenazante.

Los chopos tienen un fuego de sol en el extremo de su verde, y ahora negra llama vegetal. La carretera se alarga cenicienta atravesando los campos hasta que la mirada vencida la pierde. Desde el cerro se divisan los vagos contornos de dos o tres pueblos.

Ellos han hecho un alto. Alto sin palabras. Han aparecido de pronto sobre el cerro. Vienen del interior del campo, de donde el campo se extiende sin un pueblo hasta las primeras estribaciones de la sierra, por cuyas cimas rondan, en cuyas crestas se forman y conglomeran, las nubes de las tormentas. Miran hacia el pueblo. Han caminado incansablemente y no han vuelto una sola vez la vista atrás.

Ya caminan. Descienden del cerro por el caminillo tatuado de los relejes de los carros, con cardos secos a las orillas, con mucho polvo en el centro, donde las huellas de los hombres y de los animales se entrelazan.

Y este polvo del camino, blancuzco, suave, caliente como la piel humana, cubre en la marcha la negrura de los botos y el verde de los uniformes agrisándolos. Y los rostros, igual que los uniformes, están también grises.

—Lo mejor es evitar el pueblo. Es preferible no entrar en él.

A la altura de la charca se desvían. Saltan las ranas al agua ocultándose en el fango, produciendo mansas ondas y burbujas que ascienden del fondo en crecientes columnas.

Por el rastrojo de las habas secas crepitan las pisadas al encuentro de un sendero hacia el castillo. Saben que desde las casas del pueblo son contemplados. Saben que los que los contemplan no hablan y sienten miedo de lo que están viendo.

La torre de la iglesia tiene un tejadillo donde anida la cigüeña. La cigüeña sobre

el nido es el blanco contrapunto de la veleta. Otro alto.

—El párroco habrá subido al castillo.

—Seguramente.

Comienza la cuesta. No suben por el camino que llega a la puerta de entrada desde el pueblo. Suben dando la vuelta al cerro. El sol se está ocultando y su luz anaranjada tiende las sombras del grupo sobre el suelo hasta que se levanta en ángulo contra la pared. Sombras como muñecos de papel que se pueden doblar por cualquier lugar: los cercanos a la muralla por las piernas, los que están separados por los hombros o el cuello. Ruipérez está mirándolos desde el puesto de guardia bajo el torreón. Ya lo sabe.

Ya sabe que el muerto es el bulto que ve sobre las angarillas, tapado con una manta mulera, con una manta triste, blanca y negra, cuyos flecos rozan la tierra. Los ha contado; los ha reconocido. Baldomero Ruiz, Guillermo Arenas, Cecilio Jiménez, Francisco Santos. Baldomero, con el rostro oscuro, en el que los ojos son como dos escamitas verdes, que viene delante y que se le acerca de prisa, dispuesto a hablarle. Guillermo, que lleva dos fusiles colgados de los hombros y que se mueve nerviosamente. Cecilio, que camina pegado a las angarillas, mirando a cada instante el bulto cubierto de la manta. Francisco, el cabo Francisco Santos. Francisco, que esta mañana se frotó las manos al salir por la puerta del castillo y dijo:

—Buen día para la feria. Al atardecer estaremos de vuelta. Si nos dan piñones los traeremos para los chiquillos.

Y que luego había bajado al camino hasta la carretera con paso seguro y elástico. El cabo Francisco Santos... Bajo la manta, el cabo Francisco Santos.

Los dos hombres que llevaban las angarillas las posaron en el umbral de la puerta. Baldomero volvió la cabeza, por primera vez en la tarde. El sol se había ocultado. El horizonte estaba rojo. Uno de los campesinos que había llevado las angarillas, dijo:

—Hay vaca desollada. Mañana apretará el calor.

Vaca desollada llamaban los campesinos al horizonte sangrante. Baldomero no dijo nada. Entró en el castillo. Luego entraron los restantes con el muerto.

* * *

—Si nos dan piñones los traeremos para los chicos.

El cabo Francisco Santos, seguido de Guillermo, comenzó a bajar por el caminillo. Ruipérez los siguió con la mirada. El sol daba un calor tibio que se agradecía en la mañana. Los pájaros se ahuecaban las plumas piando al sol. La hierba, únicamente verde en los sombrajos, estaba como iluminada. Ruipérez respiró a pleno pulmón.

Francisco Santos y Guillermo Arenas caminaban por la carretera. Por el camino grande iban Baldomero Ruiz y Cecilio Jiménez. Coincidirían en la feria. Así estaba

ordenado. Francisco Santos iba conversando distraídamente con Guillermo. Caminaban a ambos lados de la calzada.

—Cuando yo entré de corneta en el servicio, tenía catorce años. Mi padre era brigada de la Banda del Regimiento. A los dos años estalló la guerra. Mi padre murió poco después. Bebía demasiado y le minaba una enfermedad que había agarrado en Ceuta, cuando estuvo su regimiento allí. Yo de esa enfermedad ni me he enterado, aunque dicen que los hijos de los que la padecen, la heredan. El tenía como escamas en la piel, escamas blancas en la piel enrojecida y casi amoratada. Ya te digo que bebía demasiado. En el regimiento le querían y desde el coronel hasta el último soldado le llamaban don Satur. El coronel, además, le regalaba las guerreras viejas, y en la bocamanga, encima de la sardineta de brigada, se notaban los lugares donde habían estado cosidas las estrellas de ocho puntas. Mi padre siempre andaba con un gorriño de cuartel sucísimo y el coronel le solía llamar la atención: «Pero hombre, don Satur; cámbiese usted ese gorro, que parece uno de la cocina.» Y mi padre se disculpaba: «Como nunca salgo del cuartel y aquí todo el mundo me conoce, me ahorro un gorro.» El coronel acababa riéndose. Mi padre decía que le conocía desde los tiempos de África y presumía de que habían hecho la carrera juntos, cada uno la suya.

Francisco Santos se paró junto al mojón del quilometraje. Comenzó a liar un cigarrillo.

—Tú, Guillermo, ¿quieres fumar?

La contestación fue negativa. Estuvieron un rato parados. El cabo estaba de buen humor.

—Mi padre era un tipo célebre. Ya no hay en los cuarteles tipos así. Estaba orgulloso de ser el jefe de la banda de cornetas y tambores y no tenía más que un odio en su vida: el comandante director de la banda de música. Siempre andaba diciendo que aquél ni era militar ni era nada. Un señor que es teniente por oposición no es teniente. Teniente se sale de la Academia o se llega a ser por años de servicio. Además, aunque luego haya ascendido, lo ha hecho por oposición también y eso está bien para ser notario, pero no para ser militar. Y lo peor de todo es que además es profesor de murga en el Conservatorio. ¡Valiente comandante! Te digo que era célebre. Cuando había bebido algo más de la cuenta pedía el vino en la cantina con música de corneta. Primero daba un toque de atención, cantaba con una letra inventada por él el toque de ataque y se reía, con una risa que a mí de pequeño me daba hasta miedo y que se le escapaba por los dientes que le quedaban sanos o medio sanos acompañada de un silbido muy extraño.

Francisco Santos miró su reloj:

—Nos queda todavía mucho tiempo. —Siguió chupando el cigarrillo—. Cuando teníamos que ensayar, lo hacíamos detrás de las tapias del cuartel y entonces se

olvidaba de que yo era su hijo y en cuanto me confundía o hacía una pifia, la emprendía a gorrazos conmigo. Nos pegaba en las orejas para que tuviéramos oído. Era un sistema que daba buenos resultados. Yo, con los compañeros, cuando él estaba bebido y nos dábamos cuenta, nos reíamos a escondidas. Como él era el dueño de la banda nos mandaba al calabozo, pero no con los que estaban allí por haber hecho algo grave, sino en una habitación más pequeña que los oficiales llamaban el purgatorio de los chicos de don Satur; y nos tenía allí a pan y agua durante dos días. El coronel le dejaba hacer. Yo lo pasé bien en el cuartel. Casi todos los de la banda lo pasábamos bien. Mi padre me decía que tenía que tomar ejemplo de él. «Yo ya he llegado a la cúspide de mi carrera. A ver si tú llegas también.» Me enteré de que había muerto estando en el frente. Me dieron permiso para asistir al entierro, pero para cuando bajé ya lo habían enterrado.

La carretera se extendía blanca y gris entre el ocre de los campos. Los guardias caminaban lentamente. A sus espaldas se acercaba un hombre con dos mulas. La segunda atada a la cola de la primera por el ronzal. El sonido de los cascos de las caballerías era como un caer de gotas de agua grandes y pesadas sobre una plancha de cinc. Choc, choc, choc. Los guardias volvieron las cabezas. Saludaron al hombre.

—¿Qué, para la feria?

—Para la feria, vamos a ver si se hace algo.

Caminaron un rato juntos. Después el hombre y sus mulas les adelantaron.

Francisco Santos habló:

—Mi madre murió cuando yo nací. La atendieron mal. Cogió una infección que la mató. Se fue a parir al pueblo porque creía que iba a estar mejor atendida por su madre. Yo he visto algunas fotografías suyas y era una mujer bastante guapa. Mí padre decía que se parecía a una artista de teatro que todavía vive y que se casó con un torero. No nací en un cuartel por casualidad, pero toda mi vida me la he pasado en el cuartel. Hubiera llegado a brigada de banda si no es por la guerra, que me cambió.

Guillermo escuchaba en silencio, sin interrumpir al cabo con preguntas. No le interesaba demasiado la vida del cabo, pero sabía que cuando un hombre está de buen humor y tiene ganas de contar una cosa, lo mejor es escucharle sin interrumpir. A veces él también había contado, en las largas caminatas por el campo, un poco por entretenerse, otro poco por una nostalgia inexplicable, sus andanzas por la vida. Ocurría con alguna frecuencia que, agotados los temas generales del servicio, de las esperanzas dentro del Cuerpo en el que servían, hechos todos los comentarios posibles a la andadura por el campo, tirantes los silencios en el aburrido caminar, un compañero diese en contar hechos en los que había tomado parte, sucedidos de su vida. El tema inagotable había sido siempre la guerra. Se barajaban nombres de gentes desconocidas para todos, pero que ya iban formando parte de la vida en el servicio. Baldomero era el que contaba más cosas de la guerra. Contaba de un

sargento al que llamaban el *Barbas*, en torno del cual se había tejido un anecdotario fabuloso. El *Barbas* era ya un compañero más en los caminos del que se hablaba y al que se aplicaban toda clase de andanzas. Si alguien contaba un chiste, siempre había quien replicaba: «Eso podía ser del *Barbas*.» Y el *Barbas* pasaba a acompañar fantasmalmente a las parejas de los guardias, caminando entre ellos por el centro de los caminos o de las carreteras.

Bajo el puente blanco, la acequia sin agua. En el puente blanco una parada, apoyando los fusiles en el pretil. En seguida la marcha hacia el pueblo ya cercano, del que llega un murmullo de actividad.

Los guardias entran en el pueblo. En la plaza, los campesinos charlan en grupos. La feria es en un teso a la salida del pueblo. El sol de la mañana dora los cristales de las ventanas del Ayuntamiento. Camisas blancas y trajes negros. Un olor animal que ahora, en la fresca mañana, es ligero, suave y que ha de pesar a medida que vaya avanzando el día, en la plaza y en el teso. Los guardias cruzan la plaza. Los saludan. Hablan un momento con el cura, frente a la puerta del Ayuntamiento. El cura acaba de decir misa, está recién desayunado y fuma un cigarrillo dirigiendo la palabra de vez en cuando a alguno de los campesinos.

En el teso de la feria el ganado ha sido ordenado sin que medie ninguna prescripción. Al principio están las mulas, que examinan, formando grupos, los vendedores y compradores. Luego el ganado vacuno; después el de cerda; al final las ovejas, no muchas, porque los rebaños grandes están en los pastos y el comprador necesita ir a ellos para la previa labor de examen, antes de entrar en tratos.

Una mesa de madera blanca, mal cubierta con un hule, sirve para expender las bebidas de la pequeña industria de un tabernero de feria sin local. En un cubo, con agua ya grisácea, lava los vasos de los consumidores. Es la hora del aguardiente. Hasta las diez de la mañana los feriantes beben aguardiente, cierran los tratos con aguardiente. Después no hay unanimidad. Aguardiente, vino blanco, vino tinto con limón... De aperitivo, escabeche o sardinas en aceite, queso, chorizo, tocino de jamón... Y si los tratos han ido bien, jamón partido en trozos como un dedo pulgar.

Los guardias se niegan sistemáticamente a las primeras invitaciones.

—Cabo, ¿toma usted una copita?

—Más tarde, es temprano para nosotros.

—Luego le buscaré.

—Muchas gracias.

Cuando ellos pasan, los campesinos les abren paso.

Han subido a la feria los gitanos de Talavera, gitanos ricos y gitanos pobres. Los primeros por el negocio, los segundos por si se terciaba alguna operación y, sobre todo, por asistir a la novillada de la tarde, en la que torea dos novillotes la esperanza de la familia Jiménez, que como acierte en dos o tres corridas hará su aparición en Madrid,

en la Plaza de Vista Alegre, y puede que haga ricos a todos sus parientes, sacándolos de la miseria y llenándoles los bolsillos de pesetas para comprarse trajes nuevos y poder alternar como señorones en las tabernas de Talavera de la Reina. Algún gitano rico de los que se dedican al negocio de la trata, que se apoyan en bastones con los mangos cubiertos de cuero, sujetos por clavos dorados, da una orden a cualquiera de los que husmean por allí a la espera de una peseta o de una invitación.

—Tráete dos anises del *Maño*, para el señor y para mí. Tú tómate lo que quieras.

Le larga un duro. El señor es un campesino viejo que quiere vender dos mulas, pasadas de edad y de trabajo. El señor teme beber con el gitano porque teme el engaño. Los engaños empiezan con las copas. No es recomendable beber hasta que el trato está ya hecho en firme. Sin embargo, ve el negocio tan seguro que no quiere desairar al comprador.

—Una copita sola. Estoy viejo para meterme así de mañana todo lo que aguantan ustedes los jóvenes.

El gitano se sonríe:

—No tengo costumbre de beber —afirma cínicamente—, pero en los tratos va bien una copita para ir hablando, ¿no le parece?

El gitano arrastra las últimas vocales y canta las palabras. Les traen las copas de anís, naturalmente dobles. Es anís de garrafón, fuerte, seco. El portador del anís se queda esperando una nueva orden. El campesino mira a los dos gitanos recelosamente. Se acercan los guardias.

El gitano los saluda con mucho afecto.

—¡Cuánto bueno por aquí!

Francisco Santos y Guillermo Arenas le conocen. No gastan ninguna broma respecto del trato, porque puede estropearse. Se limitan a hacer preguntas sobre la novillada de la tarde.

—¿Quién es ese Jiménez de Talavera?

—Un chiquillo que promete un mundo. Algo nunca visto. El año pasado se destapó en Tomelloso con unos becerros que parecían camiones del pescado. Va para adelante, Esta tarde lo verán ustedes.

En la plaza del pueblo, los mozos están colocando los carros y las talanqueras que han de acortar el terreno para la corrida. No les cuesta demasiado trabajo. Saben ya la colocación perfectamente y hasta tienen numerados los carros de los vecinos. «El cabo está en el teso», han advertido a Baldomero y Cecilio, que acaban de llegar a la plaza. Baldomero y Cecilio han sido invitados en una casa, con ramo de olivo en la puerta. «¿Qué toman ustedes? ¿Resoli?» Han sacado una bandeja cubierta con un paño blanco sobre el que se posan las moscas, en el que hay unas tortitas doradas de harina y huevo con azúcar.

—A la salud de ustedes. —Baldomero bebe una copa y paladea—. Demonio, está

esto como para beberse una botella.

—¿Otra copita?

Por el teso andaban dos gitanos haciendo locuras. Habían bebido durante toda la mañana y seguían tomando, a una velocidad de segura embriaguez, ante el tenderete del *Maño*.

—Que la vais a coger —les había dicho el *Maño*.

—Pues la cogemos.

—Que aún es temprano —insistía el *Maño*.

—Ni temprano ni nada, pon otras.

A un campesino le habían dado un empujón y estuvieron a punto de armar una bronca. Se les acercó otro gitano:

—Tened cuidado, que el cabo está dando vueltas por aquí; no seáis patas.

Uno de ellos era muy plantado:

—¿Y qué que esté el cabo? ¿Es que nos va a comer? Bebemos porque nos da la gana y a mí no me quita de beber lo que me da la gana ningún hijo de madre.

El *Maño* contemporizaba con los dos.

—Pero ¿todavía queréis otra? Anda ya, muchachos, que os vais a poner nuevos. Esta tarde os la vais a tener que pasar durmiendo la tajada.

Eran las diez aproximadamente. El *Maño* se acababa de agachar sobre el cubo a enjugar unos vasos. Uno de los gitanos le vertió el contenido de su copa en el cogote. El *Maño* era un hombre fuerte, cuarentón, que se había pasado la vida vendiendo vino y licores por las ferias de Castilla. El *Maño* sabía como tratar a la gente y evitar broncas, pero al *Maño* nunca le habían ofendido de una forma tan audaz. Alzó lentamente la cabeza. El anís le corría por el cuello, por el pecho, pegándosele al vello. Estaba pálido. El gitano golpeó suavemente con la copa en la mesa.

—Ponnos otras. —Era demasiado.

Francisco Santos y Guillermo Arenas se paseaban aburridamente cuando les avisaron. Había un revuelo de gente junto al tenderete del *Maño*. Cuando llegaron los guardias, el *Maño*, sangrando por una cortada en la cara, tenía cogido por el cuello a uno de los gitanos. El que había vertido el anís en el cogote, se había escapado. El *Maño* apretaba el cuello del gitano y le escupía a la cara. Les costó trabajo a los guardias quitárselo. El gitano estaba medio ahogado.

—¿Qué ha pasado aquí?

El *Maño* no podía explicarlo, no hablaba, producía sonidos extraños y palabrotas. Uno de los campesinos contó lo que sabía.

—Yo lo he visto; estaban los dos borrachos, le tiraron muy chulamente, el anís por el cuello. El que le echó el anís, partió la copa y se la metió en la cara. Si no vienen ustedes pronto, da al traste con este desgraciado.

—¿Para dónde ha salido el otro?

No se ponían de acuerdo, en el tumulto nadie podría precisar hacia dónde se había ido el agresor. El *Maño* iba recuperando la palabra. Jadeaba.

—Tenga usted cuidado, cabo, va armado. Le he visto el hierro en la cintura. Tenga usted cuidado, que ese hombre es capaz de cualquier cosa.

Francisco y Guillermo lo entendieron de inmediato. El hierro: la pistola. Era extraño. Un gitano con pistola. Luego se aclararía. Se trataba ahora de detenerlo.

—Guárdenme a éste hasta que venga la otra pareja, que no tardará en llegar. — Les avisaron que la pareja estaba ya en el pueblo—. Tanto mejor.

El *Maño* se secaba la sangre con una servilleta que usaba para enjugar los vasos. El gitano estaba sentado en el suelo, sin moverse, blanco de miedo. El *Maño* le dio un patadón:

—¡Arriba, que te voy a majar, cobarde!...

Las palabras del *Maño* se confundían en una fraseología de maldiciones y blasfemias.

Francisco Santos y Guillermo Arenas estaban ya en la plaza del pueblo. Se les unieron Baldomero y Cecilio.

—¿Ha pasado algo?

El cabo dijo:

—Tenéis a un tipo en el teso, que se ha emborrachado y ha armado un lío. Os lo traéis al Ayuntamiento, que lo enchiqueren, hasta que volvamos. Nosotros vamos por el compañero del tipo, que ha cortado la cara al *Maño* con una copa y que, según dicen, lleva armas. No creo que pase nada, pero si ocurre algo os salís del pueblo dando la vuelta por los cerros y siguiendo la acequia. Nos encontraremos, porque seguro que ha tirado para el campo alto, más arriba de la fuente seca. Si no estamos allí, tiráis más arriba; ya os dejaremos aviso por alguien. ¿Entendido?

El cabo y Guillermo salieron al campo. El cura del pueblo se enteró del incidente por Baldomero y Cecilio.

—A ver si ese gitano va a amargarnos las fiestas. Hay que esperar que no pase nada, aunque eso de que vaya armado da mala espina. Armado y bebido puede dar un disgusto grave.

El cabo preguntó a una mujer. Sí, había visto pasar corriendo a un joven, que iba hacia arriba, seguramente a coger el sendero del Vía Crucis; sí, por donde vuelven las ovejas; desde luego no hacía mucho tiempo, pero llevaba una buena delantera. Y ¿qué había pasado? Nada importante, bueno, pues iba en aquella dirección. «Vayan ustedes con Dios.»

Caminaban de prisa. Calculaba el cabo que no iría muy lejos. El alcohol le daría de momento muchas energías, pero se le irían acabando en seguida, en cuanto se sofocase un poco. Caminaban seguros. El cabo se descolgó el fusil y metió un cargador. Guillermo le imitó. En las ferias nunca llevaban los fusiles cargados.

Cualquier descuido podía dar lugar a un accidente. El cabo dijo:

—No creo que se resista. En cuanto se le pase la locura, ya verás como se nos acerca. Hay que darle tiempo. Si ves que echa mano del arma, no dudes en disparar. Tira bajo. Creo que no pasará nada, pero, en fin, estas cosas nunca se saben; lo mejor es estar prevenido.

Llevaban hora y media caminando. Estaban próximos a un olivar. El cabo se paró de pronto.

—Aquí está. No lo veo, pero aquí está. No ha podido ir más lejos. Entra tú por ese lado, ten cuidado; yo entraré dándole la vuelta. Estáte atento.

Se separaron. El cabo andaba de prisa, luego fue haciendo más lento el caminar. Se metió entre los olivos. El olivar tenía un cauce seco partiéndolo de Norte a Sur. El cauce hecho por las aguas de las tormentas se atrincheraba a trozos. El cabo comenzó a andarlo por la orilla más alta. Llevaba el fusil entre las manos. Oyó ruido. Escuchó un momento. Gritó: «Date, sal pronto, que, si no, va a ser peor.» Oyó una carrera franca y él también corrió. «Date, date.» Lo sentía muy cerca pero no lo veía. Caminó con precaución. «Date, date, hombre.» No tuvo tiempo de verlo. Desde detrás de un adelfo partió un tiro. El cabo intentó mantenerse firme. Disparó su fusil contra el suelo. La bala levantó una pequeña nube de polvo. Después cayó.

Francisco Santos se ahogaba. Tenía a Guillermo a su lado.

—Sí-gue-le. Me ha do-bla-do... Tí-ra-le... por el cau-ce. Tí-ra-le... por el cau-ce.

Guillermo echó a correr. Lo vio ya fuera del olivar. Se arrodilló y tiró. Tiró todo el cargador. Por un instante pensó que le había tocado. Luego, desapareció de su vista.

Cuando volvió junto al cabo, éste estaba agonizando. La tierra había empapado un charco de sangre, que ya no era más que una sombra negra. Las ramas de los olivos formaban una celosía que filtraba los rayos del sol. El cabo tuvo un último vómito y fijó los ojos en el rostro de Guillermo. Los ojos del cabo quedaron desmesuradamente abiertos. Un pájaro chotacabras, en el silencio del campo, daba un ruido monótono, continuado y amargo. Guillermo soltó la guerrera del cabo. En medio del pecho tenía un agujerito negro, apenas visible entre el vello.

Baldomero y Cecilio se guiaron por los disparos.

—Están tirando, pero son de máuser. No he oído otras detonaciones. Estoy seguro que solamente han sido de fusil.

Caminaron en silencio. La calma del campo, su atento oído, les hacía percibir hasta los más leves ruidillos de la vida animal: un grillo lejano, movimiento en una mata de un posible conejo, el ruido del chotacabras...

Guillermo apoyó, en una última esperanza, el cuerpo del muerto contra un olivo. Los ojos del cabo Francisco Santos, empañados y fijos, parecían contemplar la lejanía ocre, bajo el azul del cielo, desde una remota memoria de sueño.

Ernesta corrió hacia su marido y se abrazó a él. Ernesta estaba llorando. Se apretaba fuertemente a Guillermo.

—Ya sabía que tú no eras, ya sabía que tú no podías haber muerto.

Carmen tenía cogido por el brazo a Cecilio y los dos se apartaron un poco del grupo.

—Tienes que insistir en el traslado. Nos tenemos que marchar de aquí. Me voy a volver loca, esto es irresistible —alzó la voz—. Me volveré loca; tienes que hacer que nos vayamos de aquí.

María Ruiz hablaba con su marido.

—¿Cómo ocurrió, Baldomero? ¿Qué es lo que ha pasado para que al cabo lo mataran?

Llevaron el cadáver del cabo a su domicilio. Entre Baldomero y Guillermo lo tendieron sobre la cama, después que las mujeres la arreglaron. La cama estaba sin hacer, todavía con la huella del cuerpo en las sábanas, arrugadas y ligeramente sucias.

Baldomero salió de la casa y fue al Cuerpo de Guardia. Pedro Sánchez le recibió de pie.

—Pero ¿cómo ha podido ser!

—Ya te lo explicaré. Ahora hay que llamar a la Comandancia para comunicarles lo ocurrido.

Los dos hombres estuvieron un buen rato esperando comunicación. En la casa, junto a la habitación del cabo Francisco Santos, estaban todos reunidos. El párroco comentaba con el alcalde, mientras Sonsoles les escuchaba.

—Parece imposible. Un tiro de pistola acabar con un hombre así. Además, ha debido de ser de lejos. Ha sido un tiro con mala suerte; dos centímetros más abajo, y se hubiera salvado.

Felisa salió hacia la casa donde estaban los chiquillos.

Comunicaron con la Comandancia. Baldomero se presentó poco después en la casa.

—Mañana llegará un cabo a hacerse cargo del puesto. Vendrá en la furgoneta que ha de llevarse el cadáver. Guillermo, tienes que hacer un informe. Una pareja ha de salir al campo. Uno de nosotros ha de ir al pueblo a hacerse cargo del que está detenido en el Ayuntamiento y a hacer un interrogatorio previo al *Maño* y los que estaban en su tenderete. Después hay que conducirlos hasta Talavera...

Los chiquillos estaban en el patio rodeando a Felisa. El mayor quiso entrar a ver al cabo. Le dejaron pasar. Estuvo un instante en la habitación y salió muy pálido. La bombilla daba una luz amarillenta que le profundizaba los ojos. El chiquillo parecía haber envejecido en un momento.

Baldomero salió con Guillermo. Éste preguntó:

—¿Un nuevo cabo mañana?

—Sí, un nuevo cabo. El traslado de Francisco había llegado esta tarde, de modo que éste ya estaba nombrado. Vete a hacer el informe, luego lo vemos, a ver si está bien claro. ¿Te parece?

—Sí.

El patio del castillo estaba adensándose de oscuridad. Ruipérez iba a cerrar la puerta de entrada. En la lejanía, hacia el sur, los relámpagos cuarteaban las tinieblas. Todavía había pesadez en el aire. Refrescaría en seguida.

El párroco y el alcalde se despidieron.

—Hasta mañana. ¿A qué hora vendrá la furgoneta?

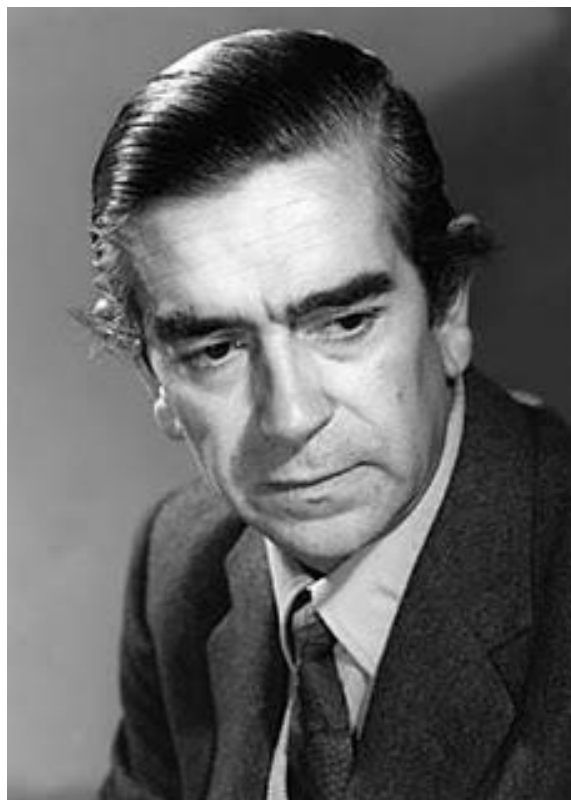
—Hacia mediodía.

—Subiremos.

Cecilio Jiménez explicaba a Ruipérez lo que había sucedido. En las bombillas encendidas repiqueteaban los insectos de frágiles alas. Sonsoles rezaba. Felisa estaba en la cocina. Carmen se abrazaba a su hijo. Ernesta y María hablaban del muerto.

Un rayo de luz se filtraba bajo la puerta de la habitación donde estaba el cadáver del cabo Francisco Santos. Baldomero estaba al teléfono recibiendo nuevas órdenes de la Comandancia. Ordenes generales para todos los puestos de la vera de la carretera hasta la entrada de Extremadura. Baldomero se sentó y estuvo pensando. Pensó en el muerto y en su asesino.

Un hombre caminaba en la noche, a través de los campos, sin dirección, fija, azuzado por el miedo. Un miedo que le atería el cuerpo y que le hizo tirar la pistola al cruzar un olivar.



IGNACIO ALDECOA ISASI (Vitoria-Gasteiz, 1925 - Madrid, 1969) Escritor español, de amplia e intensa producción narrativa. Estudió Filosofía y Letras en las universidades de Salamanca y Madrid, donde trabó amistad con Sánchez Ferlosio, Martín Gaité, Fernández Santos y otros jóvenes que formaron el futuro plantel de la narrativa de los cincuenta. Aunque se inició como poeta (*Todavía la vida*, 1947; *El libro de las algas*, 1949), pronto se dedicó al cultivo del cuento —género del que fue sin duda un maestro— y la novela.

Su novelística, reducida a cuatro títulos, es parte de un vasto proyecto consistente en tres trilogías que debían de abordar, respectivamente, el trabajo del mar, el trabajo de las minas y el mundo de los guardias civiles, los gitanos y los toreros. De todo ello la muerte sólo le permitió escribir una parte de la primera, *Gran Sol*, de 1957, que trata de la pesca de altura, y dos de la última: *El fulgor y la sangre*, de 1954, sobre la vida cotidiana de una pequeña guarnición de la guardia civil, y *Con el viento solano*, de 1956, en torno al mundo de los gitanos. Independiente de estas series es la novela titulada *Parte de una historia* (1967). A pesar de la crudeza humana de su escritura, de su intensa carga testimonial, Ignacio Aldecoa rehúye el mensaje explícitamente político (en ello se aparta de las propuestas del realismo crítico) y tiende a una ajustada técnica objetivista.

Sus cuentos son fragmentos de vida, historias insignificantes pero dotadas de un gran poder evocador; por su variada temática (los oficios, la clase media, los bajos fondos, las vidas extrañas, el éxodo rural a la ciudad, etc.) configuran un amplio cuadro de

comedia humana de nuestra posguerra. Recopilados en 1973 *Cuentos completos*, aparecieron en las colecciones *Vísperas del silencio* (1955), *El corazón y otros puntos amargos* (1959), *Caballo de pica*(1956), *Arqueología* (1961), *Los pájaros de Baden Baden* (1965) y *Santa Olaja de acero* (1968).

Aldecoa convirtió en materia novelable su profunda experiencia de los hombres y la difícil tesitura por la que atraviesa España en años particularmente crueles: los posteriores a la Guerra Civil. Guiado siempre por un creciente deseo de objetividad y comprensión de las formas de vida del país y de sus gentes, en especial las más sencillas y sometidas a la injusticia, el novelista le da al conjunto de su obra un sello personal inconfundible: rico, laborioso, con un riguroso sentido de la construcción por lo que hace a las situaciones y una técnica realista de la que sobresale la nota enérgica, teñida invariablemente de poesía y verdad..